TIEMPO de HISTORIA

AÑO II NUM. 16 60 PESETAS

ENRIQUE MIRET MAGDALENA

LA EDUCACION NACIONAL-CATOLICA EN NUESTRA POSGUERRA

ERNEST HEMINGWAY Y JORIS IVENS

«TIERRA DE ESPAÑA»

Joris Ivens, Ernest Hemingway y Ludwig Renn (Brigadas Internacionales), en los días de la Batalla del Jarama.

En 1937 Ernest Hemingway y Joris Ivens se trasladan a España para rodar un documental sobre nuestra guerra civil. Tras varios meses de trabajo y recorrer en profundidad la zona republicana, surge «Tierra de España», para muchos el mejor film que se haya realizado nunca sobre el conflicto. TIEMPO DE HISTORIA publicará en su número 17 el guión de «Tierra de España» —película jamás exhibida en los cines de nuestro país desde 1939—, precedido por una presentación de Joris Ivens, especialmente escrita para esta ocasión por el gran cineasta holandés.

Escena de los bombardeos aéreos sobre Madrid durante el mes de abril de 1937.

EN EL PROXIMO NUMERO DE

TIEMPO DE HISTORIA

SUMARIO

AÑO II • NUM. 16 • MARZO 1976 • 60 PESETAS

FOTO DE PORTADA. «Catecismo Patriótico Español», declarado en 1939 texto obligatorio para las escuelas.

Gustavo Fabra Barreiro, de quien publicamos un artículo póstumo que dejó escrito para TIEMPO DE HISTORIA.

COPYRIGHT BY TIEMPO DE HISTORIA 1974. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos, ni aun citando su procedencia. TIEMPO DE HISTORIA no devolverá los originales que no solicite previamente, y tampoco mantendrá correspondencia sobre los mismos.

Págs.

LA EDUCACION NACIONAL-CATOLICA EN NUESTRA POSGUERRA, por Enrique Miret Magdalena 4-21
JULIAN BESTEIRO: UN REFORMISTA EN EL SOCIALISMO ESPAÑOL. Una entrevista de Josefina Pascual con Fermín Solana 22-36
FEBRERO, 1936: EL TRIUNFO DEL FRENTE POPULAR, por Eduardo de Guzmán 37-43
DOS CARTAS DE DOSTOIEVSKI: LA VIDA EN LA CARCEL y SOBRE «CRIMEN Y CASTIGO» 44-48
SINTESIS BIOGRAFICA DE DOSTOIEVSKI, por Carlos Sampelayo 49-55
BOCCACCIO Y LA COMEDIA HUMANA, por Fernando Savater 56-69
«GALILEO». Texto íntegro del guión cinematográfico de Liliana Cavani y Tullio Pinelli 70-101
ESPAÑA 1946. Selección de textos y gráficos por Diego Galán y Fernando Lara 102-115
FELIPE II: NUEVAS CARTAS FAMILIARES, por Gustavo Fabra Barreiro 116-117
EL BANCO DE SAN CARLOS, DOCE DIAS ANTES DEL DOS DE MAYO, por Gonzalo Moya 118-120
LIBROS: Araquistain y la izquierda socialista; La influencia del positivismo; Aproximaciones a nuestro pasado inmediato; El Saco de Roma; Al día siguiente de la revolución; Gramsci: Vida y muerte en la cárcel ... 121-127
CINE: La mentira como documento histórico, por D. G. 128-129

En nuestro número anterior omitimos citar que el artículo «El enigma de Lou von Salomé» —que figuraba entre las páginas 48 a 59— había sido publicado originariamente en la revista portuguesa «Mulher», del grupo «O'Seculo», quien cedió sus derechos para España a TIEMPO DE HISTORIA. Siete de las fotos que se insertaban junto al texto habían sido reproducidas por Octavio Paiva del libro «My sister my spouse», de H. F. Peters.

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN.** SECRETARIO DE REDACCION: **FERNANDO LARA.** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00*. MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Avenida Generalísimo, 87. Teléfono 279 77 15. MADRID-16, y Paseo de Gracia, 101. Teléfono 227 28 71. BARCELONA-11. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M. 20.624-1975.

La tan estrecha unión entre Iglesia y Estado —de la que vemos una muestra— ha servido para fomentar esta confusa mezcla religioso-política (llamada nacional-catolicismo) que ha desviado el juicio de los españoles durante muchos años.

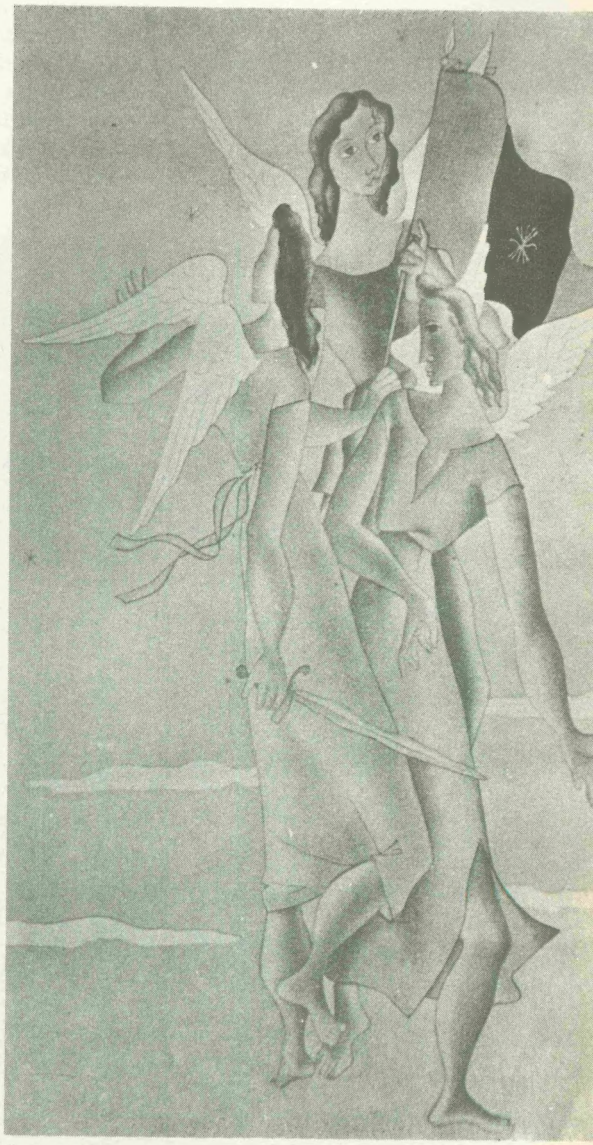
La educación nacional-católica en nuestra posguerra

Enrique Miret Magdalena

Deberá ser objeto en su día de un extenso libro este tema inagotable que hoy por suerte incide cada vez menos en nuestra educación escolar, porque está en contra del sentir de una gran mayoría del pueblo español. Casi parece hoy mentira la carga religioso-política que suministró a las mentes infantiles la Iglesia patria, y por la cual se explican muchas de las cosas que nos han ocurrido.

La unión tan estrecha Iglesia-Estado *ha servido para fomentar esta confusa mezcla religioso-política (llamada nacional-catolicismo) que ha desviado el juicio de los españoles durante muchos años; y que solamente en recientes épocas ha empezado a ser superada. La sociedad piensa ya de muy distinto modo que antes: lo único que hace falta es que Iglesia y Estado den el paso definitivo de una completa separación que evite estas mezclas ambiguas, y que —la una y el otro— se pongan en sintonía con el pensar popular, para no seguir siendo instituciones desfasadas del pueblo.*

He querido contribuir con este trabajo previo a la aclaración y superación de nuestras actividades patrióticas y religiosas, analizando la penosa educación religioso-patriótica que, durante nuestra postguerra, hemos recibido los españoles. La mejor y más directa fuente es acudir a los numerosos catecismos que entonces se publicaban, y que han servido para introducir en las jóvenes cabezas de los educandos lo que nuestro clero hispanista pretendía insistentemente introducir dentro de ellas. Basándose en la religión —muy arraigada en buena parte de nuestras clases medias y burguesas— se intentaba conseguir lo que se quería, poniendo esta religión como pantalla que frenaba otros legítimos deseos, o como vehículo que facilitaba la adquisición de determinadas posturas humanas y políticas. En esta fuente de la enseñanza catequística he buceado, creo que cuidadosamente, y no encuentro —sobre todo en los primeros años de postguerra— otros textos más abiertos y liberales: señal de la importancia exclusiva que tenía esta presión religioso-patriótica que se ejercitó sobre nosotros a través de estos textos.



Casi parece hoy mentira la carga religioso-política suministrada durante muchos años por la Iglesia española, y que explica tantas cosas de las que nos han ocurrido. (Dibujo de la revista «Vértice».)

LA IGLESIA DOMINADORA

La imagen que ha dado, y pretendido dar, nuestra Iglesia española ha sido demasiado autoritaria y exclusivista. No ha permitido que sus fieles pudieran pensar por cuenta propia. Su lema podemos verlo ya en un curioso catecismo, en versos macarrónicos, que se publicó en Madrid en 1930. En él podía leerse:

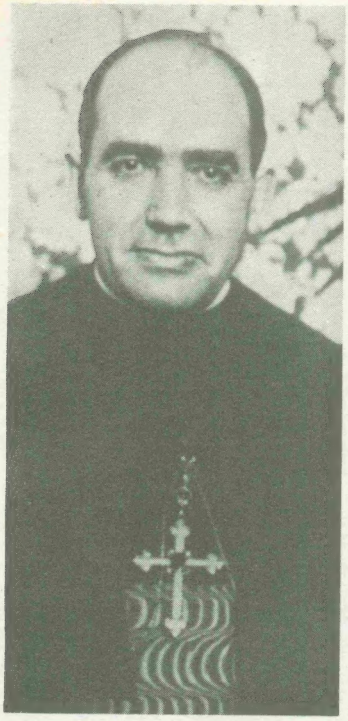
Somos hijos sumisos
de la Iglesia de Dios,
y obedientes queremos
oír su santa voz. (1)

Sumisión y obediencia por parte nuestra, porque la misión atribuida al seglar era sólo escuchar como oveja muda, que es lo único que se pretendía que fuéramos.

El tradicional y anacrónico catecismo del padre Astete —que sirvió para formar españoles durante cuatro siglos— se volvió a editar hasta 1972 (2), y en él siempre se inculcó a los fieles que no les competía discurrir por sí mismos, sino sólo seguir ciegamente lo que les indicase el clero. Los católicos creemos otras cosas además del Credo, pero son los «doctores que tiene la Santa Madre Iglesia los que sabrán responder» acerca de lo que tenemos que

La mejor y más directa fuente para analizar la penosa educación religioso-patriótica que hemos recibido los españoles, es acudir a los catecismos publicados en la postguerra. He aquí el de Cristo Rey (1951).

La Iglesia, a través de diversos órganos, calificó desde el principio nuestra guerra civil como «Cruzada religiosa». La imagen muestra un momento de la procesión organizada en Sevilla para celebrar la victoria del Ejército de Franco. A su cabeza, Serrano Suñer portando la espada de San Fernando, acompañado de las autoridades civiles, religiosas y militares.



El Cardenal Segura demostró ser más franquista que Franco, pues en repetidas ocasiones fue —en intransigencia y dogmatismo— más allá incluso de lo que en esa época España se vio obligada a vivir.

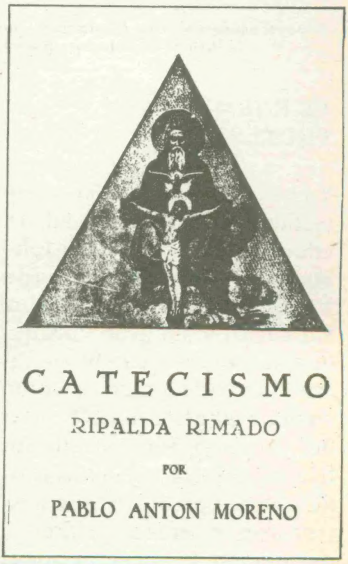
añadir a ese Credo; pero nunca nosotros los seglares. Al pobre creyente —sea inteligente o no lo sea, sea culto o no— nunca le compete dar cuenta de su creencia. Es «a los doctores a los que conviene esto, y no a vosotros». Son ellos los que deben «dar cuenta por extenso de las cosas de la fe».

Los creyentes debemos estar en pleno ostracismo mental. La razón la da otro catecismo escrito por un santo —San Antonio M.ª Claret— el cual nos desengaña también de que nosotros podamos enseñar nada en materia religiosa. La Iglesia docente es «el Papa, los sacerdotes y demás ministros» (3). Todo el clero —y sólo el clero— desde el más alto al más bajo, es quien tiene que enseñarnos, según este santo, cuyo catecismo decimonónico se reeditó después de casi un siglo en 1943, para ilustración de los españoles de la postguerra. Lo curioso es que, según la doctrina más tradicional en el catolicismo, decir que el clero en general tenía ese poder de enseñanza religiosa tan amplio y tan autoritativo, era una herejía que fue condenada por el Papa Pío VI, ya en 1794, contra el Sínodo de Pistoya en el cual se afirmaron las mismas cosas tan autoritarias, manifestadas en este texto de enseñanza religiosa del santo español (4).

La religión clerical que se nos inculcó, se basaba en que este clero más que encarnar al Jesús del Evangelio, representaba al Dios de los Ejércitos del Antiguo Testamento. Este Dios castrense hecho carne en Jesucristo, constituyendo así una religión «cristorregicéntrica», como decía en 1951 el **Catecismo de Cristo Rey.** La ilusión manifestada en este catecismo era que el catequista tenía que alcanzar una meta: la de la realeza de Cristo. En una palabra: ser como Cristo Rey (5).

No es por eso extraño que —dando un paso más— se constituyeran, en los últimos años, los famosos y violentos **«guerrilleros de Cristo Rey»**, alentados por clérigos como ese famoso religioso que hace casi dos años me decía poderme demostrar, con la Teología católica en la mano, que «la violencia es cristiana».

Sin llegar a tanto, ese catecismo sentaba, sin embargo, las bases de lo que luego hemos visto como una plaga en el país: asaltos a librerías, a galerías de arte y a salones de conferencias, realizados por estos aguerridos defensores de la **violencia cristiana.** La razón básica pienso que la daba este librito de educación patriótica-religiosa al decir: «La misión y fin secundarios del vasallo de Cristo Rey en esta vida son: procurar, según sus medios y fuerzas, que triunfen los derechos de Jesucristo y de su Iglesia **hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies».**



Los catecismos Ripalda, en sus diversas modalidades, constituyen otros ejemplos elocuentes de las ideas retrógradas y alienantes que se querían introducir en los niños españoles.

«Debe reconocerse —en la guerra civil— un espíritu de verdadera Cruzada en pro de la religión católica, cuya savia ha vivificado durante siglos la Historia de España», dijo en noviembre de 1936 el cardenal Gomá, Primado de España (en el centro de la foto).

EL ENEMIGO PROTESTANTE

Yo he conocido al obispo protestante, antecesor del culto y educado jefe actual de la **Iglesia Española Reformada Episcopal.** Era un andaluz simpático y sin gran cultura, que me contaba con buen humor sus padecimientos como pastor evangélico en la Sevilla del cardenal Segura: allí sufrió su capilla varios asaltos de jóvenes católicos que destrozaron asientos, altares y decoración, bendecidos por el famoso e intransigente cardenal que había sido Primado de España al venir la República; y que demostró ser más franquista que Franco, pues repetidas veces iba más allá de lo que en esa época se nos obligaba a vivir, actitud que le llevó a enfrentarse repetidas veces con el Jefe del Estado. Todo esto —junto con detenciones, cárceles y persecución— se les infligía a los pastores protestantes españoles, execrados por el padre Sánchez de León en un libro confidencial lleno de disparates políticos contra ellos, que publicó reservadamente este jesuita para información de las autoridades civiles (6).

En el catecismo llamado **Nuevo Ripalda** (7) se le llamaba a Lutero «fraile apóstata, soberbio y corrompido»; y en el **Catecismo sobre el protestantismo** (8) se decía de los demás Reformadores religiosos del siglo XVI: «Melancton fue hipócrita, cruel, impostor y blasfemo...; y Beza fue un disoluto que puso en verso sus torpezas para pervertir a la juventud». Sin embargo, Melancton era un piadoso devoto de la Virgen, a pesar de ser protestante; y Beza —muy respetado y querido de San Francisco de Sales— era un hombre de letras muy apre-

ciado en su tiempo. Del severo y austero Calvino se decía en este catecismo que «murió desesperado, blasfemando e invocando al diablo, de una enfermedad vergonzosa y roído de gusanos». Y terminaba por hacer un juicio global de los orígenes de la Reforma Protestante diciendo que «fue la de un rebaño de Epicuro, bajo todos sus aspectos». Y ya sabemos lo que significaba para los ignorantes de la filosofía clásica la expresión «rebaño de Epicuro»: el conjunto de todos los excesos de la carne, del estómago y del placer material.

Se nos enseñó a pensar que a los protestantes españoles «nada les importa la religión...; el protestantismo no es para ellos más que un medio para introducir más fácilmente la irreligión y la incredulidad; y, por último el comunismo y el socialismo». Ridiculizábamos entonces la enseñanza de estos seguidores de Lutero y de Calvino, sobre todo aquella que dice ser la fe viva y personal el núcleo de la religión cristiana. Pero habíamos sustituido esta doctrina bíblica por cosas tan infantiles como la fuerza infalible de la devoción al escapulario del Carmen. Para afirmar el poder de esta especie de talismán, se decía que todo aquél que lo llevase puesto podía morir tranquilo: le bastaba con llevarlo bien colgado del cuello para asegurarse así la felicidad eterna en la otra vida. Y se relataba, para convencernos de ello, el ejemplo de «un hombre desesperado que intentó ahogarse en el río Sena. Por seis veces se arrojó al río sin poderlo conseguir. Por fin, viendo en su pecho el Santo Escapulario, lo arrojó de sí echándole la culpa. Y, por séptima vez se arrojó al río ya sin él, y al punto desapareció bajo las olas» (9). Como un verdadero talismán, el Escapulario carmelitano salvaba de la muerte al que estaba en pecado mortal. Algo parecido a lo que se contaba de aquellos que, en nuestra guerra civil, «pecaban» sexualmente con gran tranquilidad antes de entrar en batalla, porque habían hecho los siete primeros viernes al Sagrado Corazón y El los preservaría —según sus infalibles promesas— de morir en «pecado mortal».

En el catecismo del padre Perrone —antes citado— se decía textualmente que los protestantes hispanos «son tenidos en nuestro país por unos indeseables». Y —por eso— nuestro Gobierno no debía protegerlos, porque el Gobierno que esto hiciera «se suicidaría sin remedio».

Sin embargo cuando se aprobó en 1967 la «Ley de Libertad Civil en materia religiosa», no ocurrieron ninguno de los graves males que se pronosticaron al conceder la libertad a nuestros protestantes, sino todo lo contrario: el pueblo los acogió sin violencia ni recelo. Y resultaron, además unos pacíficos conciudadanos.

Nuestro concepto de patria no debe estar indisolublemente unido a lo religioso católico. Los protestantes, y los no - católicos, han demostrado siempre que pueden ser tan españoles como los demás, a pesar de lo que decía Menéndez Pelayo: «Perdida la fe religiosa, apenas tiene el patriotismo en España raíz y consistencia y apenas cabe en lo humano que... pueda sentir por su gente amor que no sea retórica hueca y baladí» (10). Este concepto unitario entre patria y catolicismo, expuesto por Menéndez Pelayo, es el que se nos inculcó a los ciudadanos de nuestro país tras nuestra guerra civil.

Todos los nuevos purpurados--afirma el Cardenal Primado de España--han reconocido la legitimidad de nuestra Cruzada"

En los momentos actuales es más necesaria que nunca la unión entre los españoles

El pueblo toledano tributa un magno recibimiento al doctor Pla y Deniel

La llegada del ilustre purpurado

La multitud le aclama, entre vítores a España y a Franco

El alcalde de la ciudad imperial le dió la bienvenida, y pronunció una breve salutación, en la que expuso el júbilo de la ciudad por la exaltación del primado al cardenalato.

Las campanas de todos los templos de Toledo se [illegible] al júbilo de los [illegible]

Cuando, por segunda vez, visitó al Vicario de Cristo —añadió el prelado— le ofrecí el primer volumen de la obra al. persecución religiosa en la diócesis d Toledos, en que se recogen las [illegible] de nuestro cierto, y al agradecer el obsequio, añadió: «Si, esto debía hacerse

Diez años después de comenzada la guerra, y nueve desde la Carta Colectiva del Episcopado español (1-VII-1937), el Cardenal Primado Pla y Deniel «recordaba» la «legitimidad de nuestra Cruzada». Eran los días del cierre de fronteras con Francia.

LA CRUZADA

Contra lo que dice ahora Monseñor Tarancón, queriendo exonerar a la Iglesia española de haber defendido nuestra guerra civil como cruzada, en noviembre de 1936 decía el entonces Primado de España, cardenal Gomá: «Debe reconocerse en ella —en la guerra— un espíritu de verdadera **cruzada** en pro de la religión católica, cuya savia ha vivificado durante siglos la historia de España y ha constituido como la médula de su organización y su vida» (11). El clero español —una gran parte del clero español— había inculcado en años anteriores esta idea a los sumisos católicos de entonces, proporcionándoles textos como el de Menéndez Pelayo, y alimento espiritual como el de los «cristeros» mexicanos, aquellos nuevos y cruentos cruzados religiosos alentados, en su batalla sangrienta contra la República de aquel país, por los obispos de México (12).

Lo mismo hizo la revista oficiosa de la Santa Sede, la **Civiltá Cattólica,** dirigida por los jesuitas, la cual calificaba la **Carta Colectiva del Episcopado español** de 1.º de julio de 1937 así: «Rara vez en la historia —decía esta revista vaticana— el Episcopado de una nación se ha dirigido a los obispos del Mundo en **Carta Colectiva** para informarles de los acontecimientos internos de su propio país, máxime cuando éstos tienen la **apariencia política** de guerra civil». Para este representativo periódico católico, nuestra guerra civil no fue guerra civil, sino en «apariencia» (13). La Iglesia, a través de diversos órganos, calificó desde el principio nuestra guerra civil como cruzada religiosa. Cruzada hecha, por supuesto, por un bando político, según nuestros propios obispos españoles, que era el de «las derechas», que resultaban, según ellos, los únicos católicos verdaderos (14).

En nuestra guerra estuvieron mezclados «el espíritu cristiano y español», y resultó ser esta cruzada para la Iglesia —en boca del cardenal Gomá— «una guerra de principios, de doctrinas». No lo fue así, según Gomá, la realizada en el lado republicano, porque

De 1939 a 1964, veinticinco años separan a estos dos catecismos. Pero no su contenido, idéntico en ideología y en la defensa de que el Régimen español y el catolicismo eran algo indivisible, unitario. El «Catecismo Patriótico Español» (1939) fue texto obligatorio en las escuelas.

para el Primado de España en esta otra mitad de nuestro país sólo había «un informe conglomerado de combatientes» (15).

Por si acaso alguien alegaba que muchos derechistas católicos murieron por una idea política, luchando en el lado nacional o fusilados en el republicano, y no podían ser por ello considerados como mártires, se buscaron razones para justificar la alianza más estrecha entre política y religión, y así prestar a la política —en un curioso salto cualitativo— la base religiosa del supuesto martirio cristiano de estos militantes políticos de derechas. El padre Segura, S. J. señala que «muchos de los que la Iglesia venera entre sus Mártires no fueron inmolados directamente por la fe». A pesar de reconocer esto, se justifica la calificación siempre, en nuestro caso, de martirio para esta acción política, y llega a decir este padre jesuita que son mártires los caídos de esa derecha católica, aunque fuesen muertos porque «se habían metido en política y fueron asesinados como fascistas» (16). En mi opinión, mayor confusión político - religiosa no cabe.

Entre todos los catecismos más expresivos del nacional - catolicismo que reinaba entonces, se lleva la palma el editado en Salamanca por el padre dominico Menéndez Reigada, después nombrado obispo por sus méritos patrióticos. Era el llamado **«Catecismo Patriótico Español»**, que tuvo tanta importancia en la educación del final de nuestra guerra, y comienzos de la postguerra, porque fue «declarado texto para las escuelas por Orden del Ministerio de Educación Nacional de 1 de marzo de 1939» (17).

ESTUDIO CIENTIFICO SOBRE «EL IDEARIO CATOLICO DEL IMPERIO ESPAÑOL»

Va a realizarlo la Asociación Católica de Propagandistas

MADRID, 30. — La Asociación Católica Nacional de Propagandistas va a realizar un estudio científico sobre el tema «Ideario católico del imperio español». Para ello serán consultados textos de los pensadores del Siglo de Oro. Ha sido nombrada una comisión que entiende en el asunto desde sus principios. (Logos.)

Segun el obispo Menéndez Reigada —autor del «Catecismo Patriótico Español»—, nuestra inspiración política estaba en «los ideales supremos de una catolicidad imperial». Esta noticia de Prensa de 1941 responde al mismo planteamiento.

Allí se dice que los enemigos de España son, entre otros, «el liberalismo, la democracia, el judaísmo». Y para aclarar bien las cosas, a las infantiles mentes de sus educandos se les enseña que todos los demócratas liberales «con la Gran Cruzada han quedado vencidos». Sin embargo, teme este padre dominico que no hayan sido «aniquilados», y se lamenta de ello porque —en su violenta postura— considera que «como sabandijas ponzoñosas escóndense en mechinales inmundos, para seguir desde las sombras arrojando su baba y envenenando el ambiente». Por eso recomienda este famoso —y bien hablado— religioso que «España no debe dormirse sobre los laureles, sino vigilar siempre». La dureza, la crueldad, la censura y el espionaje entre españoles, son las actitudes falsamente evangélicas que se desprenden de la enseñanza de este religioso español, que no fue la única, sino sí la más frecuente y casi única en el ambiente de nuestra postguerra.

La guerra había sido alentada por buena parte del clero hasta en los actos más piadosos, como lo hizo el padre Cándido Arbeloa, S. J., con sus **«Sábados Populares dedicados a María»**. Allí ponía este jesuita **piadosos** ejemplos para excitar a las almas a la devoción mariana; y, para ello, contaba cosas como éstas: «Oficial hubo, que sir-

viendo personalmente el cañón, frotaba con una medalla las balas, para lograr mejor puntería». Y para sembrar con más ahínco la muerte entre hermanos españoles, un alférez «les ofrece —a los luchadores— unas miniaturas de la Virgen del Perpetuo Socorro, regalo de su madre. Todos toman la miniaturas de la Virgen, se santiguan, rezan el acto de contricción y con gran fe la tragan; y van serenos y tranquilos a repetir los heroismos del día anterior» (18).

LA POLITICA DE POSTGUERRA

Nuestra inspiración política está en «los ideales supremos de una catolicidad imperial» (19). Nada significan las controversias históricas posteriores entre nuestros grandes profesores Sánchez Albornoz y Américo Castro (20). Para estos clérigos todo está definitivamente claro: El pueblo español, según estas enseñanzas de la postguerra, se formó mucho antes de lo que han investigado estos grandes historiadores patrios. Para estos catecismos «el pueblo español nació como persona moral en el tercer Concilio de Toledo, pues allí se fundió España en su unidad geográfica, política, moral y religiosa» (21). Todos estos cuatro aspectos —formando un bloque inconmovible— constituyeron desde hace catorce siglos la patria, y el que no los aceptase íntegramente unidos, no era español. Entre nuestras grandes glorias estaban según este clérigo, mezcladas como **habas con capachos** siguiendo la conocida expresión de Cervantes, «la defensa de la civilización cristiana, y del espíritu greco-romano contra el protestantismo», al mismo tiempo que «el derrocamiento del Imperio espúreo de Napoleón I», y el «aplastamiento del bolchevismo ruso - asiático» (22).

El falangista «Flechas y Pelayos», «semanario nacional infantil», lucía en su portada el lema «Por el Imperio hacia Dios», dedicando con frecuencia su primera página a una elemental imaginería religiosa.

Ante el hecho evidente del adelanto económico y social que había por aquellos años en los países protestantes, cosa que no se quería reconocer, se cubileteaba con aparentes razones para justificar en forma simplista el retrogradismo hispano: «Los países protestantes son los más adelantados con un adelanto parcial, unilateral y morboso que lleva fatalmente en germen la catástrofe» (23).

Pero hay que justificar nuestro atraso de entonces. ¿Cómo? Afirmando que «la causa del relativo atraso material de España en la época moderna, fue el haberse olvidado de sí misma y querer vivir de prestado copiando al extranjero». (¿Risum teneatis?).

Recuerdo muy bien el incidente que me pasó, hace quince años largos, con el obispo de Tarazona. Pronun-

cié en el teatro de la localidad, y presidiendo el obispo, una conferencia sobre el apostolado moderno, y se me ocurrió poner unos inocentes ejemplos extranjeros para alentar nuestra rutinaria actividad apostólica. No pudo este prelado aguantar tal concepto del universalismo católico y al final de mi disertación se levantó para aclarar al católico auditorio: «Ni conozco esos ejemplos, ni tenemos por qué conocerlos, ya que del extranjero nada puede venir que sirva de ejemplo al apostolado del catolicismo español, que es único en el mundo.»

Hasta el propio Pemán se dejó llevar por algunas de estas exageraciones patriótico - religiosas en su **Poema de la Bestia y el Angel,** en el que dice:

«Cuando hay que consumar
[la maravilla
de alguna nueva hazaña,
los ángeles que están junto a
[su silla
miran a Dios... y piensan en
[España».

Contribuyó a esta política religioso - patriótica nuestra hispánica devoción al Sagrado Corazón. Cuando se destruyó el Cerro de los Angeles, surgió enseguida en algunos pechos nacionales el afán de levantarlo nuevamente, porque hacía siglos había dicho el Corazón de Jesús a su confidente español, el jesuita padre Hoyos: «Reinaré en España más y mejor que en cualquier otra parte del mundo». Por eso pensaron aquellas personas que «el prodigio lo realizará la España del Caudillo, y el Cerro de los Angeles se convertirá en el **Altar Mayor de España,** donde el corazón de la Patria mantendrá perenne el fuego sagrado de su amor y su agradecimiento a Cristo, a quien proclamará una vez más **Rey de España y de los Españoles»** (24).

Sólo tres naciones se habían consagrado oficialmente al Sagrado Corazón. Eran: Ecuador, cuando la gobernaba el cruel dictador católico García Moreno; Colombia; y España, en tiempo de Alfonso XIII.

En este lirismo patriótico - religioso se llega incluso a hablar de la eternidad de la España católico - nacional. Se repite lo que el tradicionalista valenciano, Aparisi y Guijarro, aseguraba: «España no puede morir». Y esto lo afirma, este católico integrista,

Contribuyó de forma notable a la política religioso-patriótica la hispánica devoción al Sagrado Corazón. Asistimos a la bendición e inauguración del monumento reconstruido en el Cerro de los Angeles, efectuada bajo la presidencia de Franco y el arzobispo Morcillo.

absolutamente diciendo: «He consultado oráculos que no mienten y, la que en todos tiempos ha sido predilecta de Dios y brazo de la cristiandad..., no morirá» (25).

Pérez Embid —un opusdeista— recuerda otra frase ultra - hispánica de Menéndez Pelayo, para alentar con ella la postura de los nacionales españoles, diciendo: «Nunca, desde el tiempo de Judas Macabeo, hubo una gente que con tanta razón pudiera tenerse por el pueblo escogido para ser la espada y el brazo de Dios» (26).

Por eso, al ver decaer —pasados los primeros momentos de la postguerra— estos entusiasmos político - religiosos, se ponen otros ejemplos aprovechando todas las ocasiones de la vida. A nuestros soldados se les dice en alguna ocasión: «España ha sido grande cuando los Misioneros fueron soldados; y sus soldados, religiosos Misioneros» (27).

En la exaltación clerical de aquellos años se llega a decir que hasta algunos dogmas de fe, como la Eucaristía, deben ser creídos no sólo por motivos religiosos, sino también por razones hispánicas: «La creencia de que Dios está todo El en la hostia consagrada milagrosamente es, además de general en todo católico, **muy española»** (28). Y conclusión al canto: «Por ello todo buen español ha rechazado siempre la inicua propaganda protestante». Lo español y lo católico resultan intercambiables, y nadie puede pretender separarlos ni tener carta de ciudadanía sin juntarlos.

POLITICA TOTALITARIA

Todo el mundo sabe que hace pocos años —en 1967— se reformaron algunas frases de nuestras **Leyes Fundamentales.** Se modificó por ejemplo, el **Fuero del Trabajo** para que no figurase en él la afirmación hecha en el Decreto del 9 de marzo de 1938 de que éramos un Estado totalitario (29). Con retraso de años se adoptó la doctrina pontificia que —por boca del Papa Pío XII— impedía que un Estado gobernado por católicos se definiera y actuase como totalitario. En 1945 proclamó este Papa en su mensaje navideño, que «toda la superficie del globo proclama muy alto la tiranía del Estado totalitario»; y pide que se ponga fin a él, porque «reduce al hombre a no ser más que una ficha en el juego político, un número en los cálculos económicos» (30).

Menos discreto todavía que esta nuestra legislación del tiempo de la guerra civil, había sido todavía el que fue más tarde obispo de Córdoba, que nos dio un resumen apologético del Estado totalitario en su famoso Catecismo antes citado, que no tiene desperdicio. Aclara este religioso que «en España no hay división de poderes», y no tiene ningún inconveniente en concluir lógicamente que «esto es ciertamente la proclamación de un poder personal». Y por si esto no le gusta a alguien, arremete contra quienes pudieran desviar esta concepción personalista del poder, y muy principalmente contra la posibilidad de partidos políticos, a pesar de ser éste un hecho universal en las naciones moder-

Juramento de Obispos ante el Jefe del Estado: Tras ser pronunciado por los prelados de Tarragona, León, Zamora, Oviedo, Teruel, Albarracín, Sigüenza y Tuy —en octubre de 1944—, posan con Franco y el ministro de Justicia, Eduardo Aunós.

nas, libres y cultas. Afirma este Padre que los partidos políticos «no subsistirán en el Estado español, porque son creaciones artificiales del régimen parlamentario para dividir, inutilizar y explotar la nación».

A continuación hace la apología de lo que él llama «Estado totalitario cristiano», que es —según él— el que tenemos en España. Confiesa, con ingenuidad increíble, que es lógica la postura del Estado español, y muy cristiana, «interviniendo más o menos en todas las actividades de orden temporal». Y no sólo en ellas, sino que le compete a este Estado modélico la solución de todos los desórdenes que reinan en el extranjero, y por eso intervenir «aún en las de orden religioso como auxiliar de la Iglesia». Así se considera al Estado como **brazo secular** de la Iglesia, e incluso como sustitutivo paternalista de ella.

Sí, «el Estado español ha adoptado la forma de Estado totalitario cristiano, porque eso es lo que conviene a la estructura y tradición de la Nación española». Y de nada vale que luego añada unas píldoras abstractas de consideración a la persona, «sujeto de derechos inalienables», si resulta que el Estado «regula, armoniza y encauza todos estos derechos privados o colectivos», y afirma que la finalidad propia del Estado es «**superior** a todos los bienes particulares».

Así se llega a impedir —como se deduce de tales premisas— la libre regulación civil de las cosas más elementales como el matrimonio, dejándolo única y exclusivamente en manos de la Iglesia, de tal modo que hace unos años se afirmaba con orgullo a los niños españoles: «En España no existe el matrimonio civil» (31). También se enseñaban otros muchos aspectos del clericalismo político, ya «que el Estado debe sujetarse a la Iglesia, como el cuerpo al alma y lo temporal a lo eterno» (32).

Las libertades modernas eran negadas, a pesar de las enseñanzas claras de León XIII, y sobre todo, de Pío XII. Era un crimen la libertad de conciencia. No se podía «profesar la religión que le dicta su conciencia», ni «elegir la religión que más le agrade». El Gobierno, por tanto, no debe amparar la libertad de cultos, a pesar de que nuestros teólogos clásicos, como Soto y Suárez, la habían defendido para América donde había hace cuatro siglos pluralidad religiosa. Al Gobierno sólo le incumbe: «Profesar él primero, y amparar después, la única religión verdadera, que es la católica». Las demás «libertades de enseñanza, propaganda y reunión» —aceptadas como derecho inalienable del hombre por el Vaticano II— eran «libertades perniciosas», que no se pueden ni siquiera tolerar.

¿Por qué todo esto? Porque hasta «el origen de la monarquía navarro - aragonesa y catalana fundida hoy con la asturiana», se encontraba en «Nuestra Señora la Virgen María» (33). Ni más ni menos. Hemos llegado a dar un origen mariano a nuestras cosas temporales y políticas.

No cabía, ni en la guerra ni en la postguerra nuestras, ningún «acercamiento» al enemigo; ni cabía tampoco ninguna clase de clarificación —como hizo poco después Juan XXIII en su encíclica **Paz en la Tierra**— «distinguiendo entre ideología y práctica». Lo prohibió tres semanas después del comienzo de nuestra guerra civil, el Papa Pío XI dirigiéndose a los españoles nacionales (34).

Ya en el año 1704 nuestro arzobispo de Tarragona, Primado de las Españas, decía a los fieles católicos de nuestra Patria que «el que sabe que uno es herege, o que ha incurrido en algún pecado de infidelidad, debe denunciarlo luego» (35).

EL TABU SEXUAL

Sería interminable la colección de datos negativos que contribuyen a formar nuestra psicología erótica tan anormalmente reprimida.

Se partía de que el pecado sexual era el culpable de la condenación eterna de casi todos: «De este mandamiento (el sexto) dicen los Santos que están, por causa de él, en el Infierno el 99 por 100 de los condenados» (36).

Nuestros arzobispos metropolitanos contribuyeron a codificar los peligros sexuales patrios en 1957 diciendo, entre otras cosas, que era necesario «evitar los peligros que suponen los baños simultáneos de personas de diferente sexo» (37). Por eso en algunas ciudades como Santander, y en muchas piscinas, había separación completa de sexos.

Se daban, un año después, consejos estrictos a los católicos que eran novios, advirtiéndoles de los peligros tremendos del noviazgo, y poniendo barreras constantes al trato, incluso más honesto, de las parejas. Se decía por eso que «tampoco el trato prenupcial ha de ser muy frecuente». Y por nada del mundo debe tratar afectuosamente un hombre a una mu-

jer: «Un hombre no debe tratar afectiva y asiduamente a una mujer, sino con vistas al noviazgo». Se cumplía el refrán: «Entre santa y santo, pared de cal y canto». De ningún modo deben aprobarse, por tanto, las más inocentes costumbres: «No puede aceptarse el que los novios vayan cogidos del brazo». No se puede hablar del sexo, ni siquiera para compensar la falta gravísima de educación sexual en la familia, que ha producido en la mujer española el «shock» psicológico de la primera noche de bodas, por ignorancia completa de la realidad sexual. «En todo caso, el novio podrá hacerlo sin peligro cuando haya pasado ella a ser su esposa». Hay que evitar que «los jóvenes solos, de diverso sexo, vayan de paseo o excursión por lugares retirados, ya en parejas, ya en grupos». No se puede tolerar esto «como no sea bajo la vigilancia real de personas de garantía» (38).

Decían las «Normas de Decencia Cristiana», publicadas —ya en 1958— por la «Comisión Episcopal de Ortodoxia y Moralidad», que «los bailes agarrados son un serio peligro para la moral cristiana». No otra cosa expresa el cartel que reproducimos.

Respecto al traje de la mujer ya no se permiten las cortas faldas de nuestra guerra y postguerra (¡aquellas jovencitas cortifaldas de Auxilio Social!). Esto ya no es posible, pasado el calor viril de la guerra; y es preciso medir su longitud «en faldas y mangas como misión de los Reverendísimos Prelados en sus respectivas diócesis» (39).

Los «bailes agarrados son un serio peligro para la moral cristiana» (40). Por eso el Cardenal Segura amenazaba a los sacerdotes de su diócesis con la suspensión de sus funciones sagradas, si se atrevían a absolver a los que bailaban. Y, por eso también, la aristocracia y alta burguesía sevillana, iba los días festivos en coche fuera del límite de la diócesis a bailar, para no incidir en las condenas canónicas del Cardenal una vez salidos de su jurisdicción. Con eso se fomentaba el más hipócrita casuismo moral, deformador de conciencia, en el que sólo es pecado lo que va contra la letra de la ley.

Se daban también normas sobre los trajes de baño (naturalmente que para las piscinas separadas, pues otra cosa no se aconsejaba a los católicos). Y se llegó a permitir que, entre hombres, se tolerase «el simple bañador... llamado Meyba». Las mujeres, en cambio, tenían (aún entre ellas) que ser mas recatadas: el traje de baño —nada de bikini— sólo se permitía dentro del agua; y al salir del agua debían ponerse «faldillas». Y, si se lle-

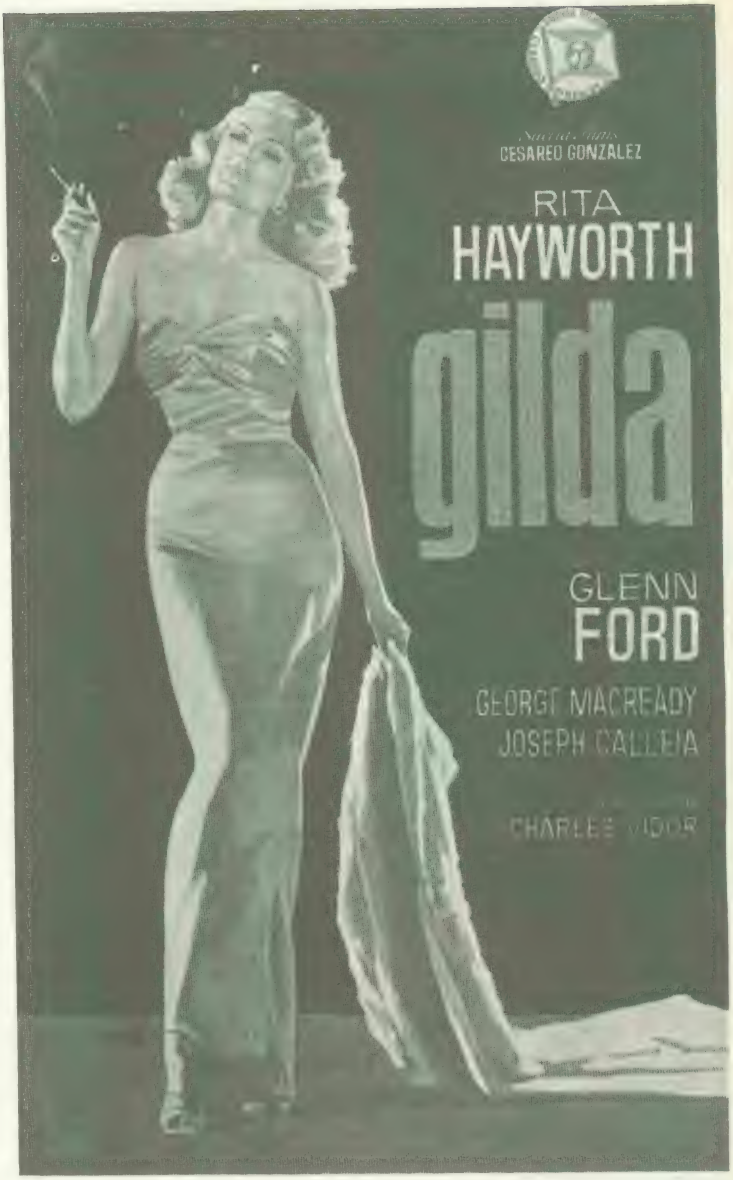
gaban a tener playas mixtas, «el traje de hombres y mujeres debe ser más modesto y emplearse sólo para el agua, cubriéndose al salir con el albornoz». Ante todo, el más estricto pudor.

Llegaban al colmo estas normas episcopales al hablar del turismo y de la profesión. «Los hoteles, pensiones y restaurantes —¡no se asombren los lectores!— tienen todos los inconvenientes de la mezcla de sexos y de **clases** de individuos». No sólo preocupaba el trato exterior entre sexos diferentes, sino hasta «la mezcla de clases». Y también dicen que «en el estudio y el trabajo se ha de procurar, en cuanto sea posible, la separación de sexos».

Todos estos obispos se habían inspirado, sin duda, en nuestro Padre Claret, el gran moralista español del siglo XIX, que ponía entre los peligros sexuales a evitar, «el trato de personas de diferente sexo» (41).

Parece como si no hubiese más preocupación que «la carne», como se llamaba a lo sexual. Y cuando más, como decía el Cardenal Gomá, se admitía que «tras la carne va la uña», tras «el sexto, el séptimo» (42).

Recuerdo que por la Gran Ví: iban los jóvenes seguidore del Padre Morales, arrancando los cartesles de «Gilda», la película que había pasado las severas horcas caudinas de la censura eclesiástico - civil con los correspondientes cortes, pero que parecieron insuficientes a este severo moralista. Y el obispo de Canarias Pildain, prohibió a sus sacerdotes ver la TV cuando comenzó en España; y no porque fuese poco desarrolladora de nuestra capacidad cultural, sino por los peligros sexuales que, en opinión de este severo obispo, podía reportales, a pesar de que cuando se bailaba en los estudios una recatada danza (las únicas entonces viables) no podíamos contemplar nunca ni un centímetro de pantorrilla, porque la pantalla las rehuía sistemáticamente.



«Gilda», la película que —pese a los cortes infringidos por la Censura— escandalizó a las almas bienpensantes del país. Un sacerdote, el Padre Morales, hasta organizó expediciones de «razzia» por la Gran Vía madrileña, rompiendo los carteles que anunciaban el film.

EL PATERNALISMO SOCIAL

El lujo era execrado por nuestros obispos, principalmente

Monseñor Antonio Pildain, obispo de Canarias, que prohibió a sus sacerdotes ver la televisión «por los peligros sexuales que podía reportarles»...

porque «lleva hoy a muchos a no resignarse a vivir en su clase social» (43). El clasismo inmovilista era consagrado como el necesario sistema social para vivir tranquilos.

Cuando alguien les hablaba a los obreros de una gran transformación social, y se les instaba a pretender este radical cambio, aunque fuese pacíficamente, se les decía que quienes esto fomentaban hacían promesas vanas: «Os engañan cuantos os la prometieron» (44).

Sólo se concibe que «las estrecheces económicas» producen «el odio y quizá también la envidia, como en el agujero de la roca yace enroscada la víbora» (44). No se concibe ni siquiera aquella «lucha por la justicia» que aconsejó el propio Papa Pío XI. Se predica, en cambio, la oración confiada para salir de la injusticia; y la resignación pasiva, si no se sale de ella.

El socialismo se dice que «es un sistema absurdo y, sobre todo, injusto». ¿Por qué? «Porque viola la propiedad privada, que es sagrada.» Lo contrario de lo que habían enseñado nuestros teólogos juristas del siglo XVI, que veían el régimen de propiedad privada como algo variable a conveniencia de los hombres, incluso pensaban que, por decisión de la mayoría, se podría organizar un régimen colectivo para la propiedad. En 400 años había retrocedido nuestro catolicismo social, en vez de avanzar. Se critica, además, al socialismo «ya que el hombre para trabajar necesita de un impulso que le anime, como es el sacar mayor fruto del trabajo». No se concibe ningún motivo verdaderamente social, ni humanamente elevado, para el trabajo. Todo el estímulo se centra en el dinero en este siglo de tanta influencia católica (46).

Dichos eclesiásticos pretenden estructurar la sociedad con un esquema muy parecido al de la jerarquía social inmovilista preconizada por el filósofo Aristóteles, y hacerlo de acuerdo «con la diversidad de capacidades, de méritos y de funciones sociales», como dice el Padre Menéndez Reigada.
A lo más que se llegó, en estos catecismos, es a decir que «el **salario individual**, que necesita el obrero para su personal sustento..., obliga bajo pecado y a restitución. El **salario familiar** que, con lo que debió ahorrar el obrero mientras no tuvo hijos y con lo que debe ganar su mujer, sea suficiente para mantener a ellos y a tres o cuatro hijos, obliga bajo pecado, pero no a restitución» (47). Fíjense los lectores qué cantidad de cortapisas se le ponen al obrero para alcanzar un escaso y apretado salario familiar: ha de haber ahorrado antes de tener hijos; debe trabajar su mujer; sólo se habla de una familia de «tres o cuatro hijos», ya que si tiene más hijos, allá él con su carga familiar.

La riqueza es mala por razones ascéticas, no por razones de justicia. El motivo que se esgrime es que «cuando todo nos sobra, ya no nos acordamos tanto de Dios». Al fin y al cabo esta concepción daría la razón a Marx, que considera que la religiosidad solamente se tiene como un opio para paliar las miserias del pueblo indigente, pero cuando el hombre supera su alienación económica desaparece la religión.

La limosna era en estos pequeños libros de enseñanza religioso - moral, el gran remedio social. Pero no solamente para ayudar a los «pobres», sino también para inmovilizar lo más posible la situación social creada por los hechos consumados referentes a la justicia en asuntos económicos. Pocos conocerán el privilegio de la llamada **Bula de Composición.** Consistía ésta en un privilegio mediante el cual, en determinados casos, no teníamos que restituir lo mal adquirido o lo mal habido. Se podía aplicar, esta ventajosa y modesta limosna gastada en adquirir la tal Bula, a «los bienes mal tenidos o adquiridos por usuras, engaños o tratos semejantes...; vendiendo géneros adulterados, o

"Las leyes, de profundo sabor cristiano, del Cobierno han llegado a los puestos más avanzados de las reivindicaciones sociales"

"La desigualdad en la distribución de los bienes materiales tiene que desaparecer por obra de la caridad y de la justicia social"

Pastoral de los Obispos de la Archidiócesis de Granada

GRANADA, 6.—El Arzobispo de Granada ha publicado una carta pastoral suscrita por los Obispos de la provincia eclesiástica de Granada, que comprende los opispados de Almería, Jaén, Málaga, Cartagena y Guadix, sobre "la cuestión social". El documento, de gran valor, com[illegible] con unas pa[illegible] IX con-

provincia eclesiástica? En opinión de algunos, la llamada cuestión social es solamente económica, siendo por el contrario ciertísimo que es principalmente moral y religiosa, y por ello ha de resolverse de conformidad con las leyes de la moral y de la re[illegible]

En [illegible]

un elogio al Jefe del Estado español y a su Gobierno, que ha llegado con sus leyes de profundo sabor cristiano a los puestos más avanzados de las reivindicaciones sociales. Ya en marzo de 1938, en plena Cruzada de liberación, se promulgó el Fuero de[illegible] espléndido

A través de sus cartas pastorales, de sus homilías, los Obispos españoles consagraron el clasismo inmovilista como el necesario sistema social para vivir tranquilos, apoyando nítidamente —como en este caso, de diciembre de 1945— la política gubernamental.

con pesas y medidas menores que las legales; o dando lo malo por bueno...; y lo recibido por los jueces por pronunciar una sentencia injusta». La Iglesia decía que a veces «la restitución íntegra es muy gravosa...; y en tal apuro la **Bula** nos redime de hacer un desprendimiento tan dispendioso». La única condición era que «no se sepa el dueño» concretamente y con seguridad. En ese caso basta «sólo desembolsar una parte de lo mal habido» (48).

Algunos se quedarán asombrados de esta «técnica» limosnera tan egoísta y tan asocial. Pero no termina ahí la cosa. En alguno de estos catecismos que sirven para la enseñanza de nuestra burguesía, se afirma que la limosna en España no es estrictamente obligatoria porque se supone que nuestro Estado es tan perfecto que «se cumple con esa obligación —de la limosna— pagando las contribuciones». La ausencia de la obligación económico - social del ciudadano es porque «el Estado mantiene Asilos, Hospitales, Comedores, etc.». Unicamente, si somos generosos nos desprenderemos de algo, y daremos alguna cosa que nos resulte superflua a «tantos pobrecitos como los que han perdido todo con la guerra de España, y principalmente fuera de España» (49).

CONCLUSION

Esta es la educación **religioso - moral - patriótica** que generalmente recibieron los niños y adolescentes después de nuestra guerra civil, como se desprende de estos textos catequísticos bien significativos. Ese bombardeo de ideas y preceptos retrógrados, bañados de obligación religiosa estricta, son los que formaron las primeras generaciones de nuestra postguerra. Y ésa es una de las causas fundamentales por las que hemos permanecido política, humana y socialmente inmovilizados hasta hace poco, que es cuando hemos empezado a despegar de esa estática estratificación social. El contacto con otras perspectivas, a través de libros y viajes, han empezado a abrir nuevos horizontes a los españoles, católicos o no.

Para fomentar este proceso de transformación es necesario el cambio eclesiástico y político, poniendo al día nuestras instituciones religiosas y civiles; y así acomodar —como pedía recientemente el Cardenal Tarancón— estas instituciones

OBRERO VALENCIANO: Si quieres «salud y trabajo», acude a pedírselo al Patrón San Pancracio, en el novenario que se celebra en la iglesia del Pilar, a las siete y media de la tarde

Para que el obrero tuviese «salud y trabajo» no se le proponía que luchara colectivamente por sus reivindicaciones, sino que (siguiendo el ejemplo de este anuncio, publicado en Valencia durante 1945) se le recomendaba acudir a la novena de San Pancracio...

al proceso social de nuestro pueblo, que ha avanzado más que ellas. ■ **E. M. M.**

BIBLIOGRAFIA

(1) **Catecismo Ripalda rimado**, por *Pablo Antón Moreno.* Madrid, 1930.

(2) **Catecismo de la Doctrina Cristiana**, escrito por el *P. Gaspar Astete.* Madrid, 1972.

(3) *B. P. Antonio M.ª Claret:* **Catecismo de la Doctrina Cristiana.** Barcelona, 1943.

(4) *Denzinger:* **Magisterio de la Iglesia.** Herder, 1955 (ver n.º 1.510).

(5) **Catecismo de Cristo Rey**, por *Alejandro Moreno García, presbítero.* Burgo de Osma, 1951.

(6) Este Padre se ocupó durante muchos años de la lucha anti - protestante en España, y me regaló este libro confidencial, escrito por los años 50, que hizo un daño inconmensurable a los infelices pastores protestantes que conocí y traté diez años después.

(7) **Nuevo Ripalda en la Nueva España.** Ed. Jerez Gráfico. Jerez de la Frontera, 1951.

(8) *P. Juan Perrone, S. J.:* **Catecismo sobre el Protestantismo**, adaptado por el presbítero C. M. Ed. Vilamala. Barcelona, 1950.

(9) **Breve Catecismo de la Cofradía de la Virgen del Carmen**, por el *P. Juan Manuel de San José,* O.C.D. Avila, 1962.

(10) *Sánchez de Muniain:* **Antología General de Menéndez Pelayo.** Ed. B. A. C. Madrid, 1956.

(11) *F. Segura, S. J.:* **El Alzamiento Nacional.** Ed. Sal Terrae. Santander, 1964.

(12) **La Carta Colectiva del Episcopado Español.** Ed. C. I. O. Madrid, 1972. (En esta edición se contiene una copiosa documentación con los textos de obispos de todo el mundo alabando a los obispos españoles que escribieron esta Pastoral; sólo dejaron de firmarla Mons. Múgica, Obispo de Vitoria, y el Cardenal Vidal i Barraquer, arzobispo de Tarragona. En este libro se pueden leer las alabanzas de Pío XI a los Obispos mejicanos que apoyaban la cruzada violenta de los «cristeros» mexicanos contra su gobierno).

(13) **O. c.** (12).

(14) **O. c.** (12).

(15) *Cardenal Isidro Gomá:* **Pastora-**

De acuerdo con los textos de enseñanza religioso-moral, la limosna era el gran remedio social. Vemos a la hija del Jefe del Estado y al obispo de Madrid-Alcalá, doctor Eijo Garay, a punto de servir una comida a trescientos pobres durante el invierno de 1944.

En la idea de fomentar un ineludible proceso de transformación, es necesario el cambio religioso y político, poniendo al día nuestras instituciones religiosas y civiles, acomodándolas al proceso social de nuestro pueblo.

les de la Guerra de España. Ed. Rialp. Madrid, 1955.

(16) *Segura, S. J.*, **o. c.**

(17) *P. Menéndez Reigada, O. P.:* **Catecismo Patriótico Español.** Salamanca, 1939.

(18) *P. Cándido Arbeloa, S. J.:* **Sábados Populares dedicados a María.** Pamplona, 1937.

(19) *Menéndez Reigada,* **o. c.**

(20) *Sánchez Albornoz:* **España, un enigma histórico.** Ed. Sudamericana. B. Aires, 1956. *Américo Castro:* **La realidad histórica de España.** Ed. Parúa. México, 1954. *A. Castro:* **Los españoles: Cómo llegaron a serlo.** Ed. Taurus. Madrid, 1965. *J. Vicens Vives:* **Aproximación a la Historia de España.** Barcelona, 1960.

(21) **O. c.** (17).

(22) **O. c.** (17).

(23) **O. c.** (17).

(24) *Edelvives:* **Catecismo del Sagrado Corazón.** Zaragoza, 1945.

(25) *Aparisi:* **En defensa de la libertad.** Ed. Rialp. Madrid, 1957.

(26) *Pérez Embid:* **Marcelino Menéndez Pelayo.** Ed. Rialp. Madrid, 1962.

(27) **Instrucción sobre la vida religiosa de los artilleros.** Segovia, marzo de 1952.

(28) **Preparación popular al Cumplimiento Pascual.** Madrid, 1952.

(29) En el Decreto de 9 de marzo de 1938 se decía que «el Estado, Nacional en cuanto es instrumento **totalitario** al servicio de la integridad Patria»; esto se suprime en 1967, junto con la alusión al «Imperio» (Decreto 20 de abril 1967, con el nuevo texto refundido del **Fuero del Trabajo.** «B. O. E.» de 21 de abril 1967).

(30) *Acción Católica Española:* **Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios.** Madrid, 1955.

(31) **Esquemas de Doctrina Cristiana.** Ed. Católica Toledana, sin fecha.

(32) **Nuevo Ripalda, o. c.**

(33) *P. Cándido Arbeloa, S. J.*, **o. c.**

(34) Citado por *P. Segura, S. J.*, **o. c.**

(35) *Don Joseph Linás, Arzobispo de Tarragona:* **Cathechismo y Explicación de la Doctrina Christiana.** Barcelona, 1704.

(36) *C. Sánchez Aliseda:* **Devocionario del Campesino.** Ed. Católica Toledana, 1953.

(37) **Instrucción de los Metropolitanos Españoles sobre moralidad pública.** Cruzada de la Decencia, Madrid, 1957.

(38) **Normas de Decencia Cristiana.** Comisión Episcopal de Ortodoxia y Moralidad. Madrid, 1958.

(39) **O. c.** (38).

(40) **O. c.** (38).

(41) *B. P. Antonio María Claret,* **o. c.** (3).

(42) Citado en *P. Martínez Bres, S. J.:* **Los Ejercicios Espirituales.** Zaragoza, 1956.

(43) **Normas de Decencia cristiana, o. c.** (38).

(44) *F. Alcañiz:* **Al obrero.** Granada, 1963. De este folleto, con ese tono de resignación social paternalista, se habían editado, hasta ese año, 117 millares de ejemplares.

(46) *Mon. Portugal:* **Catecismo Filosófico - Teológico.** Barcelona, 1904.

(47) *Dr. Lama Arenal:* **Catecismo breve.** Santander, 1943.

(48) *Horcajo:* **El cristiano instruido en su Ley.** Madrid, 1893.

(49) *L. M. Jiménez Font, S. J.:* **Catecismo Apologético.** Barcelona, 1946.

Entrevista con Fermín Solana

Julián Besteiro: Un reformista en el socialismo español

Josefina Pascual

ACABAN de ser publicados por Editorial Taurus los dos tomos dedicados al estudio y recopilación de los discursos parlamentarios que Besteiro, como diputado socialista, pronunció en el período que va desde 1918 a 1923. La obra comprenderá dos volúmenes más sobre las etapas posteriores de Besteiro.

Fermín Solana, *el autor de este trabajo, no se ha limitado en esta ocasión a la exclusiva labor compiladora. A lo largo de los dos libros iniciales la serie de anotaciones y estudios complementarios que jalonan las intervenciones del profesor socialista, a fin de centrarlas en su propio contexto, bien pudieran configurar otra obra con absoluta autonomía.*

Así pues, en Fermín Solana encontramos no sólo al profundo conocedor de Julián Besteiro sino también al especialista riguroso de la Historia parlamentaria y de la Historia general de aquel período de la vida española.

En la entrevista que sigue, Fermín Solana nos ofrece su visión sobre la figura de Julián Besteiro, cuya vida como protagonista político él ha seguido paso a paso.

Mitin de las izquierdas coaligadas (republicanos, socialistas y reformistas), bajo la presidencia de Pablo Iglesias. Julián Besteiro —segundo por la izquierda— antes de militar en el Partido Socialista había pertenecido sucesivamente al Partido Republicano de Salmerón y al Partido Radical de Lerroux.

—A la hora de elegir un personaje para realizar un trabajo de investigación tan minucioso, ¿por qué la figura de Julián Besteiro?

FERMIN SOLANA.—La elección de Besteiro como centro de este estudio del pasado no es casual, desde luego. La historia del socialismo español tiene para mí una entrañable incitación. Y no sólo por el significado y relieve personal y combativo de muchos de sus hombres, sino porque expresó, en la España de que hablo en la obra sobre Besteiro, una extraña modernidad respecto al régimen y sus hombres. En España los gobiernos y las instituciones siempre han sido más antiguos que el país, y en lugar de tirar aquéllos de éste, de modo que la carrera se hiciera en forma suave y progresiva, hemos andado a saltos y a la greña con medio mundo o el mundo entero. Estos socialistas de 1918-1923, gentes humildes en su mayoría, con una fuerte conciencia ética y un sentido inequívoco del deber, estuvieron a mayor altura de amor al país que sus contrincantes conservadores y liberales. Y para mí esto, como para otras gentes, tiene una absorbente atracción.

De entre los socialistas de las dos primeras generaciones resultan extraordinariamente atractivos Iglesias y Besteiro, sin desconocer que en otros casos (De los Ríos o Prieto), había materia suficiente para intentar una tarea como la que ahora he acabado. Pero en el caso de Besteiro, a las condiciones de hombre de Partido unía un temperamento y una forma de entender y hacer la política, que pueden servir adecuadamente a las conveniencias de nuestra época.

—¿Cómo ha estructurado usted esta edición, qué método ha seguido?

F. S.—La preparación de esta edición de los discursos de Besteiro ha sido un trabajo largo y laborioso. En un plan

Reunión de las izquierdas en el Congreso (junio de 1916). Rara vez en sus discursos parlamentarios ofrece Besteiro —de pie, tercero a la izquierda— exposiciones marxistas genéricas, y sí una interpretación de los hechos basada en la rectitud y el conocimiento de las necesidades de la clase obrera.

que propuse a la Editorial Taurus hacía hincapié en la necesidad de publicar las obras completas del profesor socialista. El proyecto fue aceptado inmediatamente. Según el método que me había propuesto seguir en la presentación de la vida y obra de Besteiro, esa edición iba a suponer la revisión de periódicos, revistas y libros referentes a un espacio de cincuenta años de la vida española, lo cual desborda las fuerzas de una sola persona. La obra, pues, se ha limitado a la historia parlamentaria, ahora en el período de 1918-1923 y después, en el de 1931-1936.

En los volúmenes que se publican ahora, correspondientes a la primera etapa indicada, los materiales aluden a diversos niveles de noticias. Si se tiene en cuenta que el núcleo central de la publicación son los discursos de Besteiro en el Congreso de los diputados, las primeras noticias han de referirse a las circunstancias que provocan cada intervención, los hechos históricos externos y el desenvolvimiento parlamentario de cada proyecto de ley o interpelación. Con «hechos externos» quiero aludir a las noticias de carácter político de la época, lo que evita que los materiales parlamentarios queden aislados en el contexto general. Y naturalmente, las referencias a la historia del socialismo, sin las cuales muchas veces las intervenciones de Besteiro serían difícilmente explicables.

—Besteiro inicia su formación en la Institución Libre de Enseñanza; más tarde estudia Filosofía y después amplía sus estudios en el extranjero: ¿a qué corrientes filosóficas o de pensamiento se sintió más próximo?

F. S.—La mayor influencia que recibió Besteiro durante su etapa formativa fue la de don Francisco Giner de los Ríos. Giner había defendido a lo largo de su vida la necesi-

dad de resolver los conflictos nacionales —la gran cuestión de nuestra historia contemporánea— por medio del arbitraje, la transacción, el diálogo, y en todo caso por la fortaleza de cada hombre formado en la rectitud y la generosidad; para lograr este ciudadano nuevo establecía un programa de renovación educativa, ajeno a las antiguas fórmulas que sólo habían servido para favorecer a las clases altas y reducir en la conformidad a los humildes. Esta influencia «eticista» nunca dejó de operar sobre el comportamiento y las ideas de Julián Besteiro.

Otros maestros institucionistas también habían dejado su huella formativa en Besteiro; sobre todo Salmerón y Simarro, que le adentraron en el conocimiento de la filosofía positivista. Antes de obtener la cátedra de Psicología, Lógica y Etica en el Instituto de Orense —en 1897— Besteiro había estado en la Sorbona donde se afirmaron sus inclinaciones hacia el neopositivismo. Más tarde amplió estudios en diversas Universidades alemanas, donde reafirmó aquella actitud a la vez que estudiaba a Kant.

La cuestión de cuándo aceptó la filosofía marxista no está clara. Es probable que durante su permanencia en Alemania leyese a Marx. Sin duda su formación institucionista —y, por consiguiente, de desapego a la filosofía tradicional— debió inducirle a buscar un contenido o unos valores para su comportamiento de hombre público, lo que halló en el marxismo, más adecuado a su actitud positivista.

—¿Por qué vías llega Besteiro al socialismo?

F. S.—En un principio Besteiro militó en el Partido republicano de Salmerón, como la mayor parte de las personas que se habían educado en la Institución Libre de Enseñanza; y corrió toda la aventura —de fraccionamiento, reagrupación, cambios, radicalismos, moderaciones, etc.— del republicanismo de los últimos años del siglo XIX. En 1908, cuando se crea por Lerroux el Partido Radical, Besteiro se inscribe en sus filas, creyendo que la nueva colectividad política podría servir mejor al programa de cambio y progreso que reclamaba la calle desde los fracasos de 1898.

Sin embargo, muchas actitudes de los radicales carecían de claridad. A veces aparecían confabulados con los caciques de aldeas, otras no mostraban ninguna energía para condenar las decisiones opresivas del Poder público. La decepción paulatina de Besteiro tuvo su punto culminante con motivo del desastre del Barranco del Lobo, que le llevó a adoptar una actitud terminante y de ruptura en unos artículos publicados en 1910.

Estos trabajos, en que rechazaba la acción militar en la

Besteiro (de pie, a la izquierda del lector), Anguiano, Saborit y Largo Caballero en el penal de Cartagena leyendo en la Prensa las noticias sobre su amnistía. La oposición de Besteiro al sistema reinante y a la política de los dinásticos fue decidida y terminante.

10 de mayo de 1918: Tras salir de la cárcel de Cartagena, Besteiro habla desde la tribuna de la Casa del Pueblo de Madrid. El tenía el convencimiento pleno de que el Partido Socialista constituía la expresión más elevada de la conducta ética existente en el país.

Zona de Marruecos, coincidían con el criterio de los socialistas, quienes por ello mismo le invitaron a la tribuna de la Casa del Pueblo, en Madrid. Por causa de esta conferencia Besteiro fue procesado y conducido a la Cárcel Modelo, donde se hallaban Saborit, Anguiano y otros socialistas. Es posible que su relación con ellos y las lecturas y contactos que había sostenido en Alemania con profesores marxistas le decidieran a afiliarse al P. S. O. E. en 1912. De todas maneras yo creo que fue ésta una decisión no tanto de la mentalidad más o menos socialista que pudiera tener Besteiro en la ocasión, cuanto de su convencimiento de que el pequeño Partido constituía la expresión más elevada de la conducta ética existente en el país. Y no es una afirmación partidaria, sino un hecho histórico, que, en efecto, Iglesias y sus seguidores expresaban en estos años los más altos niveles de la conciencia pública de justicia y de libertad.

—Dentro del Partido socialista ¿hasta qué punto Besteiro representa la quintaesencia del «pabloiglesismo» en lo que éste tiene de visión moralista, eticista, e, incluso, esteticista del socialismo?

F. S.—Bueno, ésta es una pregunta compleja que exigiría seguramente muchas explicaciones. Yo diría, resumiendo un poco todo ello, que hasta las elecciones legislativas de 1918 no hubo iglesistas y no iglesistas en el seno del Partido. La autoridad de Pablo Iglesias era reconocida por todos, aunque a veces se discutieran sus propuestas sobre la táctica que el Partido debía seguir en determinados asuntos. Se discutió mucho más en la Comisión ejecutiva o en los Congresos a Iglesias que a Maura, Romanones o Alba en el seno de sus asociaciones. Después de esa fecha aparecieron tendencias muy fuertes y contrapuestas, de carácter ideológico, que desembocarían, en 1921, en la separación de los terceristas.

Yo no sé muy bien qué es el «pabloiglesismo». Como en otros partidos de clase o agrupaciones sindicales había los tácticos y los doctrinarios. Los primeros solían ser los

En Besteiro (a quien vemos en su despacho madrileño), su formación institucionista —y, por consiguiente, de desapego a la filosofía tradicional— debió inducirle a buscar un contenido o unos valores para su comportamiento de hombre público, lo que halló en el marxismo.

hombres de lucha, los propagandistas del programa y de la redención obrera, los críticos de los hechos y de las situaciones y los sociólogos prácticos del mundo electoral. Los doctrinarios, los teóricos marxistas no tenían en el Partido mucho papel, aunque su labor fuera importante en la cátedra y el libro. Pablo Iglesias fue fundamentalmente un táctico, un socialista de la calle —con talento y dedicación apasionada a remediar la injusticia de los humildes—, y no un profesor de Universidad. Su mundo ideológico se componía, cierto es, de lecturas españolas y francesas, pero sobre todo del conocimiento profundo de la clase obrera y de la época que le había tocado vivir. A todo ello unía una voluntad de gran elevación moral, de amor a la justicia y de liberación del proletariado, lo que sólo —pensaba— podría hacerse con la desaparición de la dicotomía «opresores» y «explotados». Acaso la suma de todas estas condiciones se llame «pabloiglesismo».

También Besteiro fue un táctico dentro del Partido. Rara vez en sus discursos electorales o parlamentarios ofrece exposiciones marxistas genéricas, y sí una interpretación de los hechos basada en la rectitud y el condicionamiento de las necesidades de la clase obrera. En otros lugares, como en los comités, comisiones y congresos, es posible encontrar una posición marxista rígida, lo que ha demostrado brillantemente Emilio Lamo. Cabría pensar, en fin, que la táctica resumió la acción socialista —por lo menos hasta 19 1— en las esferas de su representación municipal, provincial y parlamentaria. Y fue un acierto, del que se derivaron ventajas que hoy son ya historia evidente.

Diría, en resumen, que el problema del eticismo de Iglesias, Besteiro o Saborit, con la exclusión total de interpretaciones márxistas de los hechos políticos y sociales, no es completamente cierta, y a mí me parece una fabulación creada en 1921 por sus adversarios separados. Por otra parte creer que el marxismo no es un sistema de ética, es rebajarlo, pero sin lógica.

—¿Pudo influir esta actitud eticista en el hecho de que Besteiro no fuera considerado un adversario de la estructura social creada por la burguesía?.

F. S.—Es aventurada la afirmación de que Besteiro no pasara por un enemigo del sistema burgués en tiempo de la monarquía. Besteiro era hombre de vasta cultura, educado en las formas académicas, con quien sus contrincantes podían dialogar. Muchas veces dio pruebas de que comprendía el proceso social con más amplitud que sus adversarios. Y no calló su interpretación. Pero su oposición al sistema reinante y a la política de los dinásticos fue terminante, lo que, como a Pablo Iglesias, condujo a aquéllos al golpe bajo y al descrédito personal. Algún ejemplo de esto he recogido durante una discusión parlamentaria.

—Besteiro había sido siempre partidario de que el Partido socialista participase en todos

aquellos organismos públicos de carácter electivo como un modo de influir en la política nacional; sin embargo, en 1931 se opone a la participación del socialismo en el Gobierno y más tarde se opone también a cualquier plan de toma del Poder por parte del Partido socialista. ¿Cuál es su explicación de este cambio de postura?

F. S.—La participación en la política a través de los ayuntamientos, las diputaciones y el Parlamento no fue una idea particular de Besteiro, sino que había sido la línea tradicional adoptada por el Partido socialista. Pablo Iglesias y sus compañeros —con Largo Caballero también— fueron partidarios de aquella intervención en el juego del sistema constitucional. Hubo siempre, cierto es, sectores que se mostraron reacios a esa actitud y que pedían la soledad y el autoconfinamiento: eran los extremistas que se creían a sí mismos los más ortodoxos, de que salió luego el grupo de los terceristas. Pero su actitud hemos de verla extrañamente comprometida en las elecciones legislativas de 1923, en que los separados presentaron candidaturas en diversas circunscripciones.

Besteiro aceptó con la mayoría del Partido la intervención en los órganos representativos. Esta misma actitud la mantuvo durante la Dictadura. Primeramente en 1924, cuando Largo Caballero fue designado por el dictador miembro del Consejo de Estado, Besteiro defendió contra Prieto y De los Ríos la aceptación del cargo y ese criterio prevaleció en el Partido y la Unión. Después, a los dos años de la muerte de Iglesias (en 1925), los Congresos extraordinarios del P. S. O. E. y U. G. T. acordaron abstenerse respecto a la participación de los socialistas en la Asamblea

Besteiro caricaturizado por Bagaría en «El Sol» de 11-VI-1919. Cuando ingresaron en el P. S. O. E. diversos intelectuales (Ovejero, Verdes Montenegro, Besteiro, Jaén, De los Ríos, etc.), el Partido adquirió gran importancia cualitativa y numérica.

Nacional Consultiva, creada por el dictador, lo que supuso una grave derrota para la «táctica intervencionista» defendida por Besteiro. Otra derrota importante sufrieron los moderados del Partido en 1928 y, sobre todo en 1929, año éste en que los Comités Nacionales del Partido y de la Unión rechazaron una nueva invitación del dictador para que eligieran cinco miembros de la Asamblea Nacional. Estas derrotas de los moderados redujeron la influencia de Besteiro en la organización socialista, en la que ocupaba las presidencias de las Ejecutivas del Partido y de la Unión. Besteiro creía que el objetivo de un partido político es alcanzar el Poder: en el régimen democrático, mediante los votos; en la dictadura, utilizando la táctica de la participación en todos aquellos puestos que fuera posible. La dictadura sólo entiende un lenguaje: el de la hipocresía, que emplea con afán desde el mismo momento de su creación. Y este mismo lenguaje tienen que usar sus contrincantes, porque de otra forma la historia acaba por volverles la espalda. Esta tesis se minusvaloró por hombres de tanta inteligencia como De los Ríos y Prieto, lo que conduciría al Partido a una competencia, a una carrera de extremismos con sus parientes políticos, los separados en 1921, de la que sólo habrían de derivarse grandes infortunios.

Las discrepancias en el seno de la organización socialista acrecieron en los últimos meses de 1930 y primeros del siguiente. En diciembre de 1930 aceptó el Partido figurar con tres miembros en el futuro Gobierno republicano, que todos creían ya muy próximo. Besteiro votó en contra de esta propuesta por considerar, ahora, que el Partido no debía comprometerse: como en 1917 se quería que el pueblo saliese a la calle en apoyo de los militares, quienes no deseaban dar al movimiento de las Juntas de defensa la impresión de una cuartelada. Después se había dejado solos a los obreros, ametrallándolos. Besteiro se negó a repetir la aventura. En contra de esta actitud se organizó, de acuerdo con los republicanos y algunos militares comprometidos, la huelga general que estallaría al tiempo que la sublevación de los cuarteles. Y de ello se dio cuenta a Besteiro, quien, como ya he dicho, presidía las dos Comisiones ejecutivas. De acuerdo con lo convenido hubo un alzamiento en Cuatro Vientos, pero en Madrid no se produjo la huelga. Este fracaso levantó los ánimos de los más comprometidos.

En 1931, poco antes de la instauración de la República, Besteiro se vio forzado a aceptar la abstención en las elecciones legislativas proyectadas por el general Berenguer. «Se vio forzado» porque su criterio, según expuso después, seguía siendo la participación como único medio de evitar traumas irreparables y como único medio también de alcanzar el Poder. Yo no creo que entonces, ni después —y no hay testimonios auténticos que me contradigan—, Besteiro hubiese adquirido algo así como una actitud favorable a la perpetuación del régimen monárquico.

EL PARTIDO SOCIALISTA ANTE
EL PROBLEMA DE MARRUECOS

DISCURSOS PRONUNCIA
DOS POR EL DIPUTADO

JULIAN BESTEIRO

En las sesiones del Parlamento correspondientes a los días 3, 4 y 10 de noviembre de 1921

FELIPE PERA CRUZ
PIZARRO, NÚM. 16, MADRID
TELÉFONO NÚM. 1402-M

En el Parlamento, las intervenciones de Besteiro representan, casi siempre, la definición de la actitud del Partido Socialista sobre las cuestiones que se producen en ese momento. He aquí la portada de los discursos pronunciados por Besteiro en 1921 con motivo del desastre de Annual.

Entre esta votación a que me he referido y el 14 de abril, los socialistas volvieron a plantearse el problema de la participación en el futuro Gobierno republicano. Besteiro se opuso de nuevo, por creer que los ideales de Alcalá-Zamora, Maura y los otros burgueses republicanos no podían compaginarse con los de los socialistas; y porque la organización obrera no debía mezclarse en una política que no era la suya, desvirtuando los ideales socialistas y a la larga debilitando la fortaleza del Partido. En contra de este criterio las Comisiones acordaron llevar tres ministros al futuro Gobierno provisional, y quedaría por saber —con carácter definitivo— si fue esa precisamente la causa de tantas cosas como ocurrieron después de abril de 1931.

Con esta derrota, que en definitiva aupaba a Largo Caballero y a los suyos, Besteiro dimitió de sus cargos de presidente en las Comisiones ejecutivas, mas sin plantear, ni remotamente, la escisión, que es la actitud tradicional adoptada por los que intervienen en política en este país.

—¿Cómo ve usted la actuación de Besteiro durante la República?

F. S.—El triunfo a que he aludido, de Largo Caballero,

Prieto y De los Ríos, alejó a Besteiro de los centros vitales del Partido socialista, aunque momentáneamente. En la preparación de las legislativas de 1931 «se deseó» que Besteiro no obtuviera la candidatura por los votos de los afiliados a la Agrupación Socialista Madrileña, y a duras penas logró un puesto en ella. En las elecciones, sin embargo, su triunfo fue mucho más claro, mostrando el electorado madrileño con ello su apego a la moderación. Las Cortes Constituyentes le eligieron su presidente, desde cuyo cargo dirigió los debates con equilibrio y justicia, desconociendo desde el sitial quiénes eran sus amigos políticos y sus adversarios. No era poco esto, después de haber asistido durante cinco legislaturas monárquicas a las componendas de los presidentes del Congreso con los adictos a su partido o al régimen. Muchos enojos de los diputados socialistas y de sus aliados republicanos se debieron precisamente a esta ecuanimidad.

Con la elección para el cargo de presidente de las Cortes se renovó la popularidad de Besteiro e incluso acreció su influencia en la organización obrera. En 1932 celebraron Congresos el P. S. O. E. y la U. G. T. En el del Partido se planteó el problema de la colaboración en el Gobierno, asunto sobre el que ahora la opinión socialista se produciría en contra, en contraste con Besteiro para quien la ruptura adoptada repentinamente (después de haber aceptado la colaboración) podría provocar la crisis y la necesidad de unas nuevas elecciones, siempre arriesgadas para el incipiente régimen. El Congreso aprobó la colaboración aunque en términos limitados, y eligió a Largo Caballero para la presidencia de la Comisión ejecutiva. Por el contrario, en el Congreso que celebró la Unión se eligió por mayoría presidente a Besteiro. Recobraba sin duda su influencia, pero el hecho de que dirigieran las dos organizaciones hombres de tácticas tan diferentes sólo podía ser causa de continuas disputas y de una inconsciente carrera hacia metas opuestas: Largo Caballero, hacia la bolchevización del Partido; y Besteiro, hacia las fórmulas socialdemocráticas, todavía sostenidas en el marxismo, pero desligadas de las interpretaciones de Lenin.

En 1933 hubo nuevas elecciones legislativas, logrando Caballero, en la antevotación de candidatos del Partido, un puesto más airoso que Besteiro. Pero el cuerpo electoral desmintió después aquel resultado, al otorgar a Besteiro el primer puesto de Madrid, en la primera y segunda vuelta, y a su contrincante el tercero y duodécimo respectivamente en las dos vueltas. La polémica entre las dos tendencias continuó su desarrollo en términos cada vez más agudos. Este año de 1933 Largo Caballero pidió la organización de un movimiento revolucionario como vía para la conquista del Poder y la instalación del programa de Lenin. La propuesta, en contra del criterio de los moderados, fue aceptada al año siguiente, y los socialistas se embarcaron en octubre en un movimiento que forzosamente tenía que fracasar. Besteiro, que había dimitido de su cargo de presidente del Comité de la

Francisco García Molinas, Antonio Sacristán, Julián Besteiro, Fernando de los Ríos, Pablo Iglesias, Manuel Cordero, Alvarez Rodríguez Villamil y Andrés Saborit, diputados por Madrid. Así lo reflejaba la portada de «El Sol» el 1 de mayo de 1923.

Presidencia del entierro de Pablo Iglesias, fallecido en 1925, al salir de la Casa del Pueblo. De izquierda a derecha, entre otros: Lucio Martínez, Francisco Largo Caballero, García Quejido (?), Julián Besteiro (en segunda fila), Fernando de los Ríos y Andrés Saborit.

Unión, no dudó en condenar aquellos hechos con la misma energía con que se había opuesto a la aprobación del plan descabellado. Aunque los resultados justificaban su actitud, la masa del Partido orientada por Largo Caballero hacia el modelo bolchevique, rechazó el criterio del profesor socialista. Ello significaba su apartamiento completo. Y, en efecto, entre 1935 y 1939 Besteiro vivió aislado, con intervenciones esporádicas en el seno de la organización obrera. En las elecciones del 36 salió elegido diputado, aunque no había hecho propaganda electoral. También entonces obtuvo el primer puesto de la candidatura del Frente Popular para Madrid, lo que confirmaba de nuevo que el electorado seguía teniendo más confianza en la moderación que en la revolución predicada por un amplio sector de los dirigentes socialistas, reunidos todos bajo la vieja bandera de que el Poder era de las minorías audaces. La guerra civil desatada en julio de 1936 fue el resultado de muchas causas, pero entre ellas hay que considerar la marcha revolucionaria de las organizaciones de clase.

—¿Cuál es su opinión sobre el grupo de socialistas reformistas —Saborit, Muiño, Mairal, etc.— que Besteiro aglutinaba tras él?

F. S.—Yo creo que en un país subdesarrollado, quiero decir, con grandes masas de gente oprimida, con una jornada de trabajo agotador y salarios de hambre, un Partido socialista ha de ser una colectividad política en la que necesariamente han de subsistir varias tendencias. Mientras el P. S. O. E. fue un Partido Obrero estas tendencias no existían; pero también es cierto que el Partido no lograba la fuerza, material e intelectual, que ansiaban sus dirigentes. Cuando ingresaron los elementos intelectuales (Ovejero, Verdes Montenegro, Besteiro, Jaén, De los Ríos, etc.), el Partido adquirió importancia insospechada, desde el punto de vista cualitativo y numérico, esto último casi imposible si tenemos en cuenta la actitud de férreo decorte que ejercieron

mauristas y datistas a todo impulso natural de ampliación de las organizaciones obreras. Aunque esta inyección intelectual benefició al Partido, existieron sectores obreristas que vieron con recelo la actuación de los «profesores». Así y todo, la historia del P. S. O. E. prosiguió sin grandes altercados internos (solamente los justos) hasta 1921, con una aclimatación constante a las circunstancias; por ejemplo, con el bolchevismo sentimental de 1918 y 1919, o con la renovación de la táctica conjuncionista en 1918.

Pero en un país desarrollado, con más medios materiales en el reparto social, las tendencias no pueden subsistir en el seno del Partido, porque el número de personas que prestan su fe y apoyo al socialismo ya no es solamente la clase obrera y los elementos intelectuales más avanzados. Entonces el fraccionamiento es inevitable, pues aunque la meta final sea la misma, ni las personas ni los métodos han de ser iguales.

Besteiro, Cernadas y los otros socialistas que usted cita, vivieron dentro de la disciplina del Partido y acomodaron su criterio a la realidad cambiante como hombres políticos. Después de 1923 —a pesar de la dura prueba que había supuesto la burla de las responsabilidades por los desastres de Africa— dejaron de creer paulatinamente en la revolución, porque la revolución sólo se hace cuando puede hacerse, y estaba claro que no se *había podido* llevar a efecto en 1909 y 1917, como tampoco después, en 1930, 1934 y 1936. Se habían volcado por temperamento y raciocinio, como otros muchos partidos hermanos de Europa, a los hábitos de la democracia, valorada como un resultado de voluntades, en que, por otra parte, quería empeñarse la mayor parte del país, burgueses y proletarios. Y porque, en fin, la experiencia de 1917, como la de 1934, sólo había tenido por resultado la muerte de miles de personas humildes arrastradas a la lucha activa por un ideal inasequible. Para la tendencia reformadora de Besteiro y sus amigos estaba claro que Largo Caballero había conseguido más para la clase obrera durante sus intervenciones en el Parlamento, en 1918-1919 y sus gestiones cerca de las autoridades (manojo pequeño, sin embargo, de logros; pero esto es ya materia del egoísmo y ofuscación de los conservadores españoles) que al fletar el barco del todo o nada.

—Besteiro defendió siempre su posición de marxista ortodoxo; sin embargo, hay quienes mantienen que en el análisis de su actuación política y de sus métodos socialistas, el marxismo es inexistente.

F. S.—Debo aclarar que las referencias que hago en mi obra sobre la historia parlamentaria de Besteiro y de la minoría socialista, aluden exclusivamente a los años 1918-1923. En esta etapa y en los años anteriores, desde su filiación al P. S. O. E., Besteiro ofrece elementos doctrinales enraizados con el marxismo. En los informes que presenta a los órganos representativos del Partido cuando regresa de las conferencias internacionales celebradas en Ginegra, Berna, etc., hay una interpretación marxista de los hechos y de las situaciones y hay una exposición de normas o principios generales de táctica que en buena medida podían servir para la política del Partido. Otro tanto puede decirse de sus discursos en las Agrupaciones y comités del P. S. O. E. Pero en las intervenciones electorales y en los debates parlamentarios rara vez se produce, en su conjunto, con una doctrina de base marxista, aunque sí lo hiciera con análisis que en última instancia estaban fundados en las determinaciones del Partido. Y esta actitud era lógica, porque en los mítines que precedían a las elecciones, el auditorio no era enteramente socialista, ya que abundaban los simpatizantes remotos a quienes había que convencer a última hora. Por otro lado, las Cortes, aunque constituían una magnífica tribuna para la propaganda de la idea, difícilmente pudieran ser el medio adecuado para la exposición doctrinaria. El pequeño grupo de diputados que con notable malhumor y desgana acudía al hemiciclo, difícilmente hubieran tolerado (como no toleraban) las disquisiciones demasiado abstractas. Hay que conocer bien nuestra historia parlamentaria para despojarla de evocaciones románticas y de censuras que responden casi siempre a situaciones hipotéticas, que nada tenían que ver con la oficina de las leyes. De ahí que prefirieran, Besteiro y sus compañeros de minoría, explanar en cada caso la política del Partido convenida previamente. Esto está claro. Como también lo está el que Besteiro evolucionase con los años hacia fórmulas menos rígidas que las que podían extraerse de un sistema de pensamiento cerrado. Creo que su preparación y estudios fueron eminentemente marxistas; pero no fue, con las inevitables excepciones, un teórico de esta doctrina, sino un hombre político, un táctico que seguía las orientaciones del Partido y trataba de modificar la sociedad de su época de acuerdo con aquellos estímulos que él, con libertad y disciplina, había aceptado.

Pero, en fin, para la historia del Partido socialista español no creo que tenga relieve especial que éste sea más marxista que aquél; que unos sean marxistas tibios y otros marxistas rígidos con la misma rigidez de los antiguos escolásticos. En un Partido de este

tipo lo importante no eran los análisis teóricos, sino la aceptación y el cumplimiento de los acuerdos adoptados por los órganos representativos, que en definitiva siempre respondían a las ideas genéricas del socialismo científico. En este aspecto Besteiro fue un socialista disciplinado, aunque sus propias condiciones intelectuales y el medio social y político le obligaran a plantear reservas y criterios contrarios a la rigidez doctrinaria y muchas veces de efectos suicidas. Lo que Lenin hizo con la doctrina marxista, que sometió, sin duda con toda licitud, a recortes e interpretaciones personales acordadas con el medio social sobre el que quería operar y el ambiente internacional, es lo mismo, aunque no coincidente, que en otras partes hicieron otros socialistas al dar al marxismo una interpretación abierta y democrática.

—Besteiro, en cierto modo, ha sido un personaje mitificado. De él se ha dicho, sin embargo, que era un hombre egocéntrico y que cultivaba un deseo de singularidad y de originalidad. Usted que ha seguido paso a paso la vida pública de este personaje, ¿cree que estas afirmaciones son ciertas?

F. S.—A esta pregunta tengo que contestar con un no; acaso con un no rotundo. Pienso que todos los hombres que ocupan posiciones de relieve dentro de un partido político, se comportan lógicamente con un cierto individualismo, quiero decir, con un deseo de definir en cada caso las situaciones políticas y las consecuencias de las medidas de gobierno. Pero un partido no

Besteiro, rodeado en las Cortes por los informadores parlamentarios. Fue un socialista disciplinado, aunque sus propias condiciones intelectuales y el medio social y político le obligaran a plantear reservas y criterios contrarios a la rigidez doctrinaria, con —muchas veces— efectos suicidas.

es un grupo de personas que rodean a un jefe prestigioso, acicate de voluntades, atracción para los que desean hacer algo. Ejemplos de esto último, del líder que define y pontifica, hemos tenido muchos, y aun no sólo en la historia pasada. En el Partido socialista, Besteiro fue el animador de un tipo de táctica nada rígida, que fue ajustándose a unas realidades tan cambiantes como lo fueron el reinado de Alfonso XIII, la Dictadura y la República. Unas veces obtuvo, en la Comisión, el Comité o los Congresos, el apoyo de la mayoría; otras sucumbieron sus previsiones y deseos: y no es el caso de examinar quién tenía razón, pues para mí el asunto está claro a la vista de los resultados históricos.

Pero, en definitiva, lo que importaba e importa es la disciplina, el acatamiento de la voluntad más general. La disciplina es el fundamento de un partido de clase, de un partido de ideales, porque en las agrupaciones conservadoras la disciplina es un hecho que se da por sí solo, como que al fin de cuentas los intereses y su defensa eliminan cualquier veleidad originalista. Besteiro acató sus derrotas y sirvió a la idea de la redención en los mismos términos que lo había hecho Iglesias.

La palabra «mitificado» me sorprende. Creo que fue un hombre popular, es decir, querido y respetado por el pueblo. Pero lo de mitificado me parece una broma. ¿Conocen quienes creen eso algún personaje español mitificado de la izquierda? En la derecha hubo muchos, muchísimos, desde Cánovas el restaurador, pasando por Maura el estadista, hasta Primo de Rivera que lo fue todo para su tiempo y para el tiempo de después. La mitificación es un problema de gobierno. Y en España gobernar ha sido de siempre el oficio de la derecha. Los otros: Iglesias, Besteiro, Prieto..., sólo son nombres para pronunciar a hurtadillas, sin luz ni taquígrafos.

El pueblo de Madrid quería a Besteiro —ha recordado Saborit—, porque encontraba en él al político sincero y no al truculento dominador de la realidad que acaba siempre por dar el infortunio y la miseria a los que siempre han padecido eso mismo, desdichas y sinjusticias.

—¿Piensa usted, como piensan algunos, que en Besteiro existe un desfase entre su figura como hombre público y como ciudadano privado, en beneficio de este último?

F. S.—Es posible. No lo sé muy bien. No acierto a comprender si el hombre público y su condición de ciudadano son valores que pueden acrecentarse o disminuirse uno a costa de otro. Pero aquí debe pasar algo como en las religiones, que el mejor predicador no es el que dice: «Haced esto, mas no lo que yo hago».

Seguramente el hombre público debe ser un ciudadano ejemplar y debe dar testimonio en su conducta cívica (que abarca muchas más cosas que el santonismo callejero) de aquello en lo que cree y defiende. En Besteiro se dieron estos dos valores, estas dos conductas con simultaneidad, y ninguna perjudicó a la otra o se benefició sobre la otra. Cuando se queda en Madrid en 1939, desconociendo la dureza de sus adversarios, y cuando muere al año siguiente en Carmona, abandonado de todo deber humanitario, Besteiro dio un gran testimonio de honestidad política, en nada diferente a lo que había sido su vida política en los organismos representativos y en el seno del Partido socialista. El pueblo de Madrid le quería, ha recordado Saborit; le quería porque encontraba en él al político sincero y no al truculento dominador de la realidad que acaba siempre por dar el infortunio y la miseria a los que de por siempre han padecido eso mismo, desdichas y sinjusticias. Su figura de hombre público y de ciudadano privado debiera servirnos seguramente para algo más que para recordaciones académicas. Besteiro fue, en política, un espíritu renovadamente moderno, rara condición en un país donde sus regímenes y gobiernos se constituyen con instituciones y mentalidades de un arcaísmo asombroso. Este hombre apoyó la revolución cuando el país vivía reducido a la miseria y a una vida depresiva de ignorancia y desunión. Y este mismo hombre apoyó la moderación cuando el aliento cultural y el alcance del reparto económico habían logrado cotas desconocidas. Como ciudadano privado, que dice usted, fue por fortuna el genérico del país, el genérico entre las masas socialistas y las clases pequeño-burguesas, que ansían, ayer y hoy, más la transacción, el gobierno por discusión y las leyes justas y desligadas de intereses oscuros, que verse enredados en las prédicas del traumatismo y la norma del palo y tente tieso. En ese sentido, Besteiro no es una figura del pasado; es un modelo esperanzador. ■ **(Entrevista realizada por JOSEFINA PASCUAL)**

Fermín Solana —en la foto— ha sido el encargado de recopilar y estudiar los discursos parlamentarios de Besteiro. Profundo conocedor de la trayectoria política del dirigente socialista, Solana ha efectuado así una labor de recreación histórica que queda reflejada en esta entrevista. (Foto Javier Freijanes.)

El triunfo del Frente Popular fue acogido con entusiasmo por las masas trabajadoras. Renovando la alegría del 14 de abril de 1931, muchos miles de españoles se lanzaron a la calle, como éstos en la madrileña plaza de la Cibeles.

El triunfo del Frente Popular

Eduardo de Guzmán

Triunfante la República merced a las elecciones municipales celebradas el 12 de abril de 1931, las fuerzas izquierdistas y republicanas vencen también de una manera contundente en las legislativas que tienen lugar el 28 de junio del mismo año para designar a los integrantes de las Cortes Constituyentes. Disueltas las Constituyentes en el otoño de 1933, vuelven a celebrarse elecciones legislativas el 19 de noviembre. Aunque otra cosa se haya dicho muchas veces, hasta el punto de que algunos lo tengan por verdad indiscutible, en esta nueva consulta tornan a obtener mayor número de votos y diputados las organizaciones y partidos adictos a la República que los monárquicos e indiferentes a la forma de gobierno unidos. En efecto, en el segundo Parlamento republicano se sientan 217 representantes derechistas —de ellos 115 cedistas— frente a 158 centristas —102 republicanos ra-

Uno de los pasos previos a las elecciones de febrero de 1936 —que significarían el éxito del Frente Popular— fue la disolución de las Cortes. Vemos al jefe del Gobierno, Portela Valladares, tras serle firmado por el presidente de la República el decreto disolutorio.

dicales como núcleo fundamental— y 98 socialistas y republicanos de izquierda. En el quebranto sufrido por las fuerzas izquierdistas influyen poderosamente la profunda división entre ellas —socialistas y comunistas presentan candidaturas independientes de los republicanos en casi todas las circunscripciones, mientras las derechas van estrechamente unidas—, el voto femenino, ya que es la primera vez que la mujer hace uso del sufragio, y la abstención electoral del millón de afiliados de la C. N. T. que prefieren la acción revolucionaria a la política. Pese a todo, los sufragios republicanos son muy superiores a los monárquicos.

La obra de este segundo Parlamento de la República es clara y netamente negativa. Parece que su única misión consiste en deshacer todo lo que —bueno o malo— han hecho las Constituyentes. Con entera claridad lo dice el propio Gil Robles en un artículo publicado en enero de 1936 en el que afirma textualmente: «Fueron muchos los patronos y terratenientes que en cuanto llegaron las derechas al poder, revelaron un suicida egoísmo, disminuyendo los salarios, elevando las rentas, tratando de llevar a cabo expulsiones injustas y olvidando las desgraciadas experiencias de los años 1931 a 1933». La reforma agraria queda totalmente paralizada, la legislación tiene un matiz revanchista que ahonda las diferencias sociales y agudiza los conflictos obreros, mientras la situación económica —por causas internas y por repercusiones de la crisis internacional— reviste caracteres de extremada gravedad. El paro obrero sigue una curva claramente ascendente y a finales de 1935 alcanza ya a más de 600.000 trabajadores.

El problema político fundamental del período es si la minoría más numerosa de la Cámara —la CEDA, que considera accidentales las formas de gobierno y no se ha declarado republicana— debe participar en el gobierno de un régimen recién nacido y no totalmente consolidado. Los radicales —que constituyen la segunda minoría en número de las Cortes— entienden que sí; los socialistas y el resto de los republicanos consideran, en cambio, que no y que su acceso al poder equivaldría a una entrega de la República a sus enemigos. Cuando en octubre de 1934 se confían varias carteras a los cedistas, estalla un movimiento revolucionario izquierdista que adquiere particular virulencia en Barcelona y Asturias. A la rebelión vencida sigue una represión que alcanza particular dureza en la cuenca minera asturiana.

El segundo bienio republicano —calificado de negro por las izquierdas— tiene una duración ligeramente superior a dos años porque se extiende hasta el 7 de enero de 1936 en que se disuelven las Cortes. Se caracteriza, aparte del problema constitucional de la intervención cedista en el Gobierno, de la revolución asturiana y su represión, por los frecuentes cambios ministeriales, la polarización de la opinión nacional en dos bloques extremos de casi imposible conciliación, los conflictos sociales, las maniobras políticas y los escándalos que desacreditan al partido radical en torno al cual gira la política gubernamental durante estos críticos veinticinco meses. En ellos se constituyen once gobiernos distintos —aunque cinco sean presididos por una misma persona, don Alejandro Lerroux— lo que demuestra la extremada inestabilidad ministerial fruto de las intrigas personales y la falta de una mayoría parlamentaria homogénea y disciplinada.

Poco después del último gobierno presidido por Lerroux y en el que Gil Robles desempeña la cartera de Guerra, estalla en noviembre de 1935 el formidable escándalo del «estraperlo», en el que aparecen personalmente complicados significados personajes del partido radical, al que suceden pocas semanas más tarde las acusaciones lanzadas por el señor Nombela. La obligada dimisión de los ministros radicales, plantea la crisis total del gabi-

nete que preside Chapaprieta. Le sustituye un gobierno encabezado por Portela Valladares con algunos radicales, independientes y agrarios que, francamente minoritario en las Cortes, es sustituido por otro presidido por el mismo político a finales de diciembre, que el día 7 de enero de 1936 recibe de manos del Presidente de la República el decreto de disolución de Cortes.

ANTICOMUNISMO Y ANTIFASCISMO

La «Gaceta» del 8 de enero de 1936 publica tres decretos firmados el día anterior por don Niceto Alcalá Zamora. Por el primero se disuelven las primeras Cortes ordinarias de la segunda República; por el segundo se convocan nuevas elecciones legislativas para el domingo 16 de febrero siguiente y por el tercero se levanta el estado de alarma imperante en la nación y se restablecen las plenas garantías constitucionales durante todo el período electoral.

Cuando comienzan los preparativos y la propaganda con vistas a la próxima contienda electoral, la opinión aparece dividida en dos grandes bloques violentamente enfrentados. De un lado están las fuerzas conservadoras, antimarxistas y contrarrevolucionarias que van desde la Falange hasta los agrarios pasando por la CEDA y el Bloque Nacional; del otro, los partidos republicanos de izquierda, socialistas y comunistas apoyados por las organizaciones sindicales. En el centro sólo quedan los restos del desprestigiado partido republicano radical, los progresistas de Portela, los moderados de Maura, la Liga regionalista catalana y el Partido Nacionalista Vasco. (Esta serie de organizaciones centristas sólo consiguen en conjunto poco más de medio centenar de actas. No obstante, el jefe del Gobierno, don Manuel Portela Valladares, apoyado e inspirado por el presidente de la República, acaricia la engañosa ilusión de hacer triunfar el número de amigos y simpatizantes suficientes para constituir un partido poderoso que, colocado entre los dos grandes blo-

El 15 de enero de 1936 se hizo público el manifiesto del Frente Popular, donde las izquierdas aparecían coaligadas a fines electorales. La imagen recoge la cabecera de una manifestación frentepopulista, con —entre otros— Largo Caballero, Martínez Barrio, Alvaro de Albornoz, Pedro Rico y De Francisco.

Por su parte, las derechas desplegaron un enorme aparato propagandístico cara a la consulta electoral. De él da idea este cartelón situado por la CEDA —con el retrato de su jefe. Gil Robles— en una de las fachadas de la Puerta del Sol, de Madrid.

ques hostiles, impida un choque peligroso y sangriento entre ambas tendencias extremas.)

A diferencia de lo que sucede en 1933, las derechas no van totalmente unidas en las nuevas elecciones, pese a que en una mayoría de provincias se establecen acuerdos entre sus partidos representativos. Gil Robles, seguro del triunfo, prescinde de algunos sectores antimarxistas —la Falange, por ejemplo— para conseguir así los trescientos diputados de la CEDA con los que aspira a gobernar en un futuro inmediato sin cortapisas de ningún género. Como consecuencia de ello los tradicionalistas, los monárquicos alfonsinos y los falangistas tienen que presentar candidaturas independientes en ciertas circunscripciones.

Las izquierdas, en cambio, escarmentadas por lo sucedido tres años atrás, logran constituir —no sin largas y difíciles negociaciones— un llamado Frente Popular que comprende desde Unión Republicana al Partido Sindicalista, pasando por la Esquerra catalana, otros grupos republicanos, los socialistas, los comunistas y el POUM. El día 15 de enero se hace público el programa del Frente Popular —en buena parte redactado por don Felipe Sánchez Román, que al final se niega a firmarlo, disconforme con la participación comunista—. Se trata de las directrices de un programa gubernamental que habrá de ser desarrollado desde el poder «por los partidos republicanos de izquierda con el apoyo de las fuerzas obreras en caso de victoria». El programa, relativamente moderado, afirma que sólo gobernarán los republicanos; que no se irá a la nacionalización de la tierra ni de la banca; que toda expropiación se realizará únicamente mediante la oportuna y justa indemnización; que se tomarán medidas para ordenar la producción industrial, el mejoramiento del nivel de vida, la redención del campesino y del agricultor mediano y pequeño; una extensión e intensificación de la enseñanza primaria para terminar con la lacra vergonzosa del analfabetismo y el restablecimiento de las garantías constitucionales, al mismo tiempo que se vigoriza el principio de autoridad y se garantiza el mantenimiento del orden público. Aparte de todo esto y como primera y más urgente medida, propugna una amplia amnistía para toda clase de delitos políticos y sociales, especialmente para los cometidos con ocasión de los sucesos revolucionarios de octubre de 1934.

Fundamento y eje en torno al cual gira toda la propaganda electoral es el anticomunismo para las derechas y el antifascismo para las izquierdas. Resulta significativo consignar al

Pese a todas las previsiones alarmistas, las elecciones de 1936 se desarrollaron en completo orden y con un elevadísimo índice de participación. La fila de votantes ante el colegio electoral situado en la Universidad de Barcelona es muestra de ello.

respecto que ni los comunistas ni los fascistas tienen en la España de 1936 la fuerza e influencia que sus enemigos les atribuyen. En efecto, el Partido Comunista no logra una sola acta en las elecciones de 1931 y únicamente consigue la designación del médico Cayetano Bolivar en 1933, mientras José Antonio es derrotado tanto el año que triunfa la República como en 1936. Más curiosa aún es la coincidencia de que los dos primeros diputados que en el Parlamento español se proclaman comunista y falangista —Balbontín el primero y Primo de Rivera el segundo— se llamen José Antonio y que ninguno de los dos sea elegido con la representación que una vez designados ostentan. Balbontín resulta elegido en Sevilla como radical socialista de izquierdas y Primo de Rivera en Cádiz en 1933 formando parte del bloque derechista.

UNA JORNADA ELECTORAL TRANQUILA

Aunque la campaña de propaganda electoral se desarrolla en un clima de apasionada vehemencia, la jornada del 16 de febrero discurre en toda España con absoluta normalidad. Desde muy temprano hay una afluencia masiva a los colegios ante los que se forman

FERNANDO TORRES EDITOR

ARTE E IDEOLOGIA DEL FASCISMO
Umberto Silva

Estudio exhaustivo de los modos de imposición del fascismo en la vida cotidiana de los ciudadanos por medio de un complejo aparato artístico-ideológico que no siempre es fácil percibir como tal aparato fascista.

EL ARTE MODERNO (1770-1970)
Giulio Carlo Argan

Ingente empresa de síntesis histórica, donde su autor integra en un clarividente sistema de cultura, y con penetrante agudeza, la pintura, la escultura, la urbanística y la arquitectura, el diseño industrial y otras manifestaciones de las artes visuales.

Serie interdisciplinar

EL LENGUAJE DE LA DERECHA EN LA II REPUBLICA
Miguel Angel Rebollo

ESTRUCTURA SOCIAL Y POLITICA LINGÜISTICA
Rafael Ll. Ninyoles

Solicite información: FERNANDO TORRES – Editor. Cirilo Amorós, 71. VALENCIA

largas colas que aguardan horas enteras en completa calma. La votación se realiza en todas partes sin alteraciones dignas de mención y el escrutinio concluye en un orden perfecto. El tanto por ciento de votantes resulta superior que en anteriores ocasiones, prueba inequívoca del interés que para todos encierra la contienda ciudadana.

Desde primeras horas de la noche del domingo se tiene la firme impresión de una clara victoria del Frente Popular; en la mañana del lunes no sólo se confirman las primeras impresiones, sino que aumenta la magnitud del triunfo logrado por las izquierdas. En Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza y otras ciudades importantes la diferencia de votos no deja lugar a la más mínima duda. Ni siquiera hay que esperar a la segunda vuelta, señalada para el 1 de marzo, porque la veintena de escaños que aún están en el aire no pueden influir ya en el resultado total de la consulta electoral. En efecto, en esta primera vuelta han resultado elegidos 258 diputados del Frente Popular, mientras las derechas no consiguen más que 152 y otros 52 los centristas.

En el nuevo parlamento la minoría mas numerosa vuelve a ser, como en 1931, la socialista, seguida de cerca por las de la CEDA e Izquierda Republicana, que preceden a las de Unión Republicana y Esquerra de Cataluña. Los centristas de Portela Valladares son 16, igual que los comunistas. Doce escaños alcanzan la Lliga Regionalista, los agrarios y los monárquicos. Por último, los tradicionalistas logran 9 diputados, 6 los progresistas y 4 los radicales. Por su parte, Falange Española no consigue una sola acta, pese a presentar candidatos en numerosas circunscripciones.

También el Frente Popular alcanza la victoria por el número de votos logrados, si bien las cifras que unos y otros barajan con posterioridad constituyen motivo de encontradas opiniones y grandes controversias. Existe para ello una causa fácil de explicar: la disparidad en la cifra de las distintas votaciones. Aparte de las arrojadas por la primera vuelta electoral, en torno a las cuales no puede haber discusión, están las de la segunda vuelta celebrada quince días después y la nueva votación efectuada con bastante posterioridad en aquellas circunscripciones en que las actas fueron anuladas por irregularidades o anomalías. En los cuarenta años transcurridos desde entonces, muchos hacen cubileteos con los votos conseguidos en una u otra ocasión, sumando los de la segunda y tercera vueltas a los de la primera para el bando que goza de sus simpatías y no haciendo lo mismo con el adversario. La realidad es que tampoco en este sentido se presta a discusión el triunfo del Frente Popular. Aunque no exista una diferencia aplastante de votos —4.540.000 sufragios para el Frente Popular, contra 4.300.000 sumados los obtenidos por el centro y la derecha— la ley electoral, que concede una prima considerable a la mayoría, determina que los diputados de izquierda casi dupliquen a sus adversarios de la

Nueva imagen de la satisfacción popular con que se recibió la subida al poder de la izquierda en febrero de 1936: Un hermano de Fermín Galán —protagonista de la fallida sublevación de Jaca seis años antes— dirige la palabra al inmenso gentío concentrado en la Puerta del Sol.

derecha. Aparte, claro está, de los escaños centristas elegidos por los votos de quienes aun siendo moderados, no dejan de ser republicanos y liberales.

RUMORES, GESTIONES Y AMENAZAS

Pero todas estas discusiones acerca de los resultados electorales del 16 de febrero de 1936 se producen meses, años e incluso lustros después de ocurridos los hechos. En los primeros días, en las jornadas del 17, 18, 19 y sucesivas del mes de febrero, nadie tiene la más ligera duda de que la victoria es del Frente Popular. Ni el gobierno ni los políticos ni los periódicos lo ponen en tela de juicio. Hay una coincidencia absoluta de pareceres y hasta los más decididos y combativos antimarxistas admiten e incluso proclaman su triunfo. José Antonio Primo de Rivera escribe un famoso artículo en que reconoce el éxito izquierdista, que atribuye a la ceguera política y al egoísmo de las derechas. Gil Robles por su parte visita a Portela Valladares para urgirle a levantar el dique de una declaración del estado de guerra contra los posibles excesos de las masas obreras al conocer toda la magnitud del triunfo conseguido.

No es Gil Robles el único en visitar a Portela Valladares ni en ver en la declaración del estado de guerra una solución momentánea a la crisis planteada por el éxito electoral izquierdista. Según cuenta Arrarás en la página 223 de su biografía de Franco, publicada en Valladolid en 1937, el entonces jefe del Estado Mayor Central realiza diversas gestiones con el ministro de la Guerra, el inspector jefe de la Guardia Civil y el todavía presidente del Gobierno con el mismo objeto. Asimismo conferencian con Portela, Martínez de Velasco, Goicoechea y Calvo Sotelo. Incluso por Madrid circulan insistentes rumores de un golpe de Estado, cuyo objetivo fundamental es impedir que el poder sea entregado, como corresponde constitucionalmente, al Frente Popular triunfante en aquellas elecciones generales. Las últimas que se celebrarán en España durante los siguientes cuarenta años.

El propio don Manuel Azaña se hace eco de estas alarmas y lo hace constar así de una manera expresa en las anotaciones de su «Diario» correspondiente al 19 de febrero de 1936 (páginas 563 y 564 del tomo IV de sus «Obras Completas») si bien no acaba de tomarlas muy en serio. Da por descontado que en cuanto se rumorea no hay más que un exceso de fantasía y despectivamente escribe hablando de los posibles conspiradores: «No creo que haya ninguno dispuesto a jugarse nada en serio». (Lo habrá, desgraciadamente, unos meses después y el resultado será una trágica guerra civil que costará la vida a varios cientos de miles de españoles).

Pero aun triunfante el Frente Popular el 16 de febrero debe esperarse a la segunda vuelta —aunque sus resultados no pueden modificar ya la mayoría parlamentaria— antes de plantear la crisis el gobierno que ha dirigido la consulta electoral y recibir el encargo de formar un nuevo ministerio el representante del bloque victorioso. Sin embargo todo esto no pasa de ser pura doctrina constitucional de difícil aplicación en un país que atraviesa por momentos tan críticos. Aunque ni Azaña ni los partidos republicanos de izquierda tienen la menor prisa por hacerse cargo del poder, el 19 de febrero el señor Portela Valladares, totalmente derrumbado por la victoria izquierdista y abrumado por la amenaza de un posible golpe de Estado, decide abandonar su puesto y esa misma tarde don Manuel Azaña tiene que formar un gobierno que entra en funciones inmediatamente. «Siempre he temido —escribe el interesado— que volviéramos al gobierno en malas condiciones. No pueden ser peores. Una vez más tenemos que segar el trigo en verde». ■ **E. de G.**

En la noche del 19 de febrero de 1936, el presidente de la República encargaba a Manuel Azaña —aquí, conversando con la periodista Singerman durante aquellos días— la formación de un nuevo Gobierno, lo que el líder de Izquierda Republicana aceptaría.

Dos cartas de

Dostoievski

Nació en 1822, y su obra, su influencia, su paradigma, continúan vigentes. Siempre es aleccionador hablar de él y seguir estudiando al novelista que mejor prefigura su época y su ambiente, rebasándolos incluso hasta nuestros días. Los personajes de Dostoievski están en todas partes. La fatalidad se halla inmersa en la obra dostoievskiana como en muy pocos escritores del siglo XIX. Es un novelista que como tal supera, sin embargo, al pensador. Un verdadero río de géneros diversos.

Ofrecemos a continuación dos cartas que pueden ayudar a comprender la personalidad —humana y literaria— de Dostoievski, una escrita desde la cárcel a su hermano Mijail, y otra en que presenta a su editor «Crimen y castigo». La síntesis biográfica que sigue a estas cartas completa el retrato de un autor que continúa siendo nuestro contemporáneo. ■ **CARLOS SAMPELAYO.**

LA VIDA EN LA CARCEL

A los cuatro años de prisión y ya libre Dostoievski, escribe a su hermano Mijail:

«Omsk. Febrero, 22, 1854.

Creo que, por fin, puedo hablar contigo más larga y más francamente. Pero antes de escribir una palabra, te pregunto: Dime, en nombre de Dios Nuestro Señor, ¿por qué no me has escrito hasta ahora una sola línea? ¿Sabes que en mi aislamiento y en mi reclusión fui a veces presa de una verdadera desesperación, imaginando que habías muerto, preguntándome durante noches enteras qué habría sido de tus hijos, y maldiciendo la suerte que no me permitía serles útil? Otras veces, cuando me enteraba con certeza de que estabas vivo, me encolerizaba (pero sólo durante las horas de malestar que repentinamente experimento) y te dirigía amargos reproches. Pero esto tampoco duraba mucho; te perdonaba, intentaba justificarte, las mejores justificaciones lograban calmarme, nunca he perdido la fe en ti; sé que me amas y que me recuerdas con cariño. Te envié una carta por medio de nuestro estado mayor. Seguramente la recibiste, esperé inútilmente tu respuesta: ¿Es posible que te hayan prohibido que me escribieras? Sin embargo, está autorizado y todos los «políticos» aquí reciben varias cartas al año. Durov ha recibido varias, y a menudo la autorización de escribir ha sido confirmada por las autoridades.

Creo haber adivinado la verdadera razón de tu silencio. Tú, tan perezoso, no has ido a pedir autorización a la policía, y aunque hayas ido, te tranquilizaste con la primera respuesta negativa, acaso dada por un hombre que no estaba al tanto del asunto. Así, me has causado muchísima pena, egoísta. Me dije: si ni siquiera es capaz de molestarse por una carta, ¿qué molestias podrá tomarse cuando se trate de cosas más importantes para mí? Escribe y contesta rápidamente, pero ante todo escribe por la vía oficial, sin esperar la ocasión; escribe en detalle y largamente. Ahora soy como un miembro que te han arrancado; y quisiera volverme a unir a ti, pero no puedo. *Los ausentes siempre tienen la culpa.* ¿Es posible que esto sea verdad entre nosotros? No, no te inquietes, tengo fe en ti.

Hace una semana salí de la cárcel. Te envío esta carta en el mayor de los secretos; ni una palabra a nadie. Por lo demás, también te escribiré oficialmente a través del estado mayor del Cuerpo siberiano. Responde de inmediato a la carta oficial y, en cuanto puedas, a ésta; además, en la carta oficial también *debes* exponer de la manera más detallada todo lo esencial que te ha ocurrido durante estos cuatro años. Por lo que hace a mí, me hubiese gustado enviarte volúmenes enteros. Pero como apenas tengo tiempo de escribir esta carta, te voy a contar lo esencial. ¿Qué es lo esencial? ¿Qué ha sido esencial para mí durante estos últimos tiempos? Cuando reflexiono, me doy cuenta de que no te contaré nada en esta carta. ¿Cómo contarte mi espíritu, mi conciencia, todo lo que he vivido en estos años, todas mis convicciones y en qué punto me he detenido? No puedo hacerlo.

Semejante trabajo es absolutamente imposible. No me gusta hacer las cosas a medias, y decir cualquier cosa no tendría ningún sentido. Sin embargo, el relato principal está ante tus ojos. Lee y piensa lo que quieras sobre él. Es mi deber hacerlo y por eso me entrego a los recuerdos.

¿Recuerdas cómo nos separamos, mi querido, mi bienamado? Apenas me dejaste, nos condujeron a los tres, Durov, Yartrjembsky y yo, y nos aherrojaron. Era la medianoche exacta, exactamente la Navidad, cuando por primera vez fui encadenado. Las cadenas pesaban cuatro kilos y eran excesivamente incómodas. En seguida nos metieron en trineos descubiertos, cada uno sólo con un gendarme y en cuatro trineos, con el *feldjaeger* por delante, partimos de Petersburgo. Sentía el corazón pesado y un poco vago, turbado por demasiadas impresiones diferentes. Mi corazón, lleno de una especie de agitación, sufría y gemía en voz muy baja, pero el aire fresco me vivificaba y, puesto que cada nuevo paso de la vida nos hace sentir una suerte de vitalidad y de energía, me sentía, en suma, muy tranquilo y miraba fijamente hacia Petersburgo, las casas con luces festivas frente a las que pasábamos y le decía adiós a cada casa en particular. Tu apartamento en casa de Kraevsky estaba iluminado. Me dijiste que había un árbol de Navidad, que los niños, con Emilia Fedorovna, estaban allí; al pasar frente a esa casa, me sentí cruelmente triste. Sufrí por la separación; cuántas veces, años más tarde, los recordé, casi con lágrimas en los ojos. Nos conducían a Yaroslav; después de tres o cuatro etapas, en la madrugada, nos detuvimos en un café de Schlisselburgo. Nos avorazamos sobre el té como si no hubiésemos comido en una semana. Las sesenta verstas de viaje en pleno invierno, después de ocho meses de prisión, nos habían dado un hambre tal que resulta un placer recordarlo. Me sentía alegre, Durov hablaba sin parar y Yartrjembsky imaginaba no sé qué espantos extraordinarios en el futuro. Nos examinamos y palpamos a nuestro *feldjaeger*. Era un simpático viejecillo; fue bueno y humano con nosotros; un hombre que había vivido mucho, que había viajado por toda Europa, entregando despachos. Su presencia en el camino nos hizo mucho bien. Se llama Kusma Prokofievitch Prokofiev. Entre otras cosas, hizo que nos metieran en trineos cubiertos, cosa muy útil, pues el frío era terrible. Al día siguiente, día de fiesta, los postillones montaron cerca de nosotros vestidos con capas de tela alemana gris y cinturones escarlata. No había un alma en las calles de las aldeas. Nos conducían por la Petersburgskaya, la Novgorodskaya, la Yaroslavkaya, etc., etc. Feas y

extrañas aldeas. Pero puesto que partimos en tiempo de fiesta, en todas partes había para beber y comer. Sentíamos un frío espantoso. Llevábamos ropas calientes, pero hacer cinco o seis etapas sin salir del coche, durante diez horas de carrera, resultaba casi imposible de soportar. Yo estaba helado hasta el corazón, y apenas lograba calentarme más tarde en las recámaras tibias de los cafés. Pero, es extraño: el viaje me restableció por completo. En la provincia de Perm, hubimos de soportar una noche de cuarenta grados bajo cero. No te lo recomiendo. Muy desagradable. Hubo un momento triste cuando franqueamos los Urales.

Los caballos y los vehículos se atascaron en la nieve. Había una tempestad de nieve. Descendimos, era de noche y, de pie, esperamos a que despejaran el camino. Alrededor de nosotros, la tormenta de nieve; la frontera de Europa; ante nosotros, Siberia y nuestro misterioso destino; detrás de nosotros, todo el pasado. Era triste y empecé a llorar. A lo largo del camino, aldeas enteras salían a mirarnos y, a pesar de nuestras cadenas, nos hacían pagar lo triple en cada etapa. Kusma Prokofievitch tomó por su cuenta cerca de la mitad de nuestros gastos; lo hizo a la fuerza, de manera que cada uno de nosotros sólo pagó quince rublos de plata por los gastos de viaje. El 11 de enero llegamos a Tobolsk y después de ser presentados a las autoridades y registrados, tomaron todo nuestro dinero y nos condujeron a mí, a Durov y a Yartrjembsky a una celda; Spechnev y los demás, llegados antes que nosotros, estaban en otra sección y apenas pudimos vernos. Quisiera haberte hablado en detalle de nuestros seis días en Tobolsk y de la impresión que me dejaron. Sólo te diré esto: una compasión, una simpatía muy viva nos recompensaron, casi, con una felicidad verdadera. Los viejos exiliados (es decir, no ellos, sino sus mujeres) se ocuparon de nosotros como si fuésemos de sus familias. ¡Qué almas maravillosas, puestas a prueba por veinticinco años de desgracia y de abnegación! Apenas pudimos verlas, pues nos aislaban severamente. Pero nos enviaron comida, ropa; nos consolaron y animaron. Yo había partido a la ligera, olvidando mi ropa, y ahora me arrepentía... Las mujeres me enviaron ropa. Al fin volvimos a partir y tres días después llegamos a Omsk. En Tobolsk había obtenido informes sobre nuestras futuras e inmediatas autoridades. El comandante era un hombre muy conveniente, pero el mayor de la plaza, Kivtzov, era un canalla como hay pocos, un bárbaro mediocre, un cabrón, un borracho, todo lo más repugnante imaginable. Para empezar, nos trató a Durov y a mí de imbéciles a causa de nuestra actividad política y prometió castigarnos corporalmente a la primera falta.

Era mayor de plaza desde hace dos años y había cometido espantosas injusticias. Dos años después, debió comparecer ante los tribunales. Dios me lo protegió. Siempre llegaba borracho (jamás lo vi sobrio), buscaba camorra con algún forzado y le fusteaba con el pretexto de que el prisionero estaba borracho, lo cual era falso. Otras veces, durante sus visitas nocturnas, fusteaba a alguien, porque no estaba durmiendo sobre el costado derecho, a otro porque gritaba o deliraba en sueño: por cualquier razón que pasaba por su cabeza ebria. Con un hombre así debíamos vivir sin provocar daño, y era este hombre quien redactaba los informes y enviaba cada mes a Petersburgo las atestaciones sobre nosotros. En Tobolsk había conocido a la gente de las prisiones y ahora, en Omsk, me disponía a pasar cuatro años entre ellos. Son gente grosera, exasperada y endurecida. El odio hacia la nobleza rebasa en ellos todo límite y a nosotros, que éramos caballeros, nos recibieron con hostilidad y con la amenazante alegría de vernos en desgracia. Por lo demás, juzga cómo podríamos defendernos si era preciso vivir, beber y comer y dormir con esa gente durante años, y sin tiempo siquiera de quejarse, tan numerosos y variados eran los ultrajes. «Ustedes, nobles, picos de hierro, ustedes nos han devorado. Antes tú eras un señor, torturabas al pueblo y ahora mírate cómo estás, más bajo que los más bajos, convertido en nuestro semejante.» Tal fue el tema que se desarrolló aquí durante cuatro años. Ciento cincuenta enemigos jamás se cansaron de perseguirnos, éste era su placer, su distracción, su ocupación, y lo único que nos salvó fue nuestra indiferencia, nuestra superioridad moral que ellos no podían dejar de comprender y respetar; y también nuestra negativa de someternos a su capricho. No tenían idea de cuál podía ser nuestro crimen. Y nosotros no hablábamos del tema; por eso no nos comprendíamos; hubimos de soportar todas las venganzas y persecuciones contra la nobleza que a los otros prisioneros les permitían vivir y respirar. Nuestra vida era muy dura. La cárcel militar es más dura que la cárcel civil. He vivido cuatro años sin salir de los muros, si no para ir al trabajo. El trabajo era duro, no siempre, naturalmente, pero a veces mis fuerzas eran vencidas por la tempestad, por la humedad, por el fango y por el frío insoportable de los inviernos. Una vez pasé cuatro horas en un trabajo especial; el termómetro se congeló y había cuarenta grados bajo cero. Se me congeló un pie. Vivíamos amontonados, todos juntos, en una sola barraca. Imagina un edificio de madera, viejo, gastado, cuya demolición estaba decidida desde hace tiempo, y que ya no servía para nada. En el verano, un calor insoportable; en el invierno, un frío espantoso. Todas las maderas podridas. En el suelo, un centímetro de inmundicia; se corre el riesgo de resbalar y caer sobre ella. Las pequeñas ventanas están enverdecidas por la escarcha, de manera que casi no hay momento del día en que se pueda leer. Un centímetro de hielo en los vidrios. El techo gotea; todo es corriente de aire. Nosotros, metidos allí como arenques en barril. Se queman seis leños en la estufa: no hay calor (el hielo apenas lograba derretirse dentro de la barraca), pero sí un humo insoportable; la misma historia todo el invierno. Los forzados lavan su ropa en la barraca, salpicándolo todo. No hay espacio para

moverse. Del crepúsculo al alba no es posible salir a hacer las necesidades, pues las puertas están cerradas con candados; a la entrada hay una cubeta y el olor es insoportable. Todos los prisioneros apestan como cerdos y dicen que no pueden evitar sus porquerías: «Somos seres vivos.» Dormimos sobre catres desnudos, sólo se nos permite una almohada. Nos cubríamos con mantas cortas, pero los pies se quedaban descubiertos toda la noche. Temblábamos la noche entera. Piojos, chinches, cucarachas al mayoreo. En invierno nos vestíamos con chaquetas forradas de piel, a veces de la peor calidad, que nos retienen el calor, con botas cortas, ¡y anda a pasearte por el frío siberiano! Para comer nos daban pan y sopa de coliflor que debía contener un cuarto de libra de carne por persona; pero metían en la sopa carne picada y yo nunca pude encontrarla. Los días de fiesta, flor de harina de trigo con casi nada de mantequilla. Durante la cuaresma, coliflores, agua y casi nada más. He destruido terriblemente mi estómago y varias veces he estado enfermo. Juzga si se podía vivir sin dinero: sin él, seguramente hubiese muerto y nadie, ningún prisionero, podría haber soportado una vida tal sin dinero. Cada uno fabrica alguna cosa, la vende y junta algunos kopecks. Bebía té y a veces comía mi pedazo de carne, y eso me salvó. Era imposible dejar de fumar en esa atmósfera. Se corría el riesgo de la asfixia. Todo esto se hacía a escondidas. A menudo estuve enfermo en el hospital. La destrucción de mis nervios me provocó el peor de los males, pero las crisis son raras. También tengo reumatismo en las piernas. Aparte de esto, estoy bastante bien. Añade a todas estas diversiones la casi imposibilidad de tener un libro; cuando se encuentra uno, hay que leerlo a escondidas; la eterna hostilidad y la querella alrededor de uno, las injurias, los gritos, el escándalo, nunca solo, siempre vigilado, y esto durante cuatro años, sin variación, una amenaza constante de castigo, las cadenas, una opresión constante del espíritu: he aquí la imagen de mi vida cotidiana. ¿En qué se han convertido estos cuatro años en mi alma, mis creencias, mi inteligencia y mi corazón? No te lo diré, sería demasiado largo. Pero la eterna concentración en mí mismo, pues sólo dentro de mí encontraba refugio de la amarga realidad, ha brindado sus frutos. Ahora hay en mí múltiples exigencias y esperanzas en las cuales antes nunca había pensado. ¡Una cosa! No me olvides y ayúdame. Me hacen falta libros y dinero. Mándamelos, por el amor de Cristo.

No sé qué me espera en Semipalatinks. Soy bastante indiferente a ese destino. Pero hay algo que no me es indiferente: aboga por mí, intercede ante alguien. ¿No podría, dentro de uno o dos años, ir al Cáucaso? ¡Por lo menos, en Rusia! ¡Es mi ardiente deseo, exígelo, por el amor de Cristo! ¡Hermano, no me olvides! Qué cosas, te escribo y decido de todo, hasta de tu fortuna. Pero mi fe en ti no se ha apagado. Eres mi hermano y me amabas. Me hace falta dinero. *Me hace falta vivir, hermano. Estos años no pasarán sin rendir sus frutos.* Me hacen falta dinero y libros. Lo que gastes en mi persona no se perderá. No despojarás a tus hijos si me ayudas. Déjame vivir y les pagaré con intereses. De aquí a seis años, quizá antes, me dejarán escribir de nuevo. Muchas cosas pueden cambiar y ahora ya no escribiré tonterías. Oirás hablar de mí.

Pronto volveremos a vernos, hermano, muy pronto. Hay una gran caridad en mi alma. Tengo ante mis ojos todo mi porvenir, todo lo que haré. Estoy satisfecho de mi vida. Sólo una cosa debemos temer: la arbitrariedad de los hombres. Caer bajo un jefe que te toma ojeriza (los hay), que por una nadería decreta tu pérdida y te hace sucumbir de trabajo; y yo soy tan débil, no tengo fuerzas para cargar el peso de una vida de soldado. «Allí —me dicen para animarme— todos los hombres son simples.» Sólo que yo le temo más al hombre simple que al hombre complicado. Pero, en fin: Los hombres son los hombres en todas partes. Incluso en la cárcel, entre los bandidos, al cabo de cuatro años descubrí que había hombres. ¿Podrás creerlo? Hay naturalezas profundas, fuertes, maravillosas; fue bueno descubrir el oro bajo la ruda escoria. Y no sólo uno o dos, sino varios. A unos no puede dejar de respetárseles; otros son absolutamente admirables. A un cherkés (encarcelado por bandidaje) le enseñé a leer y a escribir el ruso. ¡Con cuánta gratitud me colmó! Otro prisionero lloró cuando nos separamos. Le había dado dinero; muy poco, pero su gratitud no tenía límites. Y, sin embargo, mi carácter se ha estropeado. Me mostraba caprichoso e impaciente con ellos. Respetaban mis humores y lo soportaban todo sin murmurar. A propósito: ¡qué cantidad de tipos maravillosos me he traído de la cárcel! Me acostumbré a ellos, y por eso creo conocerlos bastante bien. Cuántas narraciones de vagabundos y de bandidos y de toda esa vida negra y miserable; hay allí materia para volúmenes enteros. ¡Qué pueblo maravilloso! En fin, que no perdí el tiempo. Aprendí a conocer, si no a Rusia, por lo menos a su pueblo, a conocerlo bien, quizá como pocos le conocen. Mira, este es mi pequeño orgullo. Espero que sea perdonable.

Tu Dostoievsky.»

SOBRE «CRIMEN Y CASTIGO»

Once años después nace quizá el mejor «fruto» de los que Dostoievski le anunciara a su hermano, «Crimen y castigo». El autor se lo explica así a Katkov, director del periódico «El Mensajero Ruso», en la siguiente carta:

«Es la reseña psicológica de un crimen. La acción es actual; sucede este mismo año. Un joven expulsado de la Universidad, de modesto origen citadino y que vive en pobreza extrema, resuelve, por ligereza, por falta de principios y bajo la influencia de algunas de esas ideas «mal digeridas», extrañas, salir de un golpe de su triste situación. Ha decidido asesinar a una vieja, viuda de consejero honorífico, y cuya profesión es la usura. Esta vieja es estúpida, sorda, enferma, cobra intereses monstruosos, sólo hace daño, devora a su prójimo, atormenta y explota a su propia hermana menor. «No sirve para nada.» —«¿Para qué vive?»— «¿Para qué es útil?»... Estas preguntas le hacen perder la cabeza al joven. Decide matarla, robarla, para asegurar el bienestar de su madre, dama de compañía en casa de unos nobles propietarios, de las intenciones deshonestas del jefe de esa noble familia, que amenazan con perder a la hermana; para terminar sus estudios, viajar al extranjero y, en seguida, ser un hombre honrado el resto de su vida: firme, inflexible en la ejecución de «su deber de hombre hacia la humanidad», y con ello, «expiar su crimen», si se puede llamar crimen a ese acto cometido contra una vieja sorda, estúpida, maligna y enferma que, ella misma, no sabía por qué estaba en el mundo y que quizá hubiese muerto naturalmente un mes más tarde.

Aunque semejantes crímenes sean de ejecución sumamente difícil y casi siempre revelen de manera grosera sus contornos y pruebas de convicción, etc.; aunque dejan un amplio margen al azar que casi siempre traiciona a los culpables, nuestro estudiante, por un mero azar, logra cometer su crimen rápidamente y sin obstáculos.

Transcurre casi un mes después del crimen antes de que se presente la catástrofe definitiva. No existe la menor sospecha contra el estudiante y no puede haberla. Pero es aquí donde se desarrolla el proceso psicológico. El asesino se enfrenta a problemas insolubles; sentimientos inesperados e insospechados le torturan el corazón. La verdad divina y la ley terrestre toman la iniciativa, y el estudiante termina por verse *obligado* a denunciarse. Es obligado: quizá para perecer en la cárcel, pero encontrando de nuevo la sociedad de los hombres: el sentimiento de separación y de aislamiento de la humanidad que ha comenzado a experimentar apenas cometido el crimen ha sido para él un suplicio. La ley divina y la naturaleza humana han triunfado. El criminal decide aceptar el sufrimiento para expiar el acto. Me es difícil, por lo demás, exponer completamente mi idea.

Además, hay en mi narración una alusión a la idea de que la pena infligida jurídicamente espanta, espanta muchísimo menos, al criminal de lo que los legisladores se imaginan; bastaría invocar esta razón: *el propio criminal, moralmente, reclama el castigo.*

Esto lo he comprobado aun en las gentes más groseras. Quisiera, esta vez, mostrarlo en un hombre evolucionado, un hombre de la nueva generación, a fin de que la idea sea más viva y más palpable.

Varios casos ocurridos recientemente me han convencido de que *mi sujeto* no tiene nada de excéntrico (digo: un joven educado, e incluso amable, convertido en asesino). El año pasado me contaron en Moscú la historia de un joven, expulsado de la Universidad después de los disturbios, que había decidido atacar la oficina de correos y matar al empleado. Abundan en nuestros periódicos los signos de este extraordinario quebrantamiento de todas las nociones, que empujan a cometer actos monstruosos. (Ese seminarista que mató a una jovencita, después de haberla citado en una barraca, y que una hora más tarde fue detenido mientras cenaba..., etc.) En suma: estoy convencido de que mi tema está justificado por la actualidad.

Estaría de más añadir que en esta exposición de la idea de mi narración he descuidado contar toda la intriga. Garantizo que será interesante. El valor artístico no me corresponde a mí juzgarlo. A menudo me he visto obligado a escribir mal, muy mal, deprisa, para una fecha precisa, etc. Pero esta novela la he escrito sin prisa y con pasión. Intentaré, por lo menos para mí mismo, acabarla de la mejor manera posible.»

Dostoievski: Síntesis biográfica

1789

Nacimiento de Mijail Dostoievski, hijo del pope Andrei Dostoievski, sacerdote en Podolia (Rusia sudoccidental).

1797-1798

Estudios en el seminario de Podolsk.

1809

Mijail Dostoievski abandona el seminario a escondidas de su padre y huye de Podolia ayudado por su madre. Entra en la Escuela médico - quirúrgica de Moscú.

1812

Dada la escasez de médicos, es asignado a un hospital de Moscú.

El médico Mijail Andreevich Dostoievski, padre del escritor.

1813

Ejerce la profesión médica en el campo.

1819

Matrimonio con María Fiodorovna Netchaev, nacida en 1800.

1820

Nacimiento de Mijail.

1821

El doctor Dostoievski es nombrado médico en el Hospital de Pobres de Moscú (Hospital María).

1821

Fiodor Mijailovich Dostoievski nace el 30 de octubre.

1828

Primera crisis epiléptica.

1831

El doctor adquiere dos aldeas: Darovoe y Chermachnia. Enferma de tuberculosis, la señora Dostoievski se traslada de Moscú a Darovoe.

1833

Mijail y Fiodor ingresan en el curso preparatorio Souchard como mediointernos.

1834

Mijail y Fiodor ingresan como mediointernos en la pensión Chermak.

1837

Enero: Pushkin muere en un duelo.

Febrero: La madre de Dostoievski muere de tisis en Darovoe.

Mayo: Los dos hermanos ingresan en el internado Kostomarov, en San Petersburgo, para seguir los cursos preparatorios en la Escuela Superior de Ingenieros Militares.

1838

Fiodor ingresa en la Escuela Superior de Ingenieros Militares.

Junio: Asesinato del doctor Dostoievski por sus siervos en el camino entre Darovoe y Chermachnia.

1841

Lermontov, nacido en 1804 y que en 1840 terminó *Un héroe*

La madre del autor de «Crimen y castigo»: María Fiodorovna Netchaev.

El hermano mayor —y único— del novelista, Mijail. A él va dirigida la carta desde la cárcel que abre estas páginas.

de nuestro tiempo, muere en un duelo.

Febrero: En una reunión en casa de su hermano, Fiodor lee fragmentos de sus piezas *Boris Godunov* y *María Estuardo.*

1842
El 11 de agosto es nombrado subteniente.

1843
El 12 de agosto pasa los exámenes finales y abandona la Escuela. Es asignado al Cuerpo de Ingenieros Militares.

El 23 de agosto es ingeniero-dibujante en la Dirección de Ingenieros de San Petersburgo.

1844
En septiembre presenta su dimisión en la Dirección de Ingeniería.

1846
Publicación de *Pobres gentes* y, en seguida, de *El doble,* en *La recopilación petersburguesa.*

Entre febrero y marzo escribe *Las patillas rasuradas* y *Las oficinas devastadas,* Cuentos que no fueron publicados.

Durante el verano escribe *El señor Projarchin* y *La huésped.*

En diciembre escribe *Netockka Nezvánova.*

1847
En enero escribe *La novela en nueve cartas.* En la primavera rompe con Belinski e inicia sus visitas al círculo de los «petrachevtzy». En el otoño, Mijail Dostoievski y su mujer se instalan en San Petersburgo.

1848
En enero escribe *La mujer ajena.* En febrero, *Un corazón débil* y *Polzunkov.* En abril, *La pensionada* y *Un ladrón honrado.* El 26 de mayo muere Belinski.

En septiembre escribe *La Navidad y la boda.*

En diciembre, *Las noches blancas* y *El marido celoso.*

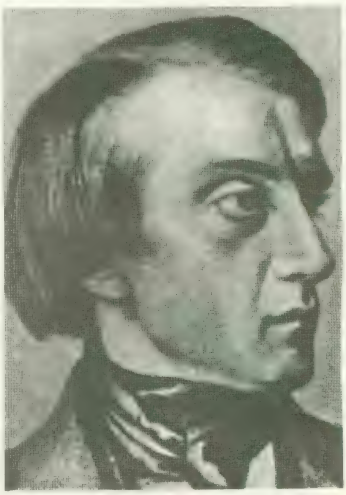
1849
Frecuentes contactos con Nikolai Spechniov. En enero visita a Maikov: Proyecto de fundar una imprenta clandestina.

El 15 de abril, lectura de la carta de Belinski a Gogol.

El 23 de abril, a las cuatro de la mañana, es arrestado. A las once de la noche es encarcelado en la fortaleza de Pedro y Pablo.

El 6 de mayo, interrogatorio.

En la cárcel, Dostoievski escribe *Un cuento de niño,* titu-



El crítico Vissarion Grigorevich Belinski, quien descubrió antes que nadie la valía literaria de Dostoievski.

lado más tarde *El pequeño héroe.*

El 30 de septiembre se inicia el proceso.

El 16 de noviembre termina el proceso. Veredicto.

El 22 de diciembre, a las siete de la mañana, simulacro de ejecución.

El 24 de diciembre, a la medianoche, Dostoievski sale rumbo a la prisión en Siberia.

1850

El 9 de enero llega a Tobolsk.

A mediados de enero, salida a Omsk.

1850-1854

La prisión.

1854

A mediados de febrero sale de la cárcel.

En marzo, llegada a Semipaliatinsk. Soldado del 7.º batallón siberiano.

En la primavera, encuentro con los Issaev.

En noviembre, llegada del conde A. Wrangel.

María Dmitrievna Issaeeva, la primera esposa de Dostoievski, moriría en 1864, poco antes que su cuñado Mijail.

1855

Los Issaev se trasladan de Semiapalatinsk a Kusnetzk.

Alejandro II asciende al trono.

En agosto muere Issaev.

Dostoievski escribe *Recuerdos de la casa de los muertos.*

1857

El 6 de febrero contrae matrimonio con María Dmitrievna Issaeeva.

El 17 de abril, restitución de derechos nobiliarios.

En agosto, *El pequeño héroe* aparece en Rusia (firmado por M. Y.).

1858

Escribe *La aldea de Stepanchikovo* y *El sueño del tío.* Proyectos para *Humillados y ofendidos.*

1859

En marzo es colocado bajo vigilancia permanente de la Policía hasta el día de su muerte.

El 2 de julio abandona Semiapaliatinsk.

El 19 de agosto llega a Tver.

El 25 de noviembre se le autoriza a vivir en San Petersburgo.

Retrato de Dostoievski en los años de su primer matrimonio, que tuvo lugar en 1857.

Sigue escribiendo *Recuerdos de la casa de los muertos.*

A mediados de diciembre llega a San Petersburgo.

1860

En julio se autoriza la publicación de una revista mensual: *El tiempo.*

1861

En enero aparece el número uno de *El Tiempo,* con la primera parte de *Humillados y ofendidos.*

El 5 de marzo se publica el «Manifiesto» del 19 de febrero aboliendo la esclavitud.

Primeros encuentros con Polia (Paulina) Súslova.

1862

En enero *El Tiempo* publica *Recuerdos de la casa de los muertos.*

El 7 de junio sale de viaje a Europa.

El 15 de junio llega a París.

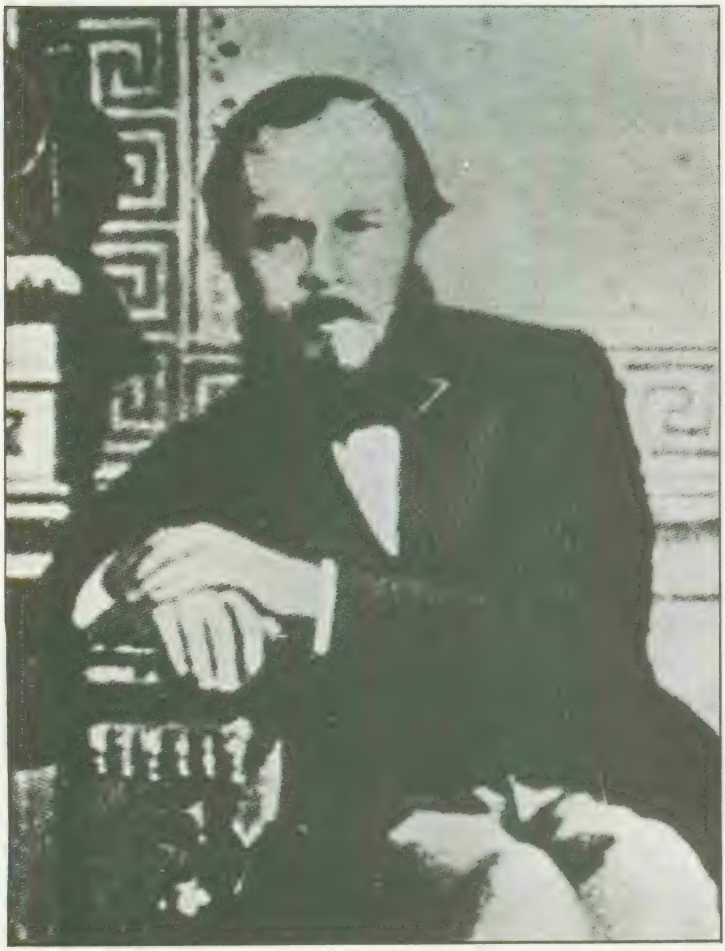
Del 27 de junio al 8 de julio, en Londres.

Del 15 al 27 de julio, el Rhin, Suiza, Italia.

El 4 de diciembre, *El Tiempo* publica *Un mal encuentro.* Relación amorosa con Polia Súslova.

1863

Empieza la polémica con Chedrin.



Entre 1860 y 1865, Dostoievski realizó dos viajes a Europa, publicó en «El Tiempo» y comenzó «Crimen y castigo». A los años citados pertenece esta fotografía.

Entre febrero y marzo, *El Tiempo* publica *Notas invernales sobre impresiones estivales.*

El 24 de mayo, *El Tiempo* es prohibido después de publicar un artículo —por lo demás, mal interpretado— de Strajov sobre la cuestión polaca.

En agosto sale a Europa: Del 14 al 26, en París con Paulina; el 3 de septiembre sale con Paulina hacia Italia.

Del 5 al 8 de septiembre, Baden - Baden; encuentro con Turguéniev.

En septiembre y octubre regresa con Paulina a Italia. Concibe *El jugador* y *Escrito desde un subterráneo.*

Fines de octubre, regreso a Rusia.

1864

En enero se autoriza la reaparición de *El Tiempo,* pero con otro título.

En marzo aparecen los dos primeros números de *La Epoca,* con la primera parte de *Escrito desde un subterráneo.*

El 15 de abril muere María Dmitrievna en Moscú.

El 1.º de julio muere Mijail en Pavlosk.

1865

En enero escribe *Un hecho extraordinario o lo que pasó en el Pasaje.*

Entre marzo y abril conoce a Ana Korvin Krukovskaya y pide su mano, sin éxito.

La Epoca deja de aparecer por falta de financiamiento.

El 5 de junio se fija para el día siguiente la venta de los bienes embargados de Dostoievski.

A fines de julio llega a Wiesbaden.

En septiembre escribe *Crimen y castigo.*

En octubre pasa una semana en casa de los Wrangel, en Copenhague.

Apolo Grigorev, que colaboró con Dostoievski en la revista mensual «El Tiempo».

A mediados de octubre regresa a Rusia. No por primera vez pide la mano de Paulina, quien rehusa.

1866

Durante el invierno, *Crimen y castigo* empieza a aparecer en *El Mensajero ruso.*

El 4 de abril, Karakozov intenta asesinar al zar.

Pasa unas agradables vacaciones veraniegas en la casa de campo de su hermana. Se inicia la amistad con su sobrina, Sofía Ivanov. Escribe la parte final de *Crimen y castigo.*

El 4 de octubre dicta el principio de *El jugador* a una taquígrafa, Ania Snitkin.

El 29 de octubre termina de escribir *El jugador.*

El 8 de noviembre pide la mano de Ania Snitkin.

1867

El 15 de febrero, segundas nupcias: Boda con Ania Snitkin.

Ania Snitkin, con quien Dostoievski contrajo segundo matrimonio. Se conocieron cuando ella taquigrafiaba «El jugador».

El 14 de abril, la pareja parte al extranjero. De abril a agosto vive en Berlín, Dresde, Frankfurt y Baden (disputa con Turguéniev).

El 11 de abril viaja a Basilea, vía Ginebra.

En agosto se instala en Ginebra.

En septiembre empieza a escribir *El idiota.*

1868

En enero, *El Mensajero Ruso* comienza la publicación de *El idiota.*

El 22 de febrero nace una hija, Sofía.

El 12 de mayo muere Sofía.

A fines de mayo, en Vevey. Septiembre, Milán. Noviembre, Florencia, donde los Dostoievski pasan todo el invierno. Concibe *El ateísmo.*

1869

De julio a septiembre, en Venecia, Bolonia, Trieste, Viena, Praga y Dresde.

En septiembre nace en Dresde una hija, Liubov.

En noviembre, el estudiante Ivanov es asesinado por Netchaev.

En diciembre, *El ateísmo* se convierte en *La hagiografía de un gran pecador.*

1870

En enero se publica *El eterno marido.*

En marzo escribe *Los endemoniados.*

En julio estalla la guerra franco - prusiana.

1871

La Comuna de París.

En julio, en el momento de regresar a Rusia, el escritor quema los manuscritos redactados en el extranjero. Le explica a su mujer que teme ser registrado en la frontera y privado de sus manuscritos, como en el momento de su arresto.

Dostoievski residió en Dresde entre 1869 y 1871. He aquí la casa de dicha ciudad donde escribió «Los endemoniados».

El 8 de julio regresa a San Petersburgo.

Dostoievski asiste al proceso de los «netchaevistas».

El 16 de julio nace un hijo, Fiodor.

Demonios aparece en *El Mensajero Ruso.*

1872

En la primavera, Dostoievski posa para su famoso retrato por Perov.

El 15 de mayo viaja a Staraya Rusa.

En septiembre regresa a la ciudad.

A principios de diciembre se convierte en «redactor principal y responsable» del *Ciudadano,* periódico reaccionario.

1873

Publica regularmente en el *Ciudadano* el *Diario de un escritor.*

En mayo entra en conflicto con los poderes públicos y la censura.

1874

En enero sale del *Ciudadano.*

En marzo, como consecuencia del conflicto anterior con la censura, es arrestado durante cuarenta y ocho horas.

En mayo regresa a Staraya Rusa.

En junio viaja a las aguas del Ems. Comienza a redactar *El adolescente.*

1875

En agosto nace su segundo hijo, Alexei.

1876

Se convierte en único redactor del periódico *Diario de un Escritor.*

En noviembre, Podedonoszev le ruega a Dostoievski que envíe regularmente los números del *Diario de un Escritor* al Zarevich. Redacta *La dulce.*

En julio pasa dos días en casa de su hermana en Darovoe. Visita a los viejos campesinos que le conocieron de niño y que le reciben alegremente.

1877

Continúa el *Diario de un Escritor.*

En diciembre escribe en su cuaderno de proyectos: «Hay diez años más de actividad por lo menos; y ahora tengo cincuenta y seis años.»

Escribe *El sueño de un hombre ridículo.*

1878

En enero, el zar le ruega que visite a sus hijos «sobre los cuales podría tener una feliz influencia».

En marzo asiste al proceso de Vera Zazulich.

El 16 de mayo muere el pequeño Alexei a la edad de tres años.

En mayo ve con frecuencia a Vladimir Soloviov.

En junio visita el monasterio de Optina con Soloviov y permanece allí dos días.

Redacción de *Los hermanos Karamazov.*

1880

En mayo acepta representar a la sociedad eslava de beneficencia en la ceremonia de inauguración del monumento a Pushkin en Moscú.

El 25 de mayo, banquete literario en Moscú en honor de Dostoievski.

Junio de 1874: Dostoievski viaja hasta las orillas del Ems. En este paraje redactaría «El adolescente».

Del 6 al 8 de junio, las jornadas Pushkin. El 8, Dostoievski pronuncia su famoso discurso. Entusiasmo del público asistente. Turguéniev abraza a Dostoievski. Se le entrega al escritor una corona de laureles. En la noche va solo al monumento de Pushkin y deposita la corona a sus pies.

Regresa a Staraya Rusa.

En octubre vuelve a Petersburgo.

En noviembre termina *Los hermanos Karamazov*.

1881

El 26 de enero disputa con su hermana (Ivanovna) sobre la herencia de Kumanin. Hemorragia. A las cinco y media, durante la auscultación médica, nueva hemorragia. A las siete se despide de su mujer e hijos. Consulta médica.

El 27 de enero, nuevas hemorragias. Desmayo. A las seis y media de la tarde, agonía. A las ocho y treinta y ocho minutos, **muerte de Fiodor Mijailovich Dostoievski.**

El 31 de enero, una inmensa multitud asiste a sus solemnes funerales. ■ **C. S.**

Muere Dostoievski (1821-1881) cuando aún no ha alcanzado los sesenta años de edad. Su figura queda desde entonces inscrita entre los hombres de letras más significativos del XIX.

Boccaccio y la comedia humana

Fernando Savater

Con pocos autores ha sido el tiempo tan piadoso y conservador como con Giovanni Boccaccio (1313-1375). Su obra en lengua popular se ha revelado invulnerable a la usura de los años y a la mudanza de estilos y costumbres (Retrato de Andrea del Castagno).

A comienzos del siglo XIV, Florencia —aquí pintada, años después, por un artista anónimo— era la capital comercial de Europa, centro financiero de la burguesía, y relevante por sus instituciones políticas y su ambiente cultural.

Poco más de seiscientos años nos separan de aquel 21 de diciembre de 1375, cuando murió en la villa toscana de Certaldo el escritor Giovanni Boccaccio. Con pocos autores ha sido el tiempo, que todo lo rinde, tan piadoso y conservador. De las obras cultas y eruditas que escribió en latín, para conseguir el aplauso duradero de la posteridad, ninguna es conocida fuera de los polvorientos círculos de los especialistas y ninguna, desde luego, le habría granjeado otra inmortalidad que el limbo que tributan las enciclopedias. Pero el amable pasatiempo que compuso para deleite y alborozo de sus conciudadanos, escrito en lengua popular y destinado a gustar al pueblo, se ha revelado monumentum aeri peremnis, *invulnerable a la usue de los años y a la mudanza de estilos y costumbres. Aquí y siempre, lo proyectado para la eternidad se revela prontamente perecedero —o perdura en un frígido hieratismo— mientras la fungible urgencia de la hora conserva durante muchos siglos el palpitar de carne y sangre que la engendró. Quien deliberadamente se propone ser clásico, rara vez alcanza vigencia ni siquiera en vida y la pierde toda el día de su muerte (las excepciones, como Goethe, confirman la norma); pero quien sólo aspira modestamente a intrigar, conmover o divertir a su vecino puede llegar a ver eternizado lo saludable de su gusto. Ese fue el caso del «Decamerón»: contra toda teoría del «malditismo», Boccaccio, como Shakespeare, Rabelais, Cervantes o Voltaire conoció un rotundo éxito en su época y su prestigio popular no ha decrecido hasta nuestros días. ¿No es curioso que sean los grandes humoristas los autores que aspiran a causar un efecto más* inmediato *en su entorno concreto, quienes más eficazmente siguen ejerciéndose a lo largo de los siglos? Puede argüirse que el prestigio de Boccaccio se sustenta en un malentendido, apoyado por la publicidad salaz de los kioskos de libros de bolsillo y manipulaciones interesadas como la película de Pasolini. Pero todo éxito es equívoco y quizá el del «Decamerón» lo sea en menor grado de lo frecuente: más allá de su simple asignación a la literatura masturbatoria, el lector que hoy busca en Boccaccio la alegre picardía del inspirado narrador de historias ingeniosas y jocosos cuentos verdes quizá no agote el sentido de la obra del italiano, pero en modo alguno va totalmente descaminado. Yo diría incluso que acierta en lo esencial. Pero ante todo, lo que sigue encandilando a quien hoy se asoma a los cuentos de Boccaccio es la enorme impresión de* vivacidad *que todavía se desprende de ellos, el penetrante perfume de una época jubilosa hasta lo desmedido y audaz hasta la crueldad. Así fue aquel Trescientos italiano, el de Venecia y Nápoles, el de Florencia y Milán, con sus comerciantes osados como caballeros andantes, con sus comunidades fuertes e independientes previas a la peste de los estados nacionales, ese Trescientos cuya comedia humana encontró en Giovanni Boccaccio su cronista ejemplar.*

El invento de la letra de cambio había contribuido decisivamente a agilizar el comercio y a permitir las más atrevidas especulaciones y los más súbitos enriquecimientos, aspectos ambos que prodigaban en Florencia. En el grabado, el contador y las arcas de un Banco medieval.

VIDA DE BOCCACCIO

A comienzos del siglo catorce, la ciudad de Florencia era la capital comercial de Europa, centro financiero de la nueva clase ascendente, la burguesía, que ya había estado afianzándose a lo largo de todo el siglo anterior. El invento de la letra de cambio, hecho a finales del siglo XII, había contribuido decisivamente a agilizar el comercio y a permitir las más atrevidas especulaciones y los más súbitos enriquecimientos. El cuadro moral e intelectual era todavía medieval en muchos aspectos importantes, aunque comenzaba rápidamente a dejar de serlo. La sombra de Dante todavía se inclinaba sobre las aguas del Arno y las figuras de rasgos sobriamente enérgicos de Giotto triunfaban en la Santa Croce. Dos instituciones políticas originales, la Señoría y el **Comune,** rigieron durante esos siglos los destinos de Florencia. El **Comune** es el que atañe más directamente a nuestro tema; era algo así como un Municipio surgido de la iniciativa privada de una serie de ciudadanos que se asociaban bajo juramento para defender sus propiedades y sus intereses comunes contra los enemigos externos. Se trataba de una creación esencialmente mercantil, aunque con importantes ramificaciones en lo político, lo cultural, etc... Boccaccio estuvo toda su vida muy ligado al **Comune,** cuyo carácter antiaristocrático y antimperialista se conciliaba estupendamente con el punto de vista político del autor del «Decamerón». En las diversas ciudades independientes italianas y en los pequeños reinos de la península se contraponían con varia fortuna los intentos autocráticos con los proyectos democratizantes de los burgueses, ante la expectante mirada de las grandes potencias exteriores, como Francia, siempre atentas a intervenir rapazmente en su propio provecho. Uno de los propósitos más constantes de la

diplomacia de algunas comunidades italianas de la época, como el reino de Nápoles, era conseguir que la sede del Papado se trasladase de nuevo de Avignon a Roma, lo que finalmente ocurrió el año 1367, en vida de Boccaccio, como luego veremos.

Giovanni Boccaccio nació en 1313, en Florencia. Los especialistas descartan en la actualidad mayoritariamente la antes extendida hipótesis de su nacimiento en el mismo Certaldo en cuyo retiro toscano debería morir sesenta y dos años más tarde. Era hijo ilegítimo de un acaudalado comerciante, Boccaccio o Boccaccino de Chelino, afincado en el barrio de San Pier Maggiore, uno de los núcleos más importantes de la vida mercantil florentina. El volumen de negocios de Boccaccino y sus hermanos, probablemente relacionados con las industrias de lana y seda florentinas, debía ser françamente importante en la época del nacimiento de Giovanni. El padre pudo trabajar en algún momento como agente para la poderosa compañía de los Bardi y en esta condición hacer un viaje sobre 1314 a París, lo que le permitió asistir al suplicio del último gran maestre templario Jacques de Molay y de paso dio origen a la leyenda del nacimiento parisino de Giovanni, que le hace nada menos que hijo de una princesa casquivana, como si se tratase de uno de sus propios cuentos. El ambiente familiar que rodea la niñez de Giovanni es próspero y, según todo parece indicarlo, feliz. Boccaccino se había casado con Margarita de Mardoli, pariente lejana de aquella Beatriz Portinari que acompañó a Dante a la gloria celestial, según cuentan. La legitimación, espontánea y jubilosa, de Giovanni debió tener lugar probablemente antes de este matrimonio. Por otra parte, el comerciante conocía también horas de preeminencia ciudadana, pues fue elegido cónsul del Arte del Cambio en 1324 y llegó a ser sumo magistrado de los **priores** de la República Florentina entre 1322 y 1323. El niño es educado sin reparar en gastos, poniéndosele en manos de un reputado maestro de la época, Giovanni di Domenico Mazzuoli de Strada, con quien aprende tempranamente a leer, escribir, los rudimentos de la gramática latina y hace probablemente las primeras lecturas comentadas de Dante. Tampoco se descuida el aspecto comercial de su educación y se le forma en aritmética, contabilidad y restantes artes financieras. En 1327, su padre es destinado a Nápoles por asuntos de negocios; en esa ciudad continuará Giovanni su aprendizaje bancario, trabajando como aprendiz en el Banco de los Bardi, que controlaba la economía de la casa de Anjou. Pero la ciudad misma de Nápoles le será maestra de cosas mucho más esenciales; el adolescente avispado y curioso se familiarizará con todos los personajes grandes y pequeños de una de las ciudades más vivas del Mediterráneo: comerciantes, cambistas, falsificadores, marinos, grandes señoras y bellas napolitanas de costumbres ligeras y largo ingenio, a cuyo encanto pareció ser todo menos insensible Giovanni. Un día de Sábado Santo, en la iglesia de San Lorenzo, verá a la hermosa Fiametta («Llamita»), que ocupará sus pensamientos durante largo tiempo y que le inspirará sus primeras páginas célebres. Aquí conoció también a Niccola Acciaiuoli, que llegará a ser todopoderoso valido de los Anjou y gobernará a su antojo el reino de Nápoles; entre ambos se enlazará una extraña y cambiante amistad, hecha de mutuos acercamientos apasionados y de los más fríos despechos. En primer término, esta amistad sirvió a Boccaccio para entrar en los medios aristocráticos y principescos de la ciudad, haciendo de esta experiencia cortesana nueva fuente de noticias sobre tipos y caracteres, amén de origen de aventuras galantes de alto vuelo. Ya enton-

La sombra de Dante aún se inclinaba sobre el Arno cuando Boccaccio comienza su vida. Años después, él tendría la misión de llevar a la hija del poeta (representado en este fresco del siglo XV) la pensión acordada por el «Comune» florentino.

ces comienza a decantarse más allá de toda duda hacia su vocación de escritor. Ni el comercio, para el que sólo está mediocremente dotado, ni las leyes, hacia las que quiere inclinarle después su padre, representan su auténtica vocación. Pero los estudios que emprende con los prestigiosos juristas napolitanos le permiten ponerse en contacto con apasionados de la nueva poesía, como Cino de Pistoia, amigo y admirador de Petrarca, que ya comienza a convertirse en ideal literario de Boccaccio. Y también Andalo da Negro, Paolo de Perugia y el Padre Dionigi, otro entusiasta de Petrarca. En ese período entre los 30 y 40, comienza la producción literaria de Giovanni, con pequeños ejercicios ora en latín, ora en toscano, destinados antes que nada a demostrar su atenta asimilación de los ejemplos literarios que se le habían propuesto. Así la **«Caccia di Diana»**, breve poema en tercetos en el que se elogia (con nombres y apellidos) a hermosas napolitanas de la época y el **«Filóstrato»**, donde cuenta en octavas amores desdichados de troyanos y aqueos. Más interesante que estos ejercicios poéticos es su primer libro importante en prosa, **Filocolo**, en el que desarrolla una trama típica de novela bizantina, incluyendo algunas historietas intercaladas que ya anuncian lo mejor de su estilo (de hecho, dos de ellas refundidas, formarán parte del «Decamerón»). En el prólogo de la obra aparece la figura de Fiametta, su amoroso norte que ya hemos mencionado (se trataba de María de Aquino, hija natural del rey Roberto de Anjou), que terminará por convertir su nombre en una especie de sello de marca de la obra boccacciana.

En 1341, Giovanni y su familia vuelven a Florencia, tras el grave revés económico que para ellos ha supuesto la quiebra de los Bardi. Su panorama financiero se oscurece notoriamente, como él no deja de reconocer con preocupación en su correspondencia de la época, sobre todo en sus cartas a Niccola Acciaiouli, de quien espera una mejora en su fortuna. Además de estos problemas de índole personal, Boccaccio encuentra Florencia revuelta por las intrigas políticas movidas por las ambi-

Tumba de Cino de Pistoia, amigo y admirador de Petrarca, y al que Boccaccio conoció durante su estancia en Nápoles. Quizá fuera éste una de las personas que más le influyeron en el inicio de su fascinación hacia Petrarca.

ciones desaprensivas de unos cuantos magnates, que desembocarán en la dictadura demagógica del duque de Atenas. Nada de esto le impide continuar escribiendo y afianzando el buen nombre que entre la gente culta va poco a poco conquistando. En 1342 escribe la **Comedia delle ninfe florentine** o **Ninfale d'Ameto,** suerte de fantasía amorosa pastoril, en prosa, pero con tercetos intercalados, que dibuja una Arcadia feliz que tendrá abundante posteridad literaria hasta el siglo XVI. Al año siguiente compone la **Amorosa Visione,** en tercetos, donde describe los triunfos de la Riqueza, la Gloria, el Amor o la Fortuna, hasta finalmente hacerse digno de alcanzar el amor celestial de Fiametta. También de 1343 parece ser su **Elegía de Madonna Fiametta,** más interesante desde nuestro punto de vista que las anteriores, donde describe con una curiosa inversión literaria el fin de sus amores con la esquiva «Llamita». Casi en esa misma época, Boccaccio había sido abandonado por su casquivana Fiametta, contrariedad que le afectó bastante; compuso entonces una novelita en la que se cambiaban las tornas y era ella la que se veía abandonada por su amado Pánfilo (nuestro Giovanni) y sufría y se lamentaba con este motivo. Anécdotas aparte, «Fiametta» es la primera novela ya casi moderna, en la que se analizan con finura psicológica los mecanismos de la pasión amorosa, lejos de cualquier idealización o sublimación convencional. Poco posterior debe ser su **Ninfale Fiesolano,** otro poemita de amores mitológico - pastoriles y final trágico. Paralelo a este ímpetu creador, sigue vivo su interés por la cosa pública y, principalmente, por las comprometidas finanzas familiares. Con motivo de éstas viaja a Rávena, a la corte de Ostasio da Posenta, y a Forli, en misiones de diplomacia comercial, indispensables en aquella época. La ayuda que esperaba de Nápoles no ha de llegar, pues su amigo el intrigante Niccola Acciaiuoli se ha visto envuelto en los remolinos causados por el asesinato de Andrea de Hungría; Niccola huirá de Nápoles con la viuda de Andrea, la reina Juana, y el principal sospechoso, Luigi de Taranto, que de inmediato se casará con

Cuando Boccaccio y su familia vuelven a Florencia en 1341, encuentran la ciudad revuelta por una serie de intrigas que conduciran a la dictadura del duque de Atenas. Es el mismo año en que termina su «Teseida», una de cuyas miniaturas de su traducción francesa vemos.

En la «Elegia de Madonna Fiametta (1343)», Boccaccio describe con una curiosa inversión literaria el fin de sus amores con la esquiva «Llamita». He aquí el frontispicio de una edición del libro, realizada en Madrid en 1574.

Juana, lo cual, a mi modo de ver, concede cierta verosimilitud a las sospechas.

Pero en el año 1348, un acontecimiento terrible empequeñece con su devastadora crueldad las querellas de los príncipes. La peste, que hacía estragos en el este de Europa, se abate con estremecedora furia sobre Florencia. Como en las danzas de la muerte medievales, cuyo descarnado espanto pintó Holbein, la pestilencia iguala en una misma agonía a los comerciantes y a los artistas, a las bellas y a los guerreros de la maravillosa capital del Arno. Sería inútil tratar de describir esos horrores mejor de lo que ya lo hizo el propio Boccaccio en las páginas iniciales de su «Decamerón». Allí, al socaire de ese súbito triunfo de la desolación, comenzó a gestarse la obra inmortal de Giovanni, pues la comedia humana se inaugura con lo que revela que toda humanidad es comedia, con la siega unánime de la muerte. Boccaccio pierde a amigos y a enemigos, a parientes y a amores lejanos. Pero eso fortalece su creatividad, y durante los dos años siguientes trabajará en su colección de cuentos que narran diversos personajes durante diez jornadas, mientras la peste ejerce sus estragos en las proximidades. Más adelante hablaremos despacio de este «Decamerón». En el año 1349 muere Boccaccino de Chelino y la situación económica de la familia empeora. Afortunadamente, Giovanni ya es una personalidad y el **Comune** cuenta con él para diversas gestiones, ya que destacaba como orador y redactor de cartas oficiales, amén de gozar de influyentes relaciones en toda Italia. Se le encarga una misión en la Romaña y también la de llevar diez florines de oro a la hija de Dante, Beatriz, monja en el convento de San Stefáno dell'Uliva, como compensación, treinta años posterior a la muerte del poeta, de su exilio por razones políticas. El año 1350 conoce por fin personalmente a su admirado Francesco Petrarca que, camino de Roma, adonde va como peregrino desde Parma para ganar el jubileo, parará en Florencia, donde se hospedará en casa de Giovanni a ruegos de éste. Así se inicia la hermandad espiritual del más grande poeta y del mayor prosista del Trescientos, que sólo la muerte desunirá. Amistad prolongada a través de diversos encuentros (en Padua, en Milán, en Venecia) y de una copiosísima correspondencia, a lo largo de la cual Boccaccio buscó no sólo un preceptor literario excepcional, sino también un guía espiritual en todos los terrenos. Son dos figuras contrapuestas en muchos aspectos: Boccaccio, sensual y extrovertido, frente al sublimado y recogido Petrarca; el primero, populista y democrático, frente al aristocratismo elitista del segundo; el uno laico hasta el anticlericalismo, el otro respetuoso de todas las togas y hábitos. Sin embargo, su conjunción fue feliz y ambos se estimularon mutuamente en lo mejor de su creatividad, ayudándose a soportar la vida, que es lo que todos buscamos en los amigos. Su relación no era perfectamente simétrica, por la enorme admiración de Boccaccio al gran poeta de Laura, pero también éste estimaba muy sinceramente a Giovanni, no sólo como hombre sino como escritor. Por lo demás, Boccaccio seguía ininterrumpidamente su tarea creadora. A los cuarenta años, escribe el **Corbaccio** o **«Laberinto de amor»** siempre sobre el inagotable tema de la pasión erótica. Enamorado de una viuda ávida y voluble, Giovanni aprovecha para escribir una feroz diatriba contra su torturadora y contra las mujeres en general, cuyos embustes, coqueterías y arrumacos denuncia con verbosidad desgarrada y graciosa penetración psicológica. Esta enciclopedia de la misoginia, escrita —¡cómo no!— por un gran amador, fue imitada múltiples veces, entre otros por nuestro Arcipreste de Talavera, cuya obra sin título fue bautizada «El Corbacho» por la voz pública.

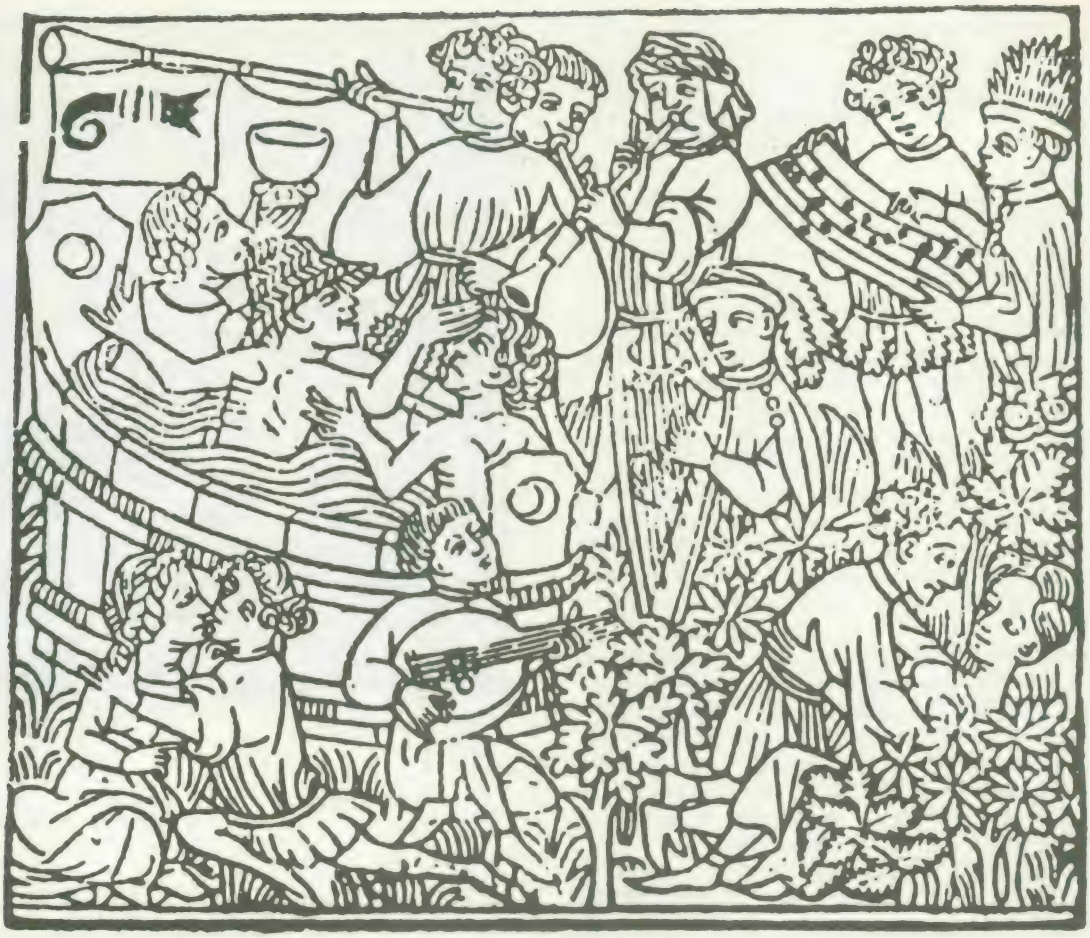
1348 es el año en que la peste, que hacia estragos en el Este de Europa, se abate con estremecedora furia sobre Florencia. El horror que ello significó queda descrito perfectamente por Boccaccio en las páginas iniciales del «Decamerón» (Grabado: Entierro de víctimas de la peste.)

Para intentar salvar de la ruina a su familia, Boccaccio viaja a Nápoles, donde de nuevo Niccola Acciaiouli tenía privanza. Pero éste no le hace el buen recibimiento que Giovanni espera y, desde luego, no contribuye a sacarle de pobre. Si los negocios van mal, el prestigio va muy bien. Desde 1360, la casa de Boccaccio se convierte en una especie de tertulia permanente de intelectuales y artistas, por la que pasarán Masini, Villani, Salutati... Se le siguen confiando cargos públicos de importancia: camarlengo del **Comune,** parlamentador con Ludovico de Baviera, embajador en Avignon ante los papas Inocencio VI y Urbano V, etc... Todavía el año 67 deberá ir a homenajear a Urbano V en nombre de la ciudad de Florencia, cuando el Papa vuelve a Roma. Pero prefiere cada vez más retirarse a su villa toscana de Certaldo, desde donde escribe a Petrarca y pule sus creaciones anteriores, mientras comienza a redactar grandes obras en latín. Escribir en latín es ya una forma de sentar la cabeza; pero además los libros que compone son serios, eruditos y de pretensiones ejemplares. Así su **De Casibus virorum illustrium,** repertorio de miserias y desdichas que acechan a los que parecen más alta y seguramente establecidos. Digamos en un inciso que el Boc-

La hermandad espiritual entre Boccaccio y Petrarca —al que contemplamos retratado por un pintor de la escuela de Bellini—, entre el mayor prosista y el más grande poeta del Trescientos, comenzaría en 1350 para sólo acabar con la muerte del segundo.

caccio que aparece en la «Comedieta de Ponza» del Marqués de Santillana es ste del **«De Casibus»**. O podemos considerar también su **Genealogía deorum gentilium**, obra muy amplia, sumamente erudita, en la que se recogen todo tipo de noticias mitológicas y los más diversos apuntes sobre la antigüedad. Pese a la enormidad de su tema, la obra está muy bien organizada y es tan rigurosa que ha servido como libro de consulta hasta el siglo XIX, no siendo hoy mismo inútil ni mucho menos al interesado en las religiones clásicas. La respetabilidad le va ganando a pasos agigantados. Bajo la influencia de Petrarca y de los años, intensifica sus preocupaciones religiosas —que nunca le habían faltado— hasta el punto de recibir las órdenes menores y autorización episcopal para dedicarse «a la cura de almas». En los años setenta, al final de su vida, hace unos comentarios públicos sobre «La Divina Comedia» en la iglesia de San Esteban de Badía; estas conferencias son un verdadero acontecimiento público y toda Florencia rinde su último homenaje de admiración al más grande de sus escritores vivos. El año 1374 muere Francesco Petrarca, el alto poeta, el ideal reverenciado de Giovanni; es un durísimo golpe para éste, del que no se repondrá.

Uno de los últimos libros redactados por Boccaccio fue «De claris mulieribus», finalizado alrededor de 1374, muy cercana ya su muerte. De la edición publicada en Zaragoza de dicho texto, durante 1494, seleccionamos esta ilustración.



La Edad Media fue, en lo vital, una época excepcionalmente jubilosa, pródiga hasta el exceso en los goces de la carne, y con un sentido comunitario de la fiesta que no ha tenido parangón en los siglos posteriores. De ello da idea este grabado en madera.

Se retira a Certaldo y allí, envuelto en la bata forrada de piel que su amigo Petrarca le legó para que combatiese los fríos invernales de las horas de lectura, le llega la muerte el 21 de diciembre de 1375. Fue enterrado en la iglesia de los santos Michele et Iacopo, con un humilde epitafio que comienza:

Hac sub mole iacent cineres ac ossa Iohannis...

EL «DECAMERON»

Sería un error considerar el **Decamerón** como una simple colección de cuentos agrupados sin propósito orgánico, un centón de historias sin otro nexo que la mera contigüidad en el libro. La obra está pensada como un todo, aunque Boccaccio tomase sus relatos de muy diversas fuentes y tuviese bastantes de ellos en mente o incluso escritos en una primera redacción desde mucho antes. Lo que con el **Decamerón** pone en marcha su autor es una especie de máquina de narrar, una suerte de artilugio cuentista, como aquellos artilugios razonantes que disponía Raimundo Lulio. Se crea una combinatoria en la que intervienen un espacio narrativo, unos intereses temáticos y unos personajes narradores sutil y gradualmente diversos; se determina un tiempo de producción —diez días— y se pone en marcha la fábrica, que dentro de este esquema bien puede manejar materiales ya conocidos sin por ello dejar de recrearlos para el propósito específico del conjunto. Como los narradores son diez, la maquinaria está «programada» para producir cien cuentos, diez por cada una de las diez jornadas; el mismo Boccaccio, al final del libro, se excusa de que quizá pueda parecer que algunos cuentos sobran: pero la máquina es la máquina y él no puede sino levantar acta de los resultados. Tampoco puede decirse en modo alguno que la distribu-

Lo que Boccaccio hace en el «Decamerón» no es un simple acopio de historias, sino poner en marcha una especie de máquina de narrar perfectamente estructurada. Pronto el libro se hizo universal, como testimonia la edición francesa del siglo XIV a la que corresponden estas dos miniaturas.

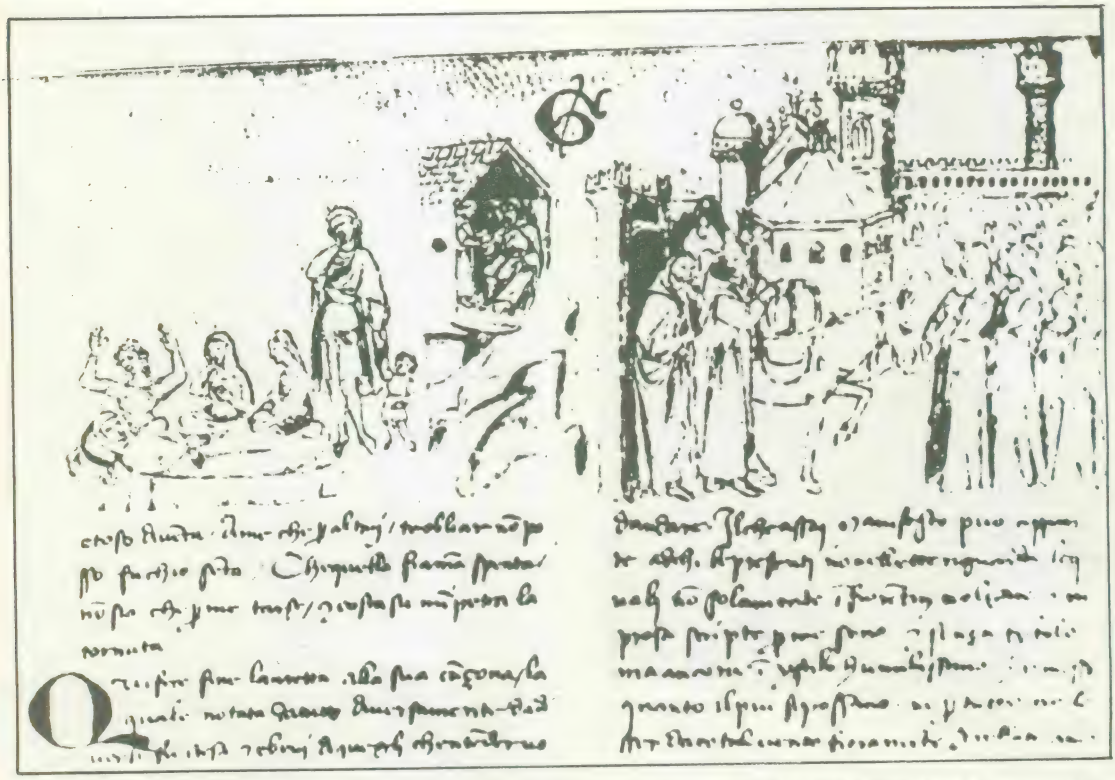
ción de los cuentos sea arbitraria, sino que sigue un decurso perfectamente trazado, desde la sombría introducción hasta el luminoso final. Si bien los cuentos pueden leerse salteados, sólo cobran su pleno sentido en la obra leídos tal como están dispuestos, pues además del argumento de cada historia hay que considerar el argumento general, dentro del cual se disponen los temas parciales a modo de contrapuntos sinfónicos. Este libro entretenido y jocoso es también, quizá ante todo, una meditación recurrente, plenamente deliberada, sobre la virtud y el mérito, sobre el azar y el amor, sobre la inteligencia y los sentidos. Todo ello a la sombra terrible pero estimulante, paradójicamente protectora, de la Muerte y la Locura. Hoy estamos ya tan sofisticados en materia de historias que pocos cuentos del **Decamerón,** tomados de uno en uno, lograrán satisfacernos plenamente; pero creo, en cambio, que estamos en situación muy propicia para disfrutar del conjunto artificioso y vario de esta fábrica de inventar, así como de la profunda reflexión ética que puso en marcha el alegre dispositivo.

Descartemos de entrada el sobado tópico de que la jocunda alegría vital y laica del **Decamerón** supone una ruptura con el ascetismo clerical de la Edad Media. Todavía se persiste en la patraña de la Edad Media «oscura»: yo la he oído calificar, en disparate de tertulia, de «fascista». Nada más rotunda y palpablemente falso. En lo político, la Edad Media fue mucho más libre que los siglos «ilustrados» dieciocho y diecinueve; en ella florecieron instituciones comunales antiautocráticas que todavía añoramos y lo siento por quienes tienen como dogma que el progreso de la razón científica es progreso de la libertad. En lo intelectual, alcanzó desarrollos teóricos de sutileza y profundidad admirables. Pero, ante todo, en lo vital fue una época excepcionalmente jubilosa, pródiga hasta el exceso en los goces de la carne, con un sentido comunitario de la fiesta que la eleva por encima de las eras de placer solipsista que la han seguido. Precisamente el mayor acierto de Boccaccio fue observar cómo los ideales y alegrías de la Baja Edad Media se prolongaban en la sociedad renacentista, y cómo ésta última no era una ruptura sino una evolución transformadora —y quién sabe si una decadencia— de la anterior. A este respecto, es sumamente interesante el libro recientemente aparecido **«Bocacio y su época»,** de **Vittore Branca,** Alianza Editorial, en el que, además de una completa y razonada biografía del escritor, se incluye un amplio estudio significativamente titulado «Bocacio medieval». Aquí el profesor Branca demuestra la vinculación de las líneas maestras espirituales y de la problemática del **Decamerón** con sus inmediatos precedentes medievales. En las breves notas que siguen me inspiraré desvergonzadamente en las ideas expuestas en el referido libro.

El **Decamerón** se inicia con una ya celebérrima descripción de los estragos de la peste en Florencia, el año 1348. Los más alarmantes no eran, con ser terribles, los perjuicios físicos, el súbito brotar de la enfermedad, la dolorosa y acelerada agonía, el hacinamiento de los muertos, la amenaza funesta del contagio... No, lo más aterrador, al menos para Boccaccio, era la desagregacion moral de una ciudad unida por fuertes lazos éticos y civilizadores: las fúnebres francachelas de los supervivientes, escalofriantemente entregados al **carpe diem,** la insolidaridad con los apestados, los padres huyendo de los hijos, los cónyuges olvidando sus mutuos deberes de asistencia, la

inoperancia de toda organización pública... En medio de este horror, en el que la pestilencia no es sino el símbolo mismo de ese caos que subyace y amenaza todo proyecto humano de convivencia, siete distinguidas e inteligentes señoritas y tres cumplidos caballeros, jóvenes unas y otros, deciden alejarse de la ciudad y pasar unos días retirados en el campo, en tanto se mitiga el rigor del mortal flagelo. Para entretener este ocio forzoso deciden nombrar cada día «rey» a uno de ellos y que el así encargado determine las actividades que han de realizarse en la jornada. Estas se reducen, fundamentalmente, a contar cada uno un relato sobre un tema más o menos genérico determinado por el «rey» o «reina» de turno. Como el número de días pasados en ese refugio es de diez y diez son los posibles narradores, el número de narraciones totales es de cien, escindidas en diez jornadas de diferente —más o menos— temática. En realidad, tres son los temas fundamentales sobre los que giran todos los cuentos: la Fortuna (o Azar), el Amor y el Ingenio. El Azar, que todo lo trastoca y pone a prueba, frente al cual no hay ventura segura ni mal que cien años dure, al que puede vencerse con energía e industria. El Amor, regidor de este mundo, en sus diversos registros de pasión carnal o sublimación y renuncia espiritual, que da con unos en la bestialidad y con otros en la más alta virtud, a veces sucesivamente y en uno u otro orden... El Ingenio, que abarca tanto la frase aguda que permite esquivar una situación comprometida como la treta que por vía de astucia compromete al enemigo o salva al amigo. Naturalmente, Azar, Ingenio y Amor se entremezclan en muchos cuentos, cuya adscripción a uno u otro motivo es más bien aleatoria. Pero también hay una ordenación diferente, transversal a la alternancia de los temas: la que lleva de la sombra a la luz, de la peste a la gloria, de la más escandalosa consagración del vicio al más irrefutable triunfo de la virtud. El libro que comienza con la abominación de la ciudad descoyuntada y prosigue, en su primera historia, con el caso del malvado hipócrita que termina proclamado santo, se cierra con una última jornada dedicada a cantar los goces victoriosos de la virtud, que acaba con el relato de la más abnegada renuncia y de su definitiva recompensa. ¿Hace falta resaltar que, si medievales son ya los tres temas esenciales de Fortuna, Amor e Ingenio, aún lo es mucho más esta orientación de todas las historias hacia la exaltación última del Ideal?

Los relatos adoptan todas las modalidades conocidas de la narrativa medieval: de la novela bizantina a la leyenda piadosa, de los **fabliaux a rire** a las equívocas farsas carnavalescas, de la historia amorosa al modo provenzal al ejemplo moralizante. Pero en todos estos géneros dispares, Boccaccio pone una nota personalísima, la de su propio estilo narrativo, directo y sencillo en lo argumental (contando sin embrollo las tramas más complejas), salpimentado con reflexiones morales o irónicas, que nunca se prodigan hasta el punto de hacerse enfadosas. Quizá una excesiva fidelidad al latín, en lugar de al toscano hablado, entorpezca un tanto la lengua que maneja Boccaccio, pero no olvidemos que estaba **inventando** la prosa italiana. La vivacidad de sus retratos es inolvidable: todos sus caracteres, no sólo los cómicos, en los que destaca, sino incluso los más esquemáticos (la Virtuosa, el Justo), se animan magistralmente con unos pocos trazos. Algunas de las historias quedan fijas en la memoria por su enorme fuerza de diseño: Federico degli Alberighi, arruinado por el amor de una dama que le desdeña, a quien finalmente sirve en su mesa el halcón que es su mayor tesoro por no tener otra cosa con qué agasajarla; Anastasio degli Onesti y la caza espectral que le sorprendió en el bosque, que inspiró a Botticelli su tríptico



Entretenido y jocoso, el «Decamerón» es ante todo una meditacion sobre la virtud y el merito, sobre el azar y el amor, sobre la inteligencia y los sentidos. (La ilustración pertenece a la misma edición francesa que las dos anteriores.)

del museo del Prado; la alegre obscenidad del cuento de la joven Alibech y el monje Rústico que la enseñó a meter al diablo en el infierno; el último cuento, en el que la inconmovible abnegación de la virtuosa Griselda es probada hasta el sadismo por su marido, para alcanzar finalmente la plena restitución como premio. Las historias se entrelazan, se responden unas a otras, se duplican o se contrarrestan, se burlan de sí mismas o se reconvienen. Agruparlas según sus relaciones o parecidos es una complicada combinatoria en la que ya se han ejercido muchos eruditos. Baste aquí consignar que en el **Decamerón,** como en la vida, cada sucedido tiene ocultas implicaciones que quizá aparecen en otro relato y que los meandros argumentales consienten incontables recurrencias.

Con este libro se dio el primer fenómeno de acaparamiento por el pueblo de una obra estrictamente laica que se conoce en la literatura occidental. Por acaparamiento entiendo que el **Decamerón** se convirtió en parte integrante del ajuar de cada casa, en un entrañable objeto de uso cotidiano. Mercaderes, agricultores, operarios y comerciantes distraían horas de sus quehaceres para copiar las páginas de Boccaccio «para sí y para sus parientes y amigos»; guardamos los nombres sonoros, ennoblecidos por el tiempo, de estos copistas espontáneos, autores de los manuscritos del **Decamerón** que se conservan: Piero Daniello de Piero Fei y Lodovico Jacopo Tommasini, mercaderes; Giovanni d'Agnolo Capponi, **prior** de la República Florentina; Ser Taiuto de Balduccio di Pratovecchio, notario; Filippo de Andrea da Bibbiena, agricultor... Y los ejemplares estaban manoseados, **usados,** con anotaciones en los márgenes, fuesen cuentas comerciales o requiebros amorosos. Se estableció con el **Decamerón** ese tipo de relación que ha solido existir en los países protestantes con la Biblia. Y de una Biblia se trataba, en cierto modo: la biblia del ingenio y el coraje burgués, de su astucia y de sus placeres, de sus vicios y de su heroismo. El mismo arrojo de los cruzados y los caballeros andantes animaba ahora a los mercaderes y comerciantes de las repúblicas italianas. Como Marco Polo y su legendaria travesía; como aquel Dogo nonagenario que a la cabeza de los venecianos asaltó las murallas de Constantinopla en la cuarta Cruzada. Boccaccio fue extraordinariamente sensible a la nueva problemática,

encuadrada en los moldes aún en pie de antiguos ideales, que suponía esta traslación del protagonismo de los señores a los plebeyos; y el nacimiento de una nueva aristocracia, una nueva virtud y unas nuevas lacras (avaricia, engaño fraudulento, dureza de corazón). No hubo, ya lo hemos dicho, ruptura radical con la época inmediatamente precedente, sino una radicalización de sus mejores perspectivas y de sus peligros, que encontró en Boccaccio su más atento cronista. Como bien dice Vittore Branca, «el **Decamerón** es la epopeya luminosa y humanísima del otoño de la Edad Media en Italia». ■ **F. S.**

De la vigencia actual de el «Decameron» testimonia el éxito obtenido por la adaptación cinematográfica realizada por Pier Paolo Pasolini, al que vemos en este fotograma (pues interpretaba el papel de un pintor sacro) de una de las secuencias del film.

"Galileo"

Galileo Galilei, por Octavio Leoni (1624).

El actor Cyril Cusack, en el papel de Galileo (1968).

Guión cinematográfico de Liliana Cavani y Tullio Pinelli

FICHA DE LA PELICULA

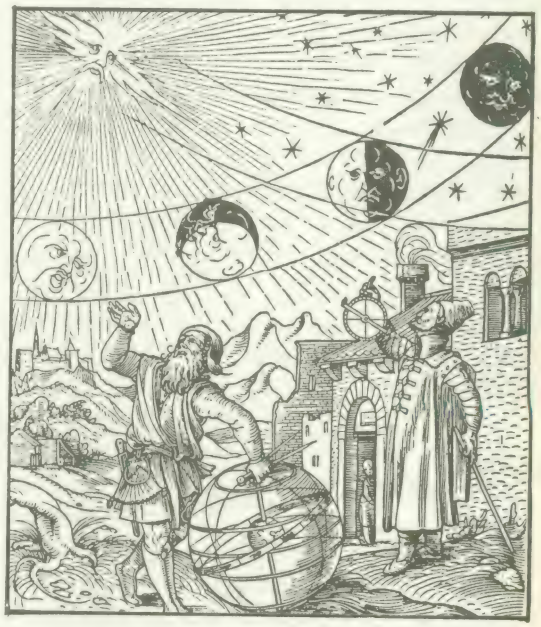
Guión	LILIANA CAVANI y TULLIO PINELLI
Consejero para cuestiones históricas	BORIS ULIANICH
Director de fotografía	ALFIO CONTINI
Decorados y vestuario	EZIO FRIGERIO
Música	ENNIO MORRICONE
Montaje	NINO BARAGLI
Organización general	SERGIO JACOBIS
Ayudante de dirección	RINA MACRELLI
Dirección	LILIANA CAVANI
INTERPRETES:	
Galileo	CYRIL CUSACK
Comisario, dominico	GIGI BALLISTA
Sagredo	GIULIO BROGI
Giordano Bruno	GHEORGHI KOLAIANCEV
Padre Inchofer, jesuita	NICOLAI DOICEV
Cardenal Belarmino	GHEORGHI CERKELOV
Acquapendente, prof. de anatomía	MARCELLO TURILLI
Papa Urbano VIII	PIERO VIDA
Comisario, dominico	MIROSLAV MINDOV
Bernini	PAOLO GRAZIOSI
Padre Charles	LOU CASTEL

Producido por Leonardo Pescarolo para Fenice Cinematográfica, Venecia - Rizzoli Film, Roma - Kinozenter, Sofía.

ME parece que hablar de Galileo es algo perfectamente actual. En 1964 se dijo en el Concilio, aunque ello se debiera exclusivamente a los esfuerzos de los progresistas: «Permítasenos lamentar ciertas actitudes morales, derivadas del hecho de no haber comprendido de modo suficiente la legítima autonomía de la ciencia, y que indujeron a muchos espíritus a pensar que la fe y la ciencia se oponen entre sí». La Iglesia ha desconfiado de la ciencia, y en buena parte sigue desconfiando todavía hoy. Ciencia quiere decir física, economía, sociología, antropología, etnología, investigaciones que han hecho avanzar enormemente el conocimiento humano. La Iglesia debería haber avanzado al mismo tiempo; en vez de eso, todavía podemos contemplar las luchas sordas o públicas que se entablan entre los llamados defensores de la autoridad y todos aquellos cristianos que la «contestan». Porque, en última instancia, lo que se quiere defender, tanto hoy como ayer, no es el espíritu de la palabra transmitida, sino la autoridad de la institución eclesiástica.

Mi película aborda, desde la selección misma de los diálogos, la escenografía y el vestuario, el siguiente tema: En la época de Galileo (que es la época de gestación de una especie de preilustración a cuya cabeza figuran hombres como Copérnico, Kepler, Campanella, Bruno, Sarpi y el propio Galileo) empieza a adquirir prepotencia la casta eclesiástica en su función de privilegio, de autoridad, de alejamiento respecto de la gente, de censura, de vigilancia policíaca, para impedir que la nueva ciencia que nace entonces pueda penetrar en las cabezas de los católicos. Y ello porque vendría a poner en cuestión muchas cosas. En la época de Galileo va gestándose ya esa Iglesia triunfalista, centrada casi exclusivamente sobre el culto a la personalidad de papas y cardenales, que llenan las iglesias con sus estatuas, tumbas, insignias, frases y reliquias; en la Iglesia de la contrarreforma, atrincherada tras sus mármoles, que ya ni siquiera ve a la gente, a las capas sufrientes, que no las entiende, que está, en una palabra, completamente «out». La Iglesia se mantiene, durante siglos, «al margen» de la ciencia, es decir, de la economía, de la sociología, de la investigación en todos los campos; se mantiene al margen de la cultura.

La idea de cultura que tenemos hoy es bastante precisa: se trata de un constante estímulo renovador, de una fuerza que disgrega y reconstruye sin cesar, es decir, de una «revolución permanente». Resulta paradójico que alguien pueda sorprenderse ante esta definición, considerándola «prochina», si tenemos en cuenta que Cristo fue ya en su tiempo «signo de contra-



Galileo y su ayudante, realizando trabajos sobre la esfera celeste. (Grabado de Munster en «Canones super novum instrumentum».)

dicción», es decir, cultura. Por otra parte, esa definición aparece con toda nitidez en los escritos del propio Galileo; las ideas nuevas, que son parte de la vida y no cadáveres, quieren vivir, y tras ellas aparecen otras, y después otras y otras, y en ningún lugar está escrito que Dios se oponga a la cultura. El miedo, la desconfianza ante la vida, ante los hombres y ante la fe, son los rasgos que caracteriza a quienes temen a la ciencia. Ya en la época de Galileo se hablaba de los buenos tiempos pasados, cuando la gente era honesta y obediente, mientras que los momentos actuales (es decir, precisamente los de Galileo) están llenos de peligros mortales, con las personas desquiciadas y la fe «mortificada»... Quienes temían a Galileo hablaban con las mismas palabras que utilizan los conservadores de hoy. Exactamente las mismas.

Sé que a algunas proyecciones de mi película, celebradas en «altas esferas», han acudido «expertos» cargados de libros para comprobar si yo decía la verdad o no. Pero yo he realizado una película, no un ensayo histórico sobre Galileo. Mi película se limita a querer transmitir el espíritu de un enfrentamiento: el enfrentamiento entre el hombre culto, que ha comprendido ya el derecho a la libertad de investigación, y la autoridad, una autoridad que se declara religiosa y que, en consecuencia, debería fundarse sobre el espíritu pero que, en vez de eso, actúa como una institución que sólo parece creer en sus propios fundamentos.

Algunos eruditos (no puedo llamarles hombres cultos, porque son incapaces de ver el espíritu y se quedan sólo con la letra, con los datos) han criticado el hecho de que yo presente un encuentro entre Giordano Bruno y Galileo, porque no hay ningún documento que hable de tal encuentro. Sé muy bien

Portada de la edición original de los «Diálogos» de Galileo. En ella aparecen representados Tolomeo y Copérnico, además de (a la derecha) la figura imaginaria de Simplicio.

que no hay documento alguno que hable de ello. Galileo y Bruno estuvieron en Venecia durante los mismos meses de otoño de 1592. Frecuentaron los mismos círculos; pudieron no encontrarse nunca, pero también pudieron hacerlo alguna vez. En todo caso, el sentido que tiene ese encuentro en mi película es dar a entender que Galileo no era un fanático aislado, sino que en torno a él había también otras grandes figuras que investigaban en la misma dirección: Sarpi, Bruno, Kepler, Campanella, Copérnico, incluso antes que el mismo Galileo.

Todavía hoy es tal el miedo a mirar las cosas de frente, es tan escasa la confianza en la palabra del laico, que podríamos decir que los tiempos de Galileo no están en realidad tan lejos.

En la calificación del C.C.C. (1), en la hojita que ponen a la entrada de las parroquias, la película «Galileo» aparece reservada para «mayores con reparos». Y la censura estatal la había prohibido para menores de 18 años. Después hubo una especie de replanteamiento y la «liberaron». Pero la censura eclesiástica no cedió, porque el rebaño mira siempre con muchas reservas a una película que, con todas sus limitaciones, pueda hacer pensar y reflexionar sobre cosas que afectan precisamente al rebaño mismo. Eso sí: los cines parroquiales seguirán programando cada semana películas del Zorro, del Oeste y todas esas cintas más o menos estúpidas cuyo objetivo consiste en embrutecer por un par de perras durante las horas de descanso dominical. Y mientras, en la hojita del C.C.C. podrá leerse una crítica más bien seca y dura, que quitará a la gente las ganas de ir a ver la película.

Cuando se habla del mundo de hoy con el pesimismo de los predicadores trasnochados, deberíamos reaccionar y comprender que los males actuales son la consecuencia de no estar acostumbrados a pensar por cuenta propia, ni a intentar comprender el verdadero sentido de las palabras que pronunciamos, de no estar acostumbrados a asumir una responsabilidad individual ante los fenómenos sociales, y sí, en cambio, a pedir a una fantasmagórica «providencia» la solución de todas las injusticias (hambre, desequilibrio, abusos, violencia, intolerancia, ignorancia). En eso consiste la educación. Galileo fue castigado por poner en duda los dictados de la Iglesia. Creía que la Iglesia le necesitaba, que era posible dialogar con ella. ¿Era un ingenuo? Posiblemente. Creía en esas palabras que la Iglesia se aplica a sí misma: «Soy el camino, la verdad, la luz». Y se equivocó. ■

LILIANA CAVANI.

(1) N. de la R. de TIEMPO DE HISTORIA.—*En todo este párrafo, Liliana Cavani habla —lógicamente— de instituciones italianas. En España, la película ha tardado siete años en ser autorizada.*

NOTA DE LOS TRADUCTORES

La traducción castellana de «Galileo», que ofrecemos, ha sido realizada a partir del guión literario elaborado por Liliana Cavani y Tullio Pinelli antes del rodaje de la película, y no sobre la versión definitiva de la misma. Esto explica la existencia de ciertas diferencias entre el texto y la cinta, que no pasarán desapercibidas para los posibles lectores - espectadores. Se trata, ciertamente, de modificaciones mínimas (reducción de algunos diálogos —en las secuencias 12 y 31, por ejemplo—, adición de determinados planos no previstos —el desenlace de la misma secuencia 12 o las imágenes de un mono que corretea por la balaustrada de la sala de la abjuración, en la secuencia final—, etc.) que no afectan de modo sustancial al sentido de la obra. Como alteración más importante, conviene destacar, sin embargo, la supresión total de la secuencia que, en el guión literario, aparece con el número 25 (la agitada meditación del cardenal Belarmino). Citemos asimismo algunas irregularidades en el subtitulado castellano de la película (exhibida íntegramente en España), consistentes sobre todo en «suavizaciones» de determinadas expresiones que pueden oírse con toda claridad en la banda sonora («asqueroso» por el italiano «merda», en la secuencia 9; «hábitos blancos y negros» por «perros blancos y negros» —refiriéndose a los dominicos— en la 32, etc.). Por lo demás, insistimos en la fidelidad general con que se ha llevado a la pantalla el guión literario que presentamos.

TIEMPO DE HISTORIA agradece a la distribuidora «V. O. Films», y concretamente a don Vicente Antonio Pineda, su gentileza al facilitarnos el material fotográfico de la película «Galileo» que aparece en estas páginas.

GALILEO (en tono académico): La esfera terrestre es el centro del universo, y en torno a ella giran el sol y las estrellas, todas las demás estrellas, que son esferas perfectas...

1. Anfiteatro anatómico de Padua. Interior.

Una especie de graderío de bancos dispuestos en círculo, pequeña torre de Babel abarrotada de estudiantes que hablan en todas las lenguas. Hay jóvenes y viejos, frailes, curas y profesores de diversas disciplinas. En una de las primeras filas puede verse a Galileo; junto a él, fray Paolo Sarpi.

El profesor Acquapendente trabaja con gestos precisos sobra la cabeza de un cadáver, seguido atentamente por mil ojos. Por fin, muestra a todos el cerebro humano, con las ramificaciones de los nervios. El murmullo incesante y la viva agitación de los presentes demuestran que las lecciones de anatomía constituyen un acontecimiento extraordinario y escandaloso, una «desacralización» del cuerpo humano. En el aula hay, efectivamente, muchas personas que se oponen a ellas: frailes y curas en general, pero también profesores universitarios.

ACQUAPENDENTE: Llevo bastante tiempo estudiando esta parte del cuerpo humano... Quería ver con mis propios ojos el punto del que parten todos los nervios. Estos tienen su origen en el cerebro y sus ramificaciones pasan por la nuca, se extienden a lo largo de la médula espinal y se distribuyen por todo el cuerpo. Sólo un hilillo delgadísimo llega hasta el corazón.

SARPI: ¡Es extraordinario! Entre otras cosas, está en contradicción con la opinión de Aristóteles, que decía que los nervios parten del corazón.

CREMONINI *(A Paolo Sarpi):* Padre, sabéis cómo os estimo, pero vuestra actitud es arbitraria y vuestras afirmaciones demasiado precipitadas...

UN DOMINICO: En tiempos de Aristóteles no se podían poner las manos sobre los muertos, como se hace ahora. ¡Esto es un sacrilegio!

ACQUAPENDENTE: ¡Silencio! Profesor Cremonini, os lo ruego, acercaos y mirad.

CREMONINI: Ya he visto, ya he visto... y si tuviese que dar crédito a mis ojos, diría que no os equivocáis, pero, puesto que Aristóteles ha dicho lo contrario, pienso que hay buenas razones para dudar de lo que vemos.

GALILEO: Profesor, ¿no sentís acaso el calor y el frío con vuestros propios sentidos? ¿Le preguntáis entonces a Aristóteles si debéis abrigaros o no?

CREMONINI: Querido colega, ¿pretendéis burlaros de mí?

GALILEO: Decidme: cuando un traje se os queda estrecho ¿no os hacéis otro nuevo?

CREMONINI: ¿Qué queréis decir?

GALILEO: Lo mismo sucede en la ciencia: utilizamos una teoría hasta que nos damos cuenta de que se ha quedado demasiado pequeña.

CREMONINI: ¿Y dónde dejáis la autoridad de Aristóteles?

GALILEO: A la ciencia, la autoridad le tiene sin cuidado.

SARPI: En este mismo aula hemos visto caer muchas teorías que hasta ayer creíamos verdaderas. Por ejemplo, ciertas teorías de Galeno.

UN ESTUDIANTE: ¡Os parecerá a vos que han caído!

Se oyen muchos comentarios.

SARPI: No lo digo yo, lo dice el cadáver. ¡Este es el libro de la verdad!

ESTUDIANTE: ¡Galeno es el mayor médico de la historia!

ACQUAPENDENTE: Nadie niega el valor de Galeno, aunque se haya demostrado que algunas de sus opiniones eran infundadas. Pongamos un ejemplo. Mirad aquí... Según Galeno, el cuerpo humano estaría regulado por tres espíritus; esos tres espíritus pasarían del hígado al corazón por medio de ciertos canales que atravesarían el tabique ventricular del corazón mismo. Galeno describe minuciosamente esos canales, que tendrían que encontrarse exactamente aquí... Pero hay un pequeño problema, y es que esos canales no existen.

La explicación de Acquapendente provoca comentarios y gestos de estupor en el aula.

UN MEDICO: ¡Queréis ridiculizar a Galeno!

ACQUAPENDENTE: Querido colega, acercaos y mirad.

El médico se acerca al cadáver del que se ha extraído el corazón. Coge un bisturí y empieza a analizar la víscera.

ESTUDIANTE: ¿Existen o no?

El médico busca en vano los canales de los que había hablado Galeno.

MEDICO: No existen, pero si Galeno los describió, tenía que haber una razón; quiero decir que existían, y que desde su época hasta hoy (han pasado catorce siglos) la anatomía humana ha cambiado y esos canales habrán desaparecido por algún motivo.

La explicación convence a pocos de los presentes. Se oyen risotadas.

SARPI: ¿Cómo explicáis entonces que el esternón no esté compuesto por siete huesos, como dice Galeno, sino sólo por tres?... ¿Sabéis darme una razón?

El médico responde, enojado:

MEDICO: En tiempos de Galeno, el esternón estaba compuesto por siete huesos, porque eran los que necesitaban los robustos pechos de los héroes antiguos...¡Mientras que a los degenerados hombres de hoy les basta con tres!

Más risotadas. Fray Paolo Sarpi comenta, irónico.

SARPI: ¡Qué idea!

ACQUAPENDENTE: La verdad es que Galeno analizaba cadáveres de perros...

Un dominico asume la defensa de la vieja escuela médica.

DOMINICO: ¡La paciencia tiene un límite! ¡Estas estupideces son herejías!

SARPI: ¿Qué herejías? ¡Hay que dejar de considerar herejes a todos los que buscan la verdad!

DOMINICO: Me sorprende que llevéis hábito. ¿No sabéis que el cuerpo es el templo del alma? Y aquí se obra con la mayor ligereza, se curiosea cómo está hecho el cerebro y cuántos músculos tiene el corazón. ¡Como si de estas cosas dependiese la salvación del alma!

SARPI: ¡Yo creo que el deseo de conocer la verdad es también un deseo de salvación!

2. Atrio del aula de anatomía.

Están saliendo estudiantes y profesores. Sarpi habla con Galileo.

SARPI: ...Por tanto, si los estudiantes nos siguen, hacemos bien en hablar de ello...

Galileo señala un estuche que tiene Sarpi en la mano.

GALILEO: ¿Qué llevas ahí?

SARPI: Un aparato que me han traído de Holanda; dicen que sirve para ver de cerca las cosas lejanas... Hazme un favor: mira si es algo serio; a mí me parece un juguete.

3. Laboratorio de Galileo.

Galileo está ante la mesa de trabajo. Un poco más allá, Mazzoleni, atareado con diversos instrumentos. Galileo examina el juguete holandés. Lo observa una y otra vez, y por fin se decide a despedazarlo. Estudia con interés todos los elementos que lo componen, especialmente las lentes.

4. Villa veneciana.

Jardín de la villa de los Morosini. Varias personas sentadas a una mesa bien dispuesta para la comida. Andrea Morosini, su mujer y su hija, Paolo Sarpi, Sagredo, Galileo, Giovanni Mocenigo; junto a él, un hombre (Giordano Bruno) de unos cuarenta años (moreno, de mirada ardiente), una señorita de la familia de los Morosini, el profesor Cremonini (filósofo de aspecto amanerado), el profesor Acquapendente. Están en los postres. Acquapendente está mostrando a los comensales uno dibujos anatómicos diseñados con la mayor perfección.

MOROSINI ¡Mira cómo estamos hechos!... ¡Observa!

CONDESA MOROSINI: O sea que ya hasta en la mesa... cosas que quitan el apetito...

Acquapendente muestra uno de los dibujos a Galileo.

ACQUAPENDENTE: Las ramificaciones nerviosas del ojo las ha descubierto Sarpi precisamente.

GALILEO *(A Sarpi):* Astronomía, anatomía... Eres un hombre extraordinario.

SARPI: ¿Quieres decir que tengo demasiada curiosidad para ser un fraile?

GALILEO: No, al contrario... ¡Ojalá hubiera muchos como tú!

ACQUAPENDENTE *(A Galileo):* También nosotros, los anatomistas, nos interesamos en cierto modo por la mecánica... Esta es la máquina humana. Hasta ahora no habíamos empezado a comprender cómo se mueven los músculos.

GALILEO: Es fantástico...

SAGREDO: Es decir, que sabemos un poco mejor cómo está construido el cuerpo humano, pero no sabemos casi nada del universo... Es realmente absurdo. ¿De qué depende eso?

GALILEO: De los libros.

CREMONINI: ¡No le hagáis caso! Le gusta impresionar a la gente.

SAGREDO: No lo creo... Pero si prescindimos de los libros, ¿qué nos queda?

GALILEO: La duda...

CREMONINI: ¡Esta sí que es buena!

MOROSINI: A propósito: tengo yo un reúma aquí... Vosotros deberíais saber quitármelo. Me hace un daño de mil demonios...

CONDESA: Y yo lo tengo en la parte baja de la espalda; me está martirizando.

MOROSINI *(Mirando uno de los dibujos):* ¿De verdad creéis que ésto se parece en algo a mí?

CONDESITA: ¡Dios mío, es horrible! Si el hombre es así por dentro, resulta verdaderamente repugnante.

SAGREDO: Pues hay quien dice que es bellísimo...

CREMONINI: ¡El hombre es el ser más perfecto!

GALILEO: Esa es una afirmación parcial. Cualquier elemento de la naturaleza es, en sí, perfecto.

CREMONINI: No. Existe una gradación. Por ejemplo: el mono es más feo que el hombre.

GALILEO: El mono es perfecto; un sapo es perfecto también. Y nosotros —que me perdonen las señoras— no somos más hermosos.

Giordano Bruno, que no ha pronunciado palabra hasta ahora, pero ha seguido la conversación entre Galileo y Cremonini, interviene:

BRUNO: El universo es maravilloso en todas y cada una de sus partes.

CREMONINI: No lo dudo... Pero, puesto que el universo ha sido creado para el hombre, el hombre es el ser más perfecto.

BRUNO: La tierra no es el centro del universo... El universo no ha sido creado para el hombre. La humanidad es sólo una pequeña parte del todo.

Sarpi, que no había hecho caso alguno a ese individuo silencioso que se encuentra en el otro extremo de la mesa, interviene animadamente:

SARPI: Lo que decís es interesante en ciertos aspectos... pero no olvidemos que el hombre ha sido creado para fines superiores.

Bruno hace una pregunta burlona:

BRUNO: En vuestras anatomías encontráis músculos y huesos... Pero ¿habéis encontrado los «fines superiores»?

Sarpi está serio, pensativo, y responde tras una breve pausa.

SARPI: Pertenecen a la fe...

BRUNO *(A Galileo):* Y si algún día conseguís hacer la anatomía del universo, ¿creéis que encontraréis el paraíso?

GALILEO *(Levemente irritado):* Pero ¿qué pregunta es esa?

Mocenigo, que ha sido quien ha llevado a casa de Morosini a un comensal tan extraño como Bruno, está preocupado por el cariz que toma la conversación; en voz baja, dice a Bruno:

MOCENIGO: Ya está bien, ya está bien. ¿Qué te ocurre? Esa no es manera de hablar... Por favor, cambia de tema.

Bruno sigue diciendo lo que piensa, ignorando la inquietud de Mocenigo:

BRUNO: En la Biblia se dice que Dios creó la luz el primer día, y el sol, la luna y las estrellas, el cuarto... Pero entonces, ¿de dónde venía la luz el primer día?

Sarpi se siente cada vez más interesado por las preguntas de aquel invitado y, por ello, sostiene y continúa la conversación.

SARPI: ¿Qué respondéis vos?

Aumenta la preocupación de Mocenigo. Teme que Bruno pueda comprometerle con sus afirmaciones heréticas, que alguien vaya a delatarlos después... Sus codazos a Bruno no han servido para nada. En ese momento pasa un camarero, llevando un enorme pastel... Para acabar con la conversación, Mocenigo intenta ponerle la zancadilla por debajo de la mesa cuando pasa ante él; lo consigue; el camarero cae; el pastel se vuelca sobre los comensales, la crema salpica en todas las direcciones y la conversación queda bruscamente interrumpida. Algunos se ponen de pie, otros intentan limpiarse, ríen o maldicen.

BRUNO: ¡Soy libre de decir lo que me parezca!

MOCENIGO: Mientras seas mi huésped en Venecia no debes hablar así. ¡Qué herejías! ¡No quiero comprometerme!

Bruno se encoge de hombros y se aleja diciendo:

BRUNO: Dile a Galileo que quiero hablar con él...

Mocenigo vuelve junto a los demás.

MOCENIGO: Pido excusas por mi huésped; tiene ideas peligrosas, que yo no comparto en absoluto.

SARPI: Cada uno es responsable de sus propias opiniones.

CREMONINI: ¡Pero si es Giordano Bruno, el fraile excomulgado!

MOROSINI: Guardaos del viento y del fraile que deja el convento... Por cierto, ¿dónde está?

MOCENIGO: En la casa; ha ido a lavarse... Y quiere hablar con el señor Galileo...

5. Senderos arbolados de la villa veneciana.

Galileo y Giordano Bruno pasean, solos, por uno de los senderos del jardín.

BRUNO: ¿No os da miedo que os vean conmigo?

GALILEO: No tengo miedo. Conozco vuestras ideas, pero no las comparto.

BRUNO: ¿Qué ideas?

GALILEO: Que la materia es Dios, si no me equivoco.

BRUNO: No existe un Dios que crea y organiza la materia desde fuera.

GALILEO: Con esas teorías eliminais las bases de la religión.

BRUNO: Intento liberar a la reli-

gión de las imposturas. No hay nueve cielos, sino uno solo: el espacio infinito en el que se mueven todas las estrellas... Existen infinitos mundos e infinitos soles; nuestra tierra es un grano de polvo que se mueve y resbala, como todos los demás mundos...

GALILEO: ¿Qué pruebas tenéis?

BRUNO: La razón.

GALILEO: ¿Qué experimentos habéis hecho?

BRUNO: Me basta con la razón...

GALILEO: Todo cuanto decís está aún por demostrar. Yo también estoy estudiándolo. Sin embargo, espero.

BRUNO: ¿Creéis todavía que el cielo está poblado de angelitos?

GALILEO: También yo sospecho, pero sólo sospecho, que el universo es materia y que todo se mueve, incluso la tierra... Pero si no tengo pruebas, no hablo. Acordaos de Copérnico... Cuando dijo, sin pruebas, que la tierra se movía, todos se rieron de él.

BRUNO: En cambio, vos, buscáis el éxito...

GALILEO: No... Simplemente quiero pruebas.

BRUNO: Sé que este año enseñaréis en Padua... La ciencia que se imparte en la escuela es un lodazal, ¿lo sabéis?

Galileo titubea.

GALILEO: Sí...

BRUNO: ¿Y no vais a enseñar las nuevas ideas sobre el universo?

GALILEO: Sin pruebas, no. Ya os lo he dicho.

BRUNO: Es decir, que enseñaréis las tonterías habituales...

Galileo se enfada.

GALILEO: No quiero pasar por visionario ni por hereje...

BRUNO: Luego tenéis miedo...

GALILEO: Sí...

BRUNO: ¿Por qué tenéis miedo?

GALILEO: No lo sé. Vos sois un rebelde, ¿verdad?

Bruno responde con ira y desprecio.

BRUNO: El hombre ha sido creado rebelde porque ha sido creado libre... ¡Pero no sabe qué hacer con la libertad, le quema en las manos y se alegra cuando encuentra a alguien que le obligue a obedecer! ¡Porque le gusta inclinarse ante alguien, besar los pies de alguien! ¡Todos se destrozan el espinazo con tanta inclinación!

GALILEO: Yo no soy así.

BRUNO: Pero llegaréis a serlo, si queréis vivir en paz.

GIORDANO BRUNO (de espaldas): Mi filosofía nace de un gran amor por el universo entero. Para mí, el universo mismo es Dios.
CARDENAL BELARMINO: ¡Sois un falso profeta!
COMISARIO: ¡Sois un enemigo de Dios y de la Iglesia!

6. Habitación de la casa de Galileo, en Padua.

Galileo canturrea, dentro de un gran tonel, mientras se baña. Marina le ayuda a enjabonarse.

MARINA: ¿Has visto a Morosini?

GALILEO: He estado en su casa.

MARINA: Dicen que vive con una muchacha de Milán. Es joven, ¿eh?

GALILEO: No la he visto.

MARINA: ¡Ya! Pues la próxima vez que vayas a Venecia iré contigo. Te vas a divertirte y me dejas aquí trabajando. Pero eso se acabó; estoy cansada.

GALILEO: Tienes razón, descansa... Haré que venga mi madre.

MARINA: Por caridad... Deja a tu madre donde está.

GALILEO: Entonces, ¿qué tengo que hacer?

MARINA: No lo sé... Pero en este estado...

GALILEO: ¿En qué estado?... ¿Eh?... ¿Estás segura?...

MARINA: Sí...

GALILEO: ¡Tengo que decírselo a Sagredo!

MARINA: ¿Qué tiene que ver Sagredo con esto? Piensa en nosotros dos.

GALILEO: ¿Nosotros dos?

MARINA: No soy tu mujer.

GALILEO: Bueno, pero todavía hay tiempo para eso...

MARINA: ¿Ah, sí? ¿Quieres que nazca así también?

GALILEO: Lo importante es que el niño nazca bien, fuerte... Y, mientras, hay que buscar a alguien que ayude en casa.

MARINA: Si no te casas conmigo, me marcho; ya te lo he dicho.

GALILEO: ¿Estás loca, o qué?

MARINA: Si me quisieras, te casarías..., como hacen todos.

GALILEO: Comprendo. Quieres que todos te digan: «Mis respetos, señora», que te hagan reverencias.

MARINA: Pues también. ¡También yo tengo derecho a eso!

GALILEO: Desde luego. Pero yo siempre te digo «señora» y te hago todas las reverencias que quieras. ¡Vamos! ¡Ven acá!

MARINA: ¡Déjame en paz!

7. Dormitorio de Galileo, en Padua

Galileo está vistiéndose para la clase: traje oscuro, cuello almidonado (que odia) con todos sus pliegues. Está ante el espejo y su rostro expresa contrariedad.

UN DOMINICO (a Galileo): ¡La luna no puede ser rugosa, porque es un cuerpo celeste y, por tanto, perfecto!
OTROS DOMINICOS: ¡Estáis blasfemando! ¡Expulsáis a Dios del cielo! ¿Dónde lo colocáis?

MARINA: Tengo que comprar ropa para la casa...

GALILEO: Ya la comprarás.

MARINA: ¿Cuándo?

GALILEO: Todavía no corre prisa.

MARINA: Como siempre. Lo mismo me dijiste hace un mes.

GALILEO: Yo creo que la casa está bien como está.

MARINA: Soy yo la que está siempre en casa ¿no? Anda, dame algo de dinero.

GALILEO: No tengo.

MARINA: Pídelo en la universidad.

GALILEO: Imposible. Voy a dar hoy la primera clase y ya he gastado el sueldo de un año.

MARINA: Claro, se lo mandas todo a tu madre...

GALILEO: Bueno, mujer, son compromisos...

MARINA: ¿Y conmigo no tienes compromisos?

GALILEO: Bueno, bueno, de acuerdo... *(mirándose al espejo).* ¡Demonios! Parezco un retrasado.

MARINA: ¡Qué va! Estás muy bien...

GALILEO: Ya me dirás tú si hace falta disfrazarse de este modo para dar clase...

Llaman a la puerta.

SAGREDO: ¿Puedo pasar?

GALILEO: Pasa, Sagredo, pasa.

Sagredo tiene la cara llena de cardenales.

GALILEO: ¿Qué te ha pasado?

SAGREDO: Me he peleado con Mocenigo.

GALILEO *(Bromeando):* Pero le habrás zurrado.

SAGREDO: ¡Maldito desgraciado! Ha denunciado a Bruno y lo ha entregado en manos de los curas...

Galileo cambia bruscamente de expresión. Está serio, casi avergonzado.

GALILEO: Sí... Me he enterado.

SAGREDO: ¿Y qué piensas?

Galileo se muestra visiblemente incómodo.

GALILEO: ¿Que qué pienso? ¡Pienso que no se puede pensar!

8. Aula de Galileo, en Padua.

El aula está llena de estudiantes, frailes y curas; a un lado puede verse también a seis o siete profesores, envueltos en sus togas. Entre los estudiantes está Sagredo, que escucha con la mayor atención. Sobre la cátedra hay una especie de puntero que Galileo utiliza para señalar en el mapa colgado tras él y que representa el viejo sistema solar ptolomaico. Galileo habla en tono académico.

GALILEO: La esfera es símbolo de perfección, pero la idea que tenemos de ella es imperfecta. La esfera terrestre es imperfecta a causa de los montes y mares... y también por culpa nuestra: somos imperfectos, mortales, perecederos... La esfera terrestre es el centro del universo, y en torno a ella giran el sol y las estrellas, todas las demás estrellas, que son esferas perfectas... *(Se anima un poco).* A decir verdad, hay quien no lo cree así. Algunos sostienen que la tierra no está de hecho aquí, sino que aquí está el sol y que la tierra gira alrededor del sol, junto con todos los planetas. *(Tono académico).* Pero eso significaría que la tierra es un astro perfecto, lo cual, como ya he dicho, no es verdad. Si así fuese, Aristóteles y santo Tomás lo habrían escrito en sus libros; en cambio, han escrito precisamente lo contrario; por tanto, la tierra es inmóvil y está situada en el centro del universo... envuelta por nueve cielos. Sí, exactamente nueve. Lo dice Aristóteles. Ni uno más, ni uno menos... Imaginad que la tierra fuese la pulpa de una naranja, con nueve cortezas alrededor... Ya sé que la comparación no es demasiado acertada. En una naranja, la corteza y la pulpa son de la misma materia y cualidad, mientras que la tierra y los cielos son distintos, tanto por su sustancia como por su cualidad moral... La sustancia de la tierra es opaca y corruptible. La sustancia de los cielos y de las estrellas es, en cambio, cristalina, tersa, incorruptible, eterna...

Sagredo sabe perfectamente que Galileo está repitiendo cosas en las que no cree. Hubiera querido oírle manifestar abiertamente en el aula sus dudas y su angustia. No puede permanecer más tiempo allí. Se levanta y se marcha. Galileo lo ve salir con tristeza. Calla, apenado, un instante y dice:

GALILEO: Sin embargo, hay quien insinúa que los cielos son materiales y, por consiguiente, corruptibles como la tierra.

UN PROFESOR: ¡Pero degradar de esa manera a los cielos sería un sacrilegio!

GALILEO: Claro, claro, por supuesto. Además, esa idea destruiría de raíz todas nuentras creencias. *(Con tristeza).* Hay un muro de imposibilidad que separa a la tierra de los cielos. El hombre tiene que limitarse a mirarlos y soñar con ellos... Y sería una arrogancia querer derribar ese muro. La tierra es como una semilla podrida, dentro de nueve preciosas esferas de cristal.

9. Dormitorio de Galileo.

Galileo está quitándose, con gestos nerviosos, los ropajes académicos. Se mira al espejo con desprecio.

GALILEO: ¡Mierda!

10. Laboratorio de Galileo.

Galileo trabaja en el rudimentario catalejo, ayudado por Mazzoleni. Prueba una y otra vez con distintas lentes. ¿Qué se verá?

11. Sala de procesos de la Santa Inquisición.

Giordano Bruno ha caído ya en manos del Santo Oficio y está respondiendo ante una decena de cardenales y varios dominicos y curas.

BRUNO: Me llamo Giordano Bruno, de la ciudad de Nola, cerca de Nápoles. Soy hombre de letras y ciencias. A los quince años tomé el hábito de santo Domingo y más tarde fui promovido al sacerdocio. Vestí el hábito hasta 1570; aquel año vine a presentarme a Roma: en Nápoles fui procesado dos veces. La primera porque quité las imágenes de los santos —quería mantener sólo el crucifijo— y, después, porque dije a un

novicio que en vez de libros de vanas meditaciones, era preferible que leyese la vida de los apóstoles. Pero en Roma fui objeto de falsas acusaciones y por ello dejé el hábito y me puse a enseñar.

El comisario, un dominico de mediana edad, inicia la serie de preguntas.

COMISARIO: ¿Dónde habéis enseñado?

BRUNO: En varias universidades: Lyon, Ginebra, Toulouse, París, Maguncia, Frankfurt, Praga... Después fui llamado a Venecia por Giovanni Mocenigo. Quería que diese unas clases. Pero luego me ha acusado ante vos de muchas cosas falsas e infames.

COMISARIO: Estáis excomulgado, recordadlo. No debíais volver a Italia, sabiendo que se os buscaba... ¿O acaso queríais difundir vuestras ideas en Venecia?

BRUNO: No. Quise volver a Italia porque creí estar haciendo cosas que resultarían gratas al Papa... y para pedirle que concediese más libertad de opinión... Esperaba convencerlo para que emprendiese una labor de reforma de la Iglesia.

COMISARIO: En todos esos países de herejes, ¿habéis emitido juicios contra la fe católica?

BRUNO: Con los herejes he discutido sólo y siempre sobre cuestiones filosóficas.

COMISARIO: ¿Y no habéis pensado difundir la fe católica entre los herejes?

BRUNO: Yo no soy más que un estudioso.

COMISARIO: Os preguntamos: ¿habéis formulado alabanzas de algún hereje?

BRUNO: Sí. Pero no porque fuese hereje, sino por sus cualidades humanas.

COMISARIO: ¿Habéis leído libros de teólogos heréticos?

BRUNO: He leído obras de Lutero y Calvino, por razones de estudio.

COMISARIO: Habéis dicho en numerosas ocasiones que mientras los apóstoles convertían a las gentes gracias al amor y al ejemplo, los religiosos de hoy pretenden convertir por la coacción y la fuerza. ¿Es verdad, o no?

BRUNO: Sí, es verdad.

El público, compuesto por eclesiásticos, está indignado; se oyen murmullos y gritos.

COMISARIO: ¡¿Habéis dicho también que la fe católica está llena de blasfemias y que no resulta grata a Dios?!

CARDENAL BORGHESE: ¡Y habéis calumniado a los religiosos, diciendo que llevan una vida escandalosa!

BRUNO: ¡Son calumnias y falsedades! Nunca he dicho tales cosas. Son calumnias de quien me ha denunciado... ¡Quieren destruirme!

COMISARIO: Calmaos... Haced una confesión completa; liberaos de vuestros pecados. Este tribunal usará de toda la piedad necesaria para la salvación de vuestra alma. Responded con exactitud: ¿Habéis dicho o escrito alguna vez cosas contrarias a la fe católica?

BRUNO: Contrarias a la fe, no. Distintas, sí.

CARDENAL BELARMINO:

MARINA (a Galileo): ¡Asqueroso! ¡Embustero! ¡Tú y tu ciencia, que ni siquiera nos da para vivir!... Ahora «el profesor» se va... El gran señor *no tiene familia, no puede* llevarme con él...

Puesto que vuestra filosofía es contraria a la de santo Tomás, ¿no creéis que es también contraria a la fe?

BRUNO: No. Para razonar no estamos de ninguna manera obligados a pensar como santo Tomás. Y esto no significa ir contra la fe.

COMISARIO: ¿Qué habéis querido decir en vuestro libro titulado «Dell'infinito universo e mondi»?

BRUNO: Expongo mis ideas sobre la naturaleza; afirmo que la tierra es un astro igual que la luna y los demás planetas y estrellas... Es decir, sostengo que todos son de la misma materia, y que se mueven... todos, incluso la tierra.

CARDENAL BORGHESE: ¡La tierra es inmóvil! ¡Aquí abajo está la tierra y allá arriba el cielo, al que un día habrá de llegar el alma!

BRUNO: No. En todas la estrellas existen los mismos elementos que encontramos aquí en la tierra: mares, montañas, animales, plantas... Es posible que existan también hombres, o al menos sustancias corpóreas como nosotros.

COMISARIO: Sois un visionario. Todo lo que decís es contrario a la Biblia.

BRUNO: La Biblia no es un libro científico. La Biblia expresa en lenguaje común lo que el hombre ve con sus propios ojos.

CARDENAL BELARMINO: Creéis que los hombres constituyen una especie animal y que son corruptibles como todas las criaturas materiales, ¿no es así?

En comparación con los demás religiosos presentes, el cardenal Belarmino da la impresión de ser el más sereno, pero también el más atento y perspicaz. En el caso Giordano Bruno (como ocurrirá también después, en el caso Galileo) vemos a dominicos y jesuitas enfrentados entre sí, como en constante pugna por una especie de primacía en el control de la cultura.

BRUNO: Sí... Son un pequeño fragmento del universo.

COMISARIO: ¡Estáis loco!

CARDENAL BELARMINO: Vuestras opiniones son mucho más graves que las de Lutero y Calvino. Ellos, al menos, creen en la salvación, pero vos rebajáis al hombre al nivel del animal y reducís la tierra a la categoría de un grano de arena.

BRUNO: El hombre no necesita tantas ilusiones. ¡Le basta con la razón!

CARDENAL BORGHESE: Es inútil continuar. ¡Lo que dice es absurdo!

BRUNO: No es más que la verdad.

CARDENAL BELARMINO: ¿Sólo porque lo decís vos? ¿Os creéis profeta? ¿El profeta de la nada? Reflexionad... ¿Qué es el hombre por sí solo? Aunque fuese tan sabio que llegase a saberlo todo, sin fe ¿no sería acaso un desesperado?

BRUNO: Cualquier porción del universo es parte de Dios... El

hombre es parte de Dios también... La sustancia es única.

CARDENAL BORGHESE: ¡Dios y el hombre no son de la misma sustancia! El hombre es una criatura de Dios. ¿No conocéis la Biblia?

BRUNO: Mi filosofía nace de un gran amor por el universo entero. Para mí, el universo mismo es Dios.

CARDENAL BELARMINO: Si el creador no fuese distinto de la creación, la religión no tendría sentido. ¡Sois un falso profeta!

COMISARIO: ¡Sois un enemigo de Dios y de la Iglesia!

12. Laboratorio de Galileo.

Mazzoleni está colgando de la pared dos círculos de cartón: uno pequeño y después otro cuatrocientas veces mayor. Galileo acaba de unir los bordes del largo tubo al que después llamará «anteojo». Su madre, que ha venido desde Florencia para pasar unos días, está interrumpiéndole con problemas familiares.

MADRE: ¿Quieres prestarme atención?... Tu cuñado tiene en su poder una carta firmada por ti. ¡Si no acabas de pagar la dote de tu hermana, te meterá en la cárcel!

GALILEO: Ya he pagado mi parte... Ahora le toca a mi hermano.

MADRE: Tu hermano no tiene dinero.

GALILEO: Ni yo tampoco.

MADRE: ¿Es ése el interés que sientes por tu familia? ¡Sólo te preocupas de traer hijos al mundo! ¡Hijos ilegítimos, además!

GALILEO: Mazzoleni, dame la lente número cuatro. *(A la madre).* Ya hablaremos después... anda... vete. *(Mirando por el tubo).* ¡Lo he conseguido!... ¡Lo hemos conseguido!... ¡Ven, mira! *(Mazzoleni va a mirar por el anteojo).*

Galileo está completamente absorto en la verificación de su instrumento. Mientras, a simple vista, el tamaño de los círculos —uno pequeñísimo y otro grande— es, lógicamente, diferente, a través del anteojo el círculo pequeño aumenta cuatrocientas veces, resultando así idéntico al otro.

MAZZOLENI: ¡Los dos círculos parecen iguales!

MADRE: ¡Haz lo que quieras, pero esto acabará mal!

GALILEO: ¿Cuándo te marchas, mamá?

MADRE: ¿Cómo que cuándo me marcho? ¿Quieres echarme? Es esa antipática de Marina la que te instiga. Lo sé, lo sé.

En ese momento llega Sagredo, el joven veneciano amigo de Galileo.

SAGREDO: ¡Buenos días a todos!

La madre, enfadadísima porque nadie le hace caso, se marcha.

MADRE: ¡Sí, buenos días...!

Galileo sigue con los ojos clavados en el instrumento de su invención.

GALILEO *(Para sí):* ¡Es fantástico!... *(A Sagredo)* ¡Ah! Mira... El instrumento que me dio Sarpi no valía nada, pero éste es fantástico... ¡Mira! ¿Qué ves en aquella ventana de allá?

Señala la ventana de la casa de enfrente.

SAGREDO: Nada. Un hueco negro.

GALILEO: Ahora mira con esto.

Sagredo mira a través del anteojo.

SAGREDO: ¡Rayos! Veo el interior, los muebles, un cuadro en la pared... ¿Es posible?

GALILEO: Si no te fías, ve hasta la casa y mira de cerca lo que hay.

SAGREDO: ¿Y no será sugestión?

GALILEO: ¡Ve a la casa y mira, te he dicho!

SAGREDO: Es un aparato extraordinario... El gobierno te lo pagará al precio que quieras...

GALILEO: Es posible, pero para el gobierno estoy preparando otro... que aumenta un poco menos. Este lo guardo para mí...

SAGREDO: ¿Por qué? ¿Qué más te da?

Entra de pronto Marina.

MARINA: ¡Escucha! ¡O se va tu madre o me voy yo!

GALILEO: ¿No ha dicho ya que se va?

MARINA: ¡Qué se va a ir! Eso lo dice todos los días... Pero ya se acabó. ¡Soy yo la que se va! O se larga ella o me largo yo ¿está claro?

GALILEO: Anda, déjame trabajar... Esta noche hablaremos con calma... sí, sí... Ve a desalojar la terraza; quítalo todo de allí.

MARINA: ¿La terraza? ¿Para qué?

GALILEO: Porque me va a hacer falta... Anda, date prisa...

MARINA: ¡No puedo hablar ni un momento contigo!

GALILEO: *(A Sagredo):* Esta noche miraremos con esto a una mujer hermosa.

SAGREDO: ¿Qué?

GALILEO: Sí, ya verás.

13. Terraza de Galileo.

Galileo ha emplazado su rudimentario instrumento en la terraza de su casa, apuntando hacia la luna, y observa durante bastante tiempo. Mazzoleni y Sagredo dormitan junto a él.

GALILEO *(Para sí):* No es lisa... ¡No es una esfera de cristal pulido! *(A Sagredo)* ¡Eh, despierta! ¡Mira tú también! Puede que yo tenga los ojos cansados... ¡Mazzoleni, tú también! ¿no ves montañas?

Sagredo mira la luna a través del catalejo.

SAGREDO: ¡Hay montañas, como en la tierra!

GALILEO: Sí... y de materia, exactamente igual que en la tierra... Ahora mira hacia la parte de la izquierda, la que está todavía oscura... ¿No ves pequeños puntos luminosos?

SAGREDO: Sí, sí, sí... Veo puntitos luminosos que se alargan... ¿Qué querrá decir eso?

GALILEO: Que está saliendo el sol... ¡Mazzoleni, mira tú también! Sale sobre las cumbres de los montes, como en la tierra... y después se extiende por los valles... ¡Quizá seamos los primeros hombres que ven amanecer sobre los montes de la luna!

Mazzoleni y Sagredo miran una y otra vez, como si estuvieran asistiendo a un prodigio.

14. Sala de procesos de la Santa Inquisición.

El proceso del Santo Oficio contra Giordano Bruno ha llegado ya al momento de la sentencia.

SAGREDO: Eres un ingenuo si crees que puedes convencer a la Iglesia con tus ideas...
GALILEO: Voy a Roma... Quiero hablar con Paulo V.

COMISARIO: Os preguntamos por última vez si, por la salvación de vuestra alma, estáis dispuesto a abjurar de las ocho opiniones heréticas que hemos encontrado en vuestro libro y en las actas del proceso.

BRUNO: Lo repito: Estoy dispuesto a retractarme de todo aquello que se refiere a la fe... Pero no pienso modificar mis ideas sobre el universo.

CARDENAL BELARMINO: Esas también son heréticas, puesto que son contrarias a la Biblia.

BRUNO: Mis ideas pertenecen al ambito de la ciencia, no al de la religión... Cada uno debe ser libre en sus propias ideas.

CARDENAL BELARMINO: Sí, siempre que éstas estén de acuerdo con la fe. La verdadera libertad consiste en corresponder adecuadamente a las enseñanzas de la Iglesia. Fuera de ella sólo existen el caos y la perdición. Os repito mi consejo paternal: abjurad con toda humildad, y seréis acogido como penitente en el seno de la Santa Iglesia Católica.

BRUNO: Mantengo mis ideas.

COMISARIO: ¿Sabéis lo que puede sucederos?

BRUNO: Puedo imaginárlo.

COMISARIO: ¿Os arrepentiréis in extremis? ¡Salvad al menos vuestra alma!

BRUNO: No, no, no, no. Con ello sólo salvaría vuestra conciencia.

COMISARIO: ¿Qué estáis diciendo?

BRUNO: Os gustaría poder decir que la gracia de Dios me ha tocado por los méritos de vuestra fraternal insistencia, ¡gracias a vuestro fraternal patíbulo!

CARDENAL MADRUZZI: !Es un blasfemo! ¡Hemos hecho todo lo posible, basta ya!

CARDENAL BELARMINO: Sólo un momento más... *(A Bruno)* Intentad reflexionar ahora, antes de que se pronuncie la sentencia... Es muy grave...

BRUNO: Sé que sentiréis más temor al pronunciar la sentencia contra mí que yo al oírla...

El colegio de cardenales del Tribunal de la Inquisición, ante la obstinación de Bruno, procede a dar lectura a la sentencia.

CARDENAL MADRUZZI *(Leyendo):* Nosotros, llamados por la misericordia de Dios y de la Santa Iglesia Romana Generales Inquisidores, tras haber invocado el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y de la gloriosísima Madre siempre Virgen María, por esta nuestra sentencia definitiva de-

cimos y pronunciamos y sentenciamos y declaramos que tú, fray Giordano Bruno, eres hereje impenitente, pertinaz y obstinado y, por ello, incurso en todas las censuras eclesiásticas y en las penas de los sagrados cánones y leyes y constituciones, y como tal ordenamos que seas degradado de todas las órdenes eclesiásticas menores y mayores y expulsado de nuestra Santa e Inmaculada Iglesia, de la que te has hecho indigno, y ordenamos que seas entregado al Gobernador de Roma, aquí presente, para que recibas el castigo merecido. Además, condenamos y reprobamos todos tus libros y escritos como heréticos y erróneos, y ordenamos que sean quemados públicamente.

15. Campo de las flores.

En la plazuela romana hay mucha gente del pueblo. Bruno aparece en medio de los esbirros, rodeado de una nube de frailes. Lo atan a un gran poste, que es izado después como un enorme asador y fijado a un hueco ya preparado en tierra. Se disponen a su alrededor numerosos haces. Los curas intentan convencer a Bruno para que bese la cruz. No lo hace: «Es un trozo de madera idolatrado», había dicho durante su vida. Los guardias prenden fuego a los haces en varios puntos, hasta que se elevan grandes llamas. La gente mira en dirección al humo. De él surge un grito desgarrado que estremece a los presentes. Un niño corre asustado.

16. Terraza de Galileo.

Galileo está observando y dibujando, junto con Sagredo y Mazzoleni, las diversas posiciones de los satélites de Júpiter.

GALILEO: ¡Cielos!... Es verdad...

SAGREDO: Pero ¿no duermes nunca? ¿Temes que te roben el cielo?

GALILEO: Cuando era niño, mi madre me decía: «Mira el cielo, allá arriba»... Pero no existe un allá arriba ni un aquí abajo. Todos estamos dentro... Tengo que comprenderlo enseguida, encontrar pruebas... Lo que han hecho con Giordano Bruno no me deja conciliar el sueño. Si hubiésemos tenido pruebas...

SAGREDO: Es verdad...

Galileo muestra a Sagredo sus dibujos.

GALILEO: Han cambiado de sitio... Y para hacerlo tienen que girar... Me parece clarísimo... Llevo cien noches observando estos cuatro planetas; giran alrededor de Júpiter, como la lunaalrededor de la tierra.

SAGREDO: Entonces, ¿Júpiter sería un mundo como la tierra?

GALILEO: Sí. Como la tierra, pero con cuatro lunas en vez de una. ¿Comprendes que si esos cuatro planetas se mueven, tiene que moverse también la tierra...?

SAGREDO: Si piensas que las características del cielo son iguales que las de la tierra, estás destrozando todo el sistema antiguo.

GALILEO: No me importa en absoluto. Lo que me interesa, por encima de todo, es llegar hasta el final.

17. Aula de Galileo.

El aula esta llena a rebosar de estudiantes, curas, frailes y —como cosa excepcional— profesores, colegas de Galileo. La clase ha comenzado hace algún tiempo y se percibe ya un clima de gran tensión.

UN DOMINICO: ¡La luna no puede ser rugosa, porque es un cuerpo celeste y, por tanto, perfecto!

GALILEO: ¿Tenéis pruebas?

ESTUDIANTE: ¡Está escrito en nuestros libros!

OTRO ESTUDIANTE: ¡Y lo habéis dicho vos mismo!

GALILEO: Porque no tenía pruebas. Pero ahora las tengo... En el cielo no hay cuerpos perfectos o imperfectos, sino sólo cuerpos mensurables y fuerzas calculables... La división entre tierra y cielo, que nos han enseñado hasta ahora, es errónea. ¡Todo lo que vemos cuando alzamos los ojos es materia!

Se produce una especie de pandemónium, motivado por el escándalo que está provocando Galileo con sus afirmaciones.

VARIOS: ¡Es verdad! ¡Tiene que ser así!... ¡Viva Galileo!... ¡Viva la nueva ciencia!... ¡Está loco!... ¡Son sacrilegios!... ¡Blasfemias!... ¡Herejías!...

GALILEO: Tenemos que enfrentarnos con la realidad, a pesar de lo que digan los libros, los curas y los profesores... Este sistema está equivocado, os guste o no... Ven Mazzoleni, ayúdame... No debemos temer a la verdad... La tierra no está en el centro... Está aquí, y se mueve alrededor del sol.

Galileo muestra un gran mapa que representa el nuevo sistema solar, copernicano, con el sol en el centro.

UN DOMINICO: ¡Eso es una herejía! ¡Estáis loco!

GALILEO: Hasta ahora hemos caminado en la oscuridad de una ciencia esclava y servil... ¡Habéis inventado un cielo a vuestro capricho... lleno de angelitos! ¡Pero no es así!

DOMINICOS: ¡Renegáis de Dios! ¡Estáis blasfemando! ¡Expulsáis a Dios del cielo! ¿Dónde lo colocáis?

GALILEO: Donde ha estado siempre: dentro de nosotros. ¡En el universo no hay ni santos, ni ángeles, ni almas de difuntos!

VOCES: ¡Qué escándalo! ¡Herejía!

18. Terraza de Galileo.

Una noche helada. Galileo, Sagredo y Mazzoleni, turnándose, miran la vía láctea a través del anteojo.

MAZZOLENI: Parece un hormiguero de estrellas.

SAGREDO: ¿No estaremos un poco trastornados?

GALILEO: Llevo horas intentando contarlas, pero no lo consigo... Mazzoleni, léeme una cosa de Aristóteles... página 122, creo... Lee el párrafo que está subrayado...

MAZZOLENI: «El universo es limitado en el espacio, y está contenido dentro de una esfera».

GALILEO: No. El límite lo ponen nuestros ojos... ¿Quién sabe cómo será de grande el universo?... Si estas lentes tuviesen un millón de aumentos, ¿qué veríamos? ¿Podrían verse aún más estrellas?... Quizás existan otros soles, otros

mundos... Como decía Giordano Bruno... Ha llegado el momento de hablar con claridad a todo el mundo.

SAGREDO: Ten cuidado. He oído decir que el rector está muy preocupado. Quiere suspender tus clases...

GALILEO: Entonces enseñaré en la calle... Quiero que todos miren con este aparato. Que se convenzan.

19. Plaza veneciana.

Es de noche. En la plaza hay profesores, estudiantes y clérigos de todas clases.

CREMONINI: Las estrellas del universo son mil veintisiete. Ni una más.

GALILEO: ¿Las habéis contado alguna vez? Yo he apuntado con mi anteojo y he visto cuatro planetas, de los que nadie había oído hablar hasta ahora, pero que existen, con vuestro permiso... Si tenéis la bondad de mirar...

CREMONINI: Hay una imposibilidad lógico - metafísica que impide la existencia de esos planetas...

GALILEO: Mirad con vuestros propios ojos...

CREMONINI: ¡Yo no veo nada! Se me nubla la vista, y nada más.

GALILEO: No veis porque no queréis ver... Y yo no puedo hacer que esos planetas bajen aquí, a esta plaza... Pero aunque lo hiciese no creeríais ¡porque hay una imposibilidad lógico - metafísica! Sin duda, Dios debió haber leído vuestros libros antes de crear el mundo.

DOMINICO: ¿Qué querríais, pues? ¿Que mirase él también a través de vuestro cacharro?

GALILEO: Este cacharro, como vos decís, nos ofrece las pruebas.

DOMINICO: ¡Todas vuestras pruebas son puras fantasías!

GALILEO: ¡Pero intentad mirar! ¡No es el diablo!... ¿Qué teméis? ¿Es posible que nadie quiera mirar?

UN PROFESOR: ¡Todo esto es una farsa y estamos haciendo el ridículo por vuestra culpa!

Galileo, en el colmo del furor y el desaliento, coge un perrillo que merodeaba por la plaza y le mete el hocico en el catalejo.

GALILEO: ¡Que no se diga que ni siquiera un perro quiso mirar con mi aparato!

Diciendo esto, abandona la plaza sin saludar a nadie. Los profesores lo miran compasivamente.

20. Laboratorio de Galileo.

¿Que le ocurre a Marina, enfurecida hasta el punto de tirar al suelo todo lo que encuentra a su alcance: mapas, instrumentos y libros, ante la consternación de Galileo, que intenta poner a salvo sus cosas?

MARINA: ¡Asqueroso! ¡Embustero! ¡Tú y tu ciencia, que ni siquiera nos da para vivir!... Ahora «el profesor» se va... El gran señor no tiene familia, no puede llevarme con él: «¡Marina, compréndeme!». ¿Qué tengo que comprender? ¡Se marcha! ¡Qué cómodo, ¿no?!

Galileo trata de calmarla con promesas.

GALILEO: Pero ya te lo he dicho: te encontraré un marido..., pagaré la dote... Un marido que te convenga...

MARINA: ¡Qué sinverguënza! ¡Ahora vas a buscarme marido! ¡Qué valor tienes! ¡Qué cara más dura! Pero ¿quién te has creído que eres?...

Sigue destrozando todo lo que encuentra, mientras Galileo intenta tranquilizarla. El estaba haciendo ya las maletas...

GALILEO: Te pagaré la dote. Mil escudos... ¿Sabes lo que puedes hacer con mil escudos? ¡Encontrarás diez maridos!

MARINA: ¿De dónde piensas sacarlos? ¿Me los darás a plazos? ¡Ya comprendo! ¡Pero no quiero ninguno! ¡Y menos a ti! ¡Estoy harta! ¡Quiero desahogarme, por lo menos!

Sagredo está divirtiéndose de lo lindo.

SAGREDO: ¡La señora Marina tiene razón!

MARINA: ¡Qué señora Marina ni qué...! ¿Quieres tomarme el pelo, encima? ¡Vaya cómplice! ¡Buena pareja hacéis los dos!

GALILEO: Tienes razón, Marina, de verdad... Te lo he dicho: puedes contar conmigo siempre...

MARINA: ¿Qué tengo que hacer? ¿Darte las gracias? ¿Creerme todas las mentiras que dices? ¡Está bien, lárgate, es mejor!

SAGREDO: «Lo que por amor se toma, con rabia se abandona».

MARINA: ¡Calla de una vez, con tus malditos refranes!

La mujer rompe ahora a llorar, y Galileo no sabe qué actitud adoptar.

GALILEO: Oyeme, Marina, por favor... No puedes venir conmigo... Ni siquiera sé adónde voy... Ya hemos hablado de eso. Yo me encargo de los niños y tú te las arreglarás bien, ya verás...

MARINA: ¡Vete y déjame en paz!

SAGREDO: ¿Sigues decidido a volver a Toscana?... ¿Y los niños?...

GALILEO: Se los llevaré a mi madre...

SAGREDO: Temo por ti... Aquí no te molestaría la Inquisición, pero en Florencia será distinto...

GALILEO: Todos los lugares son iguales. Por lo menos, en Florencia el gran duque es amigo mío.

SAGREDO: Pero eres un ingenuo si crees que puedes convencer a la Iglesia con tus ideas...

GALILEO: Voy a Roma... Quiero hablar con Paulo V.

21. Parque de un palacio romano.

Amplísimo parque del palacio del cardenal Borghese. Algunos hombres, cubiertos con capuchas negras, arrastran un enorme catafalco con un gran fantoche encima, que representa a una mjer feísima, con un cartel colgado del cuello: «Muera la herejía»... Los encapuchados prenden fuego al muñeco, y los asistentes (príncipes, cardenales y otros personajes por el estilo), excitadísimos, empiezan a tirar verduras (traídas al efecto por los sirvientes) contra el fantoche en llamas, gritando:

CARDENALES Y PRINCIPES: ¡Viva el Papa! ¡Viva la Iglesia Católica! ¡Muerte a los herejes!

Galileo contempla la escena lige-

URBANO VIII: ¡Que lo sepa el mundo! La Iglesia contempla a los estudiosos y a los artistas con profundísima estima y con deseos de acoger sus experiencias, de tutelar su libertad y de engrandecer gozosamente la expansión de su espíritu atormentado...

ramente apartado. Con él está el embajador de Toscana.

Por otro extremo del parque aparece en esos momentos una multitud de hombres del pueblo, convocados para completar la fiesta. Príncipes y cardenales se dirigen hacia la nueva diversión.

TAMBORIL POPULAR: ¡El juego de la piñata! ¡Quien rompa la piñata, encontrará oro y plata!

Algunos individuos, con los ojos vendados y provistos de largos bastones, intentan golpear el puchero. Los cardenales y príncipes participan como espectadores.

VOCES DE NOBLES Y PRELADOS: ¡Hala!... ¡Aquellos son los de Testaccio! ¡Hala, Testaccio!... ¡Adelante, Trastevere!...¡Me gusta el contacto con el pueblo!... Je suis tout à fait d'accord, j'aime ça aussi!... Look at that big boy at the right hand side!... *(Con acento francés)* Sinite parvulos venire ad me!...

VOCES DEL PUEBLO: ¡Hala Rómulo! ¡Qué cantidad de gente!... ¡Eh, tú, ten cuidado! ¡Me has dado un porrazo en la cabeza!...

Galileo se mantiene alejado: el juego de ese pueblo envilecido, que se rompe la cabeza para divertir a nobles y cardenales, le produce un profundo malestar. Un dominico traba conversación con él: se entabla una violenta discusión. El embajador observa desde lejos, preocupado.

EMBAJADOR: ¿Lo veis? Galileo juega con fuego.

SEÑOR: Si los jesuitas lo protegen, no tiene nada que temer...

EMBAJADOR: Sí. Pero, precisamente por eso, se ganará la enemistad de los dominicos...

Galileo está, efectivamente, discutiendo con el dominico.

DOMINICO: ¡La verdad se descubre con la oración, no con ese anteojo vuestro!

GALILEO: Es un instrumento, como la azada o la rueda; sirve para facilitar el trabajo ¿entendéis?

DOMINICO: Pero la azada y la rueda no son peligrosas; vos, en cambio, queréis turbar los espíritus...

GALILEO: Sólo pretendo despertarlos...

DOMINICO: Con semejante presunción perdéis el alma.

GALILEO: ¡Y vos la aplastáis, durmiéndoos encima!

Galileo deja plantado al dominico y se acerca al embajador.

EMBAJADOR: ¿Habéis discutido?

GALILEO: No demasiado.

EMBAJADOR: Os aconsejo... Dentro de dos días seréis presentado al Papa. Mostraos prudente hoy con el cardenal Belarmino.

GALILEO: ¿Quién es?

EMBAJADOR: Un Gran Inquisidor.

GALILEO: ¡Ah!

EMBAJADOR: El más intransigente de todos.

22. Colina romana.

En presencia del clero romano (están también los cardenales Maffeo Barberini y Belarmino, el padre Clavio, jesuita, y el embajador de Toscana), Galileo habla con profunda convicción; el catalejo, sensiblemente perfeccionado, está junto a él, sobre un caballete.

GALILEO: Y cuando vi que el planeta Venus se movía alrededor del sol, me pregunté: ¿Cómo es posible que sólo la tierra permanezca inmóvil?
El sol se mueve también, sobre sí mismo. Durante quince meses he recogido pruebas válidas e irrefutables.

Belarmino, sin dar la impresión de oponerse categóricamente, formula su primera objeción bien calculada.

CARDENAL BELARMINO: La palabra de Dios constituye una demostración mucho más válida... Vuestras ideas están en contradicción con la Biblia.

GALILEO: Eminencia... Dios se revela, ciertamente, a través de la Biblia, pero yo pienso que también lo hace a través de la naturaleza.

CARDENAL BELARMINO: El Espíritu Santo, que ha inspirado

COMISARIO: En 1616 fue condenada la teoría del movimiento de la tierra, ¿no os enterásteis?
GALILEO: El cardenal Belarmino no me dijo que fuese obligatorio observarlo...

la Escritura, no puede haber cometido errores.

GALILEO: No. Desde luego que no... Pero los profetas que redactaron la Biblia se adaptaron a los conocimientos científicos que poseían sus contemporáneos...

PADRE SCHEINER, JESUITA: ¡El Espíritu santo no puede equivocarse!

PADRE CLAVIO, JESUITA: Quizás al cardenal Belarmino le ha pasado inadvertida la distinción que establece el señor Galilei. El distingue en la Biblia dos lenguajes: uno inmutable, que pertenece a la fe, y otro que se modifica con los tiempos, porque pertenece a la ciencia.

GALILEO: Sí, gracias. Exacto... Eso es precisamente lo que pienso.

CARDENAL BELARMINO: Se diría que tenéis algo que enseñar a la Iglesia, ¿no es así?

GALILEO: Tengo una opinión.

CARDENAL BELARMINO: Exponedla, exponedla, pues...

GALILEO: Eminencia... Creo que, al explicar la Biblia, la Iglesia no debería permanecer atada a las ideas del pasado, sino utilizar en cada época las ideas nuevas.

PADRE SCHEINER: ¡Los libros de santo Tomás enseñan a explicar el sentido de la Biblia!

El joven cardenal Maffeo Barberini toma partido por Galileo.

CARDENAL BARBERINI: Bueno, bueno..., pero, en el fondo, santo Tomás no era más que un hombre. ¿Es posible que ningún otro pueda proponer una nueva visión del mundo? Reflexionemos sobre lo que se ve con este anteojo...

Al decir esto, Barberini se acerca al catalejo, y otros prelados le imitan. Belarmino se aleja un poco, con el padre Clavio.

CARDENAL BELARMINO: ¿Aprobáis los matemáticos del Colegio Romano las opiniones de este Galilei? ¿No habéis pensado que puedan ser peligrosas?

PADRE CLAVIO: No se puede negar la validez de ciertos descubrimientos... Ciertamente, es doloroso abandonar ideas antiguas... Pero la ciencia se renueva con el tiempo...

CARDENAL BELARMINO: La sabiduría de los padres y de los santos, que nos enseña a humillarnos, es mucho más importante que la llamada ciencia... Estoy preocupado; ya sabéis cómo soy. Como medida de prudencia, he consultado a los teólogos de la Santa Inquisición... Nos aten-

dremos a lo que respondan. Las palabras de Galilei sobre la Biblia son las mismas que oí a Giordano Bruno..

23. Quirinal.

Gran salón de mármol. Tumbas de mármol en las paredes. Mármoles oscuros. El papa Paulo V, con vestiduras de oro, camina en un sentido y en otro, entre los cardenales Belarmino y Del Monte; habla siempre caminando a causa de la digestión. En este momento está mostrando una carta a los dos cardenales.

PAULO V: Es conmovedora. Leedla... Es una carta del último hereje que hemos tenido que enviar a la hoguera. Me hace llorar como un niño... El pobrecillo se ha reconciliado con Dios justamente antes de su muerte y ha querido escribir estas líneas... Nos da las gracias... Si su alma se salva, lo deberá sólo a la Madre Iglesia...

CARDENAL BELARMINO: Las penas corporales abren el camino a la gracia...

CARDENAL DEL MONTE: Quién sabe si merecía morir... Sabéis que los protestantes nos acusan de violencia.

CARDENAL BELARMINO: No es violencia, es sacrosanta defensa contra los enemigos de la Iglesia. Si es justo excomulgar a los herejes, todavía lo es más condenarlos a muerte. La excomunión es una pena mucho más grave que la muerte.

CARDENAL DEL MONTE: Pero los protestantes nos arguyen con el evangelio: ¡No devolver a nadie mal por mal!...

PAULO V: ¡Sólo la Iglesia sabe leer el evangelio!

CARDENAL BELARMINO: Sólo la Iglesia sabe distinguir en el evangelio los mandatos de los consejos... ¡Cuándo se trata de aplastar a un enemigo no podemos ofrecer la otra mejilla!

CARDENAL DEL MONTE: Se podría objetar que toda violencia es contraria a la caridad cristiana...

PAULO V: ¿Querríais ver acaso una Iglesia débil y derrotada?

CARDENAL BELARMINO: Hay guerras necesarias, santas. Como la incisión de un cirujano...

CARDENAL DEL MONTE: Pero en el evangelio está escrito: Os envío como corderos en medio de lobos... ¿Creemos que los corderos deben morder a los lobos?

CARDENAL BELARMINO: ¿No es lícito que un estado defienda a sus ciudadanos de los enemigos, dando muerte a éstos?

CARDENAL DEL MONTE: Pero la Iglesia no es un estado; la Iglesia es, ante todo, un poder espiritual...

PAULO V: Poder temporal y poder espiritual son una misma cosa...

Un prelado doméstico entra de puntillas en el salón y va a arrodillarse ante el Papa para anunciarle:

PRELADO DOMESTICO: Las audiencias, Santidad...

PAULO V: ¿Quiénes son...?

PRELADO DOMESTICO: El cardenal Barberini y el señor Galilei...

PAULO V: Haced que pasen... Me han hablado muy bien de este Galilei, pero no recuerdo a propósito de qué...

CARDENAL DEL MONTE: De ciertos descubrimientos astronómicos... sobre la luna.

PAULO V: ¿La luna? ¿Qué pasa con la luna? ¡Ah! Ya recuerdo...

Entra el cardenal Maffeo Barberini con Galileo.

BARBERINI: He aquí un hombre devoto, que honra no sólo a Toscana, sino a toda la Santa Iglesia...

El Papa no permite que Galileo le bese la zapatilla.

PAULO V: Alzaos, hijo mío... Sentimos un gran respeto por vuestros méritos y damos gracias a la Providencia, que ha concedido a un católico la primacía de los descubrimientos astronómicos...

Ante tan cordial acogida, Galileo se decide a hablar de sus problemas..

GALILEO: Quisiera someter a la consideración de Vuestra Santidad mis problemas...

El Papa no presta atención alguna a las palabras de Galileo y continúa su parlamento en tono suave.

PAULO V: Escrutad, escrutad el cielo y ofreced a la Santa Iglesia vuestros hermosos descubrimientos. Ella se siente orgullosa de tener un hijo como vos...

GALILEO: Estoy profundamente conmovido... y agradecido a Vuestra Santidad... Pero existen ciertas dificultades que desearía someter a vuestra consideración, si se me permite...

PAULO V: Sin embargo, dejad que, como un padre a su hijo, os aconseje que vigiléis para que la soberbia, madre de todos los males, no entre jamás en vuestro espíritu. Cuando un hombre asciende a una cumbre y se eleva sobre los demás, está más expuesto a las tentaciones. Y, como sabéis, llega a olvidar que la virtud más eminente del cristiano es la humilde sumisión... Vigilad, hijo mío, vigilad...

Galileo, dos veces interrumpido, comprende que no es posible entablar un diálogo y escucha al Papa con profunda amargura.

24. Jardines del Quirinal.

Un amplio y bellísimo jardín de estilo italiano. El cardenal Barberini y Galileo acaban de salir de la audiencia pontificia y están charlando:

GALILEO: Quería hablarle al Papa de esos frailes que me calumnian...

CARDENAL BARBERINI: No os preocupéis. Es importantísimo para vos que os haya recibido sin hacer la antesala habitual. Y, además ni siquiera ha permitido que le beséis la zapatilla. ¡Es todo un privilegio!...

GALILEO: Sí, de acuerdo, pero... no sé si comprende la urgencia del problema... ¡Yo pensaba que quizás hiciese falta un concilio!

CARDENAL BARBERINI: ¡Calmaos! La Iglesia no precipita jamás las cosas, pero ya llegará también vuestro momento... Entretanto, os aconsejaríamos prudencia... No habléis demasiado. Pero tened confianza. En mí encontraréis siempre un amigo.

25. Estancias de Belarmino.

Habitaciones de mármol, con las paredes decoradas con motivos funerarios. Una capilla con altares de

mármoles preciosos y una gran cruz. Un lecho a ras del suelo. Belarmino está meditando. Una meditación agitada y turbulenta. Está de rodillas ante el altar, después pasea, vuelve a arrodillarse. Los acontecimientos mundanos de la Iglesia le impiden realizar una meditación tranquila y, sobre todo, le impiden tener confianza en Dios y penetrar a fondo en la esencia de la fe.

CARDENAL BELARMINO *(Voz interior):* Te ofrezco, Señor mío, Dios omnipotente, esta meditación mía sobre el misterio de la cruz... Deseo amar a Dios por sí mismo y sin ningún pensamiento mío... La Iglesia tiene muchos enemigos... ¿Qué libertad religiosa? Es nociva. Cuando falta la obediencia a Dios, falta también la obediencia al príncipe... Es el caos. Hay que vigilar sin tregua... Estoy cansado... Primero Copérnico, después Giordano Bruno. Ahora Galilei... ¡Los doctores de la Iglesia no pueden equivocarse! ¿Y si los astrónomos tuviesen razón? Quizás nos da miedo la ciencia porque nos asusta lo desconocido, porque tememos que desaparezca el misterio... No, no. Es auténtica prudencia. La verdad parte de la Iglesia hacia el mundo, no puede ser al revés... Mi meditación sobre la cruz está siendo un fracaso... Dios mío, os ofrezco mis preocupaciones sobre vuestra esposa, la Iglesia... El Papa sigue enriqueciendo al cardenal Borghese... ¡Basta! ¡Qué difícil es concentrarse en Dios, olvidando los asuntos mundanos...! El Papa da mal ejemplo, queriendo enriquecer a sus familiares. Debo advertírselo... ¡Otra vez! No consigo concentrarme. Mi meditación naufraga de nuevo... Humildad. Necesito humildad. Caigo siempre en negligencia y en imperfecciones. Me hace falta más humildad... Meditar sobre la cruz...

Belarmino, de bruces en el suelo, se arrastra de nuevo hacia el altar:

Quizá debería haber vivido en un desierto. Quizá fuera ese mi puesto... Viviendo como un eremita, alimentándome de langostas y raíces, en continua oración, alejado del mundo... Soy un gran pecador... Señor, dame los medios necesarios para vencer a tus enemigos...

26. Estancias de Belarmino.

Habitación-capilla privada de Belarmino. En presencia de dos teólogos jesuitas, el cardenal recibe a Galileo.

CARDENAL BELARMINO: Os he hecho llamar porque estoy seguro de que os será útil conocer la opinión de los teólogos sobre la hipótesis del movimiento de la tierra... Oíd vos mismo sus conclusiones...

JESUITA *(Leyendo):* La teoría copernicana es filosóficamente absurda, formalmente herética y errónea desde el punto de vista de la fe.

GALILEO: ¿Cómo puede ser absurda si es verdadera?

CARDENAL BELARMINO: Vuestra pregunta está mal planteada. Sois vos quien dice que tal teoría es verdadera. Los teólogos dicen que no lo es.

GALILEO: Pueden equivocarse.

CARDENAL BELARMINO: ¡Los teólogos interpretan la palabra de Dios!

GALILEO: Dios no les ha regalado el cerebro exclusivamente a ellos.

CARDENAL BELARMINO: ¡Pero hace falta prudencia!

Belarmino se alarma ante las respuestas de Galileo.

GALILEO: En el evangelio se habla más de verdad que de prudencia.

Belarmino pulsa ahora ciertos resortes precisos.

CARDENAL BELARMINO: Pensad en Giordano Bruno... Hacedme caso; es mejor para vos que el error sea corregido a tiempo... Así aprenderéis a dominaros... El cardenal Barberini me decía que sois un hombre de gran prudencia.

Galileo capta la amenaza larvada que late tras las «suaves» palabras de Belarmino.

27. Campiña toscana.

La dulce campiña de Arcetri. Galileo pasea con su hija, la jovencísima sor Celeste. Ella se muestra serena, mientras él ofrece un aspecto preocupado.

SOR CELESTE: Estoy tan contenta de que vivas aquí, cerca de Florencia... Es tan hermoso... ¿Sabes que todas las hermanas me envidian por tener un padre como tú? Célebre... bueno...

GALILEO: Un poco incómodo.

SOR CELESTE: ¿Por qué?

GALILEO: Por nada... Dentro de dos días iré a Roma.

SOR CELESTE: ¿Vas a ver otra vez al Papa? Me habías dicho que era amigo tuyo...

GALILEO: Sí, pero entonces era sólo cardenal.

SOR CELESTE: Pareces preocupado. Te conozco bien... ¿Qué tienes?

GALILEO: Voy a llevarle mi libro al Papa, para que lo apruebe, pero...

SOR CELESTE: Lo aprobará; y si él te da la razón, te la darán todos, ya verás.

GALILEO: Tengo enemigos en Roma.

SOR CELESTE: Cuéntame...

GALILEO: No es nada. No te preocupes...

28. Casa de Arcetri. Interior.

La casa de Galileo en Arcetri: rústica, con una gran mesa en el centro y muy luminosa. Galileo está organizando las piezas de un pequeño aparato de reciente invención. Sor Celeste hace la limpieza.

GALILEO: Ven aquí, dime... ¿Has visto alguna vez la cabeza de una pulga? Mira por aquí...

SOR CELESTE: ¡Oh! ¡Parece el hocico de un ratón!...

El nuevo instrumento de Galileo es un microscopio.

GALILEO: Sí.

SOR CELESTE: ¿Qué es? ¿Lo has construido tú?

GALILEO: Sí.

SOR CELESTE: ¿Y cómo van los demás descubrimientos?

GALILEO: ¿Qué descubrimientos?

SOR CELESTE: Las estrellas...

GALILEO: Sigo trabajando.

SOR CELESTE: ¿Por qué no me lo explicas?

GALILEO: Es difícil... Mira qué librote. Lo he titulado «Dialogo dei massimi sistemi»...

Sor Celeste lo hojea.

SOR CELESTE: Dedicado al nuevo Papa.

GALILEO: Sí, precisamente...

29. Quirinal.

Salón pontificio, que ya hemos visto antes. El nuevo Papa, Urbano VIII (ex-cardenal Maffeo Barberini), revestido de oro y sentado en el trono. Galileo, arrodillado ante él, le besa la zapatilla. Urbano VIII lo mira complacido.

URBANO VIII: ¡Salud, hermano amadísimo en Cristo! Os hemos llamado inmediatamente después de nuestra erección a la cátedra de San Pedro para complacernos paternalmente con vuestros méritos, que están siempre presentes en nuestro corazón... Alzaos, hijo mío, alzaos. Ved aquí al siervo de los siervos de Dios, aunque cargado con las altísimas llaves de San Pedro.

Galileo ha vuelto al pie del trono pontificio y desde allí escucha las palabras del Papa, buscando en vano el modo de hacer oír sus opiniones. Intenta, también inútilmente, encontrar de nuevo al viejo «amigo». En su lugar halla, por el momento, un «protector», tratado además con excesiva deferencia. La investidura pontificia ha elevado a Maffeo Barberini —que es perfectamente consciente de ello y lo acepta incluso con placer— al Olimpo de los mayores potentados de la tierra. Y su trono es aún más alto que todos los demás, puesto que representa directamente a Dios (considerado en términos de «poder»). En consonancia con ello, el Papa Urbano VIII utiliza un lenguaje rebuscado, solemne, grandilocuente, alejado por completo del habla común.

URBANO VIII: Nos parece llegada la hora de emprender una profunda renovación en la Iglesia de Cristo, aun dentro del respeto reverencial a la autorizadísima enseñanza de la tradición y en la más absoluta docilidad a la iluminación del Espíritu Santo... Nos creemos que la Iglesia ha recibido la misión de vigilar los ingenios, pero no el derecho de paralizarlos...

GALILEO: Ciertamente... La libertad es condición imprescindible para poder expresar...

URBANO VIII *(Interrumpiéndole):* Vos sois nuestro gratísimo huésped y, creednos, nuestro co-

GALILEO (en off): Creía que se podría discutir... En los procesos, los acusados pueden defenderse.
CARDENAL GINETTI: ¡Sólo la Iglesia es depositaria de la verdad! ¡Ponéis en duda la autoridad de la Iglesia!

razón exulta de paternal júbilo, ya que Nos esperamos de vos grandes cosas...

GALILEO: He terminado ya un libro que quisiera...

URBANO VIII *(Sin prestarle atención):* Será para Nos motivo de inefable consolación y de dulcísima esperanza poder mostrar al mundo que sólo los católicos saben afrontar los problemas que plantean los nuevos tiempos...

GALILEO: Precisamente mi libro está dedicado a Vos... La ciencia es una gran...

URBANO VIII *(Interrumpiéndole):* ¡Que lo sepa el mundo! La Iglesia contempla a los estudiosos y a los artistas con profundísima estima y con deseos de acoger sus experiencias, de tutelar su libertad y de engrandecer gozosamente, en las esferas luminosas de la palabra y de la gracia divinas, la expansión de su espíritu atormentado...

Galileo mira estupefacto a ese Papa, ex-amigo, que habla ahora en un lenguaje retorcido y casi demencial.

30. Quirinal.

El Papa se muerde las uñas. Tres cardenales, entre los que sobresale Borgia, están planteándole graves objeciones. Urbano VIII pasea con nerviosismo, acosado por el cardenal Borgia.

CARDENAL BORGIA: En su libro, Galileo se burla de la Santa Iglesia y ridiculiza al Sumo Pontífice.

URBANO VIII: ¡No, no! ¡Os equivocáis!

CARDENAL BORGIA: Pero si todos los argumentos de la Iglesia aparecen en boca de un personaje ridículo... Galilei juega con la Iglesia como el gato con el ratón: primero la deja hablar y después, ¡zas!, la aniquila, la destruye, la ridiculiza con páginas y más páginas de objeciones... ¡Así nos pone en ridículo a nosotros... y a Vos!

URBANO VIII: Nos queríamos que el libro demostrase lo siguiente: la ciencia discute y formula hipótesis, pero la última palabra le corresponde a la Iglesia.

CARDENAL CENTINO: Todo eso está en el libro, pero dicho por Simplicio: ¡Un personaje ridículo!

CARDENAL GINETTI: Y el libro está editado, además, con el imprimatur del maestro del Sacro Palacio. ¡Y con una solemne dedicatoria a Vuestra Beatitud!

CARDENAL CENTINO: El mundo pensará que la Iglesia ha traicionado todos sus principios.

URBANO VIII: ¿Cómo habéis podido conceder nuestro imprimatur?

PADRE RICCARDI: Leí el libro desde la primera página hasta la última y sugerí ciertas modificaciones... A decir verdad, no me habría decidido a dar el imprimatur, pero vuestro secretariado...

MONSEÑOR CIAMPOLI: No hay absolutamente nada irreverente en el libro. Me parece que coincide con el programa de renovación de Vuestra Santidad...

URBANO VIII: ¡Dejad en paz nuestro programa de renovación y decidme ante todo si es verdad que en el libro se ridiculiza nuestra persona!

MONSEÑOR CIAMPOLI: ¡No es verdad! ¡De ninguna manera!

URBANO VIII: Siempre hemos sido comprensivos para con los artistas y los científicos... Galilei es un científico serio, merece nuestra estima... ¡No lo calumniéis!

CARDENAL GINETTI: Vuestra Beatitud es demasiado tolerante y Galilei se aprovecha de ello. ¡Este Galilei es más peligroso que Lutero!

MONSEÑOR CIAMPOLI: ¡Qué exageración!

CARDENAL BORGIA: La peste herética empieza a difundirse también aquí dentro.

URBANO VIII: Cardenal Borgia, ¡os prohibo que insinuéis una sospecha de ese tipo!

El Papa, fuera de sí, va hacia el trono y se atrinchera en él.

CARDENAL BORGIA: Pero todavía estamos a tiempo de decir a Vuestra Santidad cómo están las cosas. Vuestro pontificado se muestra demasiado débil con los herejes... Galilei es sólo la gota que...

URBANO VIII: ¡Cardenal Borgia!

CARDENAL BORGIA: La catolicísima España no está dispuesta a tolerar durante más tiempo vuestra política.

URBANO VIII: ¡Nos no tenemos las llaves de San Pedro para obedecer las órdenes del rey de España!

COMISARIO: Galilei, limitáos a responder a lo que se os ha preguntado.
CARDENAL GINETTI (en off): ¿Creéis que un buen católico discutiría las palabras de la Iglesia? Debéis hacer una buena confesión...

CARDENAL BORGIA: Vos no podéis ignorar que el ejército es pañol, con sus victorias, está restaurando el catolicismo en todas partes y aniquilando a los protestantes. La guerra de España es una guerra misionera... Mientras tanto, Vuestra Santidad apoya a los franceses, pretendiendo ignorar que son aliados de los protestantes.

URBANO VIII: ¡España no está haciendo una guerra de religión!

CARDENAL BORGIA: En una palabra: Como príncipe de la Iglesia, pero sobre todo como embajador de la catolicísima España, es mi deber advertiros...

URBANO VIII: ¡Lo único que pretendéis es que el Papa se doblegue a la voluntad del rey de España!

CARDENAL BORGIA: Los daños que vuestra política pueda causar al catolicismo... recaerán sobre vuestra persona.

URBANO VIII: ¡Basta! Os aprovecháis de la inmunidad para ofender al Vicario de Cristo. ¡No lo toleraremos! ¡No creemos que a la «catolicísima» España le importen tanto los destinos de la fe cuanto su ambición de hegemonía sobre toda Europa!

31. Sala de reuniones del Colegio Romano (de los jesuitas).

Una biblioteca completamente blanca. Una mesa larga, en torno a la cual discuten una decena de jesuitas.

GRIEMBERGER: El padre Clavio, el padre Malpertio y nosotros, astrónomos, hemos reconocido la validez matemática de los descubrimientos de Galilei.

INCHOFER: La validez de los descubrimientos de Galilei es completamente secundaria en comparación con el grave peligro que representan.

PASQUALIGO: ¡El profesor pretende sentar cátedra frente a la Iglesia!

MALPERTIO: Se limita a exponer sus ideas... ¿Es justo que la Iglesia obligue a los hombres de hoy a pensar con la cabeza de los de ayer?

UN JESUITA JOVEN: Nuestros hermanos de las misiones de Asia y América están enseñando ya el sistema copernicano... ¿Por qué no lo aceptamos aquí?

INCHOFER: ¿Es preciso recordaros que, en Europa, la Iglesia está azotada por el cisma? ¿Olvidáis la herejía de los protestantes? También ellos se arrogan el derecho de interpretar libremente la Biblia... ¡Dar la razón a Galileo significaría fomentar la disgregación, favorecer la reforma protestante!

Frente a las argumentaciones del padre Inchofer, los demás jesuitas callan. Sólo el padre Griemberger se atreve a formular una duda justificada.

GRIEMBERGER: ¿Y si Galilei tuviese razón?

Una especie de malestar general invade la reunión.

MALPERTIO: Sí... En el fondo, ¿qué sabemos nosotros del universo? ¿Dónde está Dios? ¿Por qué nos parecen absurdas las legítimas preguntas de un hombre? Más aún, ¿por qué nos horrorizan?

Las atrevidas objeciones de Malpertio sorprenden profundamente a Inchofer.

INCHOFER: ¡Son preguntas presuntuosas! La Iglesia ha dado ya respuestas precisas a todas las preguntas. Ante la obligación de defender a la Iglesia y a su autoridad, cualquier otra cuestión pasa inmediatamente a segundo plano.

El padre Malpertio coge entonces un tintero y lo muestra a los demás.

MALPERTIO: ¿Qué es esto?

GRASSI: Un tintero.

MALPERTIO: No... Es una piedra. Mirad bien.

GRASSI: Pero, ¿qué broma es esta?

MALPERTIO: La misma broma que queremos gastar a Galilei...

GRASSI: No es momento para jugar. El asunto es grave. ¡Porque, en todo esto, nosotros representamos a Dios!

MALPERTIO: Querido padre, nosotros nos representamos modestamente a nosotros mismos, y nada más... Yo no quisiera que la Iglesia tuviera que arrepentirse de lo que decidamos...

Inchofer se lanza a neutralizar inmediatamente la táctica de sus oponentes, empleando el argumento clásico.

INCHOFER: Sabéis que yo aprecio la duda, pero a veces no es sino una tentación del Maligno...

PASQUALIGO: Giordano Bruno razonaba como Galilei: Según ellos, la Iglesia tiene algo que aprender de cualquiera... ¡Esa opinión mina las bases de la autoridad de la Iglesia!

MALPERTIO *(Irónico):* Y la autoridad de los jesuitas...

INCHOFER: Sí, padre Malpertio... ¿No os preocupa también a vos esa autoridad?... ¿Y a vos, padre Griemberger?

Los dos oponentes bajan la cabeza, sin atreverse a discutir nada más.

32. Sagrario de una iglesia florentina.

Los dominicos están promoviendo una intensa campaña antigalileana a todos los niveles. Frente a una muchedumbre de fieles, un dominico predica a voz en grito:

DOMINICO: ¡Oh, miserable Galileo! ¿Qué crees ver en el cielo? ¿Qué insensata soberbia te impulsa a subvertir la autoridad del libro de Dios? ¿Con qué orgullo te atreves a seducir las mentes? ¡La matemática es un arte del diablo y tú, en cambio, la colocas por encima y en contra de la palabra de los profetas!... ¡Con Galilei ha llegado a Florencia la herejía!... Pero nosotros, frailes de Santo Domingo, siervos humildísimos, llamados los perros blancos y negros que vigilan ante la puerta de la Iglesia para que no entre en ella el demonio, levantamos nuestra voz, damos la señal de alarma y decimos públicamente, para que nos oigan todos: ¡Quien defienda que el sol está en el centro y que la tierra se mueve, contra la autoridad de las sagradas Escrituras, es hereje! ¡Es culpable de herejía!

Teniendo en cuenta la ignorancia del público que le oye, la táctica del fraile está dando resultado... La represión contra los partidarios de Galileo (orientada a descalificarlos

y hacerlos impopulares) utiliza también otros métodos: la intriga política, la calumnia, la censura...

33. Imprenta de Florencia.

Landini, impresor florentino, está editando ejemplares del «Dialogo dei massimi sistemi». Entra el Inquisidor de Florencia, con otros dos dominicos.

INQUISIDOR: ¡Alabado sea Jesucristo!

Landini mira a los frailes con inquietud.

LANDINI: ¡El Inquisidor!

INQUISIDOR: Tengo orden de suspender la impresión del libro... y de confiscar los ejemplares ya impresos... Todos...

LANDINI: Pero si vos mismo me disteis la licencia de impresión...

INQUISIDOR: La licencia ha sido revocada.

LANDINI: ¿Con todo este trabajo ya hecho?

INQUISIDOR: La orden viene de Roma...

Secuestran todos los ejemplares e incluso todos los pliegos sueltos que encuentran.

34. Refectorio pontificio.

El Papa está sentado a una mesa, elevada sobre una tarima y, frente a él, hay otra mesa más baja, para su huésped, que es el embajador de Toscana. El escultor Bernini está realizando unos bocetos del Papa y se mueve en torno a él con agilidad; Urbano VIII le deja hacer con complacencia.

URBANO VIII: Trazadme bien los cabellos.

Dos prelados domésticos están probando el caldo que van a servir. La ceremonia sorprende al embajador.

URBANO VIII: Los españoles quieren envenenarnos...

EMBAJADOR: ¿Por qué?

URBANO VIII: Porque nos negamos a ser sus servidores... ¿Vos sois amigo de Galilei?

EMBAJADOR: Sí...

BERNINI: ¿Podríais sonreír, Santidad?

URBANO VIII: Después, después... También Nos lo éramos, pero hemos sido engañados. Con el libro que ha escrito, ha traicionado nuestra confianza...

Un prelado doméstico sirve el caldo al Papa y a su huésped, en platos de oro. El Papa sorbe el caldo.

EMBAJADOR: Parece increíble... Iba dedicado a Vos...

URBANO VIII: Galilei es muy hábil... Querido embajador, hemos de confiaros un encargo delicado y enojoso; debéis advertir al Gran Duque de Toscana que Galilei será citado ante el tribunal del Santo Oficio. *(Se vuelve hacia Bernini, que le muestra un dibujo)* ¡Demasiados cabellos!

EMBAJADOR: El Gran Duque se opondrá... Galilei es súbdito toscano.

URBANO VIII: El Gran Duque no se opondrá. Nos necesita, ¿no es verdad?

EMBAJADOR: Pero no puede obligarlo por la fuerza.

URBANO VIII: Solicitamos la colaboración del Gran Duque y la vuestra. Y no alarméis a Galilei antes de tiempo...

EMBAJADOR: Pero ¿diréis, al menos, de qué se le acusa?

El Papa Urbano sorbe su caldo de gallina.

URBANO VIII: El Santo Oficio no airea sus secretos. Galilei sabe en qué ha faltado. Debe venir a Roma. Si no quiere, le obligaremos.

El embajador mira con amargura su plato de caldo: no tiene apetito.

35. Casa de Arcetri.

La habitación de la planta baja ha sido acondicionada como estudio. La hija de Galileo cose. También está presente Sagredo, que mira atentamente algunos manuscritos de Galileo. Este pasea con inquietud por la habitación.

GALILEO: Te agradezco que hayas venido, Sagredo... Ya he redactado mi defensa. Echale una ojeada.

Galileo va a mirar por la ventana y ve a dos frailes que caminan de un lado para otro, manteniéndose a cierta distancia: son dos dominicos, perros blancos y negros que vigilan...

GALILEO: Todavía están ahí esos frailes.

SOR CELESTE: ¿Qué harán? Están merodeando por aquí desde ayer.

GALILEO: Sí... no me pierden de vista.

SOR CELESTE: Pero, ¿por qué?

GALILEO: Temen que escape... Que no acuda a Roma.

SOR CELESTE: ¿Por qué habrías de escapar? ¿Qué has hecho?

GALILEO: No he hecho absolutamente nada malo.

SOR CELESTE: Claro que no. Y quien tiene la conciencia limpia no debe sentir miedo.

GALILEO: De modo, Sagredo... que el Gran Duque no ha querido defenderme...

SAGREDO: Ese no se enfrenta con el Papa... Hazme caso, huye.

SOR CELESTE: ¿Por qué iba a huir, y adónde?

SAGREDO: A Venecia, a mi casa o a la de Morosini. También ellos temen por ti...

GALILEO: Os asustáis sin motivo.

SAGREDO: Como te coja la Inquisición no te suelta...

GALILEO: Soy viejo y no tengo ganas de andar errante por el mundo, perseguido, durante el resto de mi vida...

SOR CELESTE: Quizá tenga razón Sagredo...

GALILEO: No. Quiero ir a Roma... Si huyo, me excomulgarán. Quiero ir a Roma para defenderme... Para exponer mis razones. Para discutir... Yo también pertenezco a la Iglesia, ¿no?

36. Casa de Arcetri. Exterior.

Galileo está acabando de abrir un hoyo bajo un árbol cercano a la casa. Tira la herramienta y, con ayuda de su hija, entierra un pesado cofre de metal. Entre los dos vuelven a tapar el hoyo cuidadosamente.

GALILEO: Ya está... Si pasa algo, escribe a Sagredo, ¿entendido?

Hazle venir rápidamente para recoger estas cosas... y dile que las edite fuera, en el extranjero...

SOR CELESTE: De acuerdo. Quédate tranquilo.

GALILEO: Es sólo por precaución... Nunca se sabe... Pero no hará falta, ya verás.

37. Celda de Galileo en el Santo Oficio.

Galileo es introducido por dos dominicos en una habitación blanca, escasamente iluminada.

FRAILE VIEJO: Si necesitáis algo, dirigíos al padre Charles. Está a vuestro servicio... Vivirá aquí con vos.

Sale el fraile viejo y Galileo va hacia la ventana: una ventana curiosísima, construida de modo que no pueda verse nada del exterior, ni siquiera el cielo.

PADRE CHARLES: ¿Necesitáis algo?

GALILEO: Tengo que hablar inmediatamente con alguien... Avisad al embajador de Toscana. Yo soy toscano... Somos muy amigos... Quiero hablar con el Papa. El Papa es amigo mío, lo ha dicho muchas veces. Hacedle saber que Galilei necesita verle... inmediatamente...

Precisamente en ese momento entra el embajador.

GALILEO: ¡Menos mal! Haced algo, pronto... Conseguid que pueda hablar con el Papa...

EMBAJADOR: Bueno, de acuerdo... Lo intentaré... Pero es tan confuso todo... Entretanto, os aconsejo una cosa: Tratad de obedeced a los inquisidores. Así acabará todo enseguida... No opongáis resistencia...

GALILEO: Pero ¿por qué?

EMBAJADOR: Si discutís será peor.

GALILEO: Pero ¿quiénes creen que son?

38. Tribunal del Santo Oficio.

Sala circular, de mármol, con hornacinas en las que están empotrados los tronos sobre los que se sientan una decena de cardenales. En medio de la sala, la mesa del comisario, la del fiscal, y un banquillo para el acusado, que es Galileo. El comisario está mostrándole el «Dialogo dei massimi sistemi».

PADRE COMISARIO: ¿Reconocéis este libro?

GALILEO: Sí, es mío.

COMISARIO: ¿Estuvisteis en Roma en 1616?

GALILEO: Sí.

COMISARIO: ¿Por qué razón fuisteis llamado por el Santo Oficio?

GALILEO: No, no. Vine por mi propia iniciativa.

COMISARIO: En aquel año fue condenada la teoría del movimiento de la tierra, ¿no os enterasteis?

GALILEO: El cardenal Belarmino me habló de ello... Pero no me dijo que se tratase de ningún decreto, ni que fese obligatorio observarlo...

COMISARIO: ¿Qué os dijo, exactamente?

GALILEO: Ha pasado tanto tiempo... ¿Cómo queréis que consiga recordar las palabras exactas, después de tantos años?

Pero el comisario va a jugar una carta oculta: saca un documento.

COMISARIO *(Leyendo):* «Así pues, en presencia del cardenal Belarmino, el comisario Segizi prescribió y dio orden expresa al citado Galilei, en nombre del Papa y de toda la congregación del Santo Oficio, de que abandonase la doctrina copernicana, absteniéndose de mantenerla, enseñarla o defenderla, de viva voz o por escrito. Precepto que Galilei admitió y prometió cumplir. Viernes, 26 de febrero de 1616».

GALILEO: No. El cardenal Belarmino se limitó a darme un consejo. No se levantó acta alguna... Nada... Mostradme la firma.

El Comisario, padre Firenzuola, dominico, se ve obligado a admitir un hecho extraño y sospechoso.

COMISARIO: No hay ninguna firma.

El cardenal Francesco Barberini (sobrino de Maffeo Barberini, ahora Urbano VIII) defiende a Galileo.

CARDENAL FRANCESCO BARBERINI: ¡Una intimación del Santo Oficio debe llevar siempre la firma del interesado!

En la sala, detrás de Galileo, hay tres jesuitas.

INCHOFER: Eso no modifica en nada la sustancia del hecho. Sin duda se le mostró el acta.

GALILEO: No. Nadie me mostró nada. Eso lo recuerdo muy bien...

39. Celda de Galileo en el Santo Oficio.

Galileo está acabando de escribir una carta dirigida al Papa. Seca la tinta con ceniza y tiende la carta al padre Charles, el jovencísimo dominico que está con él... El padre Charles lee y se echa a reír, burlándose de Galileo.

PADRE CHARLES: ¡Así no se escribe al Papa! ¡No es vuestro hermano! Será mejor que le escribáis de nuevo, diciendo así: «Mientras me postro para besar la sagrada sandalia y me confieso humildísimo y devotísimo servidor de la Santa Iglesia Romana, imploro de Vuestra Santidad, etcétera, etcétera».

Galileo, hastiado, recoge su carta y murmura con ironía:

GALILEO: ¡Sí! ¡La sagrada sandalia!

40. Sala del consejo de los inquisidores.

Sala de mármol blanco. Hornacinas claras en las paredes, una mesa y asientos de mármol sobre los que aparecen los diez cardenales, los padres generales de la Inquisición, el comisario y el fiscal. A un lado está también la comisión de consulta de los jesuitas (Inchofer, Grassi y Pasqualigo). Entre jesuitas y dominicos se mantiene la acostumbrada pugna de celo...

INCHOFER: Galilei llega a aceptar teorías de herejes como Gilbert, que dice que la tierra actúa como un imán.

CARDENAL BARBERINI: ¿Qué es un imán?

CARDENAL GINETTI: ¡Cosas de herejes! ¿Qué queréis que sea?

CARDENAL BARBERINI: Tenemos la pretensión de tratar asuntos en los que no somos competentes. Ni siquiera hemos leído el libro de Galilei.

INCHOFER: El mantiene la teoría del movimiento de la tierra. El corpus delicti es, sin duda alguna, la desobediencia consciente al decreto de Belarmino, es decir: malicia intencionada.

CARDENAL BARBERINI: Galileo ha negado que hubiera tal decreto. ¡Además, nos falta la firma!

INCHOFER: Pero está también el libro.

CARDENAL BARBERINI: Pues entonces pongamos el libro en el Indice y se acabó.

CARDENAL ZACCHIA: La voluntad del Papa ha sido formulada con claridad y a nosotros nos toca corresponder a ella.

COMISARIO: Sí, sí, eminencia, se hará, en la medida de lo posible.

41. Celda de Galileo en el Santo Oficio.

Galileo discute con el comisario del tribunal, padre Firenzuola (dominico).

GALILEO: Dejadme hablar con el Papa.

COMISARIO: Pero si nosotros actuamos siguiendo sus órdenes...

GALILEO: No. Es imposible... Yo... escribí el libro con su consentimiento.

COMISARIO: Pero ¿cómo podéis ser tan embustero?

GALILEO: En materia de embustes, creo que vuestro tribunal no tiene nada que envidiar a nadie.

COMISARIO: ¡Blasfemáis sin daros cuenta! Pretendéis haber escrito el libro según los consejos del Papa, pero ¿quién esperáis que se lo crea? Es cierto que en el prefacio del libro expresáis, con gran astucia, vuestro amor a la Iglesia. Pero ¿creíais que los sacerdotes sólo iban a leer el prefacio? Nos habéis infravalorado, amigo mío...

GALILEO: Está bien... En el tribunal diré la verdad.

COMISARIO: ¿Qué verdad?

GALILEO: La verdad: que he escrito lo que pensaba, ni más ni menos.

COMISARIO: Sois un ingenuo. ¿Queréis acabar como Giordano Bruno?

GALILEO: Me pregunto, padre, qué ha sido de la Iglesia... ¿Se ha convertido en una segunda Babel,

CARDENAL (tras entrar Galileo en la sala del Tribunal de la Inquisición, momento que recoge la foto): Nos, Inquisidores generales contra la depravación herética, decimos, pronunciamos y declaramos que tú, Galileo, te has hecho gravemente sospechoso de herejía.

donde no podemos entendernos, donde no es posible distinguir ya el bien del mal?

COMISARIO: ¿Sabéis distinguirlo vos?

GALILEO: Habéis venido a preguntarme mentiras. Tenéis que admitir que ese decreto, falso, es verdadero. ¿Por qué tenéis que hacerlo? Porque vuestro tribunal necesita un documento. Pero la Iglesia no puede recurrir a estos subterfugios. Y si lo hace, quiere decir que se ha equivocado.

COMISARIO: ¡Qué sabéis vos de la Iglesia!

GALILEO: Yo también soy hijo de la Iglesia... ¿O acaso es asunto privado vuestro?

COMISARIO: Nosotros tenemos el deber de defenderla.

GALILEO: ¿También es deber vuestro atemorizar a la gente? ¿Qué Iglesia defendéis? Decídmelo, porque yo no la reconozco. ¿Qué Iglesia es, que ni siquiera quiere oír mis ideas? Yo creía poder ofrecerle mi trabajo...

COMISARIO: El éxito se os ha subido a la cabeza. Doblegaos a la voluntad de la Iglesia; de lo contrario...

GALILEO: De lo contrario, ¿qué? ¿Pretendéis asustarme? Mantendré mis opiniones, recordadlo.

COMISARIO: Os perderéis. Sólo os queda una posibilidad: arrepentiros. ¿Tenéis fe?

GALILEO: ¡Claro que tengo fe! Pero creo también en la ciencia. No puedo renegar de lo que está científicamente demostrado; no puedo vender mi conciencia. Y ahora, por favor, ¡salid de aquí! ¡Fuera! ¡Dejadme en paz, por favor!...

COMISARIO: Pero he de deciros... Estoy aquí para ayudaros...

GALILEO: ¡Vamos! ¡Marchaos! ¡Fuera!

COMISARIO: Está bien, está bien... Me voy...

42. Tribunal del Santo Oficio.

Galileo, de nuevo frente a todos los miembros del tribunal de la Inquisición, se defiende. Desde lo alto de sus tronos, los cardenales lo miran compasivamente.

GALILEO: Creía que podía discutir... En los procesos, los acusados pueden defenderse.

COMISARIO: La verdad no puede ser discutida.

GALILEO: Sí, de acuerdo. ¡Pero también la mía es verdad!

CARDENAL GINETTI: ¡Sólo la Iglesia es depositaria de la verdad!

GALILEO: Oídme un momento... Lo que yo quería decir...

CARDENAL GINETTI *(Interrumpiéndole):* ¡Oíd vos! ¡Ponéis en duda la autoridad de la Iglesia!

GALILEO: Eso no es verdad. Respeto la autoridad de la Iglesia, pero en este caso, si me lo permitís, no tiene nada que ver. Las leyes de la naturaleza son como son y no hay autoridad sobre la tierra que pueda cambiarlas. Yo sólo he intentado comprenderlas. No he cometido ningún pecado. De lo contrario, ¿por qué iba a darnos Dios ojos para mirar y cerebro para pensar?...

COMISARIO: Galilei, limitaos a responder a lo que se os ha preguntado.

CARDENAL GINETTI: No discutimos vuestra buena fe, pero estáis en el error, creednos... Debéis hacer una buena confesión...

GALILEO: Yo quisiera decir...

CARDENAL GINETTI *(Interrumpiéndole):* Habéis dicho que sois un buen católico, ¿no?

GALILEO: Sí.

CARDENAL GINETTI: ¿Y creéis que un buen católico discutiría las palabras de la Iglesia?

43. Celda de Galileo en el Santo Oficio.

Galileo en la cama. Junto a él, el padre comisario, haciendo un último esfuerzo para persuadirlo. El joven padre Charles escucha atentamente.

COMISARIO: El diablo se está sirviendo de vos, y vos cedéis ante él.

GALILEO: Cedería si dudase de mis descubrimientos. Dejadme en paz, por favor.

COMISARIO: Pobre viejo. Ya no conseguís distinguir el bien del mal. Dejaos aconsejar.

GALILEO: No. No quiero seguir vuestros consejos. Me dan miedo... Queréis cogerme en la trampa, como un ratón... No, no... Antes o después... la Iglesia me com-

prenderá... Esto no es más que una pesadilla...

COMISARIO: Ya no sé qué deciros... de verdad. Hágase la... la voluntad del Señor...

Cuando sale el comisario, Galileo baja de la cama y va a coger el tubo de su catalejo, que está apoyado contra la pared como un paraguas. Lo sostiene cariñosamente entre las manos y se acerca al padre Charles, que le observa.

GALILEO: Oye, ¿has intentado mirar?

PADRE CHARLES *(Riendo):* ¡Desde luego que no! Pero ¿es posible que os importe tanto ese chisme?

GALILEO: Sí, sí, me importa.

PADRE CHARLES: Debéis estar un poco loco. Habéis conseguido cansar a todo el mundo.

GALILEO: Dime, ¿cuántos años tienes?

PADRE CHARLES: Veinte. Y he estudiado, y los libros no dicen nada de ese trasto. ¿Creéis que sois un profeta?... Dicen que sois ambicioso... Erais amigo del Papa, ¿no teníais bastante?

Galileo mira al joven con una tristeza infinita, como pensando: «Tan joven y ya tan deformado». Tiene todavía entre las manos su catalejo, el objeto más querido del mundo: el testimonio de la propia razón.

44. Confesonario.

Galileo intenta encontrar a alguien que le comprenda. Tiene la sensación de estar loco, de hablar una lengua desconocida...

CONFESOR: ¿Queréis decir que todos los teólogos de la Santa Inquisición se equivocan y que sólo vos tenéis razón?... ¿Pensáis que todos vuestros jueces son incompetentes? ¿O acaso que pretenden burlarse de vos?

GALILEO: No lo sé... Ya no entiendo nada...

CONFESOR: No tenéis fe.

GALILEO: ¡Soy un hombre de fe!

CONFESOR: La primera virtud del hombre de fe es la humilde sumisión, la obediencia plena a la Iglesia.

GALILEO: Sí... Pero, padre... necesito comprender...

CONFESOR: Queréis comprender demasiadas cosas.

45. Celda de Galileo en el Santo Oficio.

Es de noche. El padre Charles está sobre el reclinatorio, leyendo oraciones a la luz de una vela. Galileo deambula con inquietud por la habitación. No sabe qué hacer. ¿Conseguirá, en su último intento, convencer a los jueces de sus verdades? ¿Deberá obedecer? Pero ¿es justo obedecer violentando a la verdad? Como si hubiese decidido algo, se vuelve hacia el padre Charles.

GALILEO: Oye... Déjame hablar inmediatamente con los inquisidores.

PADRE CHARLES: ¿Qué se os ha ocurrido?

GALILEO: Creo que conseguiré convencerles.

PADRE CHARLES *(Cortante):* Había olvidado deciros que los Reverendos Padres Inquisidores os esperan dentro de una hora.

46. Sala de tortura en el Santo Oficio.

Varios aparatos. Tres hombres sentados junto a ellos: son, evidentemente, los «expertos» de las máquinas. Galileo es introducido en la sala por dos dominicos. Se le pone ante los ojos un aparato que da la impresión de ser más eficaz que cruel, lo cual asusta aún más. Galileo ha quedado petrificado.

CARDENAL BARBERINI: ¡Estoy en contra de todo este procedimiento!

COMISARIO: Ha sido adoptado por mayoría y el Papa está al corriente de ello.

Los cardenales, el comisario y el fiscal están en una especie de antesala y se comunican con Galileo a través de una reja. El comisario pronuncia la frase ritual:

COMISARIO: Todos los aquí presentes estamos dispuestos a someter al acusado a tortura, a fin de que pueda ser ayudado a confesar la verdad y arrepentirse.

Galileo mira a su alrededor, asustado.

COMISARIO: En nombre de Dios, arrepentíos.

Galileo se muestra cada vez más inseguro y aterrorizado... Mira a los cardenales, que esperan; después, presa del pánico, asiente con la cabeza. El comisario lanza un suspiro de alivio.

COMISARIO: Escribid... Concedemos al acusado el tiempo necesario para prepararse para el arrepentimiento...

Galileo es conducido fuera de la sala por los frailes que le acompañan.

47. Celda de Galileo en el Santo Oficio.

Es de noche. Galileo sufre una pesadilla.

48. Tribunal del Santo Oficio (Sueño de Galileo).

La acostumbrada sala circular, con todo el tribunal presente. Galileo, en cambio, es esta vez un acusado que no teme nada ni a nadie.

GALILEO: Os digo lo que pienso: Ante todo, que siento haber venido aquí a someterme como un imbécil. Lo que he escrito en mi libro... lo creo... y no pienso ocultarlo... Además, estoy convencido de que es beneficioso para la Iglesia; no perjudicial... ¿Qué mal podría hacerle? ¿Y qué pecado he cometido? En cambio, vosotros, sentados ahí como pequeños diosecillos, ¿podéis afirmar honestamente, habiendo cometido un acto de violencia moral contra mí, podéis afirmar honestamente que estáis libres de culpa, de pecado? Ya veis, no soy yo el único pobre mortal; aquí dentro, todos somos pobres mortales... Aunque tengáis trono, sedes, anillos y títulos, aunque aquí todo sea de mármol y el hombre de la calle esté tan lejos... Yo siempre he creído que la Iglesia amaba la verdad y luchaba contra la ignorancia. Pero me he equivocado; o bien vuestro tribunal no tiene nada que ver con la Iglesia... No. No lo creo. No me miréis como si fuese el diablo en persona: soy un hombre cualquie-

CARDENAL: Te condenamos a pena de cárcel formal a nuestro arbitrio y a penitencia de oración.
GALILEO (tras escuchar la sentencia): Abjuro, maldigo y detesto mis errores y herejías y juro que en adelante no afirmaré de viva voz ni por escrito cosas semejantes...

ra, pero quisiera deciros una cosa... Sí; hay alguien que ha visto el diablo aquí, hoy: lo he visto yo, en alguna de vuestras caras... y no sólo hoy...

Fin del sueño.

49. Celda de Galileo en el Santo Oficio.

El joven padre Charles aprovecha el sueño de Galileo para curiosear en el catalejo. Galileo se despierta tras el sueño, sudando y muy agitado. Ve al padre Charles con el tubo... El padre Charles se da cuenta de que ha sido sorprendido e intenta esconder el tubo bajo las sábanas de su cama...

GALILEO: ¿Qué escondes?... ¿Te han dicho que me lo quites?

PADRE CHARLES *(Intimidado):* No.

50. Estudio de Bernini.

La amistad del Papa Urbano con Galileo ha desaparecido, pero se ha consolidado la de aquél con Bernini. Galileo ha humillado la soberbia de la Iglesia, mientras que Bernini la magnifica en sus obras, recibiendo por ello gloria y riquezas. Con lo que se demuestra que la sociedad es agradecida para con sus hijos obedientes...

El Papa asiste a la descripción del boceto para el monumento funerario que quiere hacer construir con toda magnificencia, para que esté dispuesto cuando llegue la hora de su muerte. El boceto se presenta esta vez «en vivo», es decir, hecho con personas de carne y hueso, para que resulte así más clara la idea del escultor: un hombre vestido de papa con toda su pompa, dos mujeres con grandes lienzos, que representarán diversas alegorías, cuatro niños regordetes, de unos dos años de edad, que serán los amorcillos de otras alegorías complementarias. Bernini está organizando los modelos...

BERNINI: La caridad... El niño es la fe... Así... No, así... Así, el otro brazo... prueba con el otro brazo... Eso es... Más inclinada, acusando más el peso del niño... ¡Más madre!... Más mujer, más dulce... ¿Te pesa el niño? Apóyate en la urna, eso es, así. Bien, bien... Mira al niño con dulzura, eso es...

La esperanza niña... La justicia... ¡Más inspirada!... Reflexiva... Apoya la mano en la mejilla... Eso es, así... Pensativa... pensativa... serena. ¡Apoya el brazo! Así, eso es... Mira a lo lejos, a lo lejos. La expresión suave, así... Más serena... La templanza, la fortaleza, ¡et voilà! *(Va hacia el Papa)* Con

este modelo espero realizar, según vuestro deseo, el monumento que acogerá vuestros santísimos... restos, confío en que sea dentro de cien años.

URBANO VIII: La justicia... bien. La caridad... bien... espléndido, maravilloso... La esperanza niña... Es hermoso... La templanza...

BERNINI: La base será de mármol rojo de levante, sobre mármol azulado. La gran columna para vuestra estatua, de mármol veteado con incrustaciones de pórfido... Para la estatua he pensado: las vestiduras, de mármol verde de Susa; la carne, negro de Valencia. La urna, de mármol jaspeado... Sobre ella, una muerte en mármol veteado, con un pergamino, negro de Valencia, en la mano, y sobre el pergamino irá escrito, con caracteres de oro, vuestro santísimo nombre.

Entra el comisario, padre Firenzuola, y se acerca al Papa.

URBANO VIII: Hermoso, sí... Perfecto... Bien, bien... Sí, sí...

COMISARIO: Santo Padre...

URBANO VIII: ¿Tan urgente es lo que tenéis que decirme?

COMISARIO: Galilei ha cedido. Podemos dar por terminado el proceso.

El Papa Urbano VIII objeta:

URBANO VIII: Queremos que se aplique un castigo ejemplar...

COMISARIO: Pide hablar con Vos...

Con un gesto de rechazo, el Papa adopta un tono paternal:

URBANO VIII: Creednos... Nuestro corazón de padre sufre... pero no podemos atenderle. *(Volviéndose hacia la estatua)* No, no, no... Eso no está todavía... Parece dormido... Necesita un gesto más amplio, más vivo...

Bernini sugiere un gesto al hombre que hace de modelo: un brazo levantado, en ademán de abrazo paternal.

BERNINI: ¿Así? ¿Mejor así?

URBANO VIII: Sí, eso, eso es.

BERNINI: Sí, sí, sí. ¡Exacto!

URBANO VIII: Bien... bien...

BERNINI: Un gesto de protección sobre el mundo...

URBANO VIII: Perfecto... Muy bien...

51. Calles de Roma.

Galileo, con túnica y capuchón de penitente, montado sobre la mula de la Inquisición, es conducido desde el palacio del Santo Oficio hasta la plaza de Minerva, al convento de los padres dominicos. Contemplando el insólito desfile, algún viandante interpela a Galileo y al cortejo. Galileo permanece en silencio. El capuchón que se pone a los niños revoltosos y las vestiduras de títere lo llenan de resentimiento.

52. Sala dispuesta para la abjuración.

Tribuna de madera para los espectadores y un amplio baldaquino para los Reverendos Padres Inquisidores. El conjunto parece un gran circo ecuestre, cuyo «número» principal es Galileo, que no es ya un hombre sino una especie de mono domesticado. Desde lo alto del baldaquino se da la orden para que comience el ritual, es decir, el espectáculo. Un cardenal lee la absurda retahila:

CARDENAL: Nos, por la misericordia de Dios y de la Santa Iglesia Romana, Cardenales, Inquisidores generales contra la depravación herética, siendo tú, Galileo, hijo de Vincenzo Galilei, de setenta años de edad, culpable de haber escrito un libro que difundía la falsa doctrina de Copérnico, transgrediendo la orden que se te había dado... Nos decimos, pronunciamos y declaramos que tú, Galileo, te has hecho gravemente sospechoso de herejía. Pero decimos también que puedes ser absuelto de esta acusación si, con corazón contrito y fe verdadera, ante Nos abjuras, maldices y detestas los citados errores y herejías del modo y en la forma que te ordenemos... Y para que este pernicioso error no quede sin castigo y para que sirva de ejemplo a los demás, a fin de que se abstengan de cometer delitos semejantes, ordenamos por edicto público que sea prohibido el libro de los «Diálogos», de Galilei. Te condenamos a pena de cárcel formal a nuestro arbitrio y a penitencia de oración, reservándonos la facultad de disminuir o modificar la citada pena.

GALILEO: Quisiera decir...

Es insólito que un mono empiece de pronto a hablar.

CARDENAL GINETTI *(A Centino):* ¿Se ha vuelto loco?

GALILEO: Estoy dispuesto a confesar todo lo que queráis, porque soy cristiano y quiero seguir siéndolo... a pesar de todo lo que me habéis hecho.

Sorpresa entre los cardenales por la osadía del mono. El comisario vuelve a imponer orden en el tribunal, acercándose con una Biblia y un folio.

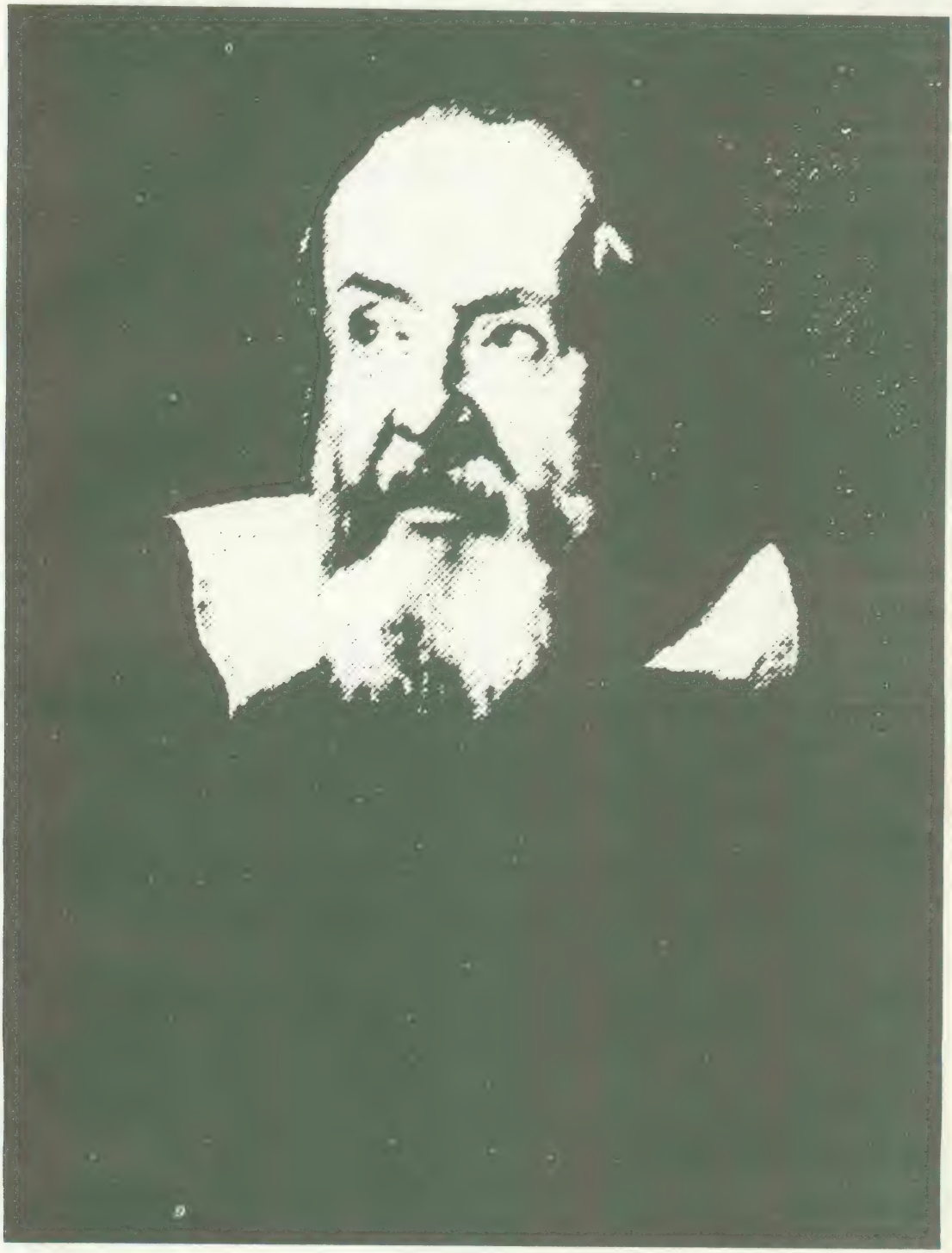
COMISARIO: Leed aquí... De rodillas.

Galileo, con la mano sobre la Biblia, lee el contenido del folio. La perorata se va convirtiendo poco a poco en un texto trágico que afecta e interpela a todos:

GALILEO: Yo, Galileo, hijo del difunto Vincenzo Galilei, arrodillado ante Vos, Eminentísimos y Reverendísimos Cardenales, Inquisidores generales, teniendo ante mis ojos los sacrosantos evangelios, juro que siempre he creído, creo y creeré todo lo que predica y enseña la Santa Iglesia Católica y Apostólica Romana. Pero siendo gravemente sospechoso... sospechoso de herejía, por haber defendido y creído que el sol está en el centro del universo y se mueve, y que la tierra no está en el centro del universo y se mueve... y queriendo alejar de las mentes de Vuestras Eminencias esa terrible sospecha, abjuro, maldigo y detesto los citados errores y herejías y juro que en adelante no afirmaré de viva voz ni por escrito cosas semejantes... Y que si alguna vez conociere a algún hereje o sospechoso de herejía... lo denunciaré ante este tribunal. Juro, además, someterme a todas las penas y castigos previstos por los sagrados cánones para tales delincuentes...

Acabada la lectura, Galileo levanta la vista hacia los reverendos jueces, altísimos, proyectados hacia el cielo, ocupando el lugar de Dios. ■

(Traducción de LOLY MORAN y JUAN ANTONIO P. MILLAN.)



«Os conjuro, hermanos, a que evitemos un nuevo «proceso de Galileo». Uno sólo es suficiente para la Iglesia», diría el cardenal Suenens en el Concilio Vaticano II. De hecho, más que condenar a Galileo —a quien vemos aquí en retrato de J. Susterman— la Iglesia se condenó a sí misma

-1946- PANORAMA DE EUROPA EN 1946:

POLONIA, ITALIA Y GRECIA: **Amenaza la peste.-Cientos de miles de niños andan descalzos.-Hambre**

FRANCIA: **Otra vez poco pan y menos patatas y carne**

GRAN BRETAÑA: **Poco carbón y poca electricidad**

RUSIA: **Severo racionamiento.-Ni grasas, ni carne, ni azúcar.-Viven como trogloditas. Pesadilla**

CHECOSLOVAQUIA: **No hay ropa.-No hay fruta.-No hay verdura.-No hay energía eléctrica**

NORUEGA: **Ni alojamiento ni vestidos**

ESPAÑA: ABUNDANCIA, PAZ

(«Informaciones», 1-I-1946).

TODA CAMPAÑA ANTIESPAÑOLA NACE DE RUSIA

Lisboa.—En el periódico *A Voz*, Pedro Correia Marques escribe un artículo, en el que, después de aludir a la reciente declaración de Churchill, trancribe un fragmento de la revista *La Vie Française* sobre los perjuicios que causa a Francia el cierre de la frontera de los Pirineos. Estos perjuicios, enumerados por el semanario francés, son los siguientes: Francia dejará de ganar mil millones de francos; muchas sucursales de los exportadores franceses en España tendrán que cerrar sus puertas; Francia se arriesga a perder para siempre un buen cliente de sus fosfatos; no puede recibir Francia piritas de España y las tiene que pedir a Grecia y Turquía, pero es probable que estos países no puedan satisfacer sus deseos; desaparecen los beneficios que Francia obtenía por el tránsito del comercio español con los países de la Europa central; y, por último, buena parte del tránsito de pasajeros terminó también, lo que constituye una pérdida importante desde el punto de vista turístico.

Después de advertir Correia que no todas las personas de este mundo han perdido el sentido común, reproduce un párrafo de una crónica sobre España, publicada recientemente en el *Chicago Daily Tribune*, de su enviado especial, Larry Rue, y termina el articulista portugués con la siguiente frase: «Como se ve, no todos son locos, y ya se confirma que el origen de toda la campaña antiespañola es la Rusia soviética.»

(Agencia «EFE», 28-III-1946.)

"España es hoy el principal objetivo soviético"

"Una vez dominada, los Soviets podría descuartizar más fácilmente el Imperio inglés"

"Los cuervos rojos preparan un asalto internacional para bolchevizar el país"

El escritor norteamericano Thomas Walsh desenmascara la conjura contra España

NUEVA YORK 28.—El ilustre escritor norteamericano doctor William Thomas Walsh, autor de libros como «Teresa de Avila» y «Isabel de fama mundial», ha publicado en el semanario «The Tablet», [illegible] un extenso artículo donde [illegible] la conjura internacional roja contra España y su Caudillo, y plantea ante la conciencia cristiana de Estados Unidos la lucha a vida o muerte que deberá afrontar el catolicismo mundial si los rojos y comunistas consiguen destruir el régimen de Franco. William Thomas Walsh escribe.

«Dentro de muy pocas semanas los ciudadanos de Estados Unidos, en particular todos aquellos que [illegible] miembro de Cristo, pueden [illegible] a decidir sobre el [illegible] cristiano de Es[illegible], sobro el [illegible] en el mundo. España, una vez más, es el centro del espiritual conflicto de este planeta, el campo de batalla donde los tremendos poderes y principios contenderán a favor de Cristo o a favor del demonio. Lo que va a decidir en nada menos que la conquista del cuerpo y del alma de la raza humana. Esta conquista ha sido el declarado fin de la revolución anticristiana durante siglos y particularmente desde la herejía de los protestantes hace cuatrocientos años. Esa fué después la aspiración proclamada por el marxismo y todas las fuerzas de los enemigos de Dios, que hablaban por su boca. Su programa no era año de revolución, sino de guerra y revolución.»

El ilustre escritor norteamericano pasa luego enfancionas revista a los acontecimientos revolucionarios que produjo la primera guerra mundial [illegible] socialmente el triunfo de [illegible] Rusia, recuerda [illegible] Le Matin» el XI de marzo del mismo año, y donde se ordenaba a él y a su Estado Mayor, compuesto por Riedal, Primacov, Berzine, Neumann, Lozovski, que se trasladaran a España, lo que hicieron en marzo de 1936, instalándose en Barcelona. Las consignas soviéticas disponían la destitución del Presidente de la República, Alcalá Zamora; la dictadura de obreros y campesinos; la confiscación de tierras y nacionalización de los Bancos, fábricas, minas y ferrocarriles; el exterminio de la clase media y de la burguesía, incluído el clero, y de la aristocracia; un reino de terror que desbordara la oposición; la creación de milicias de izquierda y un Ejército rojo español; la destrucción de todas las Iglesias y conventos; la supresión de toda la Prensa no imperialista, y la provocación de una guerra con Portu-

(Continúa en otra página.)

"Franco es tan combatido porque constituye un baluarte contra el comunismo"

(«Arriba», 1-III-1946)

LAS PATRAÑAS DE LOS ENEMIGOS DE ESPAÑA

Unos marinos griegos se admiran de la abundancia de víveres y el orden que reina en nuestro país.

Santiago de Compostela.–Ha pasado el día de hoy en Santiago de Compostela el representante de una Casa exportadora de pescados, que es súbdito griego y reside hace varios años en Madrid. Al hablar con los periodistas, este súbdito de Grecia, que quiere ocultar su nombre, ha manifestado que en reciente viaje que acaba de realizar a Vigo, para asuntos profesionales, coincidió en aquel puerto con la estancia de un barco de dicha nacionalidad, mercante, que había entrado de arribada forzosa, y que procedía de un puerto inglés.

Agrega que inmediatamente de conocer la noticia, subió a bordo del buque y se dió a conocer a los tripulantes, que le hicieron objeto de una afectuosa acogida y que al invitar a un grupo de compatriotas suyos a bajar a tierra, se excusaron de hacerlo porque tenían entendido que en España reinaba el desorden y el hambre más espantosa. Añade que al fin convenció a sus compatriotas de lo inexacto de su información y con un grupo de marineros recorrieron diversas calles de Vigo, invitándoles a almorzar en un restaurante.

Todos ellos mostraron su admiración al ver la abundancia de víveres y el orden que reinaba en la población, en contra de todas las propagandas que habían escuchado en el extranjero. Dichos marineros hicieron numerosas compras de comestibles y ropas y regresaron entusiasmados a su barco.

(Agencia «Cifra», 23-I-1946.)

DEL CIERRE DE LA FRONTERA FRANCO-ESPAÑOLA

Vista de la frontera en el lado francés de Hendaya

(«La Vanguardia Española», 13-III-1946)

¿QUIEN LO QUISO?

No lo hemos querido nosotros, ni quizá el Gobierno francés tampoco, ni una gran parte de la población del vecino país, pero el hecho es que hoy se cierra la frontera de Francia. Este disparate político, esta enormidad jurídica carece de precedentes en la Historia. Es la primera vez que sin agresión previa, ni moral ni material, y sin peligro o amenaza de que esa agresión pudiera prodicirse, antes al contrario, cuando las relaciones comerciales de España con la nación francesa eran no sólo cordiales, sino hasta desinteresadas y generosas, se rompen esos lazos de amistad y convivencia.

Con tanta serenidad como mesura, más aún, objetiva y fríamente lo mismo que si se tratara de un problema que no nos afectara de un modo directo, queremos hacer esta pregunta: ¿Qué causas o motivos han podido producir tal ruptura?... La ejecución de unas sentencias capitales impuestas por los legítimos Tribunales de justicia contra unos criminales de derecho común, contra unos asesinos convictos y confesos, que habrían sido castigados a la última

LA OFENSIVA DEL COMUNISMO CONTRA ESPAÑA

A LA ACTITUD DIGNA Y LEAL DE ESPAÑA CONTESTA EL GOBIERNO FRANCES CON CAMPAÑAS CALUMNIOSAS Y AGRESIONES CONSTANTES

Declaración del Gobierno acerca de las relaciones franco-españolas

(«Informaciones», 2-III-1946)

DOS IMPORTANTES NOTAS DEL GOBIERNO SOBRE NUESTRAS RELACIONES CON FRANCIA Y LA NUEVA OFENSIVA COMUNISTA CONTRA ESPAÑA

Pese a todas las campañas, España está inexorablemente resuelta a garantizar su seguridad nacional. Sin restar gravedad a los hechos, el Gobierno arroja sobre la Convención comunista la responsabilidad de la situación

El Gobierno facilitó esta madrugada a los r presentantes de la Prensa la interesante nota siguiente:

"Con motivo de la decisión unilateral del Gobierno provisional de la República francesa de cerrar sus fronteras con España e impedir el tráfico por mar, tierra y aire entre los territorios de los dos países, sin explicación, fundamento ni causa en que poder basarlo, y ante los perjuicios que una medida de esta naturaleza ha de causar forzosamente al tráfico de las otras naciones, el Gobierno español, a la vista de este hecho insólito y arbitrario, que por sí mismo se define y califica, se cree obligado a denunciar ante la recta conciencia de todos los pueblos los siguientes hechos:

[illegible] El [illegible]ó en francesa, han tenido lugar los siguientes e incontrovertibles hechos:

Primero. Maltrato de los exilados rojos españoles retenidos en campos de concentración y explotación inhumana de los dedicados a la construcción del ferrocarril transhariano.

Segundo. Agresiones constantes contra nuestros Consulados en Argelia y asaltos de los del Sur de Francia, el último de ellos el de Sette del día 28 del pasado febrero.

Tercero. Preparación y entrenamiento en escuelas de sabotaje, del territorio francés norteafricano, de rojos españoles, y su desembarco con armas, explosivos y estaciones de radio en la costa de Málaga por una lancha rápida francesa; de lo que existe prueba documental en el proceso de los aprehendidos.

Cuarto. Agresiones formales y con[illegible] contra nuestras fronteras [illegible]

Duodécimo. Glorificación de asesinos y terroristas españoles, a sabiendas de que son tales criminales, haciéndolos aparecer como mártires de una causa política.

Décimotercero. Acogida en territorio francés a los ex ministros del Frente Popular español y consentimiento de sus actividades subversivas, así como plena libertad de acción a los cabecillas del comunismo ibérico, de los que algunos de los más caracterizados se confiesan delegados oficiales de los Soviets para la agitación en la Península.

Décimocuarto. Excesos y arbitrariedades de los Sindicatos, que un día interrumpen la carga de barcos españoles en Túnez, y otro día—[illegible] no hace dos semanas—cortan por sí [illegible] comunicaciones telegráficas con

(«ABC», 2-III-1946)

pena en cualquier otro país. La frontera de Francia con España se cierra, pues, tomando como pretexto algo que ni de cerca ni de lejos afecta al que adopta tan arbitraria iniciativa y tras una campaña injustificada y escandalosa atentatoria al respeto debido a otra soberanía tan respetable como la que más.

Y de que seguramente ni el Gobierno ni una gran parte del pueblo de Francia aprueba tal arbitriedad tenemos la prueba en el reciente artículo publicado por el escritor Lucien Maulvault en *L'Epoque*, donde se reconoce que desde hoy el general Franco encarna más que nunca el espíritu de resistencia español ante las presiones extranjeras. El propio Paul Reynaud ha calificado de grave error la actitud francesa y ese cierre de la frontera que han impuesto los partidos revolucionarios, capitaneados por el comunista, y erigidos, por el confusionismo reinante, en monopolizadores de la «opinión pública».

No hubo agresión ni provocación, ni la iniciativa partió de aquí. Ni nos alegra ni nos entristece el cierre de la frontera con Francia. Más pierde este país que nosotros con tal situación anómala. No beneficia su economía, ni su comercio ni el abastecimiento de su mercado con determinados productos que desde España les eran enviados; ni, por supuesto, este dislate jurídico favorece y realza su crédito internacional.

A los que sólo se mueven por desatadas e irreflexivas, por ciegas pasiones, a los que no han sabido o no han podido oponerse a ellas, sólo queremos decirles: El pueblo español sabe reaccionar ante las injusticias, vengan de donde vinieren, con tanta dignidad como energía. Un pequeño repaso a nuestra Historia ilustra sobradamente a este respecto. Hemos recibido una ofensa que ni provocamos ni merecimos. Sus conse-

"Si se condena a España, mayores motivos hay para condenar a Rusia"

"En vez de injerirse en los asuntos españoles debiera vigilarse más el peligro soviético"

Comentarios de la Prensa extranjera ante los ataques a España

WASHINGTON. — En el curso de una conferencia pronunciada en Albany por el profesor de la Uni- de Franco, rompiendo las relaciones con España. Nuestro Gobierno, agrega, en vez de injerirse en

(«Arriba», 5-III-1946)

cuencias para la amistad de dos pueblos que tantos puntos de contacto tienen en el orden espiritual de Europa han de ser lamentables. Prometemos sólo tener buena memoria. ¡Ah!, y también no olvidar quién ha querido que todo esto se produzca, quién lo ha buscado ahincadamente, a costa de todas las calumnias, violencias y mendacidades, quién ha arrastrado a la Francia oficial hacia esta licencia sin precedentes: ¡el comunismo! Tal vez porque nosotros tenemos la fortuna inmensa de haberlo derrotado y de no padecerlo.

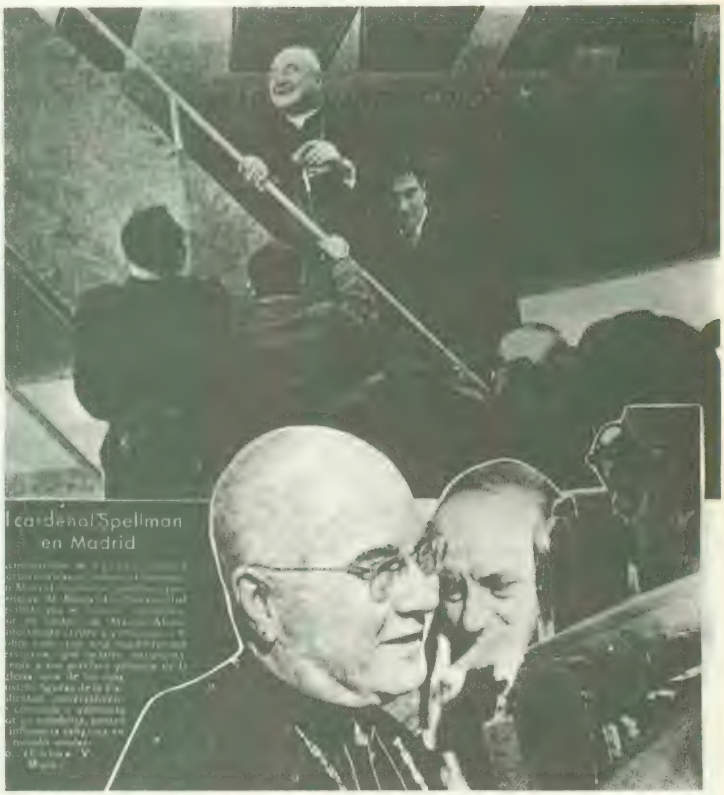
(«ABC», 1-III-1946.)

EL MAL NAIPE

No me des el mal naipe, que tú [le aojas,
corazones de luto, las picas ro- [jas,
negros cuadrados
los tréboles floridos ensan- [grentados.
Naipe de bandoleros, naipe sin [leyes
en el monte escondidos l [cuatro Reyes.
Partida sin faroles, el puente [en llamas.
Por el puente han huido las [Cuatro Damas.
Cada Valet, ¡quién sabe por [dónde campa!
el que no corre vuela para la [trampa.
No es de España este naipe de [forasteros
sin espada ni basto, ni oro ni [copa;
no montan sus caballos los ca- [balleros
y el naipe malasangre se llama [Europa

RAFAEL SANCHEZ MAZAS

(«Arriba», 7-III-1946.)



(«ABC», 5-III-1946)

"EL SANTO PADRE ME HA MANIFESTADO SU AFECTO Y SU PREDILECCION HACIA ESPAÑA"

"La fraternidad y la unidad de espíritu sólo se consiguen en la Iglesia"

Su eminencia el Cardenal Primado habla para ARRIBA

Bajo una lluvia fina llega al atardecer nuestro Primado al Palacio de la Cruzada, en la plaza del Conde de Barajas. La hemos seguido desde el aeródromo y por el camino, hemos venido recordando las huellas de su paso por las distintas diócesis españolas: Avila, preocupación por lo social; Salamanca, creación de la Pontificia Universidad y ayuda en reserva, en los comienzos de nuestra Cruzada; Toledo, pastorales henchidas de verdad. Ahora, en Roma, discursos rebosantes de firmeza, frente a unos tiempos que se tambalean.

Con el nuevo cardenal descienden al lugar a Palacio las autoridades de Toledo, que han ido también a esperarle a Barajas. Abrazando de un trito cariñoso que el doctor Pla y Deniel nos dispensó siempre, hemos formado en el breve cortejo de esas autoridades y subimos [illegible] hasta donde se encierra unos momentos para despachar asuntos hasta los cuales no debe llevarnos nuestra indiscreción.

En el rato solemne de la cena vemos muy lentamente las oh. compensadas de la noche que empieza. Al mismo tiempo recibimos la orden de pasar.

Su eminencia el nuevo Cardenal Primado de España está en pie en medio del salón. Es un hombre lleno de vigor, un vigor que parece haberse aumentado con su entrada en el cardenalato. El brillo de sus ojos y el color de sus manos hablan del entusiasmo eternamente joven que la anima. Quizá sabe que se avecinan tiempos de tarea intensa, y Dios le ha dado el privilegio de una fuerza nueva, que él ha de aprovechar íntegramente en el mejor servicio de la Iglesia.

No mentimos al afirmar que hemos sentido profunda emoción cuando hemos besado por primera vez su anillo de cardenal, y cuando, nuevamente después de un tiempo, volvemos a ver su [illegible] en la hora inmediata a la cena de ayer.

Monseñor Pla y Deniel, Primado de las Españas

(«Arriba», 5-III-1946)

"Todos los nuevos purpurados--afirma el Cardenal Primado de España--han reconocido la legitimidad de nuestra Cruzada"

En los momentos actuales es más necesaria que nunca la unión entre los españoles

El pueblo toledano tributa un magno recibimiento al doctor Pla y Deniel

La llegada del ilustre purpurado

El alcalde de la ciudad imperial le dió la bienvenida, y pronunció una breve salutación, en la que expuso el júbilo de la ciudad por la exaltación del primado al

Cuando, por segunda vez, visitó al Vicario de Cristo —añadió el prelado— le ofrecí el primer volumen de la obra «La persecución religiosa en la diócesis de

(«La Vanguardia», 6-III-1946)

FRANCIA, INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS ATEMPERARAN SUS RELACIONES CON EL REGIMEN ESPAÑOL AL DESARROLLO DE LOS ACONTECIMIENTOS

En declaración conjunta, y entre protestas de "no intromisión", los tres Gobiernos se muestran partidarios de una situación interina que aseguraría a España relaciones diplomáticas totales y ayuda económica

Londres 4, 12 noche. Los Gobiernos francés, inglés y norteamericano han hecho pública la declaración conjunta que se venía anunciando

LA LECCION DE UN DISCURSO

Cuando en el día de ayer los españoles se echaron a la cara el periódico, seguramente experimentaron la sensación, ante los titulares que anunciaban un discurso de S. E. el Jefe del Estado, de que iban a encontrarse con una catilinaria encendida, respuesta a los impertinentes ataques del exterior. La ocasión, el castrense auditorio, el calor de tanto estandarte y de tanto trofeo glorioso,en el marco impresionante del Mseo del Ejército, la hubieran justificado plenamente.

No fué así, sin embargo. Sólo unas leves pinceladas, como de pasada, recogieron el latir de esa decisión y de esa unidad de que están empapados los muros de la noble mansión, y que también, puertas adentro, penetraba desde la calle: «La Patria es de todos los españoles, que cuando llega la hora mueren también por ella». No estaba de más el recuerdo, para que nadie fíe más de la cuenta en el rescoldo de las divisiones de antaño, y como advertencia de que cualquier posible reserva, cualquier matiz diferencial desaparecería de modo inmediato, aventado por el vendaval de las extrañas injerencias, de no cambiar éstas de intensidad y de rumbo. Pero después serenamente, con la firmeza de lo que, por constituir el tema esencial, está pesado y sopesado; como quien dejando lo anecdótico vuelve la atención a lo permanente y real, el Jefe del Estado reanudó ante su Gobierno y ante las jerarquías de la milicia el soliloquio que iniciara hace pocos meses ante los campesinos de Extremadura, repetición y glosa, afirmación y rúbrica del que fue móvil sustantivo del Movimiento Nacional y determinante de la aceptación de su Jefatura: la preocupación de lo social.

Sobre esta base, los motivos de este discurso, las referencias a la deficiente distribución de nuestra riqueza, la confianza en una mejor ordenación y en una fraternidad verdadera, la voluntad firme de una justicia para todos, son puntos programáticos del Caudillo que hoy, como ayer, y como mañana, jalonan su obra de gobierno. No es, pues, de asombrar su reiteración y su recuerdo; lo que queremos subrayar, lo que constituye la lección del discurso, es el hecho mismo de esa mirada permanente y serena hacia el interior, de esa elección amorosa, para su tema, de los problemas netamente españoles; que por ser nuestros, porque tienen solución posible y porque constituyen el nervio de la existencia del mañana, están por encima de los contingentes y artificiosos que en el exterior quiera levantarnos, al amparo de muchas debilidades y muchas cegueras, el frío designio de un enemigo demasiado visible.

(«ABC», 9-III-1946.)

DELIRANTE ACLAMACION DE MADRID A FRANCO

EL GENERALISIMO INAUGURO HOY LAS NUEVAS SALAS DEL MUSEO DEL EJERCITO

CHURCHILL HA COLOCADO A RUSIA EN SU LUGAR

LA VOZ DEL EX PREMIER ES TODAVIA "LA VOZ DEL IMPERIO BRITANICO"

EL EFECTO TOTAL DEL DISCURSO SERA SALUDABLE

(«Informaciones», 7-III-1946)

"LA PATRIA ES DE TODOS LOS ESPAÑOLES, que cuando LLEGA la HORA MUEREN TAMBIEN por ELLA"

"EL PUEBLO SABE QUE EN TREINTA Y CINCO AÑOS DE VIDA MILITAR, FRANCO NO LE HA ENGAÑADO JAMAS"

Importante discurso del CAUDILLO en el Museo Militar

(«Informaciones», 8-III-1946)

Discurso de la prudencia

Aquí el vocablo está empleado en su acepción primaria y directa, no en aquella otra que implica expresión oratoria, soflama o monserga. Queremos decir que no vamos a pronunciar ni a escribir un discurso, o sea, una sarta de palabras, sino a ejercitar la estricta facultad de raciocinio. Tenemos nada menos que la pretensión de discurrir un rato, en amable coloquio espiritual con el lector. Pero esta pretensión sube de punto cuando nos proponemos hacer el discuro de la prudencia. Virtud cardinal, en verdad, poco apta para practicarse en un mundo circundante estremecido por pasiones de toda especie y condición, sin excluir a las legítimas. Séale concedida una generosa venia a nuestro audaz propósito, en gracia siquiera a su limpia intención y a su absoluta espontaneidad, sin falsillas, sin dictados, sin consignas.

Discurramos: España se encuentra ante unas circunstancias que, en lo interior como en lo exterior, no tendrían de comprometidas ni delicadas sombra alguna, si no fuese porque, en el interior y en el exterior, gentes españolas de muy diversa condición social y ética se empeñan en que el perro rabie; queremos decir, en que aquellas circunstancias lleguen a ser, en verdad, no sólo delicadas y comprometidas, sino graves y hasta dramáticas e insuperables. Unos cuantos españoles, no emigrados, sino debelados, vencidos y arrojados de la Patria por voluntad firme y por empuje invicto de la nación en armas, promueven en el extranjero la campaña sencillamente grotesca, sino fuera infame ante cualquiera conciencia que no haya perdido la ribera de la sensatez. Esas patrullas de forajidos, cuyas reyertas mutuas son el sonsonete de su cadena de delincuentes comunes, promueven contra su propia nación materna campañas de agitación, que serían absolutamente despreciables si no vinieran de corazones, negros y desalmados, pero al fin y al cabo españoles. Porque, después de todo, son los españoles renegados y perjuros los únicos hombres que en el extranjero se ocupan, para bien o para mal, de España en estos momentos. Una de las grandes patrañas, en efecto, con la que se intenta especular suciamente, es la de una situación política y de régimen español como candente problema internacional en las Cancillerías extranjeras y en la opinión pública de los países respectivos. ¡Qué más quisieran las Cancillerías y los pueblos extranjeros que poder dedicarse, libres de preocupaciones y de pesadumbres propias, al bizantinismo de jugar una alegre partida de ajedrez político sobre el tablero de esta piel de toro extenida en una punta de Europa! No. Sigamos discurriendo con prudencia. No nos vayamos por los cerros de Ubeda en pedantería, en petulancia y en ridículo, que esto sí que sería grave desliz ante las miradas del mundo. Testimonios muy directos y autorizados de insignes españoles, cuya sabiduría y cuyo prestigio universales son notorios, nos llegan a nosotros cada día acerca de la auténtica realidad, en este aspecto, en todos los países: la verdad es que nadie se ocupa de España... más que los rojos. Y de entre los rojos... los españoles.

"La injusta actitud contra España ha contribuído a dar relieve a la digna entereza de Franco"

Así lo aprecia la opinión sana en la Argentina

"Si gana la paz será una resurrección para el mundo", dice "Tribuna"

(Crónica de Iñigo de Santiago desde Buenos Aires)

BUENOS AIRES 2. (De nuestro corresponsal.) — Después del Libro Blanco de Wáshington y de la [illegible] junta [illegible] lado de Nueva York, William Berry, que en el "Diario del Congreso" escribió la siguiente declaración: "La intervención en España, constituye una amenaza a la paz mundial. ¿Permitiríamos [illegible] cualquier [illegible] nación, [illegible]

(«Arriba», 9-III-1946)

Pero no es esto lo que nos importa enfocar en nuestra operación discursiva de los renglones presentes. Más nos preocupa y más nos entristece el hecho que plantean españoles dignos, buenos y algunos hasta magníficos que, en el interior, parecen empeñados en socavar los más elementales cimientos de una prudencia que es superlativamente indispensable, para la nación en estos momentos. ¿Qué se quiere? ¿Qué se busca? ¿Qué inspiración suicida aconseja y preconiza esa actitud? Porque ya no se trata de una cuestión de partidos, ni de formas, ni siquiera de esencias de régimen, ni de ideo-

logía, sino simplemente de la cuestión primaria de que España subsista o no. Muy lejos de plantear nosotros opciones, disyuntivas o dilemas entre dos regímenes, con exclusión de cualquiera otra solución, no intermedia —porque en la defensa de una nación no caben borrosos y equívocos y funestos partidos de centro— pero sí distinta en su estructura al régimen presente, discurre nuestra prudencia que no cabe, frente a la negación de España representada por la República, otra esencia, ni otra forma, que aquella que se conjugue con el espíritu animador del Alzamiento del 18 de Julio de 1936, sin más alambicamientos por ahora, sin más distingos, sin más disidencias.

¡Cualquiera sabe, porque sólo Dios tiene poder para penetrarlo, cuál era la esencia y la forma política dilecta para cada uno de los españoles iluminados y heroicos que el 18 de Julio se echaron al monte o salieron a las calles sin preguntarse otra cosa, sino dónde estaba su puesto para defender a España. Por eso nunca ha sido más extemporáneo, peligroso ni indiscreto cualquier bizantinismo político que quebrante ante el exterior la unidad de los españoles, como en estas circunstancias. Y esos buenos españoles, esos nobles y hasta magníficos españoles, que se muestran, o se sienten sin mostrarlo, inquietos, desazonados, anhelantes por precipitar acontecimientos y por quemar inconsciente y peligrosamente etapas, serían los primeros —estamos seguros de ello— que formarían en las filas de un ejército mandado, ahora como antes, por Franco, para defender a la nación de cualquier asechanza contra su soberanía y para defenderse cada cual a sí propio, en el honor de sus hogares y en las yugulares de sus cuellos. Entonces —seguimos avanzando en el discurso de la prudencia— ¿para qué disipar en aspavientos o consumir en conciliábulos, resevas espirituales que, al fin y al cabo, están en su lugar descanso, antes que al servicio de nada, ni de nadie, al servicio de España?

También el Gobierno norteamericano rechaza la propuesta de llevar la llamada cuestión española a la O. N. U.

Wáshington, 8. — Se declara en esta capital, según la Agencia Reuter, que el Gobierno norteamericano rechazará la propuesta de llevar la cuestión española a la O.N.U.

La decisión —se agrega— se basa en la creencia de que el Gobierno español no amenaza la seguridad mundial y que, por consiguiente, la materia no es de competencia del Consejo de Seguridad.

Los funcionarios del Departamento de Estado se han negado a hacer comentarios acerca del asunto, subrayando, no obstante, que la respuesta estadounidense no ha sido enviada todavía. — EFE.

(Agencia «EFE», 8-III-1946)

No hay en las perspectivas próximas, ni siquiera en las de más mediata lontananza, signos de que peligre España en conmoción alguna, ni remotamente parecida a la de los meses inolvidables del Frente Popular. Pero no sería prudente —y la prudencia es la musa del presente ensayo discursivo— dar ocasión a los españoles renegados y fascinerosos que operan en el extranjero, para especular con nuestra falta de unidad interior. Aunque en verdad esa es otra superchería, porque no hay tal falta de unidad. Todos estamos conformes en que evoluciones, reajustes, revisiones y —vaya la palabra llevando a bordo todo un mundo de insinuaciones— etapas restauradoras, sólo se pueden remontar con pública eficacia sobre la base indestructible de la victoria de la España nacional que el Ejército, con Franco a su cabeza, logró hace siete años. Pero no basta con que estemos todos conformes en el fuero infalsificable de nuestra conciencia. Será bueno también que nadie adopte apariencias contradictorias con ese espíritu auténtico e insobornable. Y será sobremanera conveniente que los de arriba y los de abajo, los linajudos y los pecheros, los jerarquizados y los vasallos, tomemos por unanimidad este acuerdo, superlativamente oportuno y prudente: no hacer tonterías.

(«La Vanguardia Española», 23-I-1946.)

CON AUTENTICO Y CRECIENTE EXITO PROSIGUEN EN Femina LAS PROYECCIONES, EN TRIUNFAL SEGUNDA SEMANA, DE

LA REINA DE LA CANCION

UNA PELICULA «FOX», por ALICE FAYE, DON AMECHE y HENRY FONDA

TE PEGARE
SOLO ASI SABRÉ QUE ME AMAS!!...

SOBERBIA

¿Las mujeres para él eran seres sin alma - ¿Que secreto atractivo tenía este hombre para que le idolatraran sin importarles su brutal rudeza? Odiaba a las mujeres y ellas le adoraban!

GEORGE SANDERS
HERBERT MARSHALL
DORIS DUDLEY
ELENA VERDUGO

Exaltada solidaridad portuguesa hacia España

Ante el llamado "caso español" los lusitanos han adoptado una posición de acendrada hispanofilia

"A Voz" y "Vitoria" publican viriles argumentos de defensa de nuestra Patria

[illegible] nuestro corres- bando o a otro se alinean, lo cierto es que la inconmovible actitud [illegible]pañola encuentra en las cercanías [illegible] ta católico que es Pedro Correia Marques.

Menos conocido del público [illegible]

(«Arriba», 10-III-1946)

LA RESPUESTA DE WASHINGTON

La respuesta norteamericana a la proposición francesa de 27 de febrero de someter a la consideración del Consejo de Seguridad de la ONU lo que ha dado en llamarse el «caso de España», es una nota diplomática más, un nuevo trámite en el expedienteo internacional promovido, sin causa y sin razón alguna, a espaldas de la nación española, en torno a un inexistente problema cuyo planteamiento y resolución, caso de existir, sólo a ella hubieran correspondido.

De todos modos, justo será, en este período de violencias y de falseamientos verbales, levantar acta de la mesura que domina en los párrafos del documento, y hasta celebrar el explícito reconocimiento que contiene de que nuestra existencia y la de nuestro Gobierno no ponen en peligro la paz, ni constituyen una amenaza para nadie. Algo es algo, en el regateo, a que hemos acabado por acostumbrarnos de la valoración de nuestros actos y de sus antecedentes más o menos próximos, y en la constante revisión a que se pretende someter el proceso de nuestra amistad con todos los pueblos que en su día, con pleno conocimiento de causa, reconocieron la legitimidad de nuestro régimen.

La contestación americana contiene, además, expresiones en que la responsabilidad de una política llega casi al reproche por la ligereza con que otra, menos madura y reflexiva, ha sentado afirmaciones sin base que pudieron revestir gravedad. Tal se desprendería de la reiteración con que Wáshington invita a Francia a puntualizar las acusaciones implicadas en su petición. Pero ante el hecho de este prolongado diálogo en torno nuestro, ante la naturalidad de este inusitado pensar en voz alta, con unas reservas que las buenas prácticas internacionales habían silenciado siempre, no queremos ahondar en matices, y menos en los que pudieran dar la apariencia de una satisfacción que estamos lejos de sentir. Por encima de todo, una vez más, aunque con diapasón menos elevado que hasta ahora, como corresponde al tono de la contestación americana, debemos consignar nuestra protesta y nuestro sentimiento por unas injerencias, un falso interés y un pretendido arbitraje en las vicisitudes de nuestra existencia, que no debieron producirse nunca.

(«ABC», 13-III-1946.)

UNA BOMBA DERRIBA LA PUERTA DEL CONSULADO DE ESPAÑA EN LA ARGENTINA

El hecho evidencia que en la campaña antiespañola juega una organización internacional terrorista

Una emisora había anunciado en días pasados el atentado como realizado

(«Arriba», 10-III-1946)

BIDAULT INSISTE EN QUE EL CASO DE ESPAÑA SEA LLEVADO A LA O. N. U.

Una nueva nota dirigida a los Gobiernos inglés y norteamericano. Pesqueros españoles detenidos por un destructor francés. El departamento de Estado de Wáshington no estudia sanciones económicas

París 14, 12 noche. En contestación a las respuestas norteamericana y británica a la sugerencia francesa de someter la "cuestión de España" al Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas, el ministro [illegible]ntos Exteriores francés, Bidault [illegible] martes una nota a los embaj[illegible]

[illegible]tada por el Tribunal de Bayona contra los propietarios y patrones de los vaporcitos sardineros detenidos hace algún tiempo por un destructor francés. Se condena a los propietarios y patrones de los 18 vaporcitos al pago [illegible]a indemn[illegible]ión d[illegible]

FRANCIA Y EL OCCIDENTE

¿Qué intereses universales mueven a Francia en su delirante ofensiva retórica contra España? Valiéndose de la potestad indirecta que los vencedores le han adjudicado generosamente, pretende ahora arrogarse aquellos *poderes confederativos* que el filósofo inglés Locke atribuía a los países ricos, fuertes, civilizados, vinculados por intereses comunes y afanosos de imponer su voluntad en beneficio de ideales morales superiores. Hubo oc[illegible] históricas en que la vol[illegible]

(«ABC», 15-III-1946)

ESPAÑA DA A CONOCER LA REPLICA AL LIBRO BLANCO NORTEAMERICANO

Nuestra conducta internacional ha sido irreprochable

El documento español no va dirigido al Departamento de Estado, sino a la opinión pública

REPLICA

CREACION DE UNA ARMADA MUNDIAL

"Todas las naciones deberán renunciar a su soberanía y someterse a un Gobierno universal"

Así lo piden quince sabios atómicos, presididos por Einstein, en un libro titulado "Un mundo o ninguno"

De Verona a Cristino García

Por Eugenio MONTES

(«Arriba», 17-III-1946)

LA REPLICA DE ESPAÑA AL LIBRO BLANCO AMERICANO

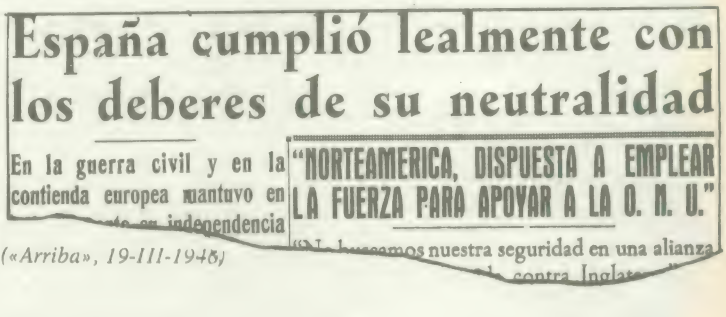
En la Oficina de Información Diplomática se ha comunicado a la Prensa extranjera que la réplica del ministerio de Asuntos Exteriores, con motivo de la publicación hecha por el Departamento de Estado de los Estados Unidos de América de documentos relativos a España, tiene por objeto poner de manifiesto el hecho cierto de que España, en todo momento, mantuvo su independencia, tanto durante su guerra civil como después, en la guerra europea, en la cual cumplió lealmente con los deberes de su neutralidad.

Después de desarrollar esta idea, que sive de introducción al escrito, éste se ocupa de varias objecciones de carácter general, que envuelven una queja por la publicación de los documentos de referencia en la forma que se ha llevado a cabo.

Entra después el escrito a ocuparse de los documentos que pueden afectar a los Estados Unidos, que son únicamente dos de los publicados por el Departamento de Estado, por referirse a época en que esta nación se hallaba en guerra, y examina después las relaciones de España con dicho país.

Por último, se ocupa del resto de los quince documentos publicados por el Departamento de Estado, o sea, de los trece que se refieren a los años 1940 y 1941, tiempo en que los Estados Unidos, como España, eran una nación neutral.

(«ABC», 17-III-1946.)



España cumplió lealmente con los deberes de su neutralidad

En la guerra civil y en la contienda europea mantuvo en ... independencia

"NORTEAMERICA, DISPUESTA A EMPLEAR LA FUERZA PARA APOYAR A LA O. N. U."

(«Arriba», 19-III-1946)

LOS DOCUMENTOS PUBLICADOS POR EE. UU. CONFIRMAN LO CONTRARIO DE LO QUE PRETENDIAN DEMOSTRAR

En ellos se prueba que España mantuvo su independencia y cumplió lealmente con los deberes de su neutralidad

Son además fragmentarios y carecen del complemento de otros importantes deliberadamente silenciados

Las relaciones entre España y Norteamérica se mantuvieron normalmente y nuestra absoluta neutralidad fué reconocida personalmente por Roosevelt, Churchill y numerosos generales aliados

INTRODUCCION

ESPAÑA NO HA DADO OCASION NI PRETEXTO ALGUNO PARA QUE CAMBIE LA ACTITUD EXTERIOR RESPECTO A ELLA

El Ministerio de Asuntos Exteriores, deshace en una contundente réplica, la argumentación norteamericana respecto a España

EL DOCUMENTO NUMERO 18

AMISTAD PARA NUESTRO HIJO MUTUO, le ofrezco en COMPLETA EXCLUSIVIDAD DE QUE ESTOS MOVIMIENTOS NO ESTAN EN NINGUNA FORMA EN

(«Arriba», 19-III-1946)

REPLICA A LA PUBLICACIÓN HECHA POR EL DEPARTAMENTO DE ESTADO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, DE DOCUMENTOS RELATIVOS A ESPAÑA

A raíz del suceso del «Maine» también la opinión norteamericana se vió desorientada, pero años después ilustres estadistas de aquel país rectificaron espontáneamente el lamentable error y vindicaron el prestigio español

El Gobierno, consciente de su responsabilidad en estos momentos históricos, espera que un nuevo imperativo de defensa no le obligue a publicar íntegramente la documentación que posee

La conducta de España con los EE. UU., durante los años de guerra, fué irreprochable

El Ministerio de Asuntos Exteriores facilita el siguiente documento:

Introducción

El Departamento de Estado de los EE. UU. ha dado a la publicidad, en Wáshington, un conjunto de quince documentos que se refieren a las relaciones de España con los países del Eje, entre agosto de 1940 [illegible] abril de 1943.

[illegible]sión a que debiera llevar esa [illegible] sería que España, por [illegible] de liberar [illegible] da con[illegible]

que no tuvo lugar hasta un año después (7 de diciembre de 1941), con motivo del ataque a Pearl Harbour, según repetidamente se ha declarado ante el pueblo americano. No se comprende, por consiguiente, qué relación puedan tener con los Estados Unidos actos y documentos que se refieren a una época en que ellos eran neutrales y no tenían por qué afectarles la conducta de otra nación igualmente neutral.

V. Ocho de los quince documentos publicados contienen informaciones y notas hechas por diplomáticos alemanes, que España no puede contrastar, pero respecto de los cuales tiene que decir que, en todo caso, representan no su punto de vista, sino el de la otra parte, en las conversaciones [illegible] vistas a que [illegible] hab[illegible]

El documento, por lo tanto, carece de toda importancia y no puede ser más justificado e inoperante.

El documento número 15

I. Es una nota de la conversación entre el general Franco y el embajador alemán, Diechhoff, el 15 de diciembre de 1942. Constituye la interpretación subjetiva que el propio embajador da ante el ministro de Asuntos Exteriores alemán acerca de la entrevista de referencia, y en ella, sin duda con vistas a agradar al superior, se suavizan notablemente las contestaciones del jefe del Estado español a los requerimientos alemanes, pues aunque la nota no encierra en sí más que contestaciones [illegible]rrieses, pero firmas, la realidad

ciones del Eje los lazos espirituales que le unen a los pueblos de América.

(Declaración gubernamental de 18 de diciembre de 1941. «Boletín Oficial del Estado» del día 19).

III. Las relaciones de toda índole entre España y los Estados Unidos de América se mantuvieron normalmente durante toda la guerra sin reclamación ni queja, lo cual acredita de hecho nuestra conducta de exquisita neutralidad.

IV. Con motivo del desembarco de las tropas norteamericanas en Africa, el presidente Roosevelt, con fecha 8 de noviembre de 1942, dirigió al Jefe del Estado español una carta en la que, llamándole «Querido General Francos, y recordando que «vuestra nación y la mía son amigas

(«La Vanguardia Española», 19-III-1946)

Una carta de Roosevelt al Generalísimo Franco

Nuestro querido colega «Ya» ha publicado esta mañana un substancioso editorial, relacionado con la conducta y actitud de los Gobiernos de Inglaterra, Estados Unidos y Francia, para con el de España.

La documentación es precisa y preciosa, pero al colega se la ha olvidado, sin duda, la carta que el Presidente de los Estados Unidos dirigió al Caudillo y que nosotros transcribimos íntegramente a continuación:

«Wáshington, 8 de noviembre de 1942.— Querido general Franco: Porque vuestra nación y la mía son amigas en el mejor sentido de la palabra, y porque usted y yo deseamos sinceramente la continuación de esa amistad para nuestro bien mutuo, quiero sencillamente manifestar a usted las contundentes razones que me han forzado a enviar un poderoso ejército americano, para la defensa de las posesiones francesas en el norte de Africa. Tenemos informaciones precisas referentes a que Alemania e Italia pretenden, en una fecha próxima, ocupar con fuerzas militares la zona francesa del norte de Africa. Con su amplia experiencia militar comprenderá usted, claramente que, en interés de la defensa, tanto de Norteamérica como de Sudamérica, es esencial que se lleve a cabo tal acción, para evitar, sin demora, una ocupación del Africa francesa por el Eje. Para asegurar la defensa de América, envío un poderoso ejército a las posesiones y Protectorado franceses en el norte de Africa, con el único objeto de evitar su ocupación por Alemania e Italia y con la esperanza de que estas zonas no serán devastadas por los horrores de la guerra. Espero aceptará usted mi completa seguridad de que esos movimientos no están en ninguna forma ni manera dirigidos contra el Gobierno o el pueblo de España o del Marruecos español, o de los territorios españoles, metropolitanos o de ultramar. Creo que el Gobierno español y el pueblo español desean mantener la neutralidad y permanecer fuera de la guerra. España no tiene nada que temer de las Naciones Unidas. Soy, mi querido general, vuestro sincero amigo: Franklin D. Roosevelt.»

(«Informaciones», 5-III-1946.)

ESPAÑA GOZA DE LAS 4 LIBERTADES

(«Informaciones», 21-III-1946)

MAS QUE NINGUN PUEBLO DE EUROPA, ESCRIBE LARRY RUE, corresponsal americano en Madrid

LA PRESION EXTRANJERA contra el REGIMEN español es HIPOCRITA Y ABSURDA

Aquí se vive bien y libremente

CHICAGO, 21.—El rotativo «Chicago Daily Tribune», uno de los más importantes de los Estados Unidos, ha comenzado a publicar las impresiones de su estancia en España de su redactor Larry Rue, quien desde Madrid, en artículos cablegráficos, dice: «Cuando uno llega a España después de recorrer el resto de la Europa inquieta, se encuentra aquí con una nota discordante, porque el pueblo español está disfrutando hoy, más que el resto de Europa, de las llamadas cuatro libertades de la Carta del Atlántico; de modo que si, como declaran los Gobiernos de Estados Unidos, Inglaterra y Francia, su presión contra el régimen va dirigida en secreto del pueblo español, viendo cómo hoy este pueblo vive, mejor y más libre que el de la mayoría de los países europeos, esa presión tripartita es una actitud hipócrita que raya en lo absurdo.

MANIFESTACION DE HOOVER CON RESPECTO A ESPAÑA

París.—El ex presidente de los Estados Unidos, Hoover, ha manifestado que entre los países que han pedido a los Estados Unidos envíos de alimentos figura España. Al preguntársele si proyectaba visitar la Península Ibérica, manifestó que no es probable y agregó que de todas suertes, España recibirá ayuda comercial de la República Argentina.

(Agencia «EFE», 20-III-1946.)

NO NOS DA LA REAL GANA

El Gobierno «quisling» de París anuncia una tercera nota dirigida a los Gobiernos de Londres y de Washington insistiendo sobre el «problema español».

Hasta ahora era cosa de tomar a broma a los políticos franceses que no ven «el problema de Francia», que es lo que debiera importarles y que es lo que, al parecer, importa a los políticos sensatos aliados.

Pero ante la tozudez ya más que cómica del Gobierno «quisling» de París, hemos decidido ponernos serios.

No parece que en francés exista una traducción exacta de esta frase: «No nos da la real gana». Y lo sentimos, porque se lo diríamos a la «troupe» parisiense en francés para mayor claridad.

No nos da la real gana de obedecer al comunismo a través de los correveidiles. No le obedecimos directamente cuando trató de imponerse en España y le arrojamos a tiros. ¿Vamos ahora, como unos idiotas, a abrirle las puertas porque se le antoje a un grupo de desertores del Ejército francés?

Churchill acaba de recordar a Francia que los españoles somos orgullosos —¡y tanto!— y que tenemos la memoria fresca desde los días de Napoleón. ¡Pues sí! Es cierto. Tan cierto como que estamos decididos los españoles «todos» a certificarlo con hechos. Y si el día llegara pueden estar seguros los desertores al servicio del comunismo, de que entonces habría desaparecido como por ensalmo la antinomia de «rojos» y «blancos». Y no sólo en el suelo español. Porque la mayoría de nuestros exiliados en territorio francés «también» son españoles, y acaso hayan encontrado la traducción exacta de estas palabras:

«No nos da la real gana.»

(«Informaciones», 23-III-1946.)

109.000 pesetas de donativos de un filántropo norteamericano

Por don Fernando de Asúa, director en España de los negocios de la International Business Machines Corporation, de Nueva York, y en nombre de su presidente, Mr. Thomas J. Walson, ha sido entregado a Su Excelencia el Jefe del Estado, un donativo de 50.000 pesetas para que lo reparta a su elección entre las clases más necesitadas.

Asimismo y con análogo fin, ha hecho entrega al ministro de Asuntos Exteriores, de 25.000 pesetas.

Su Excelencia el Jefe del Estado ha expresado su agradecimiento por esta nueva manifestación de los generosos sentimientos filantrópicos de Mr. Walson, recordando al mismo tiempo que no es la primera vez que este señor envía donativos a España. De este modo ha significado el interés y la simpatía que nuestra Patria le merecen.

Además de los anteriores donativos, el señor Walson ha hecho en estas Pascuas los siguientes: Diez mil pesetas al delegado nacional de Auxilio Social, 5.000 al párroco don José Collado para los suburbios de Tetuán de las Victorias, 5.000 al alcalde de Madrid para los pobres del distrito de Buenavista, 2.500 al presidente del Colegio de Huérfanos de la Prensa, 2.500 al Asilo de San Rafael y 9.000 a distintas Asociaciones benéficas para los suburbios de la capital.

De esta forma ha quedado distribuido el donativo de 109.000 pesetas que para estos fines ha enviado mister Thomas J. Walson.

(«Informaciones», 2-III-1946.)

Reacción contra la impostura

La campaña de odios contra España es tan burda que, sin darse cuenta sus propios alentadores, languidece en la idiotez y en el ridículo. A medida que, al servicio de tan mala causa, se movilizan nuevos elementos, el cuadro de lo absurdo y de lo grotesco se amplía también, asegurando el fracaso total de tan mala causa. Sobre ese fondo bien conocido de la fobia comunista, que sabe bien de su fracaso ante la gallardía española, aparece cada día un nuevo factor, y a la vista de este desfile ininterrumpido se asombra uno de que en la era supercivilizada en que se nos dice vivimos, puedan producirse fenómenos, inconcebibles en las agrupaciones de población más atrasadas.

La radio al servicio de la difusión de las ideas, la aviación, con sus enormes progresos, parecería haber acercado todos los países del mundo suficientemente para que no fuera posible especular sobre motivos que carecen por completo de fundamento; parece imposible que a compás de esos progresos técnicos, pero en sentido inverso, la moral y el sentimiento de la verdad hayan perdido tanto. La guerra, que entronizó en su propaganda a la mentira como arma de guerra, ha enseñado a valerse de esos medios y se ha inventado una arma espiritual nueva, guerra de nervios, la mentira como arma de combate, etc., que desconociendo por completo nuestra psicología se pretende utilizar contra España. La finura espiritual de los españoles transforma esas armas en motivos de regocijo y en seguridad total de la gran verdad del Generalísimo Franco: que ante la descomposición moral del mundo, tan claramente reflejada en estas campañas, España es el último baluarte y la única posibilidad de salvación espiritual que al mundo le queda.

Hoy el comentario ha de referirse a dos nuevos personajes (nuevos relativamente): a una información de prensa musulmana, de El Cairo, y al comentario de un periódico del Marruecos francés, «Le Petit Marocain». Ese periódico de El Cairo, «Al Doustour», con una candidez magnífica o con una mala fe superada, habla del régimen de tiranía (?) a que Franco tiene sometido al Marruecos español, de los campos de concentración donde se martiriza a los indígenas, de cómo las propiedades de éstos son vendidas a los colonos y de que el envío de una misión cultural de Marruecos a El Cairo ha sido determinada por la «presión» (?) hecha sobre el Gobierno de España.

Difícilmente podrían encontrarse tantas inepcias, o tantas maldades, reunidas; en el Protectorado de España en Marruecos no hay un solo campo de concentración y sí numerosas organizaciones de fraternidad a donde se acogen los indígenas para recibir de España el auxilio generoso ante el azote terrible de la sequía. Cuanto ha hecho España en este sentido es insuperado e insuperable. El Protectorado ha dado una disposición que prohibe toda transacción sobre las propiedades de los que padecen esa situación como consecuencia de la sequía, situación provisional de la que saldrán con la ayuda de España y sin perder sus patrimonios familiares, que serán base de sus vidas. Con esto, España no hace otra cosa que seguir su trayectoria de pueblo que posee y practica (no de ahora, sino de siglos) la doctrina más humana de contacto con otros pueblos. Respecto al envío de una misión cultural, bastará referirse a la declaración del secretario de la Liga Arabe de El Cairo, exaltando el gesto de Franco como ejemplo a seguir por otros pueblos.

El hecho de que haya un periódico egipcio, «Al Doustour», que acoja esas burdas mentiras ya dice bastante en relación con una sociedad en la que ello es posible; el hecho de que lo recoja «Le Petit Marocain», que vive en Marruecos y que sabe perfectamente: que no hay campos de concentración en nuestra zona, que no existen ventas de propiedades de indígenas (¡cuánto tendríamos que decir de esta política funesta que Francia ha practicado en Marruecos y que España no practicó jamás!), que conoce cómo Francia no ha permitido que vaya de Marruecos ninguna representación cultural, porque el nacionalismo marroquí que clama contra el imperialismo de Francia está sujeto al régimen más dictatorial que podría imaginarse, rebasa ya todo comentario. Es la demostración más clara de la desvergüenza con que se acoge la mentira para servilmente brindársela a Rusia; de la falta absoluta de pudor con que se usa una libertad de Prensa de que se consideran tan «fieros» defensores.

Todo ello es perder el tiempo, y a medida que más factores entran en juego, ponen mejor de manifiesto las vilezas y miserias de una mala causa. Porque ante el descaro y la simplicidad con que se maneja la mentira, los españoles, unidos cada vez más estrechamente a Franco, celoso custodio de la dignidad patria y de la independencia nacional, comprenden mejor que, en efecto, España es la única reserva moral de Europa. Por eso se ceba en nosotros la mendacidad de quienes ven con ira y con envidia, una vez más en la historia, la invicta grandeza de España, aunque en esta ocasión lo que más les excita es verse impotentes ante la serena, digna y hasta regocijada reacción española.

(«La Vanguardia Española». 23-III-1946.)

Comedia
Hoy, viernes, a las siete de la tarde,
El corazón de España y La cara del mundo
(Presentación de ELCANO, viajes, S. A.)
por
Federico García Sanchiz
Están agotadas las localidades.
El acto será retransmitido por Radio Madrid y toda su red de emisoras.

(«La Vanguardia Española», 31-III-1946)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA Y DIEGO GALAN

Gustavo Fabra Barreiro, joven profesor universitario en la Facultad de Ciencias Políticas de la Complutense, falleció a causa de un accidente sufrido en su propio domicilio a finales de 1975. Hace ocho años —cuando contaba veinticinco de edad— ganó un premio de ensayo otorgado por la «Revista de Occidente». El quehacer intelectual —serio y riguroso siempre— de este madrileño-gallego ha dejado un vacío en el mundo de la crítica literaria, sobre todo la dedicada a libros de ensayo, historia e ideologías. Entre sus obras podemos citar la Historia de la cultura gallega, **la reciente edición de la novela póstuma de Valle Inclán y una novela interminada, así como un ensayo sobre la obra de Ortega y Gasset. Al recoger sus papeles, nos hemos encontrado con esta breve nota que tenía redactada sobre el** Epistolario familiar, **de Felipe II, con destino a TIEMPO DE HISTORIA. Vayan estas líneas como homenaje sencillo y emocionado al que fue nuestro amigo y compañero.**

Felipe II: Nuevas cartas familiares

Gustavo Fabra Barreiro

LA hispanista **Erika Spirakovsky** ha transcrito y dado a luz no hace mucho un **Epistolario familiar,** desconocido hasta ahora, de **Felipe II** [1]. Se trata de un extenso conjunto de cartas dirigidas por el rey, entre 1585 y 1596, a su hija, doña Catalina Micaela, a la sazón duquesa de Saboya por su matrimonio con Carlos Manuel I.

La correspondencia privada de los grandes o pequeños personajes de la historia constituye una fuente documental nada desdeñable. Su utilización, sin embargo, no ha solido traspasar los límites de lo más o menos anecdótico. Con relación al propio Felipe II, el hallazgo y la publicación, en 1884, de sus cartas escritas desde Portugal a las infantas Isabel y Catalina no dio sino pábulo para renovar los debates, planteados desde instancias puramente idealistas y muy poco sustanciosos, acerca de la personalidad del monarca. Frente a la imagen negra de un rey cruel y vengativo, se quiso descubrir a partir de esos textos la secreta y «verdadera» dimensión humana, sentimental y casi lírica de un ser que se revelaba amante de las rosas y del canto de los ruiseñores, complacido con el esquileo de las ovejas y las meriendas campestres, buen esposo y mejor padre. El análisis cedía de esa manera ante sentencias contradictorias y dominadas por los conceptos previos de virtud o de culpa, y por la visión del carácter regio como un arquetipo desgajado de la trama de lo real.

La visión de la historia como una galería de figuras dignas de un museo de cera —aunque éstas no hayan dejado de existir— pertenece al pasado. Sin embargo, los biógrafos han tendido a contemplar a sus personajes predilec-

[1] **Felipe II: Epistolario familiar.** Edición, prólogo y glosas de **Erika Spirakovsky.** Col. Austral, Espasa Calpe. Madrid, 1975.

En el caso de Felipe II —aquí, según retrato de Sánchez Coello—, los diagnósticos biográficos en torno a sus presuntas motivaciones psicológicas han predominado sobre el examen concreto de su actividad en el contexto de su situación histórica.

tos, para bien o para mal, como una especie de efigies exentas, y a construir sus retratos mediante pinturas de un psicologismo banalizante. De ahí, en gran medida, el extendido desprestigio del género. En el caso de Felipe II, al igual que en otros muchos, los diagnósticos elaborados por los biógrafos en torno a sus presuntas motivaciones psicológicas, acertados o no, han predominado sobre el examen concreto de su actividad en el contexto de su situación histórica. Y, frecuentemente, la escisión entre lo público y lo privado, entre la intimidad y la esfera política ha sido llevada a sus más extremas consecuencias. La luz se proyecta privilegiadamente sobre uno de los dos ámbitos, desconociendo que toda vida es una compleja urdimbre de relaciones sociales. Erika Spirakovsky, que se ha limitado en el prólogo de su edición a glosar descriptivamente las aludidas cartas filipinas, acaba incidiendo en esa mirada disgregadora: debajo de la máscara de mármol del rey —afirma— «había un hombre muy humano». Una vez más, la imagen de la conciencia aprisionada por la razón de Estado, el cuadro dramático del individuo que se desintegra en y por la cúspide del poder. La esquizofrenia de cualquier absolutismo queda ahí, implícitamente, proclamada.

Pero un estudio preciso de esta escritura epistolar exigiría un examen metódico de sus vocablos y giros, de sus temas recurrentes, de sus expresiones más significativas, de sus formas de articulación semántica. La investigación, en suma, de su peculiar discurso ideológico como sistema representativo capaz de presidir y de justificar una determinada conducta, una serie de actos personales. Pues, según se ha subrayado, captar los sentidos latentes y objetivos de cualquier signo figurativo o verbal constituye una tarea básica para hacer inteligible el orden histórico en que aquéllos se inscriben. A este respecto, no me parece inoportuno recordar que Cervantes, en su soneto «Al túmulo de Felipe II en Sevilla», resume magistralmente la imagen ilusoria de toda una época a través de la visión de un monumento aparentemente trivial.

También a través de estas cartas puede revelarse ante el lector, más allá de cualquier apariencia, sobre las relaciones afectivas que dibujan en su trazado, el proceso de una decadencia, de una clausura personal y social creciente. El paso del tiempo va señalando en sus líneas, cada vez más sombrías, sucintas y formularias, las huellas de una esclerosis inexorable. Por otra parte, la lejanía de la infanta va desdibujando sus rasgos preferidos por el rey: su imagen última se reduce a la de una pieza que es preciso controlar por su posición estratégica en el tablero europeo. La filípica surge cuando cualquier desviación puede amenazar la hegemonía de un poder de cuyas cargas el monarca se presenta a sí mismo como dolorido paciente. El epistolario llega a convertirse finalmente en una quebrada relación de males, desgracias y desasosiegos. El frío y los ardores terribles de una Castilla que se refleja aquí inhóspita recorren estas páginas que, leídas al cabo del tiempo por otros ojos que los de su singular y olvidada destinataria, vuelven a iluminar temblorosamente el perfil de su autor y ciertos pormenores de su reinado. ■ **G. F.**

El «Epistolario familiar» de Felipe II (cuyo túmulo funerario de El Escorial vemos en la imagen) refleja, junto a la personalidad del monarca, el frío y los ardores terribles de una Castilla inhóspita.

El Banco de San Carlos, doce días antes del Dos de Mayo

Gonzalo Moya

VIGESIMASEXTA JUNTA GENERAL
DE ACCIONISTAS
DEL BANCO NACIONAL
DE S. CARLOS,
CELEBRADA
EN LA CASA DEL MISMO BANCO
EN EL DIA 20 DE ABRIL DE 1808.

MADRID
IMPRENTA DE IBARRA.
1815.

Un examen del volumen que recoge la XXVI Junta General de Accionistas del Banco Nacional de San Carlos aporta algunos datos valiosos sobre el capitalismo español de principios del siglo XIX. Así, la muy irregular distribución de las acciones, el gran número de instituciones religiosas que poseían paquetes de ellas, el escaso porcentaje de aristócratas de primera fila entre los accionistas, la preminencia de las familias vascas...

Ha aparecido recientemente la segunda edición del enjundioso libro de Gabriel Tortella Casares titulado «Los orígenes del capitalismo en España».
En él dedica el autor, como es lógico, una gran atención a todo lo referente a la Banca, empezando por el Banco de San Carlos, el primer banco oficial que existió en nuestro país.

Como es sabido, este Banco fue creado para financiar la contienda contra Inglaterra durante la guerra de Independencia norteamericana —no llegaban el oro y la plata de las Indias, interferidos los convoyes anuales por la flota británica— y el Gobierno se vio obligado a emitir vales «contra un empréstito suscrito por un sindicato de banqueros españoles, franceses y holandeses, cuyo representante en Madrid era Cabarrús». Tortella estudia en detalle en su obra la trayectoria —descendente— del Banco de San Carlos, pero no analiza quiénes fueron sus «accionistas».

En nuestra biblioteca familiar figura un pequeño volumen de 80 páginas titulado «Vigésimosexta Junta General de Accionistas del Banco Nacional de San Carlos, celebrada en la casa del mismo Banco en el día 20 de abril de 1808. Madrid. Imprenta Ibarra. 1815», en donde, además del informe del Presidente de la Junta de Gobierno —«el primer individuo» de ésta como se dice textualmente, consta la lista de accionistas—, aquellos que asistieron a la reunión y los que se hicieron representar en ella, junto con el número de acciones correspondiente a unos y otros.

De todo ello, se pueden deducir algunas conclusiones de interés, sobre todo tratándose de la última Junta que celebró el Banco antes —doce días antes tan sólo, subrayémoslo— del comienzo de nuestra Guerra de la Independencia del Dos de Mayo.

El número total de acciones emitidas se elevaba en aquellos momentos a 120.000 (a 2.000 reales cada una) y el de accionistas a 254, pero con una distribución muy irregular de las primeras entre los segundos, ya que predominan los paquetes de acciones relativamente pequeños.
Como afirma Tortella, el Banco se hallaba muy vinculado al Estado a través de sus distintos Consejos y organismos: El Supremo y Real Consejo de Castilla, 7.253 acciones; los Pósitos del Reyno, 8.468; el Real Consejo de las Ordenes, 3.250; el Real y Supremo Consejo de las Indias, 1.343, esto es, en total 20.315 acciones.
Por el contrario, el Rey poseía sólo 1.500 acciones y la Reina madre, 500.
Hay un capítulo económico sobre el que queremos insistir, porque —aunque vinculado al Estado— merece por su procedencia atención aparte: el de las acciones adquiridas por o con los fondos pertenecientes a la disuelta Compañía de Jesús, que dan fe de poder económico de ésta en aquella época; en la página 16 se lee, en efecto: «Alderete (el señor don Diego), contador general de las Temporalidades que poseyeren en España e Islas adyacentes los ex jesuitas regulares, en su representación y por nombramiento de los señores tesoreros generales interinos, nombrados por el Consejo de Orden de S. M.: 2.000 acciones.» Esto es, la ex Compañía de Jesús ostentaba en el Banco de San Carlos el segundo lugar, justo detrás del Estado y antes del propio Rey.

SEÑORES QUE COMPONEN

LA JUNTA DE GOBIERNO.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR MARQUES DE LAS HORMAZAS.
EXCELENTÍSIMO SEÑOR MARQUES DE ASTORGA, CONDE DE ALTAMIRA, *Ausente.*
EXCELENTÍSIMO SEÑOR CONDE DE CABARRUS, *Ausente.*
EXCELENTÍSIMO SEÑOR D. MANUEL SIXTO ESPINOSA, *Ausente.*
SEÑOR MARQUES DE LOS LLANOS.
SEÑOR CONDE DE SACEDA, *Ausente.*
SEÑOR DON JOSÉ DE IBARRA.
SEÑOR DON ADRIAN MARCOS MARTINEZ, *Ausente.*
SEÑOR DON SALVADOR RODRIGUEZ PALOMEQUE.
SEÑOR DON MANUEL JUEZ SARMIENTO.
SEÑOR DON TOMAS OCONNOR.
SEÑOR DON JOSE DE ROXAS Y HIERRO, *Ausente.*
SEÑOR DON JOAQUIN MANSO DEL AGUILA.
SEÑOR DON ANDRES DE ARANSAY.
SEÑOR DON ANGEL SIXTO.
SEÑOR DON ANTONIO YARRITU.

A 2

He aquí la lista de los componentes de la Junta de Gobierno del Banco Nacional de San Carlos en 1808. Corresponde a la última Junta General celebrada antes del comienzo de la Guerra de la Independencia.

Un tercer punto de interés es el gran número de instituciones religiosas que poseían acciones del Banco —en número variable— instituciones que podemos dividir en dos grupos:

El primero, constituido por acciones destinadas a beneficencia (en general, pertenecientes a hospitales): la Santa Apostólica Metropolitana Iglesia de Santiago como patrona de varias obras pías (545 acciones), el Hospital de Santo Tomás de Málaga (83), el de la Santísima Trinidad de Salamanca (30), el de San Antonio Abad de León (42), el de la Misericordia extramuros de Avila (41), el de Nuestra Señora del Carmen de Cádiz (290), el Hospital Real de Santiago (347), el de San Juan Bautista de Toledo (52), junto con algunas fundaciones laicas (Fundaciones Solís, Cerralvo, Almarza, etc.).

El segundo grupo está formado pura y simplemente por iglesias o cabildos que no desarrollaban actividades de beneficencia de ninguna clase: el Convento de las Religiosas Jerónimas de Medinaceli poseía 27 acciones, el Seminario de Vergara, 31; una capellanía vacante, 25; el Real Monasterio de la Cartuja de Granada, 85; el Convento de las Religiosas Dominicas de San Sebastián, 47; el de Sancti Spiritus (O. P.) de Aranda de Duero, 39; el Seminario Conciliar de S. Valero y S. Braulio de Zaragoza, 102; la capellanía de Buin, 43; la iglesia colegial de Lorca y otras, 43; el Cabildo de la Catedral de Ciudad Rodrigo, 25, y el de Durango, 31, etc.

Sorprende ver el escaso número de aristócratas de primera fila que figuran en la lista de accionistas: el Duque de Hijar, los Marqueses de Cabarrús, de las Hormazas y de las Amarillas, el Conde de Teba y algunos segundones de familias distinguidas —varios Alvarez de Toledo, María Pilar de Azlor y Villavicencio, hermana de la que se haría célebre poco después en los sitios de Zaragoza, la Condesa de Bureta— constituyen casos aislados.

Destacan ya, por el contrario, algunas familias que más tarde encontraremos en los siglos XIX y XX a la cabeza del capital nacional o internacional: los Urquijo, los Ybarra, los Roxas —grandes propietarios filipinos (el primer Presidente de la República de Filipinas será un Roxas)—, un Livinio Stuyck, director de la Real Fábrica de Tapices, y un Juan Bautista Stuyck.

También creemos que vale la pena subrayar el elevado número de accionistas vascos (con nombre vasco) y el escaso número de accionistas catalanes (¿mayores disponibilidades líquidas de los primeros, mayor vinculación al Estado español?). Hay, en efecto, de los 254 accionistas, 48 que son vascos, esto es, que este grupo integra casi un 19 por 100 de la totalidad.

Creemos que estos datos hablan por sí mismos y que resulta innecesario comentarlos. Sólo hemos querido subrayar una serie de aspectos concretos y limitados —más significativos, sin embargo, que propiamente curiosos— de cómo era el primer banco oficial español en nuestro país doce días antes de que se desencadenara la gran tormenta contra el invasor napoleónico. ■ **G.M.**

(16)

Alvarez de Toledo (el Sr. D. Pedro) por la testamentaría de su padre D. Manuel Alvarez de Toledo. . . . . 33.
Alonso (el Sr. D. José) por los Sres. D. Francisco María y D. Luis Triviño. 72.
Alvarez (el Sr. D. José Mariano) marido de la Sra. Doña Josefa del Castillo. 33.
Aregui (el Sr. D. Sebastian) por el Sr. D. Francisco Tomas de Marichalar. 45.
Alderete (el Sr. D. Diego) Contador general de las Temporalidades que poseyeron en España é Islas adyacentes los Ex-jesuitas regulares en su representacion, y por nombramiento de los Sres. Tesoreros generales interinos, nombrados por el Consejo de órden de S. M. . . . . 2000.
Azpiroz (el Sr. D. Juan José) por el Sr. D. Domingo Cabarrus. . . . . 145.
Arratia (el Sr. D. José de) por la Sra. Doña Juana de Villachica. . . . . 50.
Arnal y Gabas (el Sr. D. Valero) por el Sr. D. Pablo Longás y Alegre. . . 30.

B

Blanco y la Quintana (el Sr. D. Antonio de) por el Convento de Religiosas Gerónimas de Medinaceli. . 27.
Bonomo y Blet (el Sr. D. Luis) por los

Entre los aspectos que revela el análisis de quiénes eran los accionistas del Banco de San Carlos, destaca el referente a los paquetes adquiridos por o con los fondos de la disuelta Compañía de Jesús —como en el caso que subrayamos, del señor don Diego Alderete—, que dan fe del poder económico de ésta en aquella época.

ARAQUISTAIN Y LA IZQUIERDA SOCIALISTA

Araquistain no ha sido nunca para quienes, bien por estudio, bien por razones biográficas, conozcan el proceso de la política y de los políticos españoles que prevalecieron en la primera mitad del siglo XX, un político enigmático. Ni por su personalidad, ni por su comportamiento cabe aplicar esta categoría preferentemente psicológica. En Araquistain sobresalieron los elementos objetivos y su vida y su comportamiento político pueden apreciarse con claridad. El problema está en que el objeto que ilumina esta claridad es la confusión; quizá la palabra no sea adecuada porque en cada fase de su proceso político Araquistain no era más confuso que la mayoría de los intelectuales a él coetáneos. Habría que hablar de fraccionamiento en cuanto al conjunto de sus valoraciones políticas sobre unos temas permanentes.

Esta condición clara de ver y a la vez difícil de analizar exigía un estudio que colocase a Araquistain en el cuadro de la realidad social y política de su tiempo. Esta necesidad era tanto más importante en cuanto que es difícil entender el proceso intelectual del socialismo en España prescindiendo del que fue director de **«Leviatán».**

Marta Bizcarrondo había iniciado la empresa de meter en su marco el legado social y político de Araquistain en dos artículos muy conocidos y celebrados del año 1971 y 1973 que concurrían en el mismo intento con uno, justamente elogiado por Bizcarrondo, de Raúl Morodo del año 1971.

Ahora, con este libro de **«La crisis socialista en la II República»,** Bizcarrondo ha contribuido, me parece que con el máximo acierto, a ampliar el marco a que antes aludí. El párrafo último del epílogo del libro testimonia con cuánta claridad se ha

percatado de esa característica a que aludíamos de la personalidad de Araquistain: «La conclusión es clara —dice la autora—: en pocos escritores políticos se mantiene como en Araquistain la preocupación por unos mismos temas y el regreso a unos enfoques y, sin embargo, las formulaciones de un pensador han dependido con tanta intensidad de la base social y sus cambios coyunturales».

Las oscilaciones de Araquistain con relación a la política socialista son resultado de sus vacilaciones en cuanto a la ideología y la práctica de la ideología. Según progresa en sus preocupaciones sobre el marxismo, amplía sus lecturas y pretende ser un teórico de esta doctrina, va aumentando su tendencia revolucionaria a la que responde la parte más extensa del libro que comentamos, es decir, la que se refiere a **«Leviatán», revista mensual de hechos e ideas»,** para transcribir su título con mayor precisión. Leyendo la síntesis glosada con notas aclaradoras y expresada en gráficos y sinopsis que suponen mucho trabajo, muchos conocimientos y notable capacidad didáctica, es patente que **«Leviatán»** recogió el sector socialista de izquierdas incluyendo en él sectores comunistas.

Es ésta una cuestión interesante que había planteado con vigor Isidoro Acevedo en uno de los ensayos que integran el conocido libro **«Impresiones de un viaje a Rusia»** editado en Oviedo en 1923. En una nota que se extiende desde la página 214 a la 215, decía Acevedo:

«Por si la palabra socialista originase confusión por creer alguien que sólo los que pertenecen al partido así denominado pueden llamárselo, conviene hacer constar que los comunistas nos llamamos también socialistas y colectivistas porque lo somos. Socialismo, comunismo y colectivismo son una misma cosa, dijo el socialista más científico que hemos tenido en España. La definición de Jaime Vera no hay por qué modificarla».

La izquierda socialista, si se entiende en este sentido, trabajaba en **«Leviatán»** por difundir el marxismo y llevarlo a la práctica. Al mismo tiempo, aprovechaba para criticar a la socialdemocracia que se personificaba en algunos de los miembros del partido socialista y sus seguidores, por ejemplo Besteiro, y a los intelectuales conservadores o reaccionarios que tenían influjo en la clase dirigente y cierto prestigio de liberales. Es el caso de Ortega y Gasset, cuya crítica como pensador le correspondió a Araquistain. Es notable la dificultad con que claramente tropieza Araquistain para romper los bastiones de las fórmulas de Ortega, y de aquí podríamos partir, si estas líneas pretendiesen ser algo más que una recensión, para aclarar cómo no fue Araquistain un revolucionario e intentar precisar que, como la mayor parte de los intelectuales españoles, quería la revolución repugnándole hacerla. No obstante, su posición izquierdista estaba muy clara y le valió ataques durísimos de las derechas radicalizadas. Un buen ejemplo es el del Dr. Albiñana. Tengo ante mí su libro **«España bajo la dictadura republicana»,** y en este extenso libelo las acusaciones contra Araquistain no rozan sino que entran, como en tantos otros casos, en el terreno de la injuria. Comienza así el párrafo de Albiñana:

«Su vacante fue ocupada —se refiere a la de la embajada de Berlín— por un tal Luis Araquistain, redactor de un diario jabalí». Lo qué sigue no hay por qué transcribirlo.

Del análisis de Marta Bizcarrondo, tan objetivo y claro cuanto el más exigente analista puede pedir, se desprende que el talento crítico de Araquistain y su capacidad para articular en esquemas teóricos, persuasivos y eficaces, la complejidad de la realidad política, era excepcional, aunque a veces este talento se limitaba o anulaba por la introducción de elementos irracionales. La crítica a la sociedad burguesa y concretamente a la sociedad burguesa española es valiosa, pero a veces el propio proceso analítico le lleva demasiado lejos y pone en tela de juicio las propias instituciones democráticas. A veces se pregunta para qué sirve el Parlamento y entra incluso en la paradoja. Desde aquí también podía inducirse la ausencia de una textura realmente revolucionaria, tanto intelectual como psicológica, en el caso de Araquistain. Los elementos psicologistas intervienen con demasiado peso en la crítica y en las conclusiones e interrumpen a veces la objetividad del análisis.

«Leviatán», y concretamente Araquistain, consiguieron fomentar el conocimiento del marxismo y la crítica marxista. Crearon algo semejante al esbozo de un escuela, de lo que puede ser testimonio excepcional Ramos Oliveira que, a juicio de Bizcarrondo, es el colaborador que con más precisión ajusta sus ensayos al análisis político de Araquistain (pág. 233).

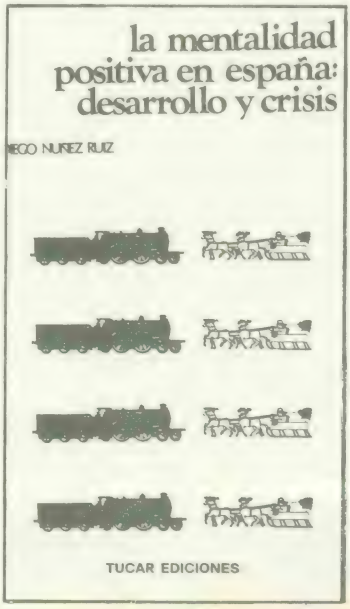
De muchas más cosas se podría hablar al socaire de las reflexiones que la lectura de este libro promueve. Un tema de gran interés sería el de las relaciones con Largo Caballero, el grupo largocaballerista y la polémica con Indalecio Prieto. Es cuestión de modo especialmente interesante, en cuanto plantea un problema permanente: el socialismo revolucionario contra el socialismo de compromiso. El tema se repite infatigablemente y parece que constituye un elemento de cierta permanencia en el proceso dialéctico del socialismo y cabe sospechar que, hasta que las condiciones objetivas no provoquen un salto cualitativo, la disensión ha de seguir. En tiempo de Araquistain tales condiciones no se daban y quizás esto explique que, en el exilio, Araquistain se refugiase en la madriguera siempre cómoda de la revisión marxista de acuerdo con la socialdemocracia.

Espero que el lector haya apreciado a través de lo que he dicho la riqueza de hechos, el valor teórico y el insustituible puesto que en la investigación sobre el socialismo español corresponde al excelente libro de Marta Bizcarrondo. ■ **ENRIQUE TIERNO GALVAN.**

LA INFLUENCIA DEL POSITIVISMO

Y la sociedad española, esa dama frágil y asustadiza, se puso a gritar. El fantasma del positivismo, personaje cortés y bien recibido en Francia, acababa de mostrar su sombra. Una sombra amable, una sombra seductora. Pero la vieja dama no estaba para seducciones: no estaba para nada. Sin embargo, de esta presencia tenue —visita discreta— indudablemente algo quedó.

Diego Núñez, profesor adjunto de Historia de la Filosofía en la Universidad de Madrid, con la reciente publicación de su libro **«La mentalidad positiva en España: Desarrollo y crisis»** (1), sale al paso de lo que él califica de «menguada atención analítica y bibliográfica» por parte de la historiografía contemporánea acerca de la presencia del fenómeno positivista en el pensamiento español decimonónico. Según Núñez, con relación al positivismo, se ha producido un auténtico efecto de «guadianización», ocultador de toda una corriente de pensamiento entre el anterior fenómeno del krausismo y el posterior de las Generaciones de 1898 y 1914, los cuales han tenido mejor suerte y han recibido una más amplia atención.



Sin embargo, ignorar la incidencia del pensamiento positivista en la vida cultural y política del último cuarto de siglo en España, hace difícilmente comprensibles determinadas posturas que van a adoptar los componentes de la Generación del 98 y toda la posterior evolución filosófica, científica, política y social de las primeras décadas de nuestro siglo.

En España los alientos positivistas contianos, decididamente orientados a consolidar unas estructuras sociales y a ejercer un papel organizativo y dinámico, en definitiva creador y no destructivo que se puede resumir en la frase «orden y progreso», soplaban a contrapelo. Sin las firmes bases de que gozaban en el vecino país: un nuevo Orden burgués poderoso y un ascendente desarrollo científico —centrado primordialmente en la nueva ciencia de la Naturaleza con su lógica proyección en la tecnología—, el positivismo, favorable brisa en Francia, se temía que fuese un huracán en España.

De ahí que a pesar de las muestras tranquilizadoras que se esforzaban en dar positivistas, como Estasén, en el Ateneo de Barcelona («El positivismo no es lo que generalmente algunos creen, la negación de los grandes principios del orden moral, sino por el contrario, una filosofía que si en algo puede tildársele es por lo que se refiere a su escrupulosidad y mesura; de espíritu antirrevolucionario y esencalmente conservador, en el buen sentido de la palabra»), en el Ateneo madrileño se discutiese acaloradamente y con recelo si «el actual movimiento de las ciencias na-

(1) **Diego Núñez: «La mentalidad positiva en España: Desarrollo y crisis».** Túcar Ediciones, Madrid, 1975. 278 págs.

turales y filosóficas en sentido positivista constituyen un grave peligro para los grandes principios morales, sociales y religiosos en que descansa la civilización».

¿Por qué, entonces, después de este inicial rechazo tirios y troyanos, es decir, conservadores y demócratas, se apuntan con cierto fervor al positivismo? Son esclarecedoras en este sentido las palabras de otro positivista, el crítico Manuel de la Revilla, que insistía en los debates del Ateneo madrileño del curso 1875 - 76 en que el positivismo es a la vez «liberal y conservador: liberal, porque reconoce la imperfección de muchas instituciones jurídicas y aspira a reformarlas y ponerlas en armonía con las necesidades de la naturaleza humana y de la justicia; conservador, porque sabe muy bien... que las reformas han de ser suaves transformaciones y no revoluciones violentas».

En 1875, España acababa de salir exhausta y frustrada del sexenio revolucionario. Experiencia que puso en crisis toda una serie de ideologías y que llevó a la liquidación de unos modos de pensamiento y a su sustitución por una nueva mentalidad de recambio. Esto es, el idealismo metafísico y el romanticismo fueron sucedidos por la mentalidad positiva.

En el cambio cada cual va a tratar de asumir aquellos aspectos del positivismo que le son más próximos y que no suponen una ruptura demasiado dolorosa con sus anteriores postulados. Así, los conservadores se aferrarán a las ideas de «orden» y «defensa de la sociedad», mientras que los demócratas van a abandonar las posturas utópicas y jacobinas para pasar a defender fórmulas de «democracia gubernamental» de acuerdo con un realismo posibilista, «buscando en instancias científicas la orientación y guía de la praxis política».

El positivismo, pues, va a configurar en términos generales un intento de racionalización y modernización de la sociedad española. Y en esta línea, la creación en 1884 de la Comisión de Reformas Sociales, por iniciativa de Moret, es un ejemplo de la plasmación práctica de esta corriente de pensamiento en el aspecto social.

También en el terreno científico el positivismo va a influir benéficamente, impulsando a la ciencia a seguir por la vía de la investigación rigurosa, según un espíritu basado en la observación y en los métodos emíricos; si bien —a veces— ésta cae en el esquematismo reduccionista. La filosofía, por su parte, salva distancias, suprimiendo los viejos antagonismos, e inicia una nueva andadura, ostentando ahora como timbre de honor el caminar al lado de la ciencia en armoniosa compañía.

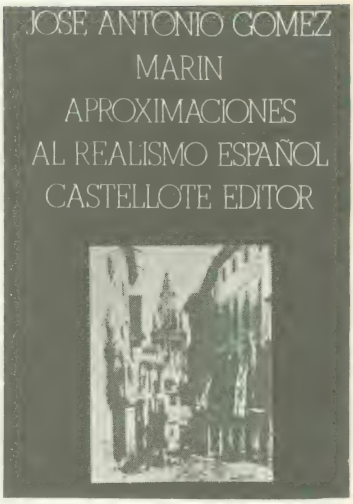
Según Diego Núñez, si el pensamiento positivo no alcanzó mayores logros, «...condenado a ser en gran parte un fenómeno importado y mimético, cultivado habitualmente por una minoría ilustrada con afanes de modernización y puesta al día intelectual», fue debido a la falta de un mínimo de transformaciones en la sociedad española «que permitieran identificar la filosofía positiva con los intereses nacionales» ■ **JOSEFINA PASCUAL.**

APROXIMACIONES A NUESTRO PASADO INMEDIATO

José Antonio Gómez Marín es conocido de los lectores de esta revista, que contó en su primer número con un trabajo suyo («Los fascistas y el 98»), muy discutido. Este trabajo puede considerarse, precisamente, como paradigmático del modo de hacer y de la dedicación (o dedicaciones) de Gómez Marín.

Busca el autor un tiempo que suele ser el del siglo XIX, antecedente de nuestros días, clave a veces para conocer la realidad de ahora. Y a este pasado se acerca en unas ocasiones como crítico literario o buceador en la sociología de la literatura; en otras, como historiador. Aunque el camino sea diferente, el destino es idéntico: nuestro pasado, la búsqueda de nuestras señas de identidad.

La herramienta empleada es, asimismo, idéntica. Un lenguaje culto y elegante, con la justa dosificación anecdótica para evitar caer en la por desgracia frecuente pesadez de tantos historiadores y con la intención también de que ese anecdotario sea fuente de deducciones y de ejemplificación. Es ameno, pero no trivial; divulgador, pero no vulgar y pedestre.



Su último libro **(«Aproximaciones al realismo español»,** Castellote editor) ilustra muy bien lo que hemos dicho anteriormente. Gavilla de trabajos periodísticos, de los que no están ausentes aportaciones originales en el enfoque o en el dato, Gómez Marín trata en ellos de la generación del 68, de la Restauración, del 98, de los fascistas o fascistoides de los años republicanos... La interpretación de nuestro siglo XIX es relativamente unitaria, en lo que respecta a lo literario y, por extensión, en lo más específicamente histórico («no se entenderá la entera historia literaria del XIX español mientras no sea capaz alguien de atraillarla en una interpretación unitaria»). Por ejemplo, a propósito de la obra del primer Baroja, señala cómo la conciencia de crisis y los mismos proyectos «regeneradores» son anteriores, incluso, a la revolución de 1868; y no, por tanto, planta nacida en el «humus» del desastre noventa y ochista... Es el acontecer histórico de ese siglo un acontecer dramático e inestable, tocado de ala en su viaje por la ausencia de un partido conservador en el sentido europeo (idea en la que G. M. sigue a Maravall), con un moderantismo insuficiente que trata en vano de llenar ese vacío y que se inclina por la reacción más o menos descarada tan pronto la situación se planteaba difícil. Es D. Juan Valera personaje representativo de esta tendencia y de sus contradicciones. A ellas tampoco fue ajena la naciente burguesía, cuya escala de valores supo expresar Leopoldo Alas...

Y junto a Clarín, Galdós o Pérez de Ayala, el 98 con especial referencia a Valle, etc...

Difícil es sintetizar este libro, diverso en su origen, sugeridor y discutible en alguna de sus apreciaciones. Tal es el caso de la interpretación sobre el papel del ejército en el siglo XIX, donde parece que Gómez Marín toma el todo por la parte. Dice así: «A veces se ha olvidado el papel progresista que el ejército jugó por aquellas etapas». Acaso sea más exacto indicar, siguiendo a Tuñón, que tal papel no cupo al ejército como tal, sino a determinados jefes militares. Es decir, el militar no era propiamente un militar que se metía a político, sino un hombre político que como político usaba de la espada porque era la palanca de poder que tenía a mano, como D. Antonio Cánovas pudo usar del periodismo o de la tribuna del Ateneo y Castelar de su verbo encendido.

Casi la mitad de las cuatrocientas páginas del volumen están destinadas a antología. La forman una interesante recopilación de artículos y notas de «La conquista del Estado», «Fe», «JONS», «Escorial», etc..., complementarias del trabajo final del libro y verdadero escaparate periodístico de las manifestaciones escritas del fascismo español. ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

EL SACO DE ROMA

De entre los erasmistas españoles de la primera mitad del siglo XVI destaca la figura política de **Alfonso de Valdés.** Nacido en Cuenca en 1490, muerto en Viena a causa de una de las periódicas epidemias de peste que asolaban Europa, el 3 de octubre de 1532, jugó un importante papel en la corte del Emperador. Amigo personal de Erasmo, al igual que de Carlos I, fue secretario de éste y su consejero en cuestiones relacionadas, sobre todo, con los luteranos. Dos obras nos han quedado de su profundo ingenio: **«Diálogo de las cosas ocurridas en Roma»** (1527) y el «Diálogo de Mercurio y Carón» (1529). Ambas íntimamente relacionadas a la política imperial y al mismo tiempo testimonios de determinados hechos históricos.

La reciente aparición del primero de estos textos en edición manual [1], nos permite aproximarnos a un documento de enorme interés para conocer, de primera mano, hechos palmariamente manipulados por la posteridad. Me refiero tanto a una determinada comprensión de la actitud política de Carlos I como al suceso concreto del «Saco de Roma», llevado a cabo por las tropas imperiales en mayo de 1527.

Por lo que respecta al primer punto, hay que constatar que Alfonso de Valdés formula las concepciones políticas emanadas de las doctrinas erasmistas presentes ante todo en su «Institutio principir christiani», opuestas al pragmatismo político de hechos consumados de Maquiavelo y al cortesano ideal de Castiglione (nuncio apostólico a la sazón en la corte de España). Es ésta fundamentalmente la doctrina de concordia entre las naciones cristianas, el predominio de la negociación sobre la guerra, la idea de imperio como unidad espiritual cristiana en la que el Emperador es su jefe espiritual.

Todo ello explica la actitud de Carlos I hacia los protestantes y hacia Francisco I de Francia, las soluciones negociadas a los conflictos en las Dietas y Paces de Worms y Augsburgo, y también la enconada oposición de Clemente VII a todas las propuestas imperiales. Estas cuestiones son perceptibles en el texto de que hablamos, pero afloran explícitamente en el «Diálogo de Mercurio y Carón», en donde Valdés expone la idea de que «no se hizo la república por el rey mas el rey por la república» y, en consecuencia, existe un «pacto entre el príncipe y el pueblo; que si tú no haces lo que debes con tus súbditos, tampoco son ellos obligados a hacer lo que deben contigo». Junto a la noción medieval del imperio, de resonancias carolingias, o al patriarcalismo de la concepción monárquica, presentes en Erasmo y recogidas por Carlos I, esta idea de pacto en que la autoridad instituida es pactada con la comunidad, no deja de sorprender.

El segundo aspecto, y posiblemente el más interesante para nosotros, del libro de que hablamos, lo constituye la descripción del saqueo de Roma. Valdés utiliza como interlocutores a Lactancio, joven caballero, y al Arcediano del Viso, recién llegado de Roma y camuflada todavía su condición bajo el hábito de soldado. Este cuenta las incidencias del asalto, la muerte del duque de Borbón, general del ejército imperial, y los ocho días de desmanes y saqueos a que se entregó aquella tropa amotinada, hambrienta, impagada y enemiga a muerte, por diversos motivos, de la Corte Romana.

Valdés pone en boca del Arcediano descripciones realistas en que no se intentan ocultar las brutalidades cometidas. Lactancio, por su parte, se dedica a rebatir razonadamente la naturaleza de los hechos. Esta es, en mi opinión, la dimensión final del diálogo: analizar y descubrir el verdadero responsable del saqueo; restar toda responsabilidad al Emperador y darla por completo al Papa Clemente VII y a la corrupción y vicios de la Iglesia romana a la que Dios castiga por medio de este ejército heterogéneo de alemanes, italianos y españoles. Como dice en la introducción José Luis Abellán, «es la versión oficial de los hechos».

En su defensa de la inculpabilidad de Carlos I y de la absoluta responsabilidad del Pontífice, Valdés no ahorra los adjetivos y acusaciones hacia la Iglesia romana y la corte papal. Con ello nos ofrece una cruda imagen de la situación eclesial en aquel tiempo, escrita no desde el campo luterano, sino desde el de los católicos, que exigían radicales reformas y el cese de la corrupción y el negocio de la religión. Basta leer su calurosa de-

[1] **Alfonso de Valdés: «Diálogo de las cosas ocurridas en Roma».** Edición de **José Luis Abellán.** Editora Nacional, Madrid, 1975, 170 págs.

nuncia (pág. 101) de una Iglesia entregada a los ricos, en la que sólo el dinero abre puertas, misas, indulgencias, enterramientos, casorios y bulas; basta comprobar su elogio de la pobreza, para entender lo que lo separa de tesis protestantes como que la riqueza es un signo de la complacencia divina hacia quien la recibe. Tesis que fue en la práctica tácitamente aceptada por la jerarquía eclasiástica durante sus siglos de connivencia con el poder político, aristocrático primero y oligárquico después, mientras se silenciaba y perseguían duramente las propuestas de todos los que lucharon por una Iglesia dotada de su sentido evangélico.

La actual edición, de ortografía corregida, es de fácil acceso para todos los lectores. De este modo se pone al alcance de un amplio sector una obra importante, por tantos motivos, de la literatura castellana y del pensamiento renacentista. ■ **JUAN ANTONIO HORMIGON.**

AL DIA SIGUIENTE DE LA REVOLUCION

Todos los lunes son malos, de todas la fiestas se despierta con resaca, **post coitum omnia animalia triste,** etc... ¿No hay acaso excepción o esperanza de ella para esta rueda del eterno retorno del desencanto? Tampoco las revoluciones se libran de esto y, según parece, a todas les alcanza su Thermidor. Sin embargo, la fruición con la que los conservadores levantan acta de las esperanzas defraudadas y de los militantes ajusticiados por el poder revolucionario establecido, si tal contradicción en los términos puede darse, son obviamente sospechosas y remiten al nocivo refrán del «más vale no meneallo». Quienes del fracaso de los intentos revolucionarios sacan la conclusión de que todo estallido contra el orden establecido es dañino, fingen olvidar que lo que acaba con las revoluciones es la prisa por volver al orden, no el mismo proceso libertario: las revoluciones fracasan por no haber sido lo suficientemente revolucionarias, no por haberlo sido demasiado. Según parece, nunca llega a subvertirse a suficiente profundidad, nunca se es bastante radical o radical en el debido sentido, tal como sucede con esas tumbas excavadas con prisa y poco hondas, en las que las alimañas o un leve desmoronamiento de tierra acaban por sacar de nuevo a la luz la podredumbre que se creía oculta para siempre. ¡Ay, si algún día una revolución alcanzase a herir no ya el corazón mismo de las cosas, sino el propio corazón de los revolucionarios...!

François - Noël Babeuf, que más tarde cambió su nombre por el de Camilo y luego por el de Graco, como homenaje a Desmoulins y al tribuno de la plebe romano, vivió la decadencia de la revolución francesa, la disolución traidora de las esperanzas jacobinas, la inmoralidad del Directorio y el ascenso paulatino del joven Napoleón Bonaparte. De extracción muy humilde, Babeuf fue un autodidacta obsesionado por el ideal de la «igualdad perfecta», que había recogido de Mably y había sustentado en Rousseau. Según él, la base de la desigualdad está en la propiedad privada, contra la que ni los jacobinos ni los montañeses habían osado atentar durante la revolución; para abolirla, imaginó un sistema de constantes redistribuciones de bienes, supresión de la herencia y reducción de las posesiones al límite estrictamente necesario. Como había vivido largo tiempo en Picardia, en contacto con el campesinado, era menos favorable a la «ley agraria» que muchos de sus correligionarios; a la fragmentación indefinida de la tierra en ínfimas parcelas autónomas, prefería la creación de granjas colectivas en las que se agrupasen cuarenta o cincuenta agricultores en régimen comunal. No era cruel: se mostró siempre contrario a los baños de sangre del Terror y saludó la muerte de Robespierre como la caída de un tirano homicida, aunque pronto tuvo ocasión de recordar con nostalgia la pureza jacobina y la austeridad honrada del Incorruptible. Su proyecto de la Felicidad Común es evidentemente materialista, en cuanto se funda en la justicia económica y en la correcta utilización de la productividad, pero es de una sobriedad espartana; a su respecto se ha hablado de «pesimismo económico», pues en modo alguno parte de la imagen de una abundancia a repartir, sino de una escasez a controlar. No confiaba en la industrialización y basaba su esquema económico en el predominio del artesanado. Pero ante todo le poseía el fanatismo —o, mejor, la seducción— de la perfecta igualdad, sueño que tiene algo de cansancio por la abigarrada complejidad de la vida, por su multiplicidad de diferencias injustas, caprichosas, inexplicables... Acabar con eso fue el sueño de quienes a sí mismos se llamaron los Iguales y no retrocedieron ni ante las imágenes de masas uniformadas para matar la distinción de vestidos ni ante la proposición de suprimir aquellas artes cuya belleza es fruto de la desigualdad del genio. En el perfecto equilibrio de la igualdad, la sociedad podría reposar al fin. ¿Paraíso monótono? Pero la variedad se paga a tan alto precio de dolor...

Este radicalismo no estaba hecho para agradar a los emancipados miembros de la nueva clase dominante, la burguesía encumbrada en los sangrientos afanes de la revolución, enriquecida con el estraperlo y el contrabando, cuando no con el saqueo puro y simple; esta nueva aristocracia plebeya estaba harta de convulsiones y deseosa de placeres, lujos y comodidades. Y, por supuesto, estaba especialmente dispuesta a reprimir sin contemplaciones los intentos reivindicativos de las masas populares, más miserables y desnutridas que nunca. Sí, la revolución había acabado y Robespierre estaba muerto y bien muerto; el Directorio no vacilaría en aplastar cualquier intento de «anarquía», es decir; cualquier levantamiento que recordase las prometidas reformas revolucionarias que quedaban pen-

dientes. En este ambiente se sitúa el desesperado combate de Graco Babeuf y sus Iguales, del «Tribuno del pueblo» y de su traicionada conspiración. Esos días han tenido un cronista afortunado en **Ilya Ehrenburg,** cuya novela (o más bien, novelación histórica) **«La conspiración de los Iguales»** (1) acaba de ser traducida al castellano. El relato de Ehrenburg, simple pero vivaz, realza con trazos incisivos la personalidad y ambiente de quienes jugaron aquella última partida revolucionaria: los cinco directores, Teresa Tallien (la Cabarrús), Fouché, los Iguales y el ascendente Bonaparte. La grandeza de quienes se mantuvieron puros en medio de la corrupción y la fatiga generales contrasta con la decadencia de la fraseología revolucionaria, utilizada para contrarrestar y reprimir los auténticos sueños libertarios. Babeuf ha sido llamado «gran táctico» pero también fue un notable teórico; su enérgica y algo ingenua terquedad llegó a hacer tambalear seriamente la sociedad posthermidoriana. Empero, la lucha era demasiado desigual como para que triunfase la igualdad. A Graco Babeuf no le correspondió ese destino impensable, el cumplimiento de la revolución, sino méritos más frecuentes, pero quizá no menos grandes o misteriosos: el sacrificio, la abnegación y la santidad del ejemplo. ■ **FERNANDO SAVATER.**

(1) **«La conspiración de los Iguales»,** de **Ilya Ehrenburg.** Ed. Júcar. Madrid, 1975.

GRAMSCI: VIDA Y MUERTE EN LA CARCEL

La aparición en castellano de las **«Cartas desde la cárcel»** de **Antonio Gramsci** (1), basadas en una selección de 156 cartas de las 428 que componen la edición italiana de 1965, constituyen un documento de inestimable valor para conocer la vida íntima y la lucha por la supervivencia del gran teórico y militante comunista italiano. Esta selección de cartas, dirigidas a su familia y a algunos amigos, abarca el período desde noviembre de 1926 a diciembre de 1936, además de ocho cartas sin fechar dirigidas a sus hijos Yulik y Delio. A través de su lectura se refleja el estado de ánimo de Gramsci, sus dificultades para iniciar un trabajo serio, y sus esfuerzos por resistir durante años y años a las penalidades del cautiverio, que terminaron con su salud primero, y con su vida después.

Antonio Gramsci, militante comunista desde 1920, volvió a Roma en 1924, tras ser elegido diputado por la circunscripción de Véneto, a pesar de los consejos de numerosos amigos que, ante la represión fascista en Italia, le pidieron que permaneciera en Moscú, donde había pasado dos años como delegado del PCI ante el Comité Ejecutivo de la Internacional, y donde había conocido a la que sería su compañera, Julia Schucht. Desde su puesto de secretario general del partido comunista, trató de reorganizar el partido y de impulsar la unidad entre comunistas y socialestas como única forma de enfrentarse al fascismo. Sin embargo, su labor organizativa y teórica se frustraron al ser detenido por la policía fascista el 8 de noviembre de 1926 en casa de la familia Passarge, donde tenía alquilada una habitación, y conducido a la cárcel de Regina Coeli de Roma, en la que permaneció hasta su traslado el 25 de noviembre a la cárcel del Carmen.

A partir de este momento, las cartas de prisión de Gramsci son la fuente más directa e impresionante sobre su experiencia como preso político en manos del fascismo. Durante los primeros meses, sus desplazamientos fueron continuos. De la cárcel del Carmen fue conducido a Palermo, para llegar el 7 de diciembre a la isla de Ustica como confinado; de allí saldría el 20 de enero de 1927 para ser trasladado a la cárcel de Milán, después de un viaje por toda la Península. La dureza de estos traslados queda fielmente reflejada en sus primeras cartas. En los desplazamientos, Gramsci permanecía esposado y sujeto a los demás presos por una larga cadena que le privaba de movimiento durante días y días, para no descansar ni siquiera en las cárceles llamadas de tránsito. En una carta dirigida a su mujer y a su cuñada Tatiana —verdadero ángel tutelar de Gramsci en los años de su cautiverio— el 12 de febrero de 1927, el prisionero describe uno de estos viajes y su estancia en los «cubiles» de paso. Es tal el horror que cualquier hombre, independientemente de su ideología, no puede menos de conmoverse: «Uno llega cansado –escribe–, sucio, con las muñecas doloridas por las largas horas de cadena, con la barba crecida, los cabellos en desorden, los ojos hundidos y brillantes por la exaltación de la voluntad y el insomnio, uno se echa al suelo sobre jergones de paja de quién sabe cuantos años, vestido, para no tener contacto con la suciedad, envolviéndose la cara y las manos en las toallas propias, cubriéndose con mantas insuficientes para no helarse. Uno vuelve a partir aún más sucio y cansado, hasta el nuevo tránsito, con las muñecas aún más lívidas por el frío de las esposas y el peso de las cadenas y por el cansancio de transportar de tal guisa el equipaje (...)».

En mayo de 1928, Gramsci salió de la prisión de Milán para presentarse en Roma ante el Tribunal Especial para la Defensa del Estado, encargado de juzgar su caso junto con otros dirigentes del PCI. El proceso, que alcanzó una enorme resonancia internacional, duró hasta el 4 de junio. El fiscal logró acusar a Gramsci de los delitos de conspiración e incitación al odio de clases, de incitación

(1) **Antonio Gramsci: Cartas desde la cárcel.** Ed. Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1975. 295 págs. La traducción a cargo de Esther Benítez es excelente.

a la guerra civil, a la insurrección y al cambio violento de la constitución y de la forma de Gobierno, en un discurso sangrante en el que dijo, entre otras cosas, mientras señalaba al secretario del PCI: «Debemos impedir que ese cerebro funcione durante veinte años». Reconocido culpable por el Tribunal, se le condenó a veinte años, cuatro meses y cinco días de reclusión. Pero, a pesar de las previsiones del fiscal, Antonio Gramsci, con la salud minada por una enfermedad que cada día se agravaba más, hasta el punto de pasar largos períodos de tiempo sin poder escribir, continuó trabajando en una serie de temas que pensaba completar de forma más profunda al acabar su cautiverio.

En sus cartas, Gramsci recoge sus principales preocupaciones personales y familiares: el dolor por la ausencia de sus seres más queridos, su deseo de participar en la educación de sus hijos (al más pequeño no llegó a conocerle), su tristeza por la pérdida de la libertad... Pero sobre todos estos sentimientos, emerge con especial importancia su orgullo por haber sido fiel a sí mismo: «Quisiera que comprendas bien –escribió a su madre en mayo de 1928– que soy un detenido político y seré un condenado político que no tengo ni tendré que avergonzarme nunca de esta situación. Y que, en el fondo, la detención y la condena las he querido yo mismo, en cierto modo, porque nunca quise cambiar de opiniones, por las que estaría dispuesto a dar la vida y no sólo estar en la cárcel».

En 1933 la salud de Gramsci empeoró visiblemente: sufría frecuentes hemorragias gástricas con pérdida del apetito, que le sumieron en la mayor debilidad. Por ello, su cuñada de acuerdo con su amigo Piero Sraffa iniciaron toda clase de gestiones para conseguir su libertad condicional, con motivo del indulto concedido por la boda del príncipe heredero al trono de Italia. Gramsci (opuesto siempre a enviar una petición de gracia ante el Tribunal Especial) no se negó a que ambos continuaran las diligencias, al darse cuenta de su debilidad física y su incapacidad cada vez mayor para resistir las penalidades de la prisión. Así escribió a su cuñada en febrero de 1933: «No consigo ya reaccionar contra los males físicos, y siento que las fuerzas me abandonan cada vez más». Pero pese a todas estas gestiones, y a la campaña internacional desatada pidiendo su libertad, Antonio Gramsci murió en prisión en 1937 minado por la enfermedad y la tristeza.

Además de su valor testimonial, la publicación de las **«Cartas de la cárcel»** en la España de 1975 tiene quizá un valor más profundo: es la muestra más directa de la vida de un hombre al que el poder político consideró como un delincuente, y de sus sufrimientos por defender su integridad moral y su independencia ideológica hasta el final de su vida. ■

MARIA RUIPEREZ.

OTROS LIBROS RECIBIDOS

ARBELOA, Víctor Manuel: AQUELLA ESPAÑA CATOLICA. Ediciones Sígueme. Colección Materiales, número 11. Primera edición. Salamanca, 1975.

BOARDMAN, John: LOS GRIEGOS EN ULTRAMAR: COMERCIO Y EXPANSION COLONIAL ANTES DE LA ERA CLASICA. Alianza Editorial. Colección Alianza Universidad, número 140. Primera edición. Madrid, 1975.

BRADING, D. A.: MINEROS Y COMERCIANTES EN EL MEXICO BORBONICO (1763 - 1810). Ediciones Fondo de Cultura Económica. Sección de Obras de Historia. Primera edición. Madrid, 1975.

CAMBRA, Fernando P. de: HOMO SOVIETICUS. LA VIDA ACTUAL EN RUSIA. Ediciones Petronio. Primera edición. Barcelona, 1975

CHOMSKY, Noam: POR RAZONES DE ESTADO. Editorial Ariel. Colección Demos, Biblioteca de Ciencia Política. Primera edición. Esplugues de Llobregat (Barcelona), 1975.

DEBRAY, Régis: LA CRITICA DE LAS ARMAS (I). Siglo XXIde España Editores. Colección Sociología y Política. Primera edición. Madrid, 1975.

FERNANDEZ CLEMENTE, Eloy: ARAGON COMTEMPORANEO (1833 - 1936). Siglo XXI de España Editores. Colección Estudios de Historia Contemporánea Siglo XXI. Primera edición. Madrid, 1975.

FROMM, Erich: ANATOMIA DE LA DESTRUCTIVIDAD HUMANA. Siglo XXI de España Editores. Colección Psicología y Etología. Primera edición. Madrid, 1975.

GINER, Salvador: HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIAL. Editorial Ariel. Colección Demos, Biblioteca de Sociología. Segunda edición ampliada. Esplugues de Llobregat (Barcelona), 1975.

GUILLEN, Mercedes: PICASSO. Siglo XXI de España Editores. Colección El hombre y sus obras. Primera edición de bolsillo. Madrid, 1975.

HADJINICOLAOU, Nicos: HISTORIA DEL ARTE Y LUCHA DE CLASES. Siglo XXI de España Editores. Colección Artes. Primera edición. Madrid, 1975.

IGLESIAS, Pablo: ESCRITOS. I: REFORMISMO SOCIAL Y LUCHA DE CLASES Y OTROS TEXTOS. Edición a cargo de **Santiago Castillo** y **Manuel Pérez Ledesma.** II: EL SOCIALISMO EN ESPAÑA. ESCRITOS EN LA PRENSA SOCIALISTA Y LIBERAL (1870 - 1925). Selección y estudio preliminar de **Luis Arranz, Mercedes Cabrera, Antonio Elorza, Lydia Meijide y José Muñagorri.** Editorial Ayuso. Biblioteca de Textos Socialistas, números 7 y 8. Primera edición. Madrid, 1975.

JAMES, E. O.: HISTORIA DE LAS RELIGIONES. Alianza Editorial. Colección El Libro de Bolsillo, número 590. Primera edición. Madrid, 1975.

MARAVALL, José Antonio: LA CULTURA DEL BARROCO. ANALISIS DE UNA ESTRUCTURA HISTORICA. Editorial Ariel. Colección Letras e Ideas, número 7. Primera edición. Esplugues de Llobregat (Barcelona), 1975.

REBOLLO TORIO, Miguel A.: EL LENGUAJE DE LA DERECHA EN LA 2.ª REPUBLICA. Fernando Torres Editor. Colección Interdisciplinar, número 10. Primera edición. Valencia, 1975.

SILVA, Umberto: ARTE E IDEOLOGIA DEL FASCISMO. Fernando Torres Editor. Primera edición. Valencia, 1975.

La mentira como documento histórico

James Cagney y Clark Gable fueron dos de los más destacados actores norteamericanos de los años treinta. En el momento de hacer un balance histórico de esa etapa —como intenta el film «Brother, can you spare a dime?»—, no era posible prescindir de ellos.

La investigación histórica a través del material cinematográfico existente en los archivos puede ser limitada o, por el contrario, sugerente y significativa, ya que mientras, por un lado, existen en filmotecas y laboratorios multitud de documentos filmados sobre sucesos reales, por otro, la industria cinematográfica ha procurado eludir esos sucesos proponiendo al espectador todo lo contrario: la evasión por un mundo «de sueños» en el que se demostrara que vivimos en la mejor de las sociedades posibles. El documento real ha quedado relegado a los noticiarios oficiales (con la inevitable manipulación de los Gobiernos interesados en convencer de la eficacia de su gestión), o a films clandestinos cuya existencia no es siempre fácil conocer; han sido fundamentalmente las «estrellas», la ficción, la fantasía, las que han cubierto la atención del cine.

No obstante, a través de la ficción, también se ha querido, en ocasiones, acercarse a la auténtica realidad. Directa o indirectamente, muchas de las películas destinadas en un principio a eludir la realidad, han querido penetrar en ella, instigando al espectador a una mejor comprensión de su tiempo. Pero, en definitiva, no es posible encontrar —en términos generales— a través de los documentos cinematográficos una crónica veraz y desapasionada de la Historia. A pesar del carácter «objetivo» del cine...

Lo que sí se encuentra fácilmente, sin embargo, es una parcela significativa de esa realidad: la que forma el propio cine. Si cualquier expresión artística, si cualquier medio de comunicación de masas encierra en sí mismo las claves de una época, el cine permite su entendimiento no sólo a través de diferentes montajes, sino con la simple contemplación de una imagen aislada («que vale más que mil palabras»); sólo es necesario querer descubrirlas, ya que con carácter protagónico o en términos secundarios, hay en cada imagen más información de la que a primera vista pudiera sospecharse.

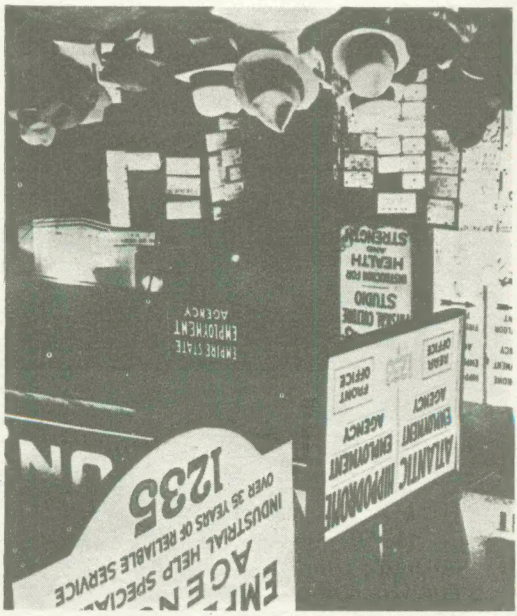
Algo de esto es lo que el inglés **Philippe Mora** ha realizado en su película **«Hermano, ¿me das diez centavos?»** («Brother, can you spare a dime?») [1]. Queriendo acercarse a los años treinta norteamericanos —en plena Depresión, desde la primera elección de Franklin D. Roosevelt como Presidente de la República (1932) hasta la declaración de guerra al Japón (1941)—, Mora cuenta no sólo con los acontecimientos políticos que convirtieron a Roosevelt en el «salvador» de su país a través del programa económico conocido como «New Deal» (que consiguiera «con democracia y con justicia» eliminar la miseria causada con el cataclismo de Wall Street), sino toda suerte de detalles paralelos que comienzan con la canción que da título a la película, y que continúan con una serie de testimonios «ambientales» contrapuestos a las luchas electorales de Roosevelt —el único Presidente elegido cuatro veces consecutivas—, que van dando, paso a paso, la realidad de un país que no se circunscribe lógicamente a la vida oficial de sus dirigentes.

Pero Mora va un poco más allá. Y aquí es

[1] *Película a la que ya me referí en TIEMPO DE HISTORIA número 8, con motivo de su proyección en la Semana de la Crítica del Festival de Cannes 1975.*

Franklin D. Roosevelt tomó posesión de su cargo como presidente de los Estados Unidos el 4 de marzo de 1933 (vemos aquí su juramento de fidelidad a la Constitución). Sería ésta la primera de las cuatro candidaturas en que fue elegido, marcando toda una época americana.

donde surge ese carácter sugestivo e indirectamente testimonial apuntado más arriba. Una de las «realidades» norteamericanas viene representada por el propio cine, por las características de esa «fábrica de sueños» que en los años treinta alcanzaría unas muy concretas y significativas claves: desde el documento social con la inevitable mitificación heroica de los «gangsters» y la Ley Seca, hasta el más descabellado musical, donde la fantasía y el disparate coreográfico sublimaran las insatisfacciones de los espectadores. El testimonio político directo, aquél que analizara la situación económica y social del país y las condiciones de un resurgir auténticamente justo y posible no eran abordadas por el cine; en su lugar, se creaba una iconografía evasiva (que merecería ser analizada por sociólogos) conectada, paradójicamente, con cada etapa precisa del «New Deal» a través de la que pueden suponerse otras cuestiones: la intención de los magnates de la industria cinematográfica y la sensibilidad de los espectadores.
El cine de ficción, pues, como una parte de la realidad, combinada con el testimonio documental y con los datos objetivos oficiales, en un «collage» del que resulta difícil averiguar en ocasiones qué es ficción y qué no lo es. El resultado de esta mezcla no es exactamente un análisis histórico que pretenda deducir conclusiones precisas, pero sí un mosaico de datos, combinados con cierta ironía, que dan del «american way of life» una imagen rica que conviene conocer a la hora de acercarse a la comprensión de muchos aspectos de esa etapa reciente de los Estados Unidos.
La falta de un objetivo más estrecho confiere a la película una ambigüedad ideológica que, entre otras cosas, elimina la oportunidad de utilizar más certeramente algunos de los fragmentos elegidos. Sin embargo, en tanto muestra de nuevos caminos posibles para el estudio histórico, esta película señala algo que no debería marginarse: la cultura popular como elemento fundamental de la vida de un país. Tanto aquella que es creada «desde arriba» como la que surge espontáneamente. Puede ser un complemento o un contrapunto a la historia «oficial». Y «Hermano, ¿me das diez centavos?» está lleno de ella. ■ **DIEGO GALAN.**



Entre los mitos y la historia oficial, el «crack» del 29 —del que fue inmediato efecto un gravísimo paro laboral, con miles de trabajadores agolpándose ante las oficinas de colocación— ocupa lugar preeminente en «Brother, can you spare a dime?».

SOLO HASTA EL 31 DE MARZO PROXIMO
OFERTA ESPECIAL A NUESTROS LECTORES

TIEMPO DE HISTORIA ha aumentado a 60 pesetas el precio de venta. Lógicamente, el precio de suscripción también ha aumentado, pasando a ser de 600 pesetas para España y de 850 para el extranjero.

Como atención especial a los lectores de TIEMPO DE HISTORIA, y de forma excepcional, se seguirán aplicando los antiguos precios (500 y 700 pesetas) a todas las peticiones de suscripción que se reciban antes del 31 de marzo de 1976.

Para aprovechar esta oferta basta que remitan a TIEMPO DE HISTORIA, Plaza del Conde de Valle Suchil, 20, Madrid-15, el siguiente boletín:

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: «TIEMPO DE HISTORIA» CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20.TEL. 447 27 00. MADRID-15

NOMBRE Y APELLIDOS .....

CALLE O PLAZA .....

N.º ..... TELEF. ..... CIUDAD .....

PROVINCIA ..... PAIS .....

Firma,

SUSCRIBANME POR UN PERIODO DE UN AÑO (12 números)

a partir del próximo número del mes de ....

Envío GIRO POSTAL

Formas de pago ☐ Adjunto TALON BANCARIO nominativo a favor de «Tiempo de Historia». ☐ núm. .....

PRECIOS DE SUSCRIPCION ANUAL (12 números): España: 500 pesetas. Extranjero: 700 pesetas.

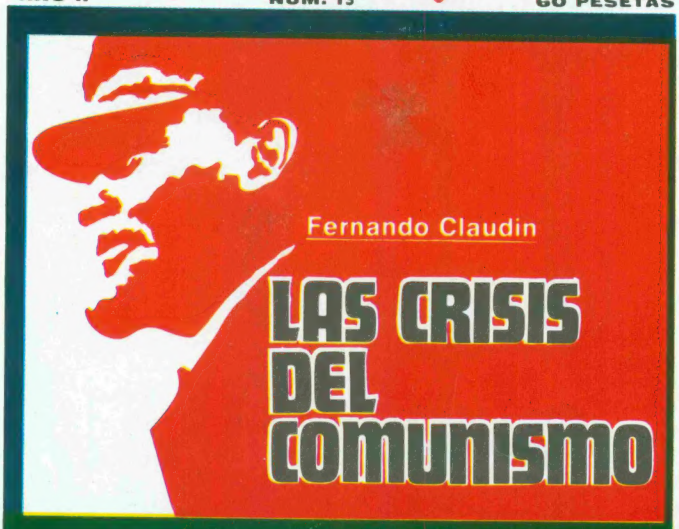
Cuando el suscriptor solicite expresamente el envío de los ejemplares por avión, o certificados, a las tarifas anteriores se incrementarán las sobretasas postales vigentes.

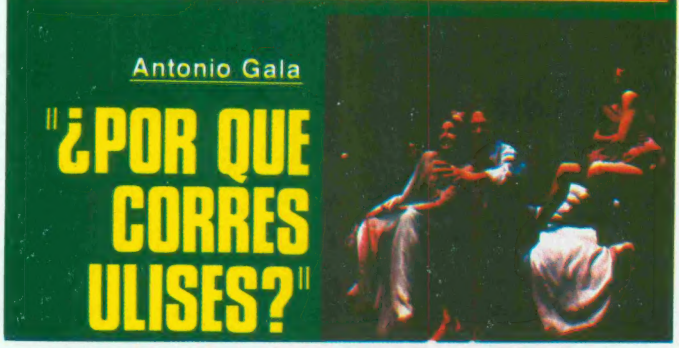
NUMEROS ATRASADOS

Si usted desea recibir algún número atrasado de nuestra revista, basta con que nos lo solicite a TIEMPO DE HISTORIA, Conde Valle de Suchil, 20, Madrid-15, acompañando a su petición 60 pesetas en sellos de correos por cada ejemplar solicitado, o pagándolo mediante giro postal.

TIEMPO de HISTORIA

AÑO II • NUM. 15 • 60 PESETAS





Director: EDUARDO HARO TECGLEN

EN NUESTRO NUMERO ANTERIOR

FERNANDO CLAUDIN: LAS CRISIS DEL COMUNISMO. Una entrevista de María Ruipérez y Manuel Pérez Ledesma ● CASTELLANOS Y CATALANES (UNA FIESTA DE HERMANDAD EN 1930), por Víctor Manuel Arbeloa ● RICARDO MELLA: NACIMIENTO Y MUERTE DE UN ANARQUISTA, por J. A. Durán ● EL ENIGMA DE LOU VON SALOME, por María Ondina Braga ● KURT WEILL: UN NUEVO LUGAR PARA LA MUSICA, por Juan Antonio Hormigón ● «¿POR QUE CORRES, ULISES?». Texto íntegro de la obra teatral de Antonio Gala ● ESPAÑA 1946. Selección de textos y gráficos por Fernando Lara y Diego Galán ● LO QUE DIO DE SI (A PESAR DE TODO) EL CENTENARIO DE ANTONIO MACHADO, por Pablo Corbalán ● LIBROS: La España del XVIII; El fracaso de la revolución industrial; El derecho de asociación obrera; Diálogos del individualismo; Para no marchar al matadero ● CINE: La Pasión de Gaspar Hauser, por F. L.

«GALILEO»

Texto íntegro del guión cinematográfico de Liliana Cavani y Tullio Pinelli

Galileo, ante el Tribunal de la Inquisición que le haría abjurar públicamente de sus ideas (Foto perteneciente al film de Liliana Cavani, «Galileo»).